

Rodrigo Arocena

LA CRISIS
DEL
SOCIALISMO
DE ESTADO
Y MAS ALLA

TRILCE

Digitized by Google

La crisis del socialismo de estado y más allá

Digitized by Google

Rodrigo Arocena

La crisis del socialismo de estado y más allá





Colección DESAFÍOS

Ilustración de carátula: *La clef des champs*, 1936 de René Magritte

© 1991, Ediciones Trilce Misiones 1408 Casilla de Correos 12203 11300 Montevideo - Uruguay Tel/Fax: 95 39 50

Composición y armado: Coloyco srl 18 de Julio 965 p. 3 Tel: 983913

ISBN 9974-32-011-9

La colección DESAFIOS

Los años sesenta e inicios de los setenta fueron en Uruguay —a nivel de las ideas— años de certezas y campos bien definidos. La dictadura militar fue una derrota en muchos aspectos, pero las definiciones generales se mantuvieron; fue una epoca de reflexión y de búsqueda de caminos.

El restablecimiento de las libertades obligó a repensar métodos y la realidad forzó los rumbos. Los finales de los ochenta y este principio de los noventa traen cambios radicales, cuestionamientos profundos. Se han dado transformaciones a nivel mundial que obligan a reconsiderar propuestas y necesariamente a innovar en los planteos.

Estas transformaciones, tanto a nivel de las ideas como en el escenario internacional, dificultan sumamente el análisis de la realidad y por lo tanto la formulación de proyectos. Dentro de ese panorama se dio el restablecimiento de las instituciones democráticas en nuestro país. Paralelamente, desde las esferas de poder, se efectúan virajes en la concepción tradicional del estado y se instrumentan políticas de integración regional. Estos cambios afectan a la sociedad en su conjunto y a la manera en que esta se ve a sí misma.

Todos estos aspectos requieren análisis y propuestas. Frente a esta realidad Ediciones Trilce se ha planteado iniciar una colección de libros que tiene como objetivos: provocar la reflexión; abrir caminos a nuevas percepciones; romper esquemas paralizantes y, fundamentalmente, realizar aportes útiles para el logro de cambios.

La única línea editorial planteada es la que el nombre de la colección indica: desafiar a una reflexión abierta, pluridisciplinaria y centrada en el cambio necesario para lograr una sociedad justa y a su vez enfrentar el desafío que los cambios plantean.

Se han asociado a esta colección: Hugo Achugar, Fernando Andacht, Rodrigo Arocena, Rafael Bayce, Klaus Bodemer, Gerardo Caetano, Gabriel Peluffo, Luis Pérez Aguirre, José Rilla, Marcelo Viñar y está abierta a todos aquellos que acepten el desafío.

Pablo Harari
editor

INDICE

PT	esentacion: Una ubicacion ante la Crisis	13
In	troducción: ¿Ha muerto el socialismo?	17
1.	La tesis de la muerte del socialismo	17
2.	La propuesta socialista en su formulación clásica	21
3.	Conjeturas a explorar e itinerario a recorrer	27
Dan	imera parte: Una mirada a la experiencia histórica	
	el movimiento socialista	21
1.		
	a. A la sombra de la Revolución	
	b. Más allá del "socialismo francés"	
	c. El auge del marxismo clásico	
	d. La hora de la Internacional	
	e. Retrospectiva desde la cumbre	
2.	ADAPTACION O RUPTURA	
	a. El gran debate o el bautismo de la moderna socialdemocracia	
	b. Octubre: el aleph de la Revolución	
3.	SOCIALISMOS DE DOS MUNDOS	
	a. Sobre el ciclo de liberación nacional	
	b. Sobre el ciclo del reformismo keynesiano	72
	c. El socialismo esquivo	
4.	A TITULO DE BALANCE: LO QUE PUEDE UNA HERRAMIENTA	76
Se	gunda parte: Acerca del estado, la revolución	
	a democracia	79
1.		
-		/9
	a. La ruptura como comienzo de la abolición de la sociedad	70
	de clases y del estado	
	b. Una propuesta que fracasa ante la cuestión de la democracia	
2.	HACIA OTRO TIPO DE PROPUESTAS	
	a. Un punto de partida	
	b. Sobre la democracia radical	
	c. Notas sobre la práctica de las izquierdas	116

	rcera parte: Socialismo, evolución social y desarrollo las fuerzas productivas	120
	-	
1.	UNA VIA DE APROXIMACION AL TEMA	•
2.	VISITANDO UN GRAN DEBATE DE AYER	
	a. Recapitulación sumaria de su desarrollo	
	b. Las posiciones enfrentadas	
_	c. Medio siglo después	
3.	SOCIALISMO VERSUS CAPITALISMO	
	a. La lógica de la planificación centralizada	
	b. Acerca de la ruptura con el capitalismo	
	c. Reconsideración del viejo debate	
4.	SOBRE LA ECONOMIA DE UN SOCIALISMO VIABLE	
	a. La panoplia habitual y sus carencias	
	b. Algunas pautas para las propuestas alternativas	
5.	LA EXPANSION SOCIALISTA EN LA EVOLUCION SOCIAL	
	a. El enfoque de Darcy Ribeiro	
	b. Sobre el papel de la tecnología	
	c. El socialismo en el enfoque de Ribeiro	
	d. Evolución social y aparición del socialismo	170
	e. Sobre la expansión socialista y el estatismo socialista	
	f. Nueva revolución tecnológica y conjeturas acerca del futuro	. 177
Co	nclusión: El socialismo de ayer	
	as huellas del mañana	. 183
•		
1.	• · · · · · · · · · · · · · · · · · · ·	
	a. El socialismo ante el mundo de hoy	
_	b. El marxismo y el mañana	
2.	RECAPITULACION PROVISIONAL	
	a. Acerca de las utopías	
	b. Más allá del socialismo de estado	
	c. El socialismo y la solidaridad eficiente	
	d. Breve excursión prospectiva	
	e. Del fin de la historia a la renovación permanente	
3.	EPILOGO DESDE EL URUGUAY DE 1991	. 203
Ag	radecimientos y referencias	. 207
BI	bliografia consultada	. 209

A la memoria de mi bermano, Ignacio Arocena Linn

Desde la adolescencia, militante uruguayo de la izquierda latinoamericana. Estudiante de Medicina. Preso político a los veinte años. Exiliado, volvió al Río de la Plata en busca de un lugar de militancia. Secuestrado en Buenos Aires el 13 de agosto de 1978. Desaparecido.

Para que los más infelices sean los más privilegiados.

José Artigas

Es una verdad bistóricamente comprobada que sólo persiguiendo lo imposible se alcanza lo que en cada etapa es posible.

Max Weber

El socialismo es, esencialmente, una forma de optimismo, que descansa en la creencia de que la sociedad puede y debe ser mejorada mediante una planificación deliberada.

G. D. H. Cole

Sigue más viva y actual que nunca nuestra divisa: pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad.

Antonio Gramsci

Una ubicación ante la crisis

El socialismo es el proyecto de mayor envergadura histórica jamás propuesto para confrontar los males que producen tanto el desarrollo como la falta de desarrollo. Al presente, se plantea con urgencia la cuestión de saber si las ideas socialistas pueden inspirar programas de desarrollo social viables y con vocación solidaria. A la búsqueda de respuestas afirmativas quiere colaborar esta monografía.

Las preocupaciones más específicas que la motivan se relacionan con nuestra circunstancia de lugar y tiempo: la América Latina de fines del siglo XX. Aquí y ahora, las urgencias del desarrollo son tan grandes como las trabas para llevarlo a cabo de modo que favorezca a las mayorías postergadas. Las derrotas de diversos proyectos políticos que procuraban resolver tales problemas abrieron el camino a las dictaduras militares, de las que la frágil democratización en curso hereda una situación socioeconómica mucho peor que la precedente y, por ende, la amenaza de que nuevos fracasos engendren mayores frustraciones.

Paralelamente, es visible — en nuestro continente y en todos los demás— la escasa capacidad para construir alternativas que muestran las izquierdas, todas las izquierdas. Estas viven una crisis global, que amenaza con desdibujar sus perfiles propios o reducir a la marginalidad a quienes se empeñen en conservarlos. La vigencia de las izquierdas, como actores relevantes del devenir histórico en un mundo que ha cambiado profundamente en poco tiempo, está en cuestión. No será preservada sin una revisión a fondo que, en esta era de la incertidumbre, sólo asuma como certezas las convicciones éticas.

Suele repetirse que la verdad es el todo. Pero cono-cer el todo nos ha sido negado a los mortales: pretenderlo es cometer una variante del pecado de soberbia, la que tiene como castigo específico la ignorancia que no se reconoce a sí misma. En todas las ramas del conocimiento, y especialmente en las que se ocupan de las sociedades humanas, una teoría que pretenda explicarlo todo no encuentra otro sostén que la intolerancia. Hemos debido aprender que la verdad no es algo que se descubre sino, más bien, algo que se construye. Desplegada a lo largo de la historia, esa construcción cada vez más compleja y variada es siempre provisional; cada una de sus partes está sujeta a demoliciones y reconstrucciones frecuentes. No disponemos ni dispondremos —en sociología, en física o en otra disciplina cualquiera— de una luz que todo lo ilumine. Aguzando la mirada desde algún observatorio convenientemente elegido,

podemos ver con cierta claridad determinados aspectos de la realidad; y no otros. Por ende, el conocimiento así obtenido será tanto más fértil cuanto más en cuenta tengamos su dependencia del punto de mira. Fijemos pues el nuestro.

Difficil es no verque la humanidad llega a las postrimerías del siglo XX azotada por flagelos ancestrales a la par que amenazada por otros tan nuevos como aptos para destruirla. Pese a notables avances parciales —desde la medicina a la protección social—, el sufrimiento signa la vida cotidiana de la mayoría de la gente. La felicidad es una idea nueva en Europa, decía Saint-Just hace doscientos años; hoy sigue siendo un mito para innumerables seres humanos, sometidos a la miseria permanente, a las hambrunas recurrentes, a la dominación apenas limitada y a todos los atropellos que la misma conlleva. El desarrollo de la técnica parece garantizar la potencial superación de muchas de las penurias del presente. Pero, hasta el momento, el dominio de la Naturaleza alcanzado por la Humanidad sólo asegura que ésta es capaz de destruir a aquélla, y por ende a sí misma. En cierto sentido, los peligros y las posibilidades desencadenadas por la Revolución Industrial siguen siendo las cuestiones que hoy es necesario encarar.

Esas cuestiones impulsaron el surgimiento del socialismo, al que puede considerarse como el conjunto de esfuerzos, teóricos y prácticos, orientados a dar una respuesta racional, colectiva y solidaria a los grandes problemas de la sociedad. Pero si estos últimos son a la fecha tan graves como en cualquier otro tiempo, respuestas con la triple característica destacada lucen cada vez menos creíbles. Esa apreciación es el punto de partida de este trabajo.

Con Touraine [1983] creemos que "la herencia más preciosa del pensamiento marxista es la asociación del análisis político a los esfuerzos en pro de la liberación de los oprimidos". Una obra fundacional para el conjunto de las ciencias sociales encontró su fuente de vida en tal propósito. Y el mismo constituye, a su vez, una exigencia de rigor científico: un estudio defectuoso de la sociedad podrá servir a fines diversos, pero no al de mejorarla.

En fin, no hay rama del conocimiento donde la inspiración ética sea irrelevante. Al menos, por las consecuencias del trabajo científico sobre quien lo realiza: enseñaba —creo—Rabelais que "ciencia sin conciencia es la muerte del alma".

La Naturaleza suele mostrarse menos esquiva en sus respuestas cuando las preguntas se le formulan de manera clara y distinta. Adelantemos pues, en dos líneas, una formulación primaria del problema que pretendemos abordar: ¿la propuesta socialista tiene todavía vigencia?

Hoy, son muchos los que creen que el socialismo ha muerto. Urge analizar la dinámica histórica que ha conducido a tal situación. Se estará así en condiciones de discriminar qué es lo que realmente debe ser enterrado, lo que merece vivir, y hasta qué lo que puede revivir, mientras se buscan indicios de lo nuevo que quizás ya esté brotando del viejo tronco.

En definitiva, la vigencia de la propuesta socialista radica en su capacidad de inspirar una acción social eficaz de mucha gente. Luego, podemos ubicar la cuestión de la que hemos de ocuparnos en las páginas que siguen, diciendo que la misma se

Digitized by Google

inscribe en el problema mucho más general de investigar los elementos que pueden formar parte de propuestas socialistas viables y deseables para gentes que han de vivir en los albores del siglo XXI. La desmesura del tema y lo escaso de nuestras capacidades indica de por sí que sólo pretendemos ayudar, mediante un borrador, a propiciar un debate, con la esperanza de que en ese contexto otros compañeros aporten textos realmente sólidos y ricos.

¿HA MUERTO EL SOCIALISMO?

Hace casi cuarenta años que se anunció la entrada en escena del Tercer Mundo. El grueso del movimiento anticolonial se proclamó socialista. "Del nacionalismo al antiimperialismo, del antiimperialismo al socialismo", como le gustaba repetir a Carlos Quijano al reseñar su propia trayectoria. Este es uno de los procesos mayores de nuestro tiempo, cuyo análisis ha de arrojar mucha luz sobre el contenido mismo de la experiencia socialista. Recordemos aquí tan solo que, en los esperanzados años sesenta, el socialismo tercermundista —y particularmente la Revolución Cubana—fue visto por muchos como vía, a la vez, para escapar al neocolonialismo, iniciar un sostenido proceso de desarrollo endógeno capaz de colmar la brecha del subdesarrollo y renovar al socialismo real, desburocratizándolo y humanizándolo. Pues bien, a comienzos de los años 90, es dificil negar que, en relación a tales metas, los éxitos han sido limitados y más bien tienden a opacarse con el paso de los años.

En el "Segundo Mundo", se ha derrumbado el llamado "socialismo real", sin que sean, por cierto, otras corrientes socialistas las que orientan la sustitución del antiguo régimen estancado y dictatorial. Tampoco en el "Primer Mundo", que sigue siendo el centro motor del desarrollo de las fuerzas productivas, tienen mayor peso las alternativas de inspiración socialista.

Así pues, quienes tomando prestada la fórmula de la última línea del último artículo de Rosa Luxemburgo — "fuimos, somos y siempre seremos" socialistas, de corazón y razón—, no podemos esquivar la interrogante acerca de la vigencia de nuestras convicciones.

1. LA TESIS DE LA MUERTE DEL SOCIALISMO

a. La argumentación de Alain Touraine

"El socialismo ha muerto": así empieza *L'après socialisme*, libro que Touraine publicó por primera vez en 1980. En realidad, el autor nos habla, más que de una muerte, de una agonía: la del gran conjunto de convicciones y de organización, de ideas y de sentimientos, de luchas y de sueños que hizo del socialismo una de las más grandes creaciones de la historia moderna [Touraine, 1983, p. 21]. En esta sección

intentaremos sintetizar su argumentación. El socialismo como programa no ha sido llevado a la práctica en parte alguna; el socialismo como movimiento ha estado ligado a la sociedad industrial, de la cual estamos saliendo; quienes hoy hablan en su nombre, juegan en realidad un rol muy distinto del que reivindican. Más aún, el movimiento socialista no libra las batallas centrales del presente, pues no lucha contra el ascenso de la tecnocracia. Movimiento propio de una sociedad que muere, hoy bloquea el desarrollo de los nuevos movimientos capaces de defender a los sectores populares de la sociedad que nace. De ahí la urgencia —siempre según el autor— en desembarazarse del enfoque socialista.

Se propone la siguiente caracterización: El socialismo es la asociación de tres elementos fundamentales: la acción obrera, la superación por el estado de los obstáculos para el desarrollo económico, la creencia en el progreso natural de las fuerzas de producción [p. 44]. Para Touraine, la clase obrera es el actor principal, del lado popular, en la sociedad industrial porque desarrolla su acción allí donde se ejerce la dominación, a nivel de la organización del trabajo. Pero no puede llegar a dirigir la industrialización: o acepta la dirección capitalista de la economía, siempre enfrentándola a nivel de las empresas, o se subordina a los partidos que persiguen la conquista del estado, lo que implica perder su capacidad de intervención autónoma en las empresas. De allí que las relaciones entre la acción de la clase obrera y el movimiento socialista tiendan a ser contradictorias. En particular: el socialismo no interviene en las relaciones de trabajo sino en la propiedad de las empresas; no cuestiona las relaciones de producción sino la dirección capitalista de la economía [p. 38].

La caracterización propuesta del modelo socialista explicaría también las causas de su desaparición.

Ante todo, asistimos a la crisis de la idea misma de progreso. Más específicamente, ya no se cree en un progreso unilineal, sustentado en el desarrollo de las fuerzas productivas, que llevaría a la humanidad del reino de la necesidad al de la libertad; por otra parte, la evidencia histórica no confirma la previsión de que ese desarrollo se produciría en paralelo con el pasaje del capitalismo al socialismo: ningún estado socialista ha surgido en una sociedad industrial, salvo por intervención militar foránea. Además, el poder de los estados de ese nombre es el del proletariado sólo en los discursos de propaganda. Y, por otra parte, las luchas obreras tienden a perder su carácter central a medida que lo hace la propia sociedad industrial, tendencia evidenciada por la caída neta del empleo en la industria y por la de sus productos en el total del consumo, así como por las modificaciones de la condición obrera. La diferenciación creciente de situaciones laborales acentúa las divisiones dentro de la clase trabajadora, cuya conciencia de ser un grupo aparte de la sociedad se ve afectada por las mejoras de su situación material y en especial por el desarrollo de la seguridad social.

En la visión socialista, la idea de progreso se encarnaba en el partido, dirigente de la acción obrera y encargado de transformarla en lucha por la conquista del estado de los trabajadores. La decadencia de semejante partido señala la del modelo socialista en las postrimerías de la sociedad industrial. Porque, según Touraine, asistimos al

nacimiento de una nueva sociedad, con modos de producción y relaciones de dominación específicas, que reclaman formas de lucha también específicas para la liberación de los oprimidos. Obviamente, comprender en profundidad el significado de cambio semejante es imprescindible para convencerse de que el socialismo está ya obsoleto; o, alternativamente, para desbrozar en su seno lo irremisiblemente envejecido de lo que pudiera seguir siendo nuevo.

Pues bien, estaríamos entrando en "la sociedad programada". Su producción se vería representada por el auge de la informática, lo cual no debe verse desde la óptica de la primacía de lo técnico — "Cuanto más técnica es una civilización, menos sometida está ella al determinismo tecnológico" [p. 111]— ya que la importancia extrema de aquélla radica en las posibilidades que ofrece a la sociedad para actuar sobre sí misma. Se nos advierte que la sociedad programada no reemplaza de manera abrupta a la industrial y que, como ésta, puede ser o no capitalista.

En la sociedad programada, las relaciones de dominación estarían signadas por la siguiente transformación: la gran empresa, surgida en la sociedad industrial pero que en ella permanece subordinada a quien controla las fuerzas de producción—mercado o gobierno—, deja de reconocer supremacía alguna, busca modelar la demanda y deviene una institución política. Grandes organizaciones, de propiedad y finalidades muy diversas, presentan empero grandes similitudes; su gobierno está a cargo de la tecnocracia; ésta constituye la nueva clase dirigente.

Claramente, la argumentación sobre la decadencia del socialismo que se basa en ciertos rasgos atribuidos a la sociedad programada no tiene trascendencia inmediata fuera de los países altamente desarrollados. Pero sí la tiene la que liga aquella decadencia con la separación entre la lucha social y la intervención del estado. Sostiene Touraine que no hay ni puede haber estado socialista. En el sistema capitalista porque, aún cuando predomine la socialdemocracia, el estado permanece subordinado a la orientación capitalista de la economía. Y cuando el estado asume, desde posiciones nacionalistas o socialistas, el protagonismo de la industrialización, su acción bloquea la expresión independiente de las clases subalternas y su lucha contra quienes dirigen la producción. Por ello se desvaneció la "gran esperanza" de los años 60 en la renovación del socialismo mediante su asociación a los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo.

Según el autor, las luchas sociales se ven hoy día perjudicadas no sólo por su subordinación a la intervención estatal sino, más en general, por la primacía acordada a lo político. Para las fuerzas populares se plantearía una opción ineludible: o impulsar la autonomía de los movimientos sociales, la democracia y las reformas, o dar la prioridad a la conquista del estado (véase p. 193). La segunda alternativa correspondería a una nación que sufre un orden autocrático o la dominación extranjera, mientras que la primera será la adecuada allí donde es vigorosa la acción de clase y la sociedad no se subordina al estado, en cuyo caso pasa a ser central extender la democracia de las instituciones políticas a los ámbitos más diversos: empresas, escuelas, hospitales, cuarteles...

El libro que venimos glosando está escrito para demostrar que esa opción es

insoslayable y, también, que sólo una de las alternativas planteadas ofrece perspectivas reales para las luchas populares.

b. Hacia una valoración de la tesis

Habiendo resumido precedentemente la argumentación de Touraine, sobre la conveniencia de dar por muerta a la propuesta socialista, queremos consignar aquí algunos brevísimos comentarios iniciales.

Touraine ofrece una caracterización de ese "modelo socialista", cuya caducidad anuncia, tal que su período de vigencia parecería iniciarse en los tiempos en que apareció el *Maniflesto comunista*, mientras que su fin sería perceptible cuando se publica, en 1980, el "Proyecto socialista" francés. En realidad, el autor ha centrado su atención en lo que cabe denominar "socialismo de estado". Tal denominación corresponde a lo que ha sido durante largo tiempo la corriente central del pensamiento y de la acción socialistas, corriente que pierde vigencia rápidamente. Pero el socialismo no se reduce necesariamente a ella: identificar agotamiento del socialismo estatista con caducidad de la propuesta socialista exige una demostración que el libro de Touraine obvia.

La cuestión podría plantearse de otra forma: aun admitiendo la decadencia de lo que ha constituido por largo tiempo la corriente principal del socialismo como movimiento, ¿por qué dar por sentado que no será éste capaz de repensarse, de bucear en sus principios más profundos, de salir otra vez a la descubierta abandonando las fortalezas doctrinarias para dedicarse a explorar los nuevos desarrollos de la sociedad, de combinar en fin todo ello en propuestas renovadas para el siglo XXI?

La tesitura negativa de la obra en cuestión parece tener el siguiente fundamento: el socialismo, por su ligazón con el proletariado industrial y con una creencia general en el progreso, es un movimiento propio de la sociedad industrial, de la que estaríamos saliendo para entrar a otra esencialmente distinta, que como anotamos el autor denomina "sociedad programada". Ahora bien, ello permitiría, en todo caso, afirmar que ha concluido un gran ciclo en la historia del socialismo. Pero no resulta obvio deducir de tales elementos que la renovación de las propuestas socialistas no tiene futuro.

Formulemos todavía otra observación al enfoque de Touraine. Este intenta captar las grandes líneas del desarrollo social con el propósito de discernir las vías más idóneas para el combate por la justicia y contra las nuevas formas de dominación. Justamente, nuestra preocupación principal es la debilidad de las alternativas para las luchas populares que se proponen en su obra. Quizás la vida no ofrezca otras, pero cabe la hipótesis de que el autor descarta demasiado rápidamente las posibilidades de una acción política socialista porque maneja una idea demasiado convencional de partido; también, porque su identificación entre opción socialdemócrata y autonomía del movimiento social es cuestionable. A la inversa, si a ese respecto Touraine tuviera razón, su libro habría demostrado bastante más de lo anunciado: la debilidad de los movimientos sociales a los que asigna el rol central en la sociedad programada

indicaría que no sólo el socialismo ha muerto sino que con él lo ha hecho la posibilidad de luchar efectivamente contra las formas de dominación propias de nuestro tiempo.

Recapitulemos. Hemos esquematizado una argumentación que culmina en un diagnóstico de agonía ineluctable. Para discutirlo, convendría analizar cómo llegó el paciente a ser lo que ha sido y lo que es, a través de qué procesos asumió los rasgos que lo distinguen, cómo ha incidido en la realidad y cuál es su ubicación en una perspectiva histórica. De ello nos ocuparemos más adelante. Pero antes corresponde completar el planteo del problema revisando el carnet de presentación del enfermo; lo haremos, en la sección siguiente, mediante una relectura del *Manifiesto comunista*, la promesa socialista por antonomasia.

2. LA PROPUESTA SOCIALISTA EN SU FORMULACION CLASICA

El Manifiesto es, ante todo, una proclama para la revolución que se considera inminente: "Alemania se halla en visperas de una revolución burguesa ... que no no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria" [C. Marx y F. Engels, Obras escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, tomo I, p. 140], se afirma en su última página. Y revolución hubo: el "manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero" [ídem, p. 99] se nos recuerda en el primer prólogo. El documento surge pues de la previsión de grandes acontecimientos, de la aspiración a incidir en ellos y de la consiguiente necesidad de formular un programa. Se trata pues de un panfleto político, en el mejor sentido de la palabra, por lo cual las tesis están presentadas con trazo grueso. Esto relativiza el valor del Manifiesto si se quiere hacer un análisis fino de la concepción marxista, pero lo realza cuando se busca captar los rasgos esenciales de la propuesta socialista clásica.

En el último prólogo que redactaron juntos ambos autores, en 1882, se dice: "El Manifiesto comunista se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa" [p. 101]. Resumen así, en el crepúsculo de la jornada común, lo que ha sido tanto su teoría como su estrategia. Treinta y cuatro años antes establecieron: "En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada" [p. 123]. Y recomendaron: "En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente. En todos esos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista" [p. 140].

Cabe decir que todo el *Manifiesto* está dedicado a explicar por qué y cómo hay que abolir la propiedad privada. ¿Cuál es la lógica de semejante planteo? ¿Cuáles sus consecuencias?

El enfoque general del documento fue resumido por Engels pocas semanas después de la muerte de Marx, al describir la "idea fundamental" de su compañero, de la "que está penetrado todo el Manifiesto", y que según cree será "para la Historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la Biología". Tal idea puede descomponerse en tres afirmaciones:

- I "la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época";
- II "por tanto toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas";
- III "ahora esta lucha ha llegado a una fase en la que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases" (véanse pp. 102-103).

La formulación de Engels —por su claridad y sencillez, por la profundidad con que capta ciertos aspectos de la realidad y por las perspectivas de incidir en ella que abre, por lo parcial y unilateral que resulta, también—es propia de una época cuyo espíritu expresa inmejorablemente. Es ese siglo XIX, signado por el optimismo intelectual y proclive a la audacia.

Tiempo de auge de las luchas sociales: el primero de mayo de 1890 Engels escribe, en el prólogo para una nueva edición del *Manifiesto*: "¡Proletarios de todos los países, uníos! Sólo unas pocas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años", y más adelante agrega: "Pues hoy, en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por primera vez en un solo ejército, bajo una sola bandera ... los proletarios de todos los países están unidos" [p. 105].

Epoca de una ciencia juvenilmente vigorosa e ingenua, cuyas expectativas son aún superiores a sus grandes logros, adecuadamente representados por las teorías de Darwin, Maxwell y Marx, grandes síntesis unificadoras de extensos campos del conocimiento mediante "leves" fundamentales.

Tiempo maravilloso en el que la verdad parece estar al alcance de la mano. Y el fin de la historia también. Esa atmósfera cultural tiene su premio y su precio. Ello se evidencia en el *Manifiesto*.

El documento ofrece una dinámica visión del acontecer histórico, propia del momento de aceleración de la historia en que fue escrito: en pocos años y en los mismos escenarios, los ferrocarriles cambiaron el paisaje y los oprimidos se lanzaron a tomar el cielo por asalto. Espectáculo semejante no tenía precedentes; en rigor, no volvió a representarse.

El Manifiesto describe ajustadamente lo que estaba pasando y sintetiza: "La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio" [p. 112]. Explica luego que la alteración del ritmo histórico, causada por la industrialización dirigida por la burguesía, es irreversible: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución

continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores" [p. 114].

Observemos de paso que es ese mismo enfoque el que hace dudar de que época semejante pueda ser explicada a partir de alguna fórmula rígida y, más todavía, que su desarrollo se someta a alguna "ley" o pueda ser objeto de previsiones irrefutables. Máxime si se tiene en cuenta que es la evolución de la humanidad en su conjunto la que ha llegado a un punto de inflexión, pues la burguesía obliga "a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción ... La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente" [p. 115].

La concepción materialista de la historia es el fruto de la época en que mayor ímpetu revela el proceso indivisible constituido por la revolución industrial dirigida por la burguesía europea y la expansión mundial de Occidente. El mismo pone al descubierto ciertas tendencias fundamentales del devenir histórico y, al mismo tiempo, permite creer que sólo ellas cuentan para el futuro. Pues en los que han devenido ya "países centrales" se asiste a una temporaria y localizada "simplificación" de las contradicciones sociales: la fábrica parece mostrar el futuro de la economía toda, la sociedad polarizarse en dos clases, su oposición dar cuenta de la política y aun de la ideología, el estado reducirse a un rol subordinado. Inglaterra luce así en aquellos tiempos, ¿y acaso Inglaterra no ofrece a los demás países un espejo donde mirar su propio futuro? Así ha de ser, pues la burguesía "se forja un mundo a su imagen y semejanza" [p. 115].

Por entonces, la ley de las proporciones definidas de Dalton y el renacimiento del atomismo parecían indicar que la infinita variedad de sustancias que la Naturaleza ofrece a nuestros ojos resulta de reglas simples de composición entre objetos elementales. Análogamente, en la opaca trama del acontecer social parecía abrirse una ventanita para mirar hacia adentro, hacia su oculto mecanismo, y éste lucía deslumbradoramente sencillo, comprensible, explicable, utilizable.

"Viviendo en Manchester, me había dado yo de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clase; en los países que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la formación de los partidos políticos, para las luchas de los partidos y, por consiguiente, para toda la historia política." Así se expresaba Engels en la Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas [Marx y Engels, 1974, tomo III, p. 190].

La "absolutización" de ciertas tendencias caracteriza al *Mantflesto*. Específicamente, el cimiento de toda la construcción lo constituye esa tendencia fundamental de la historia social europea del siglo XIX, la proletarización-pauperización de grandes masas.

Esa tendencia anuncia el fin de la dominación burguesa: "Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar una existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a ser miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia. ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad" [p. 121].

La misma tendencia prepara la revolución: "Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma" [p. 118]. Y la propia burguesía, en todas sus luchas, "se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma" [p. 119].

En fin, la propia tendencia garantiza el carácter de la próxima revolución: "Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría" [p. 121].

Notemos que, si tal tendencia es el soporte de las tres tesis fundamentales antes anotadas, la vigencia de las mismas no puede sino verse gravemente comprometida por la eventual inversión de la tendencia en cuestión.

Cuarenta y cinco años después, en el último prólogo que escribió para una edición del *Manifiesto*, decía Engels: "La revolución de 1848 había sido, en todas partes, obra de la clase obrera: ella había levantado las barricadas y ella había expuesto su vida. Pero fueron sólo los obreros de París quienes, al derribar al gobierno, tenían la intención bien precisa de acabara la vez con todo el régimen burgués. Y aunque tenían ya conciencia del irreductible antagonismo que existe entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que hubiese permitido llevar a cabo

una reconstrucción social. He aquí por qué los frutos de la revolución fueron, al fin y a la postre, a parar a manos de la clase capitalista. En otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros, desde el primer momento, no hicieron más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder." [p. 108].

Las revoluciones no dejaron de ser realizadas en beneficio de minorías. Pero la cita dice mucho más que eso, pues deja al desnudo un verdadero punto de estrangulación del enfoque marxista: la creciente proletarización-pauperización es imprescindible para asegurar la destrucción del orden vigente, pero la reconstrucción de la sociedad es imposible sin un desarrollo intelectual del proletariado dificilmente compatible con su pauperización creciente.

Famosas páginas de *El Capital* dedicadas a encuestas incontrastables muestran la realidad de la tendencia a la pauperización. Pero por entonces ya no es la única de importancia: ella misma es, en parte, responsable de la aparición de una tendencia de signo opuesto. La miseria obrera ha originado luchas que posibilitaron la elevación del nivel material y cultural de los trabajadores. La amenaza que constituían para el orden vigente les ha permitido una creciente gravitación en el mismo. En cierto sentido del término, tienden a dejar de constituir un proletariado, si se entiende por tal un sector de la sociedad que no es realmente parte de ella. Su organización sindical y política hará que tengan bastante más que sus cadenas para perder.

Proletarización-pauperización-revolución: esa gran "ley de desarrollo" que los autores del *Manissesto* ponen en evidencia no puede sino ser "la" ley. ¿Acaso todo fenómeno no ha de estar gobernado por una ley fundamental?

Todo lo que apunte en otro sentido debe ser pues tendencia secundaria o, peor aún, amenaza de desvío de las luchas sociales hacia un callejón sin salida: entre opresores y oprimidos, la lucha "terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna" [p. 111]. La segunda alternativa habría llegado a ser inviable pues: "El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables" [p. 122]. Pero esa aparente certeza no es tal: de las 31 páginas que componen el Manistesto, se dedican 9 (las de su parte III, "Literatura socialista y comunista") a una cuestión de apariencia muy menor; el análisis parece demostrar que toda esa literatura no puede llegar a incidir en las luchas sociales; ¿por qué prestarle entonces tanta atención? Sucede que esa abigarrada colección de los objetos más dispares tiene en común un pecado capital: tiende a apartar al proletariado de la lucha política. ¿Podrá apartarlo de la senda revolucionaria? ¿Se asistirá en tal caso, en lugar de al inevitable hundimiento de la burguesía, al "hundimiento de las clases en pugna"?

La urgencia revolucionaria, rasgo fundamental del *Manifiesto*, se encuentra así con una concepción de la ciencia. A la "absolutización" de ciertas tendencias se une la absolutización del método para resolver las contradicciones: la revolución y sólo la

revolución puede hacerlo. La solución existe y es única, diría un matemático. Tiempos felices aquellos en los que se creía que todo problema natural ha de tener semejante propiedad ...

La lógica del planteo lleva a una conclusión inexorable: se trata de reconstruir a la sociedad desde el estado.

La formulación no ofrece dudas: "El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado" [p. 112]. En efecto: ¿qué hace una revolución? Conquistar el poder político. Ello indica pues tanto la meta como la herramienta. "El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas" [p. 129]. A continuación se esboza un programa para hacer realidad ese proyecto, y cuyos puntos incluyen la expropiación de la propiedad territorial, la centralización en manos del estado del crédito y del transporte, la multiplicación de las empresas fabriles estatales, la organización de trabajadores para la industria y la agricultura. Se trata pues de un programa para la creación de un centralizado estado nuevo.

La conclusión precedente surge aún con mayor claridad del texto de las *Reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania*, redactadas en marzo de 1848 por Marx y Engels, y recogidas por el último en su *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas* (véase Marx y Engels, 1974, tomo III, p. 195).

Ese estado nuevo recibirá el encargo de transformar la propiedad privada en propiedad colectiva.

Sin embargo, el propio *Manifiesto* ofrece elementos para interrogarse sobre lo que realmente puede hacer el estado respecto a las relaciones de producción. "Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en el proceso de producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad. El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social" [p. 123].

¿Cómo se transforma una fuerza social en propiedad colectiva? El problema parece requerir solución mucho más compleja que la estatización. Esta supone, por cierto, un drástico cambio jurídico y también—bajo la forma que propone el *Manifiesto*—en las posiciones personales. Pero, ¿hasta qué punto altera ello la distribución de las "posiciones sociales" en la estructura productiva? De esta última se deriva necesariamente la estructura de la sociedad, de acuerdo a lo que según Engels es la idea fundamental de Marx. ¿No hay por consiguiente una sobreestimación de lo jurídico y de los cambios en las posiciones personales, en detrimento de las relaciones objetivas surgidas de la estructura de la producción y del ejercicio de la dominación en la sociedad? En caso afirmativo, ello sería contradictorio con la concepción materialista

de la historia. Pero plenamente compatible con lo que mejor puede hacer el instrumento de que se piensa disponer: el estado sirve ante todo para incidir en las relaciones jurídicamente definidas y en la titularidad de las posiciones de dirección.

Recapitulemos. Para sustituir a la sociedad cuya característica es la opresión de unos a manos de otros por "una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos" [p. 130], se propone una vía, y sólo una. La revolución proletaria para conquistar el poder político que ha de construir el socialismo. El *Manifiesto comunista* es la propuesta de un socialismo desde el estado.

3. CONJETURAS A EXPLORAR E ITINERARIO A RECORRER

Puede decirse que un problema no ha sido siquiera bien comprendido antes de que se haya intentado resolverlo. Como no hay una "vía real" para el avance del conocimiento, su desarrollo no se parece a una escalera ascendente sino más bien a una espiral, pues cada cuestión debe ser contemplada y vuelta a contemplar desde ángulos variados, cada vez con una perspectiva más amplia. Por consiguiente, enfrentados a un problema, hay que elegir desde dónde se comienza a mirarlo, o sea, a partir de qué sospechas. Explicitaré las mías a continuación.

Lo que parece haber consumido su potencial renovador es una propuesta socialista signada por la concepción de la ciencia propia de una época, conformada en un determinado período de cambio social y orientada por una experiencia histórica singular. Las ciencias naturales del siglo XIX se creyeron capaces de enunciar grandes leyes, tan sencillas de formular como aptas para explicar definitivamente amplias porciones de la realidad. La primera revolución industrial, focalizada en Inglaterra, pareció poner al desnudo las leyes de la evolución social. Y la Revolución Francesa suministró el modelo para pensar en cómo ciertos grupos humanos pueden dirigir la transformación de la sociedad. Esas influencias gestaron un tipo de socialismo "monista", tanto en su concepción de la realidad como en la del método para cambiarla. A este último respecto, la primacía fue acordada a lo político; por ende la herramienta escogida fue lo que se conquista con la acción política, y lo que se usa para conquistarlo: el estado y el partido. O el partido-estado.

Por motivos que la propia concepción marxista ayuda a entender, esas instituciones son más útiles para afrontar retrasos o contradicciones en la evolución social que para impulsar a sus líneas más avanzadas. Ello no es ajeno a lo que ha sido hasta ahora la realidad del socialismo. Los textos clásicos lo veían como una etapa histórica posterior al capitalismo y sustentada en un nivel muy superior de desarrollo de las fuerzas productivas. En los hechos, su papel ha sido más bien el de dar una expresión orgánica a los sectores más afectados por la expansión mundial del capitalismo industrial. El socialismo ha limitado y condicionado grandemente a la expansión capitalista, pero no le ha dado fin; tampoco la ha sustituido como primer protagonista del avance tecnológico.

En la trayectoria histórica del socialismo primó la tendencia, de auténtico cuño jacobino, a concentrar los esfuerzos en la conquista del estado. A éste se le confió la tarea —en la Rusia de 1917 y en la Francia de 1981— de romper con el capitalismo. La revolución social tendió a identificarse con la toma del poder; la tarea del socialismo, con lo que puede hacerse desde el estado. Esto último depende, por supuesto, tanto del grado en que se controle al estado como del peso de éste en la sociedad. Suele ser grande el margen para la acción estatal del socialismo. Ejemplo relevante lo ofrece el desarrollo de la seguridad social. Otro, quizás incluso más descollante, ha sido la construcción acelerada, en países atrasados, de un tipo de industria ya existente en otros países donde su edificación había insumido mucho más tiempo. Menos eficaz se ha revelado ese accionar en otras ramas de la producción —la agricultura, notoriamente— y sobre todo en la innovación tecnológica de vanguardia. Escasísimo ha sido su potencial creativo en lo que se refiere a las formas de la democracia —que son precisamente los recursos que la sociedad inventa para limitar al estado—.

El socialismo de estado ha conocido los éxitos que su herramienta puede proporcionar, y los fracasos en lo que sólo puede ser creado desde la sociedad. No fomentó la iniciativa de esta última ni, en realidad, podía hacerlo. Un visión de la ciencia y un momento especial de la evolución social —cuya dinámica pareció entonces más clara que nunca— forjaron una visión simplificada y unilateral, más adecuada para dingir a la sociedad que para impulsar su creatividad, necesariamente plural, proteica, multiforme.

Una visión más a tono con la ciencia de nuestro tiempo desvincularía al socialismo tanto de la presunción de conocer el futuro como de todo anuncio milenarista, y tendería a centrar sus esfuerzos en el trabajo cotidiano en pro de la democratización de la riqueza, del poder político y del saber técnico.

En esta óptica, conjeturamos que la revitalización de la propuesta socialista dependerá de que existan corrientes históricas profundas que impulsen el desplazamiento de su centro de gravedad del estado a la sociedad. De la nacionalización de los medios de producción a las iniciativas cooperativas y autogestionarias. De las formas de propiedad a las realidades del control del trabajo y de sus frutos. De la seguridad social paternalista —con padre a menudo despótico— a los proyectos solidarios. De ofrecer o imponer un camino para la sociedad a estimular que de la misma surja una pluralidad de vías para enfrentar a las también plurales y siempre renovadas formas de la explotación, la desigualdad, la dominación. De pretender representarla a colaborar en que se regule por sí misma de manera cada vez más directa.

Para explorar tales conjeturas, abordaremos los problemas involucrados desde tres puntos de vista. Tras esta introducción, en la primera parte de la monografía, intentaremos captar ciertos rasgos fundamentales de lo que ha sido hasta ahora la experiencia del movimiento socialista. Para discutir tanto las propuestas socialistas como el real papel desempeñado por "el socialismo realmente existente", conviene enfocar ambas cuestiones a partir de su propia historia. Por ello nos interesaremos por el génesis y posterior desarrollo de la propuesta marxista clásica, con el afán de

entender un poco mejor las formas que llegó a adoptar, las causas por las cuales otras formulaciones fueron relegadas, el tipo de prácticas que inspiró.

En su formulación clásica, la propuesta socialista apuntaba a la ruptura con el capitalismo como vía hacia la abolición del estado en sí mismo y la construcción de la verdadera democracia. Estas cuestiones son revisadas en la segunda parte de esta monografía. Allí se analizan algunas causas del fracaso de las viejas estrategias y se exploran ciertos enfoques, inspirados en particular por Gramsci, que quizás ayuden a construir concepciones alternativas acerca de las militancias y las prácticas políticas de izquierda.

El socialismo ha sido presentado como una alternativa al capitalismo, intrínsecamente superior, no sólo en términos éticos, sino también de eficiencia a nivel de la economía. Este último aspecto es considerado al comienzo de la tercera parte, cuyo primer objetivo es presentar las ideas medulares de Alec Nove en relación a "la economía de un socialismo viable". Todo ello se liga con el análisis de la concepción según la cual el socialismo sería una etapa necesaria del proceso civilizatorio, tema que abordamos en esa misma parte a partir de una obra de Darcy Ribeiro. Es en el marco de la revolución científico-técnica en curso que corresponde analizar la existencia de tendencias socializantes de carácter objetivo y la viabilidad de propuestas renovadas, capaces unas y otras de sustentar un nuevo ciclo en la gran corriente histórica que constituye la expansión socialista.

En la Conclusión de nuestra pequeña exploración, resumimos lo que creemos haber aprendido acerca "del socialismo de ayer y las huellas del mañana". Luego, procuramos vincular ello con las perspectivas del Uruguay de fines de 1991, cuando se aproxima lo que puede ser la cita de sus izquierdas y del país todo con su destino.

Una mirada a la experiencia histórica del movimiento socialista

De la Conspiración de los Iguales, en la Francia de 1796, a la toma de Saigón en 1975, se despliega un gran ciclo histórico de casi exactamente dos siglos, por momentos sobrecogedor, en cuyo transcurso siempre agitado pugna por nacer, vivir o sobrevivir, e incluso revivir, ese gran protagonista de la historia contemporánea que es el socialismo revolucionario.

El final victorioso de la prolongada saga de los guerrilleros vietnamitas, cuyos vencidos incluyen al más poderoso imperio capitalista que se haya conocido, señala tal vez el logro culminante de un proyecto esbozado, en el atardecer de la Revolución Francesa, por aquel alzamiento fracasado y sin mayores consecuencias aparentes que encabezara "Graco" Babeuf.

En efecto, ese fracaso puede ser visto como el punto inicial de un proceso a través del cual, en el muy poblado mundo de las ideas y de las prácticas de índole socialista, se gesta, toma cuerpo y llega a devenir hegemónica una alternativa nítidamente dibujada: la construcción de una organización política centralizada, con capacidad militar, orientada a la conquista del poder para hacer del estado la palanca decisiva de la transformación de la sociedad.

Y en los tiempos que siguieron a la que fuera —al menos para los veteranos militantes tercermundistas— su hora más gloriosa, el bautismo de la ciudad Ho-Chi-Minh, esa opción ya no pudo disimular sus carencias esenciales.

Parece pues etapa insoslayable, para todo análisis acerca de la vigencia de la propuesta socialista, la dilucidación de las causas por las cuales tal concepción llegó a primar y la comprensión del papel histórico que realmente cumplió. En este capítulo ensayaremos algunas reflexiones en torno a tales cuestiones.

1. EL ASCENSO

a. A la sombra de la Revolución

"Bajo el signo del 48"

En su obra El ciclo de la revolución contemporánea. Bajo el signo del 48 escribió José Luis Romero: "Hubo, en efecto, una 'rebelión de las masas', como la llamó

acertadamente Ortega y Gasset, tras la primera guerra mundial, pero que no constituyó sino un paso más en el proceso desencadenado por la Revolución industrial y surgido a la luz en 1848" [Romero, 1948, p. 134].

Llevado en la cresta de la ola de esa activación de masas, el socialismo revolucionario de inspiración jacobina va convirtiéndose en —y dejando el lugar a— su principal heredero, el marxismo clásico.

Como bien se sabe, Lenin distinguía "tres fuentes del marxismo, que son, a la vez, sus tres partes integrantes": la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés [Lenin, tomo I, p. 60], y atribuía papel decisivo en la superación del socialismo utópico a "las tormentosas revoluciones que acompañaron en toda Europa, y especialmente en Francia, la caída del feudalismo" [ídem, p. 65].

En las primeras décadas del siglo, diversos grupos sostenían, en Francia y Gran Bretaña, doctrinas denominadas socialistas. Entre las mismas —de las que principalmente se recuerda a las asociadas con los nombres de Owen, Fourier y Saint-Simon—muchas diferencias pueden señalarse. Empero, sus enfoques justificaban una denominación común: "socialismo, tal como la palabra se empleó primero, significaba ordenación colectiva de los asuntos humanos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin, y haciendo resaltar no la 'política', sino la producción y la distribución de la riqueza y la intensificación de los influjos 'socializantes' en la educación de los ciudadanos a lo largo de toda su vida mediante formas cooperativas de conducta, en contra de la competencia, y mediante actitudes e influjos sociales" [Cole, tomo I, p. 12].

Diferenciada nítidamente de estas escuelas doctrinarias de la reforma social, y sin ser considerada por entonces como socialista, actuaba una tendencia inspirada en la Gran Revolución y definida por el propósito de concluir su obra. "Los principales exponentes de la lucha de clases en las décadas de 1820 y 1830 fueron aquellos que, en la extrema izquierda del radicalismo, volvían la vista atrás buscando inspiración en Grachus Babeuf y en la Conspiración de los Iguales de 1796. Las palabras babouvisme y babouviste fueron de uso frecuente en Francia, especialmente después de la revolución de 1830; y la palabra prolétarien estaba especialmente asociada con la tradición babouviste" [Cole, op. cit., p. 14].

Esta tendencia constituía, quizás, más una sensibilidad que una corriente de pensamiento. Pese a lo cual —o por eso mismo— en ella se reconocían los activistas a tiempo integral y los círculos de exiliados que mantenían viva la tradición jacobina. Y, por supuesto, con esa tradición se encontraban los que desde las barricadas radicalizaban las revoluciones de 1830 y 1848.

A la tradición jacobina extrema, el marxismo le proporcionó un programa de índole socialista y una visión de la historia. Tanto ésta como aquél eran mucho más precisos y ricos que todo lo que hasta entonces componía el más bien difuso bagaje ideológico de esa tendencia, que así pudo reconvertirse en un movimiento consciente de su papel y capaz de integrar aportes de otros origenes. Por su parte, de esa tradición tomó el marxismo la vocación revolucionaria insurreccional —con cuya formulación en estado puro, el blanquismo, mantendrá una larga relación de amor y odio que Trotsky intentará resolver en las páginas clásicas de El arte de la insurrección—.

En la historia del socialismo, el marxismo encarna —muy sabido es— el matrimonio de la idea y la acción: de un conjunto notablemente rico y estructurado de ideas con un tipo de acción muy preciso y definido. El que la historia de Europa desde 1789 ponía a la orden del día. El que prima cuando mucha gente comparte la creencia exaltante de estar viviendo días que cambiarán al mundo.

Dice Romero: "... esta tercera edad del Occidente que se confunde con el ciclo del 48 ... contempla la más extraordinaria exaltación de masas que conozca la historia" [op. ctt., p. 214]. En la madrugada de ese ciclo, la percepción de la inminencia de la revolución hace volar la pluma con la que el socialismo revolucionario redacta su carnet de presentación, el Manifiesto comunista de 1848.

La fuerza de la clase

Una revolución, si triunfa, lo que obtiene es el poder del estado. Su programa será lo que se cree posible hacer desde el estado. El socialismo revolucionario no podía sino ser estatista: su manifiesto liminar no deja dudas al respecto. Su primacía fue la del socialismo de estado.

Pero, por supuesto, su propuesta nunca fue la única en danza.

Ante todo, debió abrirse camino polemizando contra la prédica de los "padres fundadores", pues hasta 1848 "el socialismo hizo sus llamamientos con el carácter de proyectos económicos o sociales, más o menos apartados de la política. El fourierismo, el owenismo, el icarianismo de Cabet, el cooperativismo de Buchez y el socialismo cristiano inglés eran todos ellos movimientos que se proponían realizar un comienzo constructivo que no necesitase de la ayuda del estado. Los políticos radicales acusaron a todos de que trataban de distraer a los obreros de la necesidad de establecer una democracia política como base necesaria para un cambio económico" [Cole, tomo I, p. 306].

Ahora bien, también a este respecto 1848 fue una divisoria de aguas. Si la derrota de las revoluciones, y el período signado por la reacción que vino después, devolvieron a la marginalidad a los radicales —entre ellos, a quienes redactaron el Manifiesto—, también mostraron la amplia cuota de razón que asistía a sus planteos.

La hora creativa de las grandes utopías lucía agotada, y sus herederos prácticos, los cooperativistas, aunque no poco hacían, se desdibujaban como alternativa para la emancipación de los explotados. Muy poco espacio le dejaba a su tarea la reacción continental. Y donde encontraban condiciones menos desfavorables, como en Inglaterra, resultaba que las cooperativas atraían y servían a sectores muy minoritarios, por lo general ajenos a las capas más postergadas de la sociedad. A tal punto que, de ese lado del canal de la Mancha, las cooperativas llegaron a ser impulsadas con el fin de alejar a los trabajadores de la tentación consistente en cuestionar el orden político y social vigente.

El estado, en la Europa de mediados del siglo pasado, era muy visiblemente el soporte de un gobierno de, por y para minorías. La democracia surgía naturalmente como prerrequisito insoslayable de toda mejoría auténtica en las condiciones de vida de las mayorías. Y para transitar hacia la democracia no se veía otra ruta que la revolución.

En términos tomados quizás de discusiones muy posteriores, lo que advenía tras la derrota de la revolución parecía decir que lo único viable era hacer la revolución, hacerla con mayor decisión y con mayor fuerza.

Nacido entre las reacciones en cadena provocadas por el encuentro de la Revolución Francesa con la Revolución Industrial, el marxismo se define como el intento de llevar hasta sus últimas consecuencias el programa de la primera mediante la acción, unificada a escala internacional, de la clase creada por la segunda. Base proletaria para un jacobinismo sin concesiones: en esa conjunción reside la clave de su fuerza

Todo lo comentado en esta sección está presente en el documento con el que Marx llama a prepararse mejor para una nueva instancia revolucionaria. En el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores podemos leer: "... la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que fuese en principio, por útil que se mostrase en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. Este es, quizás, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filántropos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema de trabajo cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus privilegios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. Recuérdense las burlas con las que Lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. ¡La Cámara de los Comunes — exclamó — es una Cámara de propietarios territoriales!'

La conquista del Poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros. La clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países, que se reunieron en un mitin público en Saint Martin´s Hall el 28 de setiembre de 1864, han resuelto fundar la Asociación Internacional* [Marx y Engels, tomo II, p. 361-362].

La fuerza de la clase no permitirá, en la Europa de Occidente, la conquista del Poder del estado, pero cimentará la primacía de la corriente socialista que por ese objetivo se define.

El ciclo jacobino toca a su fin

Antes de que semejante primacía se haga realidad, advendrá la nueva revolución. Y con su derrota, en la hora trágica de la Comuna de París, quedará sellada la suerte de esa "Primera Internacional" de breve historia.

En realidad, su influjo fue más bien escaso. Y, dentro de ella, los puntos de vista marxistas tenían más aceptación en el Consejo General que en las bastante escuálidas secciones nacionales.

En conjunto, los movimientos obreros tenían un carácter incipiente. El más desarrollado, que era por supuesto el de los trabajadores ingleses, ya por entonces hacía poco caso de la dimensión internacional; su orientación práctica era de otra índole: en Inglaterra "la clase obrera, o en todo caso la parte de ella más organizada, había ido mejorando económicamente de manera casi continua desde el decenio del hambre, el de 1840, y estaba más dispuesta a poner sus esperanzas en las negociaciones de los sindicatos obreros y en la extensión del derecho al voto, que a renovar las demandas 'cartistas' de una lucha abierta con las clases gobernantes" [Cole, tomo II, p. 168].

En Francia se iba articulando un movimiento obrero gravitante, pero —dentro de un mosaico de tendencias e influencias, entre las cuales sobresalía la de Proudhon las mayorías tenían puntos de vista muy distintos ciertamente de lo que llegaría a ser definido como marxismo. "Eran federalistas, trataban de constituir la organización de la clase obrera sobre una base local, confederando después las federaciones locales. La Francia libre a la que aspiraban sería una nación compuesta de comunidades locales autónomas, federadas libremente para fines comunes que exigiesen actuar en extensiones mayores, pero con la comunidad local como asiento del poder, y sin grandes grupos federales revestidos de autoridad coactiva. En este sentido, eran anarquistas, aunque este término apenas se había hecho de uso corriente; repudiaban la política estatal en todas sus formas, incluso la república democrática, y eran hostiles a los blanquistas, cuyas ideas de dictadura revolucionara les parecían mezcladas con concepciones autoritarias. La única autoridad que estaban dispuestos a reconocer era la del pueblo mismo, directamente expresada en el municipio o 'Comuna'. Rechazaban la idea de una élite que se considerase con derecho a representar al pueblo y a decirle lo que tenía que hacer" [ídem, p. 137].

Cuando brote la Comuna, los "internacionalistas" —es decir, los partidarios de la Internacional en sus variadas expresiones— no constituirán la mayoría. Esta llegará, en el espasmódico desarrollo de lo que fue una insurrección obligada, a manos blanquistas. Pues el episodio que devendrá el antecedente casi mítico de las revoluciones socialistas contemporáneas fue, más bien, el último jalón de la cadena iniciada en 1789, durante la cual los alzamientos del pueblo de París suministraron la levadura para el desarrollo del "socialismo francés". Aplastada la Comuna, desaparecen de la

escena tanto los continuadores de Robespierre, Marat y Saint-Just como los discípulos de Blanqui, su variante extrema. En las últimas décadas del siglo pasado —cuando en Europa se consolidan nuevos estados Nacionales, la industrialización se extiende como reguero de pólvora y el proletariado ya no puede ser dejado de lado— el jacobinismo clásico de la Gran Revolución tiene un heredero también grande y único.

b. Más allá del "socialismo francés"

Tras la derrota de la Comuna en 1871, Francia dejó de ser el centro de gravedad del socialismo europeo. En la Alemania en auge—signado por el rápido desarrollo económico y el proceso de unificación nacional coronado en Versalles tras su victoriosa consumación militar— también crecía el movimiento obrero. Para las fuerzas políticas que aspiraban a representarlo, la unidad aparecía como condición necesaria para avanzar. Así, los herederos de Lasalle se unieron a los partidarios de Marx para fundar, en el Congreso de unificación de Gotha de 1875, el Partido Social-Demócrata. Nacía el "partido modelo" de la concepción estatista.

Su programa original era el fruto de una transacción que Marx y Engels apostrofaron sin piedad. Sus objeciones, empero, apenas fueron conocidas y ninguna influencia tuvieron en la oportunidad. Sin embargo, la *Crítica del programa de Gotha* llegó mucho después a constituirse en un documento capital, pues recoge algunas de las más explícitas formulaciones de Marx en relación a la futura "sociedad comunista". Dos de ellas nos interesarán especialmente.

En la tradición del socialismo insurreccional, el objetivo de la lucha lo constituía el inmediato establecimiento de la igualdad entre los hombres, a la que se atribuye no sólo un inmenso valor ético sino también el carácter de condición necesaria y suficiente —casi nos atreveríamos a decir— de la felicidad común. Así, en el Manifiesto de los Iguales de 1797, escribió Babeuf: "No solamente tenemos necesidad de esta igualdad, cual resulta de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano: la queremos ver entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. Estamos dispuestos a todo, a hacer tabla rasa de todo lo demás sólo por conservar a ésta. ¡Perezcan, si es necesario, todas las artes, con tal de que quede la igualdad real!". La misma ha de surgir de "otra revolución mayor, más solemne: la última revolución". Al día siguiente de su triunfo "una masa de hombres completamente satisfechos" [tras] "haber estado buscando por tanto tiempo una felicidad que tan a la mano tenían ... estupefactos, se dirán unos a otros: ¡Qué poco costaba conseguir la felicidad común! No había sino quererla alcanzar. ¡Ah!, ¿por qué no la hemos querido mucho antes de ahora?. ¿Es preciso repetirlo una y otra vez? Sí, indudablemente, basta que, sobre la tierra, un hombre sea más rico y poderoso que sus semejantes para que el equilibrio se rompa y que el delito y la desgracia se ciernan sobre el mundo". El Manistesto termina así: "¡Pueblo de Francia! Abre los ojos y el corazón a la plenitud de la felicidad; reconoce y proclama con nosotros la República de los iguales" [Babeuf et al., 1969].

Por cierto, la virtud regeneradora de la igualdad es una de las "ideas-fuerza" de la tradición utopista en el socialismo. Con particular elocuencia la formula, por ejemplo, Etienne Cabet en su *Viaje a Icarta*, publicado por 1840.

En la Critica del programa de Gotha, Marx somete a una crítica implacable al reclamo igualitario, que el programa en cuestión formula mediante la reivindicación de "un reparto equitativo del fruto del trabajo". Ello supondría la incapacidad de ir más allá del "derecho burgués" y, de alguna manera, implicaría apuntar a un tipo de "igualdad" que cristalice todas las desigualdades ligadas a las diferencias de aptitudes y circunstancias personales. Para superar las consecuencias de esas diferencias inherentes a la condición de individuos diferentes, los derechos de cada uno no podrían ser iguales.

En realidad, Cabet ya ha adelantado una prefiguración de la famosa formulación marxista al escribir: "Derechos y deberes son iguales para todos; cada uno tiene el deber de trabajar el mismo número de horas diarias, según sus propias posibilidades, y el derecho de recibir una parte igual de todos los productos, según sus propias necesidades" [Owen et al., 1970, textos destacados en el original, como siempre que no se indique lo contrario].

Para Marx, la igualdad limitada a la retribución proporcional al trabajo realizado es un eslabón que sólo podrá ser superado tras un proceso prolongado. Sus "defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado" [Marx y Engels, tomo II, p. 16].

En esta óptica, la igualdad es algo mucho más complejo que para Babeuf y, consiguientemente, no se la encuentra al día siguiente de la victoria revolucionaria. Como para Cabet, un "período transitorio" se hace necesario, pero las causas de ello se vinculan a la propia dinámica de la sociedad y, en particular, a las condiciones de la vida material. Esa dinámica hará posible alcanzar una auténtica igualdad, que con Cabet define por la satisfacción de las necesidades de cada individuo:

"En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ello, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!" [ídem].

En el *Manifiesto de los Iguales* se afirmaba: "La Revolución francesa no es sino la vanguardia de otra revolución mayor, más solemne: la última revolución". Este tema mayor del socialismo insurreccional es reelaborado por Marx a la luz de lo que surgió del pueblo de París en 1871, para llegar a la célebre formulación que figura en la *Crítica del programa de Gotha*:

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado".

Dos tipos de "utopismo" —u optimismo ingenuo— han sido desplazados a esta altura de la corriente principal del pensamiento socialista. El inmediatismo de Babeuf —quien cree posible implantar, al día siguiente del éxito revolucionario, una igualdad concebida de manera más bien tosca, que ha de dar comienzo empero al reino de la felicidad— tanto como el posibilismo de Cabet, que cree posible convertir a ricos y pobres a su Evangelio: "¡Sólo proselitismo, y siempre proselitismo, hasta que las masas adopten el principio de la Comunidad!".

Pero ni las prevenciones de Cabet, respecto a los resultados nefastos de la violencia revolucionaria, ni las profecías de Babeuf, sobre las consecuencias de la desigualdad para la felicidad común, han sido verdaderamente enterradas. El socialismo insurreccional perderá definitivamente la batalla en la Europa de Occidente. Y la desigualdad en la distribución del poder será causa de "que el delito y la desgracia se ciernan sobre el mundo" de la Rusia posrevolucionaria, donde el estalinismo trató al igualitarismo con la saña que antaño reservó la Iglesia Católica para sus herejías de igual signo.

Todo ello, sin embargo, se bate en retirada en la década en la que Marx escribe sus últimos grandes textos. Su devastadora combinación de realismo para hoy —sustentado en una obra fundacional para el conjunto de las ciencias sociales y en la implacable disección de toda ilusión fácil— con un elocuente y lírico utopismo para mañana, recoge y reformula todo lo más potente del "socialismo francés" en una propuesta cualitativamente distinta. Cuando ya se vive en el continente la segunda etapa de la Revolución Industrial, sin que la extensión de los derechos políticos haya llegado realmente hasta la clase sobre la que cae el peso de la transformación productiva, la propuesta marxista avanza con el viento de la Historia a su favor.

c. El auge del marxismo clásico

El partido modelo

Poca atención prestaron los dirigentes del futuro partido modelo del marxismo a la indignada crítica que sus maestros dedicaron al programa con el que nacían. Más de quince años habrían de pasar antes de que las formulaciones programáticas de la socialdemocracia alemana devinieran ortodoxas. Mientras tanto, el período de represión signado por la vigencia de las leyes antisocialistas de Bismarck (1878-1890) configurarían la personalidad del Partido como estado de alternativa, nos atreveríamos a decir, en un país donde tanto el peso como la reciente conformación del estado hacía de éste un actor que parecía llenar todo el escenario, reclamando adhesiones de carácter totalizador y suscitándolas, tanto como rechazos de la misma índole. Estos últimos generaron verdaderas "contraculturas", de las que la socialdemocracia fue ejemplo notable; en especial, la vida artística que el partido promovió entre sus integrantes facilitó la continuidad de las relaciones entre ellos incluso durante el período en que su organización política estuvo prohibida.

Tonificado por haber sobrevivido a la represión, estimulado al verse convertido en un partido de gran arraigo entre las masas, el PSD radicaliza sus formulaciones y

adopta, en el Congreso de Erfurt de 1891, un programa netamente marxista, cuya fundamentación correrá a cargo de Kautsky como intérprete oficial de la ortodoxia socialdemócrata, a escala europea, en la última década del siglo pasado.

Durante esos años, la primacía de la concepción estatista al interior del vasto y por cierto heterogéneo movimiento socialista llegó a ser incuestionable. Por supuesto, nunca reinó en solitario durante la época de la II Internacional; he ahí quizás una de las razones de su indudable vigor teórico. Antes de que la llamada controversia revisionista traslade el ojo de la tormenta a la discusión entre tendencias surgidas todas de la común matriz marxista, de otras filiaciones ideológicas brotaron ricas alternativas a la línea oficial. Ocuparnos de ellas desbordaría los límites de este trabajo.

Pero no se puede dejar de mencionar la riqueza que encierra, a menudo disimulada por cierta escoria que en la época recibió la mayor atención, el complejo universo de las propuestas de índole anarquista.

Por cierto, mucho de lo que en la segunda mitad del siglo XIX escribieron pensadores catalogados como anarquistas, o anarco-comunistas, fue visto entonces como una supervivencia del pasado cuando en realidad anticipaban lúcidamente la problemática del porvenir. Ese orgulloso siglo de la máquina y de la ciencia mecanicista tendió a descartar como restos de utopismo o, peor aún, como un medievalismo trasnochado, enfoques que no poco tienen para decir sobre la vida contemporánea en general y sobre las motivaciones de la acción colectiva.

Una de las causas determinantes del éxito del marxismo fue su poderosamente estructurada teoría del devenir de la sociedad, que proporcionaba a sus adherentes la certeza de que la historia jugaba a su favor. Cuando esa visión se revela como un caso extremo del más bien infundado pero desbordante optimismo de la ciencia decimonónica, lo que fue motivo de fortaleza se transforma en su opuesto. En efecto, aquella certeza, que permitió subestimar otro tipo de fundamentaciones del socialismo, deja al esfumarse un gran vacío. Otras aproximaciones, por cierto mucho más modestas, sobreviven tal vez mejor a los embates del tiempo. Así por ejemplo, pensadores como Kropotkin y William Morris enfocaron lúcidamente problemas que tienen que ver con la calidad de la vida cotidiana y con las condiciones de trabajo, a los que se les sigue buscando soluciones, en los escritos y en las experiencias de inspiración socialista con mayor hálito renovador, sobre todo después de 1968.

Ahora bien —como se subrayó más arriba— muchas eran las causas que ligaban en ese tiempo a los intentos por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores con la acción política. Allí reside, seguramente, una de las razones decisivas de la primacía del marxismo sobre las diversas propuestas de la familia anarquista. El rechazo de ambas vertientes a todo recurso al estado de la época —formulado con particular énfasis en *Crítica del programa de Gotha*— encontraba sólido sustento en lo que ese estado mostraba ser. Prescindir de toda relación con cualquier estado o aspirar, a la inversa, a destruirlo de un solo tajo, eran alternativas sin mayor futuro. La fórmula marxista, más tarde desarrollada por Lenin —concentrar todas las fuerzas en la conquista del estado para convertirlo en un estado muy distinto que señale el comienzo del fin de todo estado— parecía una perfecta combinación del realismo con

el ideal. En todo caso, era una fórmula perfectamente propia del siglo XIX: cerrada, redonda y elegante, partía de un único principio general —enunciado de manera precisa y económica— para concluir en una también única línea de acción.

Por supuesto, no toda la ingenuidad se concentraba del lado de los "socialistas antiautoritarios", ni todo el realismo en el bando adversario.

Engels se siente sin duda a sus anchas cuando apostrofa: "... los antiautoritarios exigen que el estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aún antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios." [De la autoridad, en Marx y Engels, tomo 1, p. 617].

Pero, si la revolución es en verdad "la cosa más autoritaria que existe", ¿no luce angélico suponer que pueda constituir el punto de partida de la abolición de toda autoridad? Fácil es, sin duda, observarlo hoy, tras la experiencia del estalinismo y de varios parientes suyos. Pero, como bien se sabe, los "antiautoritarios" que enfrentaron a Marx en la I Internacional anunciaron ya entonces que la estrategia de sus rivales llevaba a la "absorción de todos los poderes de la sociedad en el estado" y, con ello, al fin de la libertad.

En fin, si sobre las visiones a largo plazo mucho puede decirse en favor de una y otra postura, dificil resulta negar que, en lo referente a la acción a corto y mediano plazo, el realismo, la comprensión profunda tanto de la dinámica social como de los problemas a enfrentar y en especial del papel de la política, estaban muy desigualmente repartidos. En tiempos de la II Internacional, la primacía del marxismo sobre la familia de tendencias anarquistas era incontrastable.

Una propuesta diferente

Sin embargo, hacia la misma época, fue formulada una alternativa, distinta de la postura "ortodoxa" de la socialdemocracia alemana, que luce bastante más viable que las antes mencionadas. El Partido Obrero Belga aprobó en 1893 un programa que por cierto daba gran importancia a la acción política. No podía ser de otra manera en un país en el que, tras varias huelgas generales, se había alcanzado ese mismo año una notable ampliación del derecho al sufragio. Recordemos, por otra parte, que Bélgica era teatro de un muy veloz desarrollo del capitalismo industrial y financiero. En ese contexto, recogiendo una tradición propia y original representada principalmente por el pensamiento de César de Paepe, los socialistas belgas levantaron un programa que, en relación al medio en que les tocaba actuar, parece al menos tan "realista" como el de los alemanes, pero que, a diferencia de este último, trasunta una profunda inspiración descentralizadora y libertaria. Subrayemos que ello no se expresaba ni en el rechazo de la política ni en la pretensión de liquidar abruptamente todo tipo de

Digitized by Google

autoridad, sino en la importancia atribuida a la comunidad local, a la participación de los obreros en la dirección de las empresas, y a la libertad del individuo. Por otra parte, su convocatoria aludía tanto a los impulsos morales como a la necesidad económica.

Esta concepción se expresó también a través de un programa de demandas inmediatas, amplio, coherente y en sí mismo interesante. Sin embargo, no llegó a amenazar el predominio ideológico de la concepción estatista. Las causas de ello tienen que ver con los motivos fundamentales que explican tanto el auge como la decadencia de esta última, por lo cual nos extenderemos un tanto en la consideración del punto, aun a riesgo de reiterar argumentos ya esbozados.

En la óptica de los socialistas belgas de fines de siglo parece trasuntarse una sofisticada comprensión tanto del papel de la política como de otras facetas de la actividad social, así como de la variedad de motivaciones que en ella se expresan. También cabe deducir de sus propuestas una visión "al día" del proceso histórico que vivían y de las formas de incidir en él. Pues bien, arriesgando la paradoja, sospecho que esa fuerza era su debilidad.

En efecto, esa concepción no podía desembocar en propuestas tan netas, tan unívocas, tan universales y a la vez tan atrayentes como las del marxismo. Este heredaba la fuerza de la tradición revolucionaria, la promesa contenida en la mágica palabra Revolución. Lo hacía a partir de una concepción muy articulada y esencialmente monista del devenir histórico, en un período en el que la realidad ofrecía numerosos asideros para una lectura de ese tipo y en el cual los paradigmas científicos tenían o aspiraban a tener esas características. Ofrecía así un fundamento a una estrategia internacional del accionar socialista, que respondía a las más caras aspiraciones, a los más sentidos valores del movimiento. Justificaba la máxima concentración de esfuerzos, a la que garantizaba logros prometeicos en tiempos de ese "Prometeo desencadenado" que era, según Landes, la Revolución Industrial; su llamado parecía tan razonable como el aforismo de Arquímedes, "dadme un punto de apoyo y moveré el mundo". La cuantía de las ilusiones que depositaba en el "mañana" ponía a su favor el élan del optimismo a la vez que vacunaba contra las ilusiones más o menos ingenuas de "hoy" y le permitía ser implacable con toda aspiración más modesta, con todo lo que significara resignarse a impulsar cambios graduales o sectoriales. El siglo de la revolución recurrente tocaba a su fin en Europa, pero ello no era aún evidente. La Revolución —en singular y con mayúscula— parecía surgir de la fuerza misma de las cosas, garantizando el tránsito del "hoy" al "mañana", y asegurando a esa explosiva mezcla de extremo realismo para hoy con extremo utopismo para mañana que fue el marxismo clásico el dominio de la escena en el teatro del pensamiento y de la acción socialista.

d. La hora de la Internacional

A fines del siglo, la II Internacional entra en escena. Creada en París al cumplirse un siglo de la gran Revolución, es la hora de auge del socialismo como movimiento y como propuesta de alcance internacional. Las consignas y demostraciones que presiden su surgimiento —la jornada de ocho horas, las manifestaciones simultáneas del Primero de Mayo— plantean la vigencia de la "cuestión social" con un vigor que sacude al Occidente. En la gravitación que ha conseguido la clase obrera, la nueva Internacional desempeña un rol mayor. Dentro de ella, la primacía corresponde sin duda al marxismo.

Sobre la II Internacional se han escrito ríos de tinta, un notable volumen de los cuales dedicado a criticar sus diversas carencias y limitaciones. Probablemente, una gran proporción de esos cuestionamientos sean acertados. Sin embargo, una defensa a mi juicio suficiente cabe en una sola línea: la II Internacional es la única digna de ese nombre que jamás haya existido.

La I Internacional —más allá de intenciones y sin desconocer ni su carácter precursor ni la trascendencia de las discusiones que en su marco se procesaron—fue poco más que el intento de coordinar grupos que, en los hechos, eran pequeños y, por lo general, sin mayor influencia en sus respectivos países.

La III Internacional, creada por el Partido Bolchevique —cuyas directivas no serán siquiera seriamente discutidas, al menos a partir del congreso de 1922— nunca llegó a agrupar a la mayor parte de los movimientos socialistas y obreros, pero muy pronto se transformó en la herramienta para la subordinación de muchos de ellos a los intereses de un gobierno nacional, lo que constituye exactamente lo opuesto del espíritu internacionalista original.

La IV, en fin, como lo anticipara Deutscher en oposición a Trotsky, nació muerta. Congresos socialistas, relativamente abiertos a todas las corrientes, de representatividad amplia y real, sólo han existido los de la Internacional entre 1889 y 1914. El que se reunió en Zurich, en 1893, resolvió: "Todos los sindicatos obreros serán admitidos en el congreso; también los partidos y organizaciones socialistas que reconozcan la necesidad de organizar a los obreros y la de la acción política. Por 'acción política' se entiende que las organizaciones obreras, siempre que sea posible, tratan de hacer uso de los derechos políticos o de conquistarlos, como asimismo el establecimiento de leyes a fin de conseguir mejoras para el proletariado y la conquista del poder político". La redacción, que evidencia trabajosas discusiones, muestra que había fronteras, definidas sin demasiada precisión y que dejaban al interior una gran variedad de tendencias. En ello radicó, seguramente, una de las causas del vigor del marxismo de la época: éste nunca reinó allí en solitario, por lo cual no pudo confiar su hegemonía a tribunales inquisitoriales. En la "Internacional" que el estalinismo moldeó —y un día, a su conveniencia, archivó, sin que nadie la llorara— eran impensables hasta los signos de aprecio por la polémica fermental, como aquel gesto admirable de Rosa Luxemburgo cuando, al cabo de un brillante discurso de Jaurès que ataca sus posiciones pero que no encuentra traductor al alemán, toma a su cargo la tarea de tal forma que admira a su contrincante. Se podrá pensar lo que se quiera de los aportes de Kautsky, Rosa, Bernstein, Plejanov, Lenin, Hilferding, Adler y tantos otros, pero si se los compara con las contribuciones de los teóricos de la "III", esos autores cobran estatura de gigantes.

La Internacional falló ante la prueba límite de la Guerra. En ese cementerio de

tantas generosas ilusiones decimonónicas que fue 1914 quedó enterrada la esperanza de que la hermandad obrera por encima de fronteras impidiera la carnicería minucio-samente preparada durante la larga "Paz armada". El chovinismo mostró por entonces su gravitación al interior del movimiento socialista: no dejará de hacerlo a todo lo largo de lo que hemos vivido desde entonces, aflorando tanto en la izquierda que gobierna como en la que es perseguida, y teniendo entre sus más conspicuos exponentes a herederos de quienes denunciaron la bancarrota patriotera de la Internacional. Esa experiencia posterior —una de las tantas que han desplazado la atmósfera espiritual del socialismo desde el optimismo hacia el pesimismo— ubica en un marco más amplio la quiebra de 1914.

En su congreso de 1907, reunido en Stuttgart, la Internacional resolvió: "Si existe la amenaza de que la guerra estalle, es obligación de la clase trabajadora de los países y estados, y obligación de sus representantes parlamentarios, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder activo y coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que le parezcan más apropiados, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y la situación política en general.

En el caso de que a pesar de esto estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista".

Esta resolución, redactada esencialmente por Lenin y R. Luxemburgo, no fue, por supuesto, llevada adelante, a la hora de la gran prueba, por la mayoría de la Internacional. Pero, en los aciagos días de mediados de 1914, cuando la histeria guerrerista barría Europa, las grandes demostraciones contra la guerra son impulsadas por la socialdemocracia. Antes de que estallen las hostilidades, sus dirigentes — Jaurès en primerísimo lugar— intentan evitarlas. Después, la mayoría se pliega, de mejor o peor grado, a las coincidencias de la "defensa nacional" en sus respectivos países. Hecho lamentabilísimo, sin lugar a dudas, pero que, en la perspectiva de la historia no debiera ser juzgado en términos de "traición" como — muy comprensiblemente— lo hicieron quienes, minoritarios en la Internacional, arrostraron no pocos riesgos para llevar a la práctica, hasta sus últimas consecuencias, la citada resolución de 1907. Con dimensiones propias del drama ático, ese acontecimiento ha quedado inscrito en el pórtico de la tragedia mayor que fue la Gran Guerra. Su análisis objetivo —al que no estamos en condiciones de aproximamos siquiera en estas páginas— debiera partir de la constatación de que, en ambos campos, las tendencias defensistas primaron en los principales movimientos de masas. Cabría luego comparar los aportes a la prevención de la guerra que, antes de agosto del 14, hicieron las diversas corrientes políticas de la época. Y, sobre todo, habría que tener en cuenta todo lo que después siguieron haciendo contra la Guerra diversas expresiones socialistas, minoritarias a escala de la Internacional pero surgidas en ella, e inspiradas en una tradición que se remonta por lo menos a los días en que Wilhelm Liebknecht y sus compañeros tuvieron el coraje de reclamar, en la Alemania imperial embriagada por la victoria de 1871, una paz honrosa para la República francesa.

Sospecho, en fin, que un balance sereno de la experiencia de la Internacional llevará a concluir que —desde varios puntos de vista, incluyendo el de las preocupaciones internacionalistas— ella constituyó una de las mayores contribuciones de la ingenua cuanto generosa audacia del siglo XIX.

e. Retrospectiva desde la cumbre

Sea cual fuere la valoración de lo que vino después, en la última década del siglo XIX el movimiento socialista internacional conoce una hora de auge indiscutible. Es el apogeo del marxismo clásico. Promedia la década cuando Engels, pocos meses antes de su muerte, escribe su último gran artículo. En una *Introducción*, fechada en marzo de 1895, a la nueva edición de ese trabajo capital de Marx que es *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, traza una suerte de "balance y perspectivas" del socialismo desde 1848. El texto en cuestión, muy debatido por más de un motivo, es extremadamente interesante, pero aquí no aspiramos a ofrecer un análisis de conjunto del mismo sino tan sólo a destacar algunos puntos pertinentes para el enfoque que venimos desarrollando.

El punto de vista que era el suyo casi medio siglo antes está claramente señalado por el autor: "Cuando estalló la revolución de febrero [1848], todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que había jugado el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora había partido nuevamente la señal para la subversión general?" [Marx y Engels, tomo I, p. 107].

Ahora bien, mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces, cambiando no sólo las condiciones objetivas sino también desmitificando las ilusiones de aquel momento. "Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido al derrocamiento y sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía en favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente." En todo caso, "la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias" (ídem, p. 108). En los años inmediatamente posteriores a 1848 parecía que la "revolución de la minoría" podría trocarse en "revolución de la mayoría", pero la historia desmintió tales esperanzas. Del proceso posterior se destacarían tres elementos centrales: la simplificación de las relaciones de clase, la primacía del marxismo y la unificación internacional del socialismo.

En efecto, afirma Engels, ha sido la difusión de la "revolución industrial la que ha

puesto en todas partes claridad en las relaciones de clase, la que ha eliminado una multitud de formas intermedias, legadas por el período manufacturero y, en la Europa Oriental incluso del artesanado gremial, creando y haciendo pasar al primer plano del desarrollo social a una verdadera burguesía y a un verdadero proletariado de gran industria. Y, con esto, la lucha entre estas dos grandes clases que en 1848, fuera de Inglaterra, sólo existía en París y a lo sumo en algunos grandes centros industriales, se ha extendido a toda Europa y ha adquirido una intensidad que en 1848 era todavía inconcebible. Entonces, reinaba la multitud de confusos evangelios de las diferentes sectas, con sus correspondientes panaceas; hoy, una sola teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha. Entonces, las masas escindidas y diferenciadas por localidades y nacionalidades, unidas sólo por el sentimiento de las penalidades comunes, poco desarrolladas, no sabiendo qué partido tomar en definitiva y cayendo unas veces en el entusiasmo y otras en la desesperación; hoy, el gran ejército único. el ejército internacional de los socialistas, que avanza incontenible y crece día por día en número, en disciplina, en claridad de visión y en seguridad de vencer" [p. 110].

Desde esa situación del presente se comprende con claridad la equivocación del pasado. Tras la última frase citada, sin solución de continuidad se establece: "Si incluso este potente ejército del proletariado no ha podido todavía alcanzar su objetivo, si, lejos de poder conquistar la victoria en un gran ataque decisivo, tiene que avanzar lentamente, de posición en posición, en una lucha dura y tenaz, esto demuestra de un modo concluyente cuán imposible era, en 1848, conquistar la transformación social simplemente por sorpresa".

Durante el siglo largo que separa a la toma de la Bastilla del momento en que las líneas precedentes fueron escritas, la Revolución no fue pensada, por cierto, como un avance lento, de posición en posición. Esta última perspectiva no es, sin duda, lógicamente incompatible con una concepción insurreccional, pero también parece claro que relativiza considerablemente la importancia del instante de ruptura, la rebelión propiamente dicha. Podría argumentarse que en ese texto de Engels están en germen las dos concepciones mayores de lo que ha de ser "la Revolución" después de Octubre, ambas coincidentes en minimizar el papel de la rebelión armada sorpresiva. Una, propia del "Oriente", o mejor dicho, del mundo colonial, extenderá el momento militar a todo un período y refundirá la concepción del "avance lento, de posición en posición" en los moldes maoístas de la "guerra prolongada". La otra, esbozada por Gramsci para el "Occidente", es decir, para los países de sociedad civil compleja y no subyugada por el estado, encarará una "guerra de posiciones" también prolongada pero en la cual la terminología bélica no constituye sino un arsenal de metáforas para describir las complejas luchas por la hegemonía.

En todo caso, para Engels era claro en 1895 que "la rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada" [p. 115]. A la par que abunda en argumentos para demostrar tal afirmación, sostiene que una nueva táctica ha sido sancionada por la experiencia. Tras pasar revista a los resultados electorales de la Socialdemocracia

germana, que a partir de 1871 multiplicó en 20 años por 17 su caudal, llegando a superar el 25% del total de votos emitidos, establece: "El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa consistió en el mero hecho de su existencia como Partido Socialista que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministraron a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal" [p. 113].

Por entonces, ni siquiera en la Europa Occidental tiene universal vigencia el sufragio universal. Y, sobre todo, muy desigual es la gravitación de los órganos que con arreglo al mismo se eligen. Sin embargo, en la perspectiva de un siglo, el cambio —que va desde la exclusión política total de las mayorías en los sistemas tipo "Ancien Régime" a los regímenes de extendida participación electoral de los años 90— no deja de ser notable.

En ese contexto, cambia el concepto mismo de lo que es una revolución: "La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años" [p. 118].

Utilizando por cuenta propia algunas de las frases de Engels, nos aventuramos a leer en su texto que la reflexión sobre la experiencia propia del movimiento socialista ha permitido desembarazarse de la "fascinación de la experiencia histórica anterior" para aprender, de "la historia de los últimos cincuenta años", que el intento de "conquistar la transformación social simplemente por sorpresa" revela una concepción esencialmente pre-marxista. Ahora bien, ¿qué deviene de la noción misma de Revolución en la óptica nueva?

Engels afirma que "hay que revisar la vieja táctica" y ejemplifica: "... incluso en Francia, los socialistas van dándose cuenta de que no hay para ellos victoria duradera posible a menos que ganen a la gran masa del pueblo, lo que aquí equivale a decir a los campesinos. El trabajo lento de propaganda y la actuación parlamentaria se han reconocido también aquí como la tarea inmediata del partido" [p. 119].

Por supuesto, subrayemos —rozando apenas una polémica que empezó con la publicación misma del texto glosado— que Engels no descarta en absoluto la "lucha armada" ni, mucho menos, la Revolución: el problema central no está allí sino en lo que ha de entenderse por "Revolución", cuando se considera que al respecto toda una época ha concluido.

Veamos en qué medida la cuestión resulta iluminada por la nueva táctica que se preconiza a partir del ejemplo —en su época deslumbrante, sin duda— del partido modelo de la II Internacional.

Creo que las siguientes citas resumen con fuerza —y sin descontextualizar, para usar un barbarismo de moda— el pensamiento del viejo maestro, a la hora del balance final.

Refiriéndose al crecimiento del electorado socialdemócrata, afirma: "Todas las intervenciones del gobierno han resultado impotentes contra él. Hoy podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias" [p. 120]. ¿Qué alternativas deja esa tendencia a los defensores del régimen? "Y si no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos" [p. 120]. A los que así han de proceder en el futuro les advierte: "... si ustedes violan la Constitución del Reich, la socialdemocracia queda en libertad y puede hacer y dejar de hacer con respecto a ustedes lo que quiera. Y lo que entonces querrá ..., no es fácil que se le ocurra contárselo a ustedes hoy." [p. 122].

En esta perspectiva, la Revolución—si ella es, como lo sostenía Engels en términos ya citados de otro texto, "el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles bayonetas y cañones ..."— queda reducida a una suerte de breve y fulgurante desenlace de una larga obra que hasta ese momento habrá mostrado tonos muy distintos y mucho más apagados. Su hilo conductor habrá sido la conquista lenta y gradual de las grandes mayorías (además de la clase obrera, "la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos": numéricamente, no será mucho lo que en tal caso quede del otro lado). Entonces, y sólo entonces, ha de advenir el instante de ruptura, cuya iniciativa quedaría en manos de la reacción. Por supuesto, todo esto no deja de plantear problemas —sobre todo porque cuando se llega a dilucidar qué parte de la población es la que impone su voluntad, por medios como los citados por Engels, los números que cuentan no son los mismos que en las consultas electorales. Pero, aún así, parece razonable entender que, en la perspectiva analizada, el centro de gravedad del proceso que ha de llevar a "una transformación completa de la organización social" ya no se ubica en el punto de ruptura sino en la prolongada etapa previa.

Ahora bien, si en el apogeo del marxismo clásico empieza a comprenderse que la idea de Revolución, tal cual se la recibió de la historia anterior, es, esencialmente, una idea premarxista, la "nueva táctica" esbozada en este trabajo lleva implícitos problemas nada pequeños, los que emergerán a la superficie de la polémica durante la "controversia revisionista" y que, más aún, condicionarán en gran medida la práctica socialdemócrata durante el siglo XX.

Observemos, en efecto, que la conquista de la mayoría tal como la encara Engels exige levantar un programa que atraiga tanto a los pequeños campesinos como a los pequeños burgueses, lo cual es dificil de conciliar con una plataforma clasista en sentido estricto. Pero la cuestión va mucho más allá de eso, pues, como se encara una labor de largo aliento, no basta con adoptar circunstancialmente lo que en términos marxistas es el programa de otra clase —como hará Lenin con el del campesinado

ruso, enarbolado por los social-revolucionarios—; hay que defender los intereses de esa otra clase en tanto tal, ajustando a ello prédica, reivindicaciones inmediatas y estilo de acción política; en caso de hacerlo, no dejará de incidir todo eso en el partido que así actúa, y en caso contrario, no se ve por qué aquél ha de conquistar a la mayoría de la clase en cuestión. En la primera hipótesis, un marxista tenderá a pensar que, inevitablemente, las contradicciones de clase se reflejarán al interior del partido mismo. Esto último no ocurriría, por cierto, si la proletarización de las mayorías tendiera a hacer desaparecer las clases intermedias. Engels, claro es, sigue pensando en términos de esa "simplificación" de la estructura de clases, pero parece creer que la conquista de la mayoría de la sociedad por la socialdemocracia avanzará más rápidamente aún, al menos en Alemania. La cuestión adquirirá toda su dimensión cuando llegue a discutirse si realmente la proletarización tiene la envergadura anunciada. En particular, si no fuere así, la revolución al estilo clásico no sólo supondrá una "vieja táctica" que ha llegado a ser obsoleta sino que, adoptada por el partido del proletariado, implicará algo mucho más grave: no se trataría de una revolución hecha por una pequeña minoría en nombre de la mayoría dominada sino de que esa minoría actúa en nombre de sectores mucho mayores pero que en conjunto no dejan de ser una minoría. Esta cuestión no hubiera inquietado a un jacobino: él actuaba en nombre del "pueblo", y no de una de sus clases. Un marxista podría, por un lado, sostener la vigencia de los factores que tienden a proletarizar al conjunto de los trabajadores y, por otro, argumentar que la legitimidad de la hegemonía del proletariado no se justifica porque sea la mayoría de la sociedad sino por su misión histórica. Ninguna de las dos líneas argumentales puede, siempre en la perspectiva del artículo de Engels. llevarnos muy lejos: basta, para comprenderlo, con recordar la cita relativa a Francia, donde dice sin vuelta de hoja que ganar la mayoría es ganarse al campesinado. Con la complejización inevitable de la táctica política de la socialdemocracia, en su seno las contradicciones se instalan para quedarse.

A la hora del esplendor de la II Internacional, el marxismo afianza su primacía en el movimiento socialista y encabeza sus grandes avances, doble proceso que multiplica su predominio: el éxito lleva al éxito. Al mismo tiempo, el éxito socava las condiciones que lo hicieron posible: en las cercanías del poder, los datos de la problemática a afrontar son muy otros que cuando se está lejos —aunque se viva bajo la impresión, como en 1848, de tenerlo al alcance de la mano—. Y, en fin, el éxito es conservador: se persevera en lo que ha dado resultado, aunque los propios resultados hayan trastocado la situación que los hizo posibles.

2. ADAPTACION O RUPTURA

a. El gran debate o el bautismo de la moderna socialdemocracia

"La unión de las masas con una meta que trascienda por completo el orden establecido, la vinculación de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo: ese

Digitized by Google

es el gran problema del movimiento socialdemócrata, el cual, consecuentemente, ha de trabajar y avanzar entre dos escollos: entre el abandono del carácter masivo y el abandono de la meta final, entre el retroceso a la secta y la degradación a movimiento burgués de reformas, entre el anarquismo y el oportunismo", escribió Rosa Luxemburgo en ¿Reforma o revolución? [Escritos políticos, p. 134].

Ese gran problema no será resuelto por el partido modelo del marxismo clásico. Este, al alborear el nuevo siglo, se encuentra con que su propio y espectacular crecimiento es el que genera el más formidable desafío a la ortodoxia, desafío que a la larga ha resultado victorioso en toda la línea.

Esa triunfante combinación de realismo para hoy y utopismo para mañana, que hemos creído ver en el marxismo ascendente de las décadas finales del siglo pasado, entra en crisis cuando la dimensión revolucionaria de su prédica —puerta de acceso a la esperanza en la "gran reforma del mundo"— llega a ser en muchos sentidos contraproducente para el trabajo cotidiano.

La complejidad de los problemas que debe enfrentar la socialdemocracia llegada a la mayoría de edad desborda todo "sistema", toda teoría omnicomprensiva de la acción social. Entonces, en la gran "controversia revisionista", se enfrentan dos simplificaciones mayores de signo opuesto.

Para hacer de lo que había llegado a constituirse en el grueso del trabajo cotidiano el fundamento de una renovación doctrinaria, Bernstein lanza su desafío a la ortodoxia: lo sustenta en una lectura de la realidad que capta muchos de sus puntos salientes, pero que tiende a dejar de lado todo lo que pueda perturbar una visión optimista del acontecer cotidiano.

Ante las tesis revisionistas, la dirección de la socialdemocracia alemana reaccionará de la manera conservadora que es esperable en un grupo humano que ha recorrido un camino largo y dificil obteniendo éxitos y reconocimientos crecientes. Ratificará, con apoyo mayoritario, tanto la práctica como el mensaje y la doctrina, aunque la continuidad de la primera haya llegado a ser imposible si la última describe ajustadamente la realidad.

Esta incompatibilidad será percibida, a la izquierda, por una minoría que se esforzará por encontrar sustento objetivo para el optimismo fundacional del marxismo, según el cual la sucesión de crisis agravadas garantiza a largo plazo el desenlace deseable.

La última concepción procurará rescatar la vigencia de la Revolución en Occidente. Con su derrota, dejará su sitio al marxismo-leninismo, autodesignado heredero del marxismo clásico pero que, a diferencia de éste, ya no tiene su centro de gravedad en las naciones más desarrolladas.

La concepción que primó en los Congresos que debatieron y derrotaron a las tesis revisionistas fue luego paulatinamente derrotada por sus vencidos en esas votaciones. Dichas tesis, tras varios avances que en alguna medida habían anticipado y no pocas catástrofes absolutamente ajenas a sus pronósticos, llegaron a constituir la base doctrinaria de quienes, aun repudiando a sus progenitores, fueron los principales herederos, en el mundo desarrollado, del socialismo que viviera su apogeo en la II Internacional.

Bernstein y la crítica del socialismo insurreccional

Parece asistirle toda la razón a Heimann cuando dice: "Con la revisión de la teoría marxista ortodoxa Bernstein quiso darle una adecuada base teórica a la estrategia reformista del movimiento obrero, por cierto ya practicada, particularmente del movimiento sindical" [Heimann, 1982, p. 13]. Es decir, se trataba de adecuar las palabras a los hechos, a lo que había llegado a ser en la década final del siglo XIX la práctica real de la socialdemocracia alemana, sobre todo en los sindicatos.

En la carta a la Convención de Stuttgart, Bernstein destaca que el propio Engels—en el texto que discutimos antes— admitió que en el *Manifiesto comunista* se había supuesto que el desarrollo de los acontecimientos sería mucho más rápido de lo que en realidad fue. Como los plazos serán mucho más largos de lo previsto—sostiene—resulta mucho más dificil de prever la estructura de la futura sociedad socialista, y también mucho menos importante. La actitud de Bernstein está diáfanamente definida: "Reconozco con toda franqueza que tengo muy poco interés e inclinación por aquello que comúnmente se interpreta como 'meta final del socialismo'. Esta meta, sea lo que fuera, no representa nada para mí; el movimiento, todo". ["Textos de Eduard Bernstein", p. 127, compilación incluida en Heimann, *op. cú*.].

Bernstein inició su crítica revisionista desde Inglaterra, donde seguramente fue muy influido por la evolución social de ese país que, según Marx escribiera, mostraba a los otros su futuro, pero en el cual las cosas habían cambiado no poco desde que Engels publicara *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. En sus planteos ocupa un lugar central un doble rechazo de la teoría del "derrumbe" del capitalismo como iniciador de la revolución.

Por un lado, considera poco probable no sólo tal derrumbe sino hasta las crisis económicas del tipo ya conocido entonces, pues el desarrollo económico las iría eliminando; sin arriesgarnos a discutir su fundamentación, podemos observar que, si lo primero fue confirmado por los hechos, lo segundo fue rotundamente desmentido. En ese sentido es que hemos visto en Bernstein una simplificación de los acontecimientos, orientada a compatibilizarlos con una concepción optimista del acontecer cotidiano.

Por otro lado, aún mayor importancia adquiere su visión de lo que pasaría en caso de que el "derrumbe" llevara a la revolución: "Resulta evidente que la socialdemocracia —el único partido que, considerando el desarrollo de partidos habido en Alemania, podría ser llevado al poder a consecuencia de un levantamiento de masas— se encontraría ante una tarea sin solución posible, tomando en cuenta la dispersión de las empresas en la industria, el comercio y la agricultura ... La socialdemocracia no podría eliminar por decreto el capitalismo, ni siquiera podría prescindir de él y, por otra parte, tampoco podría garantizarle aquella seguridad que requiere para cumplir sus funciones. Se desgastaría irremediablemente ante esta contradicción y el fin sólo podría ser una derrota colosal" [p. 125].

En suma, exactamente a la inversa de los textos fundacionales del marxismo, el derrumbe no es considerado ni probable ni deseable.

Bernstein considera que la concepción materialista de la historia fue experimen-

tando, en manos de sus propios creadores, una evolución que llevó a matizar el papel determinante de la base económica y que incluso la habría separado del estricto determinismo a partir de causas materiales que caracteriza al materialismo filosófico. "Sería el mayor retroceso, por ejemplo, regresar de la forma madura en que la planteó Engels en sus cartas a K. Schmidt y en las publicadas por el Soz. Akad. a la de las primitivas definiciones, dándole una interpretación 'monista' apoyada en éstas" [p. 158].

Se llega por esta vía a una reivindicación de la especificidad de lo político que —de hecho o de derecho— será compartida por todas las corrientes marxistas importantes de este siglo. En este caso, ello se plantea de manera muy sugerente: "...el grado de desarrollo económico alcanzado hoy en día otorga a los factores ideológicos y, en especial, a los éticos, más espacio que antes para su actividad independiente. A consecuencia de esto, la relación de causalidad entre el desarrollo técnico económico y el de las otras tendencias sociales es cada vez más indirecta y, así, las necesidades naturales del primero van perdiendo su poder para dictar las formas de las últimas. La 'férrea necesidad de la historia' está sujeta de esta manera a una limitación que ... para la práctica de la socialdemocracia, no significa una limitación, sino un aumento y calificación de las tareas sociopolíticas" [p. 158].

Podría entenderse lo que antecede como la afirmación de que el desarrollo mismo de la base productiva de la sociedad va posibilitando a ésta una gama mayor de opciones en todos los planos, incluso en el estrictamente técnico-productivo, por lo que —en este último como en los demás— los derroteros que se hacen realidad dependen en medida creciente de lo que acontezca a nivel socio-político.

Por supuesto —como ya se apuntó— la trascendencia del momento político es común a las dos grandes corrientes surgidas del marxismo clásico en este siglo. Dicho así, en términos casi banales, lo mismo era sin duda cierto en el pensamiento fundacional. En realidad, el rol fundamental de la acción política apenas si se desdibuja en algunas versiones de la línea oficial de la II Internacional que extreman el alcance de la "determinante económica". Pero, si tanto en el marxismo clásico o en su reformulación asociada al nombre de Lenin como en la revisión que simétricamente corresponde ligar al de Bernstein, el destaque de "lo político" es muy grande, el papel que se le atribuye es diferente. Corriendo los riesgos frecuentemente devastadores de todo esquema, podríamos aventurar el siguiente resumen. En la concepción monista de Marx, la necesidad histórica —articulada a partir del desarrollo de las fuerzas productivas y de las modificaciones consiguientes de las relaciones de producción lleva a la transformación de los modos de producción a través de la acción política revolucionaria, que resulta pues la herramienta privilegiada del cambio social. En Lenin se llega a aceptar que esa necesidad histórica opera en plazos mayores y a través de mediaciones más complejas, de donde la acción política dispone, si cabe decirlo así, de más grados de libertad, a la vez que tiende a convertirse en garante de aquella necesidad, tarea que exacerba su primacía y, de hecho más que de derecho, su autonomía. Por su parte, la crítica de Bernstein al "monismo" apunta tanto a la causalidad como a la herramienta: la relativa autonomía de lo político surge también del papel más limitado que se le atribuye y no sólo del cuestionamiento de la noción de necesidad histórica.

En efecto, "la Revolución" como momento fundacional de un nuevo orden social es el blanco central de la crítica revisionista.

Esa crítica se basa en un análisis de la experiencia revolucionaria europea durante el siglo XIX, análisis que atribuye importancia decisiva —y muy superior a la de la Comuna— al movimiento iniciado en París en febrero del 48. Este abre el camino a la implantación del sufragio universal, que marcaría el amanecer de una nueva era histórica: "el 24 de febrero de 1848 anuncia el inicio de la era de la democracia europea".

Esta apreciación parece conducir a un enfoque de "la cuestión social" por demás simplificado: "Con la libertad de opinión y reunión y la proclamación del sufragio universal ya se había decretado, en principio, la emancipación social del proletariado. Ahora sólo dependía de su propia capacidad valerse adecuadamente de los medios para convertir en realidad lo que ya existía" [ídem, p. 165].

Ahora bien, según la visión marxista, la "expropiación de los expropiadores", en la que culmina la etapa insurreccional, da comienzo a otra de carácter netamente constructivo, realizada bajo la "dictadura del proletariado". Precisamente, ésta última es, para Bernstein, inviable, no sólo porque considera económicamente inconducente el programa estatizador del Manifiesto sino porque, a su juicio, los trabajadores no pueden llegar a gobernar efectivamente. "Cuando la clase obrera no posee de antemano fuertes organizaciones económicas y no ha alcanzado, mediante la agrupación en organismos autónomos, un alto grado de independencia intelectual, la dictadura del proletariado significa la dictadura de literatos y oradores de club" [p. 201]. "A pesar del gran progreso intelectual, político y económico que ha experimentado la clase obrera desde los días en que escribían Marx y Engels, aún hoy considero que no se ha desarrollado lo suficiente como para asumir el monopolio exclusivo del poder político" [p. 202]. "Debemos ver a los obreros tales como son. Y ni están tan absolutamente pauperizados como preveía el Manifiesto comunista ni tan libres de prejuicios y debilidades como nos quieren hacer creer sus panegiristas. Tienen las virtudes y los vicios de las condiciones sociales y económicas en que viven. Y no pueden esas condiciones ni sus efectos ser eliminados de la noche a la mañana. Incluso la más formidable de las revoluciones sólo puede modificar muy lentamente el nivel general de la gran mayoría de una nación" [p. 202]. "No podemos pedir a una clase, cuya mayoría vive en condiciones de hacinamiento, que ha recibido mala instrucción y tiene un trabajo inseguro y salarios insuficientes, el elevado nivel intelectual y moral que supone la organización y existencia de una comunidad socialista. Por eso tampoco queremos atribuírselo falsamente. Alegrémosnos de la gran reserva de inteligencia, abnegación y energía que, en parte, ha revelado y, en parte, ha producido el moderno movimiento obrero, pero no atribuyamos sin discernimiento a millones lo que es válido para una élite de cientos de miles" [p. 203].

Todo apunta en una misma dirección: un tránsito gradual hacia el socialismo, o sea, el rechazo de la revolución como ruptura.

En particular, "el cuerpo administrativo de la sociedad del futuro previsible se diferenciará sólo gradualmente del estado actual" [p. 245].

De ello se deduce, por supuesto, que el papel del estado en la construcción de "la sociedad del futuro" no puede ser central: un "pensamiento básico—la necesidad de transferir la mayor parte de las actuales funciones del estado a cuerpos autoadministrados— debe ser mantenido cueste lo que cueste. La socialización de la producción directamente por el estado puede realizarse sólo en una proporción muy reducida. Si no queremos contentarnos con lo que, en ese sentido, son capaces de lograr administrativamente el estado y la burocracia, entonces se convierte en una necesidad imperativa, una mayor participación de los órganos democráticos de la autoadministración" [p. 248].

Corolario saliente del enfoque es una apreciación específica del sentido y la orientación de la militancia socialista: "Pero si debemos desistir de la idea de la catástrofe, entonces la que ha sido llamada labor socialista cotidiana adquiere naturalmente mayor valor, pues ésta ya no constituye sólo un paliativo válido en la medida en que es apropiado para mantener en condiciones de lucha a los obreros hasta la gran catástrofe, sino que pasa a ser un trabajo preliminar, importante y fundamental. Este es el elemento central que diferencia al revisionismo de la otra, es decir, de la antigua concepción de la socialdemocracia: es la mayor valoración de aquello que pertenece a la labor socialista cotidiana. Es la mayor valoración de la labor parlamentaria, no tanto como agitación —aun cuando también ésta tiene su justificación—sino en la perspectiva de resultados legislativos positivos, en la conquista de leyes que están orientadas a originar cambios tan profundos como sea posible en el derecho y en la economía. Es, además, una mayor valoración de la actividad socialista en los municipios, la que difícilmente puede ser sobrevalorada. Es un mayor reconocimiento de la importancia social de los sindicatos, desde la perspectiva de todas las funciones que pueden desarrollar en la vida económica; es un renovado interés en la ampliación sistemática de sus organizaciones, así como un interés en las cooperativas obreras de consumo" [p. 205].

Bernstein deduce de su enfoque otra consecuencia mayor, en cierto sentido simétrica de la precedente, cuya formulación misma es reveladora sobre el conjunto de su enfoque: "...sostengo que, en la actualidad, la socialdemocracia puede hacer más como partido de oposición que si llegara súbitamente al poder a consecuencia de una catástrofe. Este partido de oposición social, que como tal impulsa el desarrollo económico de manera tan eficaz y sin precedentes en la historia, en el caso de ser poder dominante probablemente se vería forzado, debido a la actual estructuración de la sociedad, a traicionar sus principios, en vez de producir efectos revolucionarios duraderos. En estas situaciones no se trata de lo que los partidos quieran, sino de lo que las circunstancias les impongan. Si paralizan el comercio, la producción y el tráfico, la gente no pregunta si lo que se hace es socialista, sino si les procura pan y trabajo" [p. 194].

Recapitulemos lo que nos parece la columna vertebral del enfoque de Bernstein:

- No hay "derrumbe" que garantice la toma revolucionaria del poder político por el proletariado.
- Esta última ha llegado a ser innecesaria por el desarrollo del sufragio universal, que ha de permitir un avance gradual hacia el socialismo.
- La dictadura del proletariado no sólo deja de estar inscrita en las leyes del desarrollo histórico, sino que es inviable —pues el proletariado no está en condiciones de asumir realmente el poder— y además indeseable, porque el tipo de gobierno que en los hechos ello significaría no podría asegurar la continuidad de la vida económica.

Así, al interior de la tradición marxista, surge una crítica radical de lo que hemos llamado su utopismo para mañana. La misma se sustenta en una apreciación realista de los problemas que supone el ejercicio del poder. Cabría decir que, acercándose al gobierno, la socialdemocracia ve lo que éste implica con mucho más detalle de lo que les era posible a los fundadores.

Al mismo tiempo, los avances logrados van siendo el nuevo cimiento de su cosmovisión, en la que se procura tanto resaltar lo que aconseja seguir el mismo derrotero como minimizar lo que podría cuestionarlo. Así, se tiende a ver una evolución, en lo económico y en lo político, mucho más armoniosa que la originalmente concebida, y también bastante más armoniosa de lo que los hechos sugerían al comenzar el siglo y mostrarian en su curso. Una suerte de realismo unilateral—realismo en la detección de factores coadyuvantes a una perspectiva gradualista e ingenuidad en la apreciación de los que la contradigan— caracteriza al pensamiento fundacional de la socialdemocracia del siglo XX.

Cabría anotar, todavía, que la adopción de una perspectiva lenta y sin mayor espectacularidad para el cambio social puede provenir de la convicción de que nada mejor hay disponible, en cuyo caso aquella puede ir acompañada de una lectura en clave pesimista del acontecer cotidiano. Pero Bernstein es un hombre del siglo XIX: su visión global es optimista, de donde lo es también su percepción de las posibilidades que abre el desarrollo capitalista, pues a su evolución gradual apuesta. Esto resulta particularmente nítido en su apreciación de la expansión colonial: "Tiene alguna iustificación, cuando se han adquirido colonias, que se examine cuidadosamente su situación y su porvenir, y que se controle la situación y tratamiento de los indígenas. como también otras cuestiones de administración; pero esto no es una razón para pensar, a priori, que esa adquisición sea algo censurable" [Citado por Cole, tomo III, p. 278]. Al sustituir una estrategia de ruptura por otra sustentada en la inserción en el sistema, la interpretación del capitalismo como la etapa más avanzada del desarrollo implica una abierta justificación del imperialismo: "...a los salvajes sólo se les puede reconocer un derecho condicional a la tierra que ocupan. En último término la civilización más elevada puede exigir un derecho superior" [ídem].

La respuesta de Rosa Luxemburgo: el canto del cisne del marxismo clásico

Bernstein concluye su libro fundamental reclamando al Partido que se animara a mostrarse como lo que en realidad era, vale decir, un partido democrático y socialista

de reformas. Reforma social o revolución, publicado en 1900, fue la respuesta de R. Luxemburgo.

La autora encarnaba dentro de la socialdemocracia una respuesta tajante a los nuevos problemas que le planteaba su propio crecimiento. Bernstein representaba un desarrollo lógico de una de las lecturas posibles del texto de Engels, que antes glosamos in extenso: el sufragio universal es la verdadera herramienta del cambio social, por lo que no sólo corresponde defender su vigencia por todos los medios posibles, sino también dejar de lado vías alternativas. Su más temible adversaria en la gran polémica tenía un punto de vista seguramente más afin al del marxismo original. tanto en lo que se refiere a lo que harían las clases dominantes ante el avance electoral de la socialdemocracia como a la vinculación entre el socialismo y la insurrección: "...era completamente contraria a la idea de que 'la Revolución' podía ser aplazada hasta que el partido hubiese conseguido una mayoría parlamentaria para realizarse después sin recurrir a la violencia, sino mediante una renuncia negociada del régimen antiguo. Ella no creía que fuese posible esa renuncia: pensaba que era mucho más probable que, si parecía que los socialdemócratas estaban próximos a conseguir mayoría, el partido volviera a ser declarado ilegal, y acaso fuera suprimido el derecho de sufragio para todos los varones, como había sucedido en Sajonia. Por consiguiente, quería que el partido estuviese decididamente preparado para actuar ilegalmente, para hacer propaganda entre las fuerzas armadas, y para enfrentar al gobierno a fin de derrocarlo; pero en estas cuestiones los jefes del partido estaban aún menos dispuestos [que en lo relativo a una acción sin contemplaciones frente a los revisionistas] a considerar sus consejos" [Cole, tomo III, p. 454].

Para los dirigentes de la socialdemocracia alemana del 900, romper con Bernstein era mucho más que desprenderse de un dirigente que no había encontrado en los congresos del partido demasiado apoyo para sus teorías. En la medida en que éstas representaban el intento de adaptar los dichos a lo que era una parte creciente de los hechos, semejante ruptura los hubiera enfrentado de una u otra forma a diversas prácticas del partido y, seguramente, truncado el crecimiento de éste. Para R. L., el accionar real del partido lo iba alejando inexorablemente de su vocación revolucionaria, por lo cual la formulación explícita de los puntos de vista revisionistas constituía una bienvenida oportunidad para, mediante la ratificación de la teoría, apuntar a la modificación de la práctica.

La mayoría de la dirección no quería admitir lo que ambos protagonistas mayores del debate afirmaban, con toda razón: en él estaba en cuestión la idea misma de "la Revolución" sobre la que habían construido su movimiento.

En su libro ya mencionado, R. L. procura plantear la disyuntiva de manera tajante: "Para el socialismo científico la necesidad histórica de la revolución socialista se manifiesta sobre todo en la anarquía creciente del sistema capitalista, que empuja a éste a un callejón sin salida. Ahora bien, si se supone con Bernstein que la evolución del capitalismo no marcha en dirección a su propio hundimiento, entonces el socialismo deja de ser objetivamente necesario "[Rosa Luxemburgo, Escritos políticos, p. 54]. En este último caso, "el socialismo deja de ser una necesidad histórica para

convertirse en lo que se quiera menos en un resultado de la evolución material de la sociedad" (ídem, p. 55). Por lo tanto, abandonar la perspectiva del derrumbe del sistema capitalista implica "que la transformación socialista de la sociedad pasa a ser una utopía ..." (p. 56). De alguna forma, la rueda de la historia habría dado una vuelta completa y estaríamos de regreso a la etapa anterior al marxismo. De allí el esfuerzo que en esta obra se hace por demostrar que no existen medios de adaptación capaces de evitar el colapso del sistema capitalista.

Por otra parte, ¿en qué medida la propia dinámica del capitalismo permite la progresiva introducción de elementos del socialismo? La conclusión del análisis que al respecto presenta R.L. es de corte clásico: "Si las relaciones de producción de la sociedad capitalista se aproximan cada vez más a las del socialismo, sus relaciones jurídicas y políticas, por el contrario, levantan entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista un muro cada vez más alto. Ni el desarrollo de las reformas sociales ni el de la democracia contribuyen a perforarlo, sino, al revés, no hacen más que fortalecerlo, endurecerlo. Por consiguiente, sólo será posible derribarlo con el golpe de martillo de la revolución, es decir con la conquista del poder político por el proletariado" / lop. cit., p. 81].

Aquí está la divisoria de aguas, que la propia R. L. define con precisión: "...para la concepción corriente la relevancia socialista de la lucha sindical y política estriba en que prepara al proletariado, es decir, al factor subjetivo de la revolución socialista; para la realización de ésta. Para Bernstein consiste en que la lucha sindical y política va limitando gradualmente la misma explotación capitalista, le arrebata a la sociedad capitalista cada vez más su carácter capitalista y le va imprimiendo un carácter socialista; en una palabra: está llamada a realizar en sentido objetivo la transformación socialista de la sociedad. Si las cosas se examinan más de cerca se ve que ambas concepciones son diametralmente opuestas. En la concepción usual en el partido, el proletariado llega a través de la lucha sindical y política a convencerse de la imposibilidad de transformar en profundidad su situación a través de esa lucha, así como de la inevitabilidad de una toma definitiva del poder político. En la concepción de Bernstein se parte como premisa de la imposibilidad de la toma del poder político para acabar hablando de la introducción del socialismo únicamente por medio de la lucha sindical y política" [ídem, pp. 82-83].

No hay, pues, en principio, diferencia respecto a la práctica de la socialdemocracia sino en relación al significado de la misma. Pero, cuando Rosa escribe, ya lo que denomina la "concepción usual" en la materia ha sido superada en los hechos; dicho de otra manera, la interpretación oficial tiende a mantener un puente —cada vez más delgado y alargado—entre la doctrina oficial y la práctica real. ¿Podría haber sido de otra manera? Una organización política persevera en lo que parece tener éxito; cuando no se trata de una pequeña secta sino de un movimiento de masas, su verdadera "concepción" de las cosas se liga estrechamente a su práctica cotidiana y sobre todo a los logros de la misma. Por cierto, no tiene por qué identificarse con éstos ni con aquélla, pero de la necesidad de hacer otra cosa sólo la convencerán eventualmente los fracasos, claros y netos. Y si estos demoran en aparecer, una

práctica prolongada no podrá dejar de generar una dinámica específica de costumbres, intereses creados, expectativas, formas de pensar. Suponer lo contrario parece poco condicente con la concepción materialista de la historia. Quizás aquí reaparezca una vez más la cuestión de los plazos: un período comparativamente breve de auge sindical y electoral de la izquierda, bloqueado "ilegalmente" por la reacción, podría generar el tipo de convicción que R. L. anticipa. Pero no resulta fácil imaginarse que una acción sindical y política en pro de reformas, realizada con margen nada despreciable de éxito a lo largo de muchos años, prepare realmente para un tipo de lucha muy diferente. Esa dinámica práctica tenderá más bien a modificar la "concepción usual", haciendo primar su propia lógica hasta alterar la perspectiva estrictamente clasista, en la medida en que ésta llegue a convertirse en un obstáculo para seguir avanzando por los mismos caminos, R. L. anticipa con claridad el futuro: "Lo más fácil y probable es que se dé un cambio de táctica para obtener por todos los medios los resultados prácticos de la lucha, es decir, las reformas sociales. El punto de vista irreconciliable, duro, sólo tiene sentido si se aspira a la toma del poder político. En cuanto el objetivo fundamental pasa a la obtención de éxitos prácticos inmediatos, se convierte cada vez más en un simple obstáculo" [p. 84].

Acierta también, sin duda, cuando dice que la táctica de sus adversarios se sustenta en la ulterior atenuación de las contradicciones capitalistas, mientras que la propia lo hace en la agudización de las mismas. La segunda perspectiva es, por supuesto, la del marxismo clásico, cuyo ciclo de alguna manera cierran la obra y la lucha de Rosa Luxemburgo.

El marxismo llegó a primar en el mundo del pensamiento socialista porque logró combinar, en el marco de una vasta y profunda síntesis explicativa de la evolución social, una muy afinada apreciación de ciertas tendencias centrales en la Europa del siglo XIX y, en particular, un "realismo" cierto en el análisis del presente, con una visión del "mañana" en el cual la realización de las grandes utopías parecía garantizada por aquella concepción global, pero cuyos plazos y formas específicas dependían en grado considerable de lo que hiciera la clase obrera.

Bien pertrechado con semejante bagaje ideológico, el socialismo de la II Internacional encabezó una variada acción de masas que desembocó en una considerable apertura del sistema político para el proletariado y en una apreciable mejora en las condiciones de vida de éste. Tales avances, paralelos al de la organización sindical y partidaria de los trabajadores, parecían acercar al "mañana" anunciado por el marxismo, al mismo tiempo que devenían anacrónicas las formas ensayadas antaño para despejar el camino —esas insurrecciones de minorías al estilo del 48 que, según escribiera Engels, pretendían "conquistar la transformación social simplemente por sorpresa"— y se realzaba el papel del sufragio universal.

A tal altura del proceso cabe pues —es la opción de Bernstein— hacer del voto a la vez fuente de legitimación y herramienta para la construcción del socialismo. Pero entonces no es dificil sostener que su realización deviene contingente. Para la perspectiva clásica es por ende esencial que el logro de los objetivos planteados no sea función del éxito o del fracaso de lo que Engels llamaba, en el trabajo tantas veces

mencionado, la vieja o la nueva táctica: "La Socialdemocracia no hace depender su meta final ni de la violencia victoriosa de una minoría ni del predominio numérico de la mayoría, sino de la necesidad económica —y de la conciencia de esa necesidad—que conduce a la eliminación del capitalismo por las masas populares y que se expresa sobre todo en la anarquía capitalista" [R. Luxemburgo, op. ctt., p. 99].

Derrumbe y ruptura: esas son las vigas maestras de la transformación social, en la perspectiva marxista clásica que R. L. defiende. Derrumbe del régimen capitalista, causado por sus propias contradicciones, inexorablemente destinadas a acentuarse. Ruptura revolucionaria, mediante la cual el proletariado ha de convertir el desplome de un sistema social en el comienzo de otro.

Dinamizado por esa doble perspectiva para el mañana, avanzó el movimiento socialista. El "mañana" pareció acercarse; en el orden del día se planteó por supuesto la cuestión de saber si el "hoy" empezaba a parecerse a ese "mañana", cuya descripción datada "ayer" tanta energía había liberado. Y entonces el debate fue víctima de la unilateralidad, del monismo implícito o explícito de las concepciones decimonónicas, de su visión unilineal de la evolución social.

Por supuesto, la acción política genera concepciones unilaterales, parciales, esquemáticas, sobre todo en tiempos agitados: los matices y las dudas de índole académica no son recomendables para resolver exigencias del "aquí y ahora". En la gran polémica, es bien natural que R. L. sostuviera la primacía de una sola gran tendencia de la evolución social: estaba defendiendo a una concepción, basada en ese punto de vista, que había permitido notables avances en el conocimiento y en la acción; creía que se corría el riesgo de perder el rumbo al acercarse a los momentos decisivos —la sensación de la inminencia de tales momentos signa su obra como su vida—, además, era una pensadora del siglo XIX. También lo era Bernstein, quien, descreyendo, con abundante justificación, de la tendencia al colapso, construye su alternativa sobre la afirmación de la atenuación "urbi et orbi" de las contradicciones del capitalismo y reivindica para la socialdemocracia una adaptación integral a esa perspectiva.

En el medio siglo que siguió al debate, ciertas contradicciones se atenuaron y otras se agravaron. La historia fue —en todo el mundo y particularmente en Europa—cualquier cosa menos armoniosa. Pero nada parecido al "derrumbe" tuvo lugar.

Durante ese tiempo, la suerte de la socialdemocracia osciló abruptamente ante la sucesión de las crisis: el inicio de éstas le ofreció a menudo oportunidades que sólo se mantendrían abiertas si la polarización social no se ahondaba. Después de 1950, cuando los puntos neurálgicos de las grandes contradicciones se fueron alejando de la Europa Occidental, la perspectiva bem-steiniana de "atenuación y adaptación" afirmó su primacía.

Hacia 1900, tendencias de signo muy diverso eran ya notorias, haciendo muy compleja una trama que en los años siguientes fenómenos inesperados diversificarían aún más. Para R. L. es vital evitar que la maraña del acontecer económico y social cotidiano, susceptible de diversas lecturas bien fundadas, arroje dudas sobre la inevitabilidad del derrumbe; tiene pues que reivindicar la deducción de ello a partir de la ley del valor, lo cual, como se sabe, es insostenible.

No menos importante le resulta mostrar que la alternativa a la ruptura constituida por el gradualismo democrático y reformista carece de destino; sostiene así que "las instituciones democráticas ya han agotado en gran parte el papel que tenían que jugar en pro del desarrollo burgués" [op. ctt., p. 112]. En la perspectiva del largo plazo, este error de apreciación es tan importante como indiscutible. Su contracara fue el progresivo desvanecimiento de la alternativa revolucionaria en los países capitalistas más desarrollados.

b. Octubre: el aleph de la Revolución

- "__ ¿El Aleph? repetí.
- SI, el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos."

J. L. Borges

"La guerra —escribía Engels a Paul Lafargue en 1889— es para mí la eventualidad más terrible ..., una guerra en la que habría 15 o 20 millones de combatientes, una inaudita devastación sólo para alimentarles, una supresión forzosa y universal de nuestro movimiento, un recrudecimiento del patrioterismo en todos los países, y finalmente un debilitamiento diez veces peor que después de 1815, un período de reacción fundado en la inanición de todos los pueblos ensangrentados para nada; todo esto, ante las pocas posibilidades que existen de que esta guerra encarnizada se convierta en una revolución, me da verdadero horror ..." [citado por Bruhat, 1975, p. 234].

El horror se hizo realidad. Poco pudo hacer para evitarlo la Internacional, pese a su famosa resolución de 1907. Sus impulsores, que por cierto eran representantes ya cuando se la adoptó de una minoría en el movimiento obrero europeo, se encontraron con escasa influencia en 1914. Procuraron a partir de ese momento llevar a la práctica el segundo compromiso estampado en ese texto, según el cual si, pese a los esfuerzos de la Internacional, la guerra estallaba, habría de convertírsela en el punto de partida de la Revolución.

Lenin y los bolcheviques en Rusia, Rosa Luxemburgo y los espartaquistas en Alemania, representaron los vértices de ese supremo esfuerzo del socialismo revolucionario. Sus suertes disímiles marcaron un gran viraje en la historia del socialismo.

Lenin y Trotsky dirigieron el alzamiento de Octubre concibiéndolo como el prólogo de la Revolución en esa Europa que el marxismo consideraba madura para el socialismo. Sólo en esa perspectiva se justificaba la insurrección obrera y la toma del poder por los bolcheviques en una isla rodeada por ese océano del atraso que constituía la Rusia predominantemente rural.

En un artículo famoso, Gramsci celebró la insurrección bolchevique y dijo de ella que "es la Revolución contra *El Capital*, de Carlos Marx. *El Capital*, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que el libro de los proletarios. Era la demostración

crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiese siquiera pensar en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución" [Gramsci, 1977, p. 34]. Seguramente Lenin no compartía el punto de vista de su admirador; a su entender, el marco adecuado para ver el proceso era la Europa entera, en la que el ciclo burgués tocaba a su fin, correspondiendo a los rusos tan sólo ser la chispa del incendio final, de la revolución proletaria contra el capital prevista en *El Capital*.

Pero la Revolución en Alemania fracasó. Para que así fuera, no poco hizo la corriente mayoritaria de la socialdemocracia y, en especial, aquellos de sus dirigentes que con entera justicia fueron designados como "socialistas del estado Mayor". Sin embargo, en la perspectiva que da la historia vivida desde entonces, parece claro que las causas fundamentales de lo que en esa instancia ocurrió deben buscarse en otros elementos.

Ante todo, porque lo que llegó a su fin en los años que siguieron a la Gran Guerra fue el ciclo de las insurrecciones socialistas en el corazón del mundo capitalista, en la zona más desarrollada del planeta. Fenómeno de tal entidad no puede explicarse principalmente por la conducta de ciertos núcleos dirigentes, sobre todo cuando la misma se mantiene consecuentemente a lo largo de décadas. Porque—como con toda razón lo subrayaba Bernstein-la mayoría de la socialdemocracia alemana era en los hechos opuesta a toda perspectiva insurreccional veinte años antes de que estallara la revolución en Alemania. Y lo siguió siendo. El gobierno cayó en sus manos, y entonces actuó como el partido moderado de reformas que era. El proceso político y social anterior y posterior a los dramáticos acontecimientos en los que quedó enterrada la profecía marxista clásica mostró que ese partido representaba a una consistente proporción de la población, incluyendo a buena parte de la clase obrera. Una interpretación de lo sucedido que se inspire en lo mejor de la aproximación marxista —como historia razonada a partir de la dinámica social profunda— no puede, pues, vertebrarse en torno a las acusaciones de "traición". Aunque, por cierto, hubo traiciones a los ideales proclamados, a los compromisos asumidos y, en ciertos casos, a los derechos humanos elementales, como las de quienes encubrieron el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebnechkt.

Quizás las cosas pudieron acontecer de otra forma y —con otros jefes, otra preparación previa, otro juego del azar— en medio del derrumbe del Imperio Alemán pudo haberse constituido un real Poder de los Consejos. Pero cabe dudar seriamente de la permanencia que podría haber logrado ese "nuevo orden". Dos razones, estrechamente vinculadas entre sí pero distinguibles una de otra, sustentan esta óptica. Por un lado, como ya se anotó, los elementos de juicio disponibles hacen pensar que la mayoría de la población no respaldaba ese curso de acción. En ese contexto, para la izquierda maximalista, se hubiera tratado de "intentar la transformación social por sorpresa" —como escribía Engels en relación a las revoluciones de 1848—. (De paso, al revés de lo que dice J. L. Romero en la obra que antes citamos, nos parece que el "ciclo del 48" llega a su término justamente hacia 1918.) Y esa tarea

se le habría planteado en una nación donde, pese al tremendo peso del estado, la sociedad civil no estaba en absoluto postrada a sus pies, sino que era capaz de ricos y variados desarrollos relativamente autónomos —como lo indica inmejorablemente la travectoria del movimiento obrero y socialista alemán—. En esas coordenadas, y en las condiciones de penuria creadas por una terrible guerra perdida, revertir la predisposición mayoritariamente contraria a un hipotético gobierno socialista, surgido de una insurrección, hubiera sido posible sólo si el mismo demostraba rápidamente su capacidad para reorganizar la vida económica. Y aquí llegamos a la segunda de las dos razones a las que aludíamos al comienzo de este párrafo. Es que cabe pensar que el ala revolucionaria de la socialdemocracia no tenía un programa viable para esa eventualidad, e incluso que esa carencia era bastante conocida. En efecto, las dificultades que encontraría un "poder proletario" para organizar la producción fueron netamente destacadas por Bernstein, en lo que nos parece uno de los cimientos de su análisis. Y es notable llegar al fin del libro —ya comentado con cierto detalle que Rosa Luxemburgo dedicó a refutar las tesis revisionistas sin encontrar un examen de lo que podría pasar con la producción después de "la toma del poder".

Sea como sea, a partir de 1918, los bolcheviques deben aceptar que —una vez más— la Revolución en Europa se hará esperar, y esbozan estrategias para sobrevivir a la demora.

Trotsky no se resignará nunca a dejar de esperarla. Quien con su concepción de "la revolución permanente" fuera el genial precursor de Octubre —el auténtico teorizador a priori de la estrategia que los bolcheviques llegarán a hacer suya y cuya puesta en práctica lo tuvo al frente en momentos decisivos—sabe bien que ese "asalto al cielo" que ha encabezado sólo puede constituir el primer escalón hacia el socialismo de la propuesta clásica si abre el camino a la revolución en el seno del capitalismo maduro. El máximo exponente del revolucionario occidental clásico —orador de barricada y de polémica sin par, escritor brillante, estratega genial, presidente del Soviet de Petrogrado en dos revoluciones, organizador de la insurrección y del ejército revolucionario: para encontrar un personaje comparable habría que fundir en una sola persona lo más notable de cada uno de los grandes jefes jacobinos— representa el enfoque intelectual y la actitud vital de quienes, después de la Gran Guerra, siguieron reivindicando la concepción clásica de la revolución.

Esa concepción constituía también, por supuesto, la columna vertebral de la construcción intelectual de Lenin. Pero este hombre de dos mundos —heredero distinguido de la tradición marxista y modelo para el futuro intelectual jefe de revoluciones tercermundista— es ante todo un constructor de estado. El pensamiento de Trotsky, como el de Rosa Luxemburgo, es clásico también en el sentido de que no supera la crítica revisionista a las concepciones originales sobre el ejercicio del poder por el proletariado. Por el contrario, el pensamiento de Lenin es post-revisionista, porque representa una respuesta orgánica al de Bernstein. En efecto, puede leerse la concepción leninista del partido como la construcción de una solución al problema de salvar la estrategia de "la toma del poder" de todas las dificultades destacadas por el revisionismo.

La Revolución anunciada pasa por conquistar y conservar el poder, lo que a su vez exige construir un estado nuevo. El partido ha de ser el embrión de ese estado y, así, la garantía de la Revolución. La autonomía de lo político—que de hecho en Lenin no es menor que en Bernstein— permite construir a ese nivel una suerte de acelerador y/o garante de la necesidad histórica, la cual, si bien parece actuar de manera menos inmediata que en la concepción originaria, sigue siendo la clave de bóveda de todo el edificio. Lenin no apuesta a la inminencia de la Revolución—en enero de 1917 dice desde Suiza que quizás haya que prepararse para medio siglo de capitalismo— pero cree que ella no dejará de ser viable, que podrá esperarse su llegada con confianza, a condición de que siempre, por complejas que sean las circunstancias y altos los costos, se mantengan abiertas vías de acceso al poder y se vaya forjando un instrumento capaz de ejercerlo, es decir, ante todo de conservarlo. Ello define una línea táctica tanto como una visión estratégica.

Ejemplo elocuente de esa aproximación a la problemática revolucionaria es el gran debate que tuvo lugar en el seno de la socialdemocracia rusa en torno a los acontecimientos de 1905. Los mencheviques, que representaban sin duda alguna la interpretación ortodoxa del marxismo —es decir, la preconizada por la dirección del partido alemán, ideológicamente hegemónica en la Internacional—, venían a decir en síntesis lo que Gramsci, en la cita insertada más arriba, entiende como el corolario lógico de *El Capital*. Vale decir, en la Rusia feudal la revolución no podía sino ser democrático-burguesa y por ende su dirección no podía sino estar en manos de la burguesía; recién cuando ésta hubiera cumplido sus cometidos históricos podría el proletariado encabezar una revolución, que sería la propia.

En Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática, su libro de 1905, Lenin desarrolla un punto de vista heterodoxo. Coincide en que la revolución no puede ser sino burguesa, pero, conocedor a fondo de la realidad rusa, sabe que la burguesía no está en condiciones de realizarla. Durante el siglo XX, esa óptica será compartida por muchos a lo largo y a lo ancho de ese inmenso mundo colonial y semicolonial afectado por la expansión imperial del Occidente capitalista. Para lograr el derrocamiento de la autocracia y garantizar la erradicación del feudalismo, Lenin propone una "alianza" entre la clase obrera y los explotados del campo —esa abrumadora mayoría de la población rusa—capaz de forjar la "dictadura democrática del proletariado y del campesinado". Por esa vía, el proletariado participaría en el poder y aseguraría la llegada a Rusia de la revolución burguesa, sin la cual no podría haber, en la perspectiva ortodoxa, revolución socialista.

La fórmula presenta, sin duda, complicaciones varias. Pero recoge la tradición jacobina del marxismo —y también la tradición revolucionaria de la vieja Rusia—dando un lugar destacado a la voluntad revolucionaria, más bien desdibujada en la concepción menchevique, según la cual habría en cierto sentido que esperar las iniciativas de otra clase social. Fijando un objetivo para la organización revolucionaria, vuelca hacia ella grandes energías, a las que potencia ubicando su despliegue en una perspectiva general de la evolución social. Recoge así, en condiciones nuevas, una de las causas básicas de la primacía del marxismo. Justifica, en ese marco tan distinto al

clásico, la preservación de la consigna central —"la toma del poder por el proletaria-do"— y esboza una solución al problema de cómo conservar ese poder, a través de la alianza con el campesinado.

Estas son las grandes cuestiones que subyacen al acre debate que suscita en la socialdemocracia el último gran acontecimiento de la Revolución rusa de 1905, la insurrección de Moscú que en diciembre de ese año encabezan los bolcheviques. Con tal motivo serán analizadas varias cuestiones centrales en no pocas polémicas anteriores y en tantísimas discusiones posteriores. En términos de las que tuvieron como teatro nuestra América Latina más de medio siglo después, cabría decir que "hacer la revolución", "a como dé lugar", es el objetivo vertebrador del pensamiento de Lenin.

También lo es para Trotsky, pero su solución para el mismo problema es mucho más pulida. Ninguna clase social hace una revolución para otra: así podría resumirse el enfoque que lo separa de Lenin. Pero coincide con él en lo que respecta a la debilidad de la burguesía rusa para iniciar el proceso de cambio. De ahí su propuesta, que devino célebre bajo el rótulo de "revolución permanente", pero a la que capta mejor el de "revolución ininterrumpida": se encara un proceso sin solución de continuidad, iniciado con el derrocamiento del absolutismo y en cuyo curso el peso político del proletariado ha de ir creciendo hasta culminar con su ascenso al poder, levantando ya un programa que signifique el comienzo de la etapa socialista.

Por supuesto, ésta fue, a grandes rasgos, la "historia de febrero y de octubre" de 1917. Y parece dificil imaginar otro curso de los acontecimientos que no hubiera incluido a cierta altura una dura derrota de la tendencia "maximalista", un ajuste de cuentas implacable de la burguesía con los sectores revolucionarios del proletariado, como lo sugiere el "modelo clásico" de la revolución de 1848. Lenin comprendió que, en el cuadro social y político posterior al derrocamiento del zarismo en febrero, para no experimentar un gran retroceso no había otra solución que avanzar; para impedir que la toma del poder desapareciera del orden del día por tiempo indefinido, no había otro remedio que tomarlo. De ahí el notable viraje que imprimió a la estrategia de su partido con esas *Tesis de abril* con las que llegó a Petrogrado, para asombro de sus seguidores, algunos de los cuales vieron allí más trotskismo que bolchevismo.

Ahora bien, la tesis de la "revolución permanente" tenía una notable racionalidad interna, pero sólo en el contexto de su extensión a Europa, también sin solución de continuidad. Fuera de esa perspectiva, implicaba una suerte de elegante salto al vacío. Cabe imaginar que Trotsky veía a Petrogrado y a Moscú como los confines orientales de un mundo de ciudades, avanzado desarrollo burgués y vastos contingentes obreros organizados. En ese mundo, maduro ya para el socialismo, y por ende para la propagación de la revolución, pero en el cual quizás la propia complejidad de su desarrollo social y político dispersaba y represaba las energías revolucionarias, impidiendo así que el proceso pudiera ser desencadenado por un gran arranque, un gran impulso inicial, éste debía venir de aquellos suburbios donde una industrialización reciente y acelerada se reflejaba en la aparición de un proletariado muy joven, concentrado y radicalizado.

El pensamiento de Trotsky constituye uno de los productos más notables de esa inteliguentsia urbana y cosmopolita surgida en los intersticios del mosaico de pueblos de la Europa Oriental, con una aguzada sensibilidad para la brillante cultura de la polis y una real marginación del opaco mundo rural.

Con las elaboraciones de Lenin llega a su apogeo, por su parte, la producción de los intelectuales revolucionarios rusos, que miraban hacia Occidente buscando perspectivas globales tanto como herramientas conceptuales, a la vez que escudriñaban futuros posibles, todo ello orientado a la acción en el inmenso imperio euroasiático, donde se encontraban atenazados entre la omnipotencia del estado y la impotencia de una sociedad con cuatro quintas partes de su población constituidas por campesinos.

En cada etapa del proceso, Lenin ensaya soluciones para el problema —que recuerda la situación de Tántalo— consistente en insertar, desde una perspectiva marxista, a la "variable campesina" en la "ecuación" sociopolítica rusa. Así, al viraje que jalonan las *Tesis de abril* le agregará otro aún más famoso, que consistió en adoptar el programa agrario del Partido social-revolucionario, ganando de tal forma para los bolcheviques un apoyo campesino sin el cual aquéllos poco hubieran durado en el poder —supuesto que hubieran llegado a tomarlo—.

La manera de pensar de Trotsky—que muy afin parece a la de Marx—lo lleva, tras diseñar con brillo un gran cuadro en el que se enmarca el problema considerado, a elaborar muy creativa y racionalmente una solución pulida y única, que a continuación llevará hasta sus extremos lógicos. También Lenin, por cierto, elabora sus propuestas en términos de una deducción de "la" línea correcta a partir de premisas y análisis de tipo general. Pero sus soluciones tienden a ser más aproximativas, menos acabadas y más susceptibles de adaptación. En la tensión entre deducción e inducción, entre inserción de la propuesta en un marco global y operatividad de la misma en la coyuntura, Lenin suele estar más cerca que Trotsky del segundo extremo.

Sus trayectorias intelectuales y políticas ha divergido durante bastante más de una década. La guerra, y la sensación de que ha llegado "la hora de la verdad" les han creado un punto de encuentro. Coinciden en un curso de acción que obtiene su lógica del desencadenamiento anunciado de la revolución en Europa. Pero cuando ésta se hace esperar, para esa tarea está mejor preparado quien ha vertebrado toda su labor teórica y práctica alrededor de la forja de una herramienta capaz de tomar y conservar el poder, el hombre frío que se revolcaba en la nieve de alegría el día en el que la duración del gobierno de los Soviets superó a la de la Comuna de París.

Ya en Brest-Litovsk esa diferencia se hace evidente. Cuando el Imperio alemán impone sus humillantes condiciones a la joven república soviética, su Comisario de Asuntos Exteriores busca dilatar las negociaciones mientras espera que sus discursos repercutan en la retaguardia de la parte contraria, acelerando la revolución en Alemania. Cuando la situación se hace insostenible, vacila, porque sabe que proseguir la guerra —como lo demandan los "comunistas de izquierda"— no tiene destino. Entonces Lenin, sin vacilaciones ni ocultamientos, asume todo el precio que hay que pagar para evitar ser barridos del poder. Como más tarde con la NEP, busca ante todo

darse tiempo para la construcción de una nueva maquinaria estatal, de la cual su partido es el embrión. Con el desarrollo de éste, el jefe de la organización revolucionaria se va convirtiendo en el estadista que encabeza la construcción, con los restos del Imperio de los zares, de un gran estado moderno.

En ese proceso se va afianzando la primacía de "el partido" sobre "la clase", lo cual constituye el rasgo probablemente decisivo de la reconversión leninista del marxismo clásico, que se produce en torno a Octubre.

Esquematizando mucho, cabe distinguir tres fases en el desarrollo de los acontecimientos. La acción obrera por fuera y por encima de todo marco partidario es central en el derrocamiento revolucionario del viejo orden —tanto en el "ensayo general" de 1905 como en la revolución de febrero del 17— e incluso en la construcción de los trampolines para el nuevo, la "invención social" de los soviets y su difusión. La conjugación de la movilización proletaria con el accionar de la organización de revolucionarios profesionales —de julio hasta fines del 17—determina el surgimiento de un orden nuevo. Después, en su preservación y conformación, se afirma la preponderancia del Partido-estado.

Ese ciclo es, en la historia de los "consejos" de obreros, campesinos y soldados, el del surgimiento imprevisto, auge tan brillante como fugaz, y decadencia rápida —con embalsamamiento posterior—. Cuando aparecen, el joven Trotsky llega a presidir el más importante de todos, el Soviet de Petrogrado. Mientras, Lenin empieza por desconfiar de esos recién llegados, en quienes teme quizás una dinámica espontaneísta incontrolable para la organización de vanguardia. Andando el tiempo, llegará a presentarlos como los auténticos herederos de la Comuna, la solución surgida de la clase para el espinoso problema de ejercer la dictadura del proletariado como una forma superior de la democracia.

Admirables hallarán, sin duda, muchas páginas de *El estado y la Revolución* todos los que hayan tenido el privilegio de participar, así sea a escala espacial y/o social reducida, en alguna de esas experiencias fermentales, irremisiblemente tumultuosas y siempre destinadas, según parece, a ser —como los "juramentos de estudiante" en el tango— "flores de un solo día", a través de las cuales se manifiesta el elán de la democracia directa. La relación entre lo que allí se dice, los sentimientos del hombre que las escribió y su trayectoria política posterior constituyen un tema apasionante para la más refinada meditación sobre el poder.

No puede caber duda alguna de que Lenin siempre esperó mucho de la creatividad colectiva de la clase obrera. Pero nunca subordinó a ella su táctica política. Y si la legitimidad de su accionar la derivaba de la misión histórica del proletariado, sólo lo hacía en tanto la misma era orientada por la organización revolucionaria. Así, antes de Octubre, propondrá que la toma del poder se haga, sin demoras, en nombre de "el Partido", mientras que Trotsky — verdadero artífice de la insurrección— sostendrá la tesis de que, como ocurrió, sean los soviets los que asuman el paso histórico.

La sintonía entre la participación masiva, posibilitada por la democracia directa de los consejos, y la unidad de acción vertebrada por un partido de cuadros—preparados en una escuela exigente y dotados de jefes capaces de dar vida a una obra maestra de

inventiva histórica— llegó a su apogeo en Octubre. Después, la disonancia no podía sino crecer.

En general, no parece posible que una clase subordinada asuma realmente el poder; puede sí constituir el martillo pilón para la destrucción del viejo orden y el cimiento en que se apoye un poder nuevo, es decir, un nuevo estado. Más específicamente, si, al decir de Engels, una revolución es la cosa más autoritaria que hay, no es la democracia directa, evidentemente, lo que puede constituir el régimen de funcionamiento del orden revolucionario. Y, en particular, en la Rusia atrasada, devastada por la guerra y pronto jaqueada por la intervención aliada, sólo podrá sobrevivir un orden vertical. Un orden a través del cual la energía revolucionaria, que alimentó a los soviets, se canalice hacia la construcción de un ejército y hacia un restablecimiento férreamente disciplinado de la producción. Allí volverán a encontrarse Lenin y Trotsky.

El segundo, según su estilo, diseña una gran estrategia y la impulsa hasta sus últimas consecuencias: encabeza la organización del Ejército Rojo y preconiza la militarización de los sindicatos. Lenin, partiendo siempre de la primacía del partido, dispone de un arsenal táctico mayor y se maneja más adecuadamente con los sindicatos. Pero, por supuesto, él es siempre la figura de mayor peso, la que dirige la supresión de la democracia en los soviets así como su progresiva reducción al interior del partido. Es en vida de Lenin que empieza a recorrerse el camino, antaño previsto por Rosa Luxemburgo, de la entera subordinación del proletariado al partido y de éste a su comité central, que ha de culminar con la del último al jefe máximo.

Comparemos ahora dos anticipaciones.

Los bolcheviques esperaban que la insurrección de Octubre señalara el comienzo de la toma del poder en una Europa que suponían pronta para el socialismo—lo que hubiera significado, en verdad, la extensión a escala continental de la "revolución permanente"—, constituyéndose de tal forma un nuevo orden sustentado en un avanzado desarrollo de las fuerzas productivas, que a su vez habría podido ayudar al régimen soviético, condenado de lo contrario a ser un socialismo de la indigencia, es decir —según la perspectiva clásica— un fracaso.

Por su parte, en el mismo artículo ya citado de enero de 1918, Gramsci vislumbró lo que en realidad sucedería e incluso adelantó la más sólida justificación para la toma del poder en ese mundo del atraso que, exactamente al revés de lo previsto por la concepción materialista de la historia, sería el escenario de todas las revoluciones socialistas triunfantes hasta la fecha: "Será al principio el colectivismo de la miseria, del sufrimiento. Pero esas mismas condiciones de miseria y sufrimiento habrían sido heredadas por un régimen burgués. El capitalismo no podría hacer inmediatamente en Rusia más de lo que podrá hacer el colectivismo. Y hoy haría mucho menos que el colectivismo, porque tendría en seguida contra él un proletariado descontento, frenético, incapaz ya de soportar en beneficio de otros los dolores y las amarguras que acarrearía la mala situación económica. Incluso desde un punto de vista humano absoluto tiene su justificación el socialismo en Rusia" [Gramsci, op. ctt., p. 37].

Es ésta ya, si bien se mira, una justificación desde el pesimismo. Y, como lo explica

acabadamente Perry Anderson [1981], el pesimismo será característica esencial de ese "marxismo occidental" que se va desarrollando después de que, concluida la guerra, se asista al fracaso de la revolución en Europa.

Buscando abrirle nuevas oportunidades, Lenin agrega un nuevo piso a la obra de su vida. Un elaborado modelo de "partido de vanguardia" se expande urbi et orbi; su éxito se debe, en última instancia, a que, si lo impone el partido de la revolución triunfante, tiene que ser la fórmula que ha permitido el triunfo en Rusia, de donde no puede sino ser la que terminará con la sucesión de fracasos en otras tierras. Y así, en la flamante Roma de la Revolución, surge una ortodoxia que cristalizará en un doble desencuentro: con su propia historia y con la realidad del mundo que se extiende más allá de sus fronteras.

En primer lugar, porque esa "falange disciplinada", que con el estalinismo llegará a ser dibujada con rasgos de caricatura, no reflejaba con acierto la realidad del partido que dirigió Octubre, el que por cierto —pese a la posterior versión canonizada— no dirigió Febrero. En la organización bolchevique, la disciplina y también la intolerancia -rasgo éste en el que Lenin se mostró aventajado discípulo de Marx-tuvieron desde siempre un lugar de privilegio pero, hasta bastante después de la toma del poder, hubo asimismo espacio para una amplia y rica discusión. Liquidar realmente la democracia al interior del partido insumió más de una década, pues no fue sino después de la derrota de la llamada "oposición de 1927" —encabezada por Trotsky, Zinoviev y Kamenev— que el verticalismo logró silenciar todo cuestionamiento. Muy otro había sido el clima antes de Octubre cuando, por ejemplo, Zinoviev y Kamenev se opusieron públicamente a la insurrección y no dejaron por ello —pese a la indignada protesta de Lenin—de ocupar puestos de primer plano. Recién en 1917, junto con su propia organización, se incorporó Trotsky al partido, con el cual tan acres polémicas había mantenido desde 1903, y en el que en seguida fue considerado la segunda figura. Ello podía suceder en lo que por entonces fue conocido como "el partido de Lenin y Trotsky", pero jamás en el partido codificado por la III Internacional.

Las horcas caudinas que supusieron las condiciones de ingreso a aquélla encorsetaron a los militantes revolucionarios de múltiples países en organizaciones de escasa adaptación a sus realidades nacionales —particularmennte en Occidente— y neta subordinación a una dirección lejana que poco las comprendía. Liquidada la vieja guardia bolchevique, esas especificidades nacionales fueron interesando cada vez menos al supuesto "estado mayor de la revolución mundial" radicado en Moscú, en cuyas manos la Internacional no fue muy pronto sino una herramienta de la política nacional soviética. Todo esto es bien conocido, y la difundida obra de F. Claudín [1972], entre otras, lo describe con elocuencia. La historia de la denominada "III Internacional", que no dirigió revolución alguna y sí causó grandes tragedias, es una verdadera cuenta de los pecados de la parte más catastrófica de la obra asociada al nombre de Lenin.

Este, hacia el fin de su vida, había entrado en una etapa de plena revisión, teñida de pesimismo. La pautaban tanto los fracasos de los intentos revolucionarios fuera de fronteras como las dificultades emanadas del ejercicio del gobierno en Rusia, tan

superiores a las anticipadas en aquellas páginas suyas anteriores a Octubre, según las cuales estaría al alcance de los obreros tanto la administración del nuevo estado como el control de la producción.

La NEP, que con tanta visión impulsó, había permitido empezar a superar la etapa del agudo descontento obrero y de "los levantamientos campesinos, que [son sus palabras] antes de 1921 constituían, por decirlo así, un fenómeno general en Rusia ...". Es entonces que, a favor de una parcial recuperación de su salud, propone una suerte de replanteo general del panorama interno y externo. Ese es el leit motiv de un discurso de fines de 1922 —el penúltimo de la vida de Lenin, el último suyo ante la Internacional Comunista— cuya lectura impresiona. Los temas que quiere enfocar son fundamentales; encara varios de manera muy nueva; denota su permanente atención a los hechos, su rechazo a la fraseología, al hueco exitismo. Ideas extremadamente originales parecen pugnar por salir a la superficie, semiahogadas por una expresión imprecisa, opuesta a la suya habitual pero propia del hombre cansado y enfermo que era entonces. Y ese hombre —autor principalísimo de una obra sin parangón histórico— no elige ese momento para regodearse en los éxitos, para dibujar un porvenir rosado, sino para señalar implacablemente errores y carencias, para proponer un plan de trabajo esforzado a muchos años plazo, que incluye, como lo más importante, "estudiar, comenzando, además, desde el principio" [Lenin, tomo III, p. 7451.

La cuestión que domina sus pensamientos es la de cómo hacer "que de la Rusia de la NEP salga la Rusia socialista" [últimas palabras de su último discurso, op. cit. p. 754].

Convencido está de que el país no ha alcanzado el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas para ello requerido. Frente a quienes deducen de allí, en clave ortodoxa, un cuestionamiento de la revolución de Octubre, escribe en enero de 1923: "... ¿pero no podía un pueblo que se encontró con una situación revolucionaria como la que se formó durante la primera guerra imperialista, no podía, bajo la influencia de su situación desesperada, lanzarse a una lucha que le brindara, por lo menos, algunas perspectivas de conquistar para sí condiciones no del todo habituales para el ulterior incremento de la civilización?" [op. cít., p. 787] La argumentación, como se ve, no está lejos de la avanzada por Gramsci justo cinco años antes.

Y abre camino a un inmenso viraje: "... ¿por qué no habíamos de crear primero en nuestro país premisas culturales como la expulsión de los terratenientes y de los capitalistas rusos y, después, iniciar ya el movimiento hacia el socialismo?" [ídem, p. 789]; ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel [cultural], y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?" [ídem, p. 788].

La revolución socialista, concebida clásicamente como una culminación en el mundo del desarrollo, empieza a ser imaginada como la verdadera alternativa para el mundo del atraso. Y este último, a su vez, se convierte en el garante de la revolución: "... el mañana de la historia universal será el día en que se despierten definitivamente

los pueblos oprimidos por el imperialismo, que ya han abierto los ojos, y en que empiece la larga y dura batalla final por su emancipación" [p. 772]. Un año y medio antes ha destacado que: "Las masas trabajadoras de las colonias y semicolonias, que constituyen la inmensa mayoría de la población del globo, fueron despertadas ya a la vida política desde principios del siglo XX, sobre todo por las revoluciones de Rusia, Turquía, Persia y China" [p. 638]. Empieza a dibujarse la perspectiva que orientará la acción de los socialistas revolucionarios del Tercer Mundo, que por entonces aún espera ser denominado así.

Se ha dicho, con amplia justificación, que todos los problemas concebibles fueron abordados en torno a Octubre. En realidad, toda la problemática revolucionaria puede ser contemplada desde ese punto de mira, pues la primera revolución obrera triunfante, que pareció ser el comienzo de la Revolución proletaria anunciada por el *Maniflesto comunista*, fue más bien el acontecimiento central de la etapa del fin de las sublevaciones obreras clásicas y del principio de las revoluciones victoriosas en los países dependientes.

3. SOCIALISMOS DE DOS MUNDOS

Revoluciones socialistas, en el sentido anticipado por el marxismo, no hubo. En ninguna parte el hiperdesarrollo capitalista de las fuerzas productivas llegó a una contradicción tal con las relaciones de producción que la clase obrera, cada vez más pauperizada y ya mayoritaria en la población, derrocó al régimen e hizo de las fábricas expropiadas la columna vertebral de la producción, del lema "de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según su trabajo" el fundamento de la distribución, de la comuna la forma de organización política en el tránsito hacia la desaparición del estado.

Si Octubre pudo hacer creer, por un momento, que un proceso vinculado a tal previsión se ponía en marcha, muy pronto los acontecimientos discurrieron por derroteros bien distintos. El movimiento socialista apuntaba a la ruptura del orden capitalista en el mundo desarrollado; esta perspectiva se fue desdibujando a medida que otras dos tomaban cuerpo. Por un lado, la posibilidad de realizar reformas significativas al capitalismo en los "países centrales"; por otro, la de quebrar su hegemonía en el ancho mundo de la "periferia". Del viejo tronco surgieron dos grandes corrientes que, en esencia, pueden entenderse como socialismos de dos mundos.

La socialdemocracia moderna ha de ser vista, ante todo, como adaptación: ante el vigor y la capacidad de integración evidenciada por el orden capitalista metropolitano, tiende a primar en el movimiento socialista la corriente adaptativa, que descarta la búsqueda de la ruptura y adecua en consecuencia sus programas. Por su parte, el marxismo-leninismo encarna la traslación del centro de gravedad del socialismo revolucionario hacia la periferia del capitalismo, donde hará realidad una ruptura, la del orden colonial.

a. Sobre el ciclo de liberación nacional

Desde los albores del siglo hasta nuestros días tiene lugar una serie de procesos que, a partir de una notable activación de masas, logran cuestionar el orden vigente y llegan a quebrarlo. Entre sus mojones principales se cuentan los siguientes: México, 1911; Rusia, 1917; China, 1911 y 1949; Yugoeslavia, 1945; Indochina, 1945 a 1975; Indonesia, 1949; India, 1947; Egipto, 1952; Cuba, 1959; Argelia, 1962; Angola y Mozambique, 1975; Nicaragua e Irán, 1979.

En ese conjunto abigarrado y, en muchos sentidos, profundamente heterogéneo, lo que tienen en común tales aconteceres disímiles es su pertenencia a una corriente histórica mayor, la "revolución anticolonial" del siglo XX, cuyo teatro es por cierto mucho mayor que el agregado de las colonias en sentido estricto. La expansión occidental, el desarrollo del capitalismo y la revolución industrial conformaron un proceso que dominó la historia mundial desde el siglo XVI al XIX. Lejos de haberse agotado, el mismo sigue jugando un rol central, pero a partir de la segunda mitad de esta centuria ha conocido una ola de oposiciones sostenida por la reacción de la periferia. De ésta, es decir, de ese ancho mundo al que se fueron imponiendo diversos tipos de relaciones de dependencia —rotuladas como colonialismo, neocolonialismo, penetración imperialista, etc.— surgieron los cuestionamientos más drásticos al "orden - mundo" que aquella expansión delineó.

Esa reacción de la periferia dio lugar a una serie de revoluciones que constituyen el ciclo de liberación nacional. En éste, el socialismo de inspiración marxista jugó un rol principalísimo. Las esperanzas que supo despertar fueron un elemento motorizador; las experiencias que protagonizó, la referencia básica a la hora de planear nuevas; sus conceptos, los que más se usaron para intentar explicar la realidad; sus previsiones, lo que frecuentemente se afirmó estar llevando a la práctica.

Pasando por el tamiz de tales experiencias revolucionarias, el marxismo clásico —prerrevolucionario— se fue convirtiendo en el "marxismo leninismo" contemporáneo. Este es, ante todo —y más allá de rituales y envolturas propias de trayectorias particulares— la doctrina central de las revoluciones antiimperialistas, la que los más influyentes de los gobiernos resultantes han presentado como resumen común de sus experiencias y como vía para obtener nuevos éxitos como los suyos. Vale la pena, pues, intentar una muy sumaria caracterización de semejante doctrina y de su aplicación.

Como bien se sabe, el punto de arranque lo constituye la construcción de un partido centralizado de revolucionarios profesionales, orientado a destruir el estado existente y a reemplazarlo por una organización basada en el propio partido, lo que configura la toma del poder. Esta es visualizada como un proceso casi inevitablemente violento, y obtiene su legitimación de una triple fuente: los sectores sociales cuya representación se asume, las leyes del devenir histórico que se pretende encarnar, la obra a cumplir. La última, a su turno, es concebida como una reconstrucción integral de la sociedad, a ser realizada —de manera considerada racional y científica— por el estado. Por ende, a partir de la toma del poder, la primera tarea es la construcción del nuevo estado, cuando no de la Nación misma, desde el Partido.

Partido-estado, a veces casi Partido-Nación, es por cierto partido único.

La base econômica de la nueva sociedad ha de construirse a partir de la expropiación de los grandes propietarios, la estatización de los medios de producción, la planificación centralizada, la gestión también centralizada y el impulso a la industrialización.

Se aspira a lograr así un rápido desarrollo de la producción, que reduzca tanto el atraso como la dependencia de las metrópolis capitalistas y permita elevar el nivel de vida de la población. A su vez, el papel que se atribuye a esta última, particularmente a su capacitación e involucramiento en la labor productiva, realza la importancia de, por ejemplo, la salud y la educación, tanto básica como técnica, así como el papel movilizador del encuadre partidario.

La puesta en práctica de programa semejante conlleva la concentración de las diversas formas de poder, lo que condiciona una nueva ordenación en grupos sociales donde es central la relación directa de cada uno con el estado. En la estructura específica resultante gravitan poderosamente la dinámica inicial que generó la nueva situación, la legitimación del estado respecto a la misión invocada, las exigencias propias de la economía, los intereses sectoriales ponderados de acuerdo a su gravitación en la pirámide del poder.

Con el monopolio de la política atribuido al partido, la misma no puede sino ser siempre básicamente vertical y autoritaria; será despótica o no según las circunstancias específicas. Ideológicamente, el pluralismo se ve como imposible: la misión que legitima el rol del estado, y particularmente la idoneidad de éste para llevarla a cabo, deben estar fuera de discusión. Una y otra motivan el grueso de la propaganda oficial. Como ese rol no deja de referirse a casi nada, casi todo exige un discurso único.

Los rasgos indicados parecen consecuencias naturales—no digo ni creo que sean, además, necesarias— de lo que ha sido la experiencia histórica.

En primer lugar —valga una vez más la perogrullada— porque una revolución lo que hace es construir un nuevo estado; ello casi podría constituir una definición. De paso, vale la pena notar que, recíprocamente, las revoluciones a las que nos estamos refiriendo sólo han sido posibles cuando el estado preexistente es muy débil, sea por su propio origen —como el que las intervenciones norteamericanas modelaron en Cuba y Nicaragua o, más aún, los de índole directamente colonial—, sea como efecto de largas guerras. Ahora bien, cuanto más radical sea la revolución y mayor su enfrentamiento a los intereses previamente creados, más fuerte tenderá a ser el estado que forje: si Francia es, o era hasta hace poco, jacobina en tantos sentidos, ¿qué era lógico esperar de los estados surgidos como reacción al imperialismo?

En segundo lugar, porque la suerte de los regímenes revolucionarios se ha ligado estrechamente con la medida en la que tuvo lugar una aceleración del desarrollo productivo, tarea ésta que —en las condiciones concretas en las que fue planteada—nadie salvo el estado podía proponerse llevar a cabo.

En tercer lugar, dado que las relaciones sociales responden primeramente a relaciones de poder, porque para que haya más pluralismo y, a largo plazo, menos desigualdad, el poder deberá diluirse. Si se concentra, la tendencia predominante será más bien la contraria.

No es, tal vez, inútil indicar algunas de las causas de la atracción, por el modelo marxista-leninista, que experimentaron las élites revolucionarias del Tercer Mundo, la que ha ido bastante más allá de la simpatía por la Unión Soviética y/o de las esperanzas puestas en su apoyo. Bastante natural luce esa atracción por la doctrina de grandes revoluciones antiimperialistas triunfantes, de naciones que alcanzaron algunos de los éxitos más notorios en la lucha contra la dependencia. Pero no se puede dejar de notar, además, que se trata de una doctrina que ofrece y justifica a la vez el éxito personal a los cuadros revolucionarios, que lo serán del estado a construir, con el poder y las ventajas inherentes al papel que han de jugar: es la ideología del ascenso social mediante la participación en la revolución y—si ésta triunfa y se sobrevive a ella ...—la integración en la "cuadrocracia", capa dirigente del orden nuevo.

En fin, a partir de Octubre —insurrección obrera a la vez que, en cierto sentido, disparador de una "guerra de liberación nacional" ante la intervención extranjera en apoyo de los "blancos"— el socialismo revolucionario, reconvertido en "marxismoleninismo", se constituye en el gran impulsor de la ruptura del orden colonial.

A través de las revoluciones antimperialistas y la construcción, en países coloniales o semicoloniales, de nuevos estados nacionales, se fue configurando en amplias zonas de la antigua periferia un orden nuevo, que sus defensores denominaron "socialismo real" y que no podía sino ser un socialismo de estado.

b. Sobre el ciclo del reformismo keynesiano

En los años posteriores a la I Guerra, y a lo largo del gran enfrentamiento entre comunismo y socialdemocracia, ésta se fue conformando, a escala de la Europa de Occidente, como el heredero mayoritario de la tradición socialista, como la forma predominante de organización de los trabajadores. Su influencia en los asuntos públicos creció; en varios países, llegó a formar parte del gobierno. Pero los partidos socialdemócratas no tuvieron la fuerza suficiente para llevar adelante su programa de nacionalizaciones; con la excepción de la industria francesa de armamento, ninguna empresa fue nacionalizada en Europa Occidental por un gobierno socialdemócrata en el período de entreguerra, nota Przeworski [1980, p. 48].

La teoría económica de los socialistas, vertebrada por la crítica al capitalismo, conducía —de manera cuasi mecánica, diríamos— a propugnar una extensiva nacionalización. Carentes de fuerza para hacer tal cosa, los socialdemócratas se encontraron carentes también de política económica propia para impulsar desde sus posiciones de gobierno. Y la que impulsaron poco se distinguía de la propia de los "partidos burgueses", hasta la Gran Depresión. Entonces creyeron descubrir que la sociedad capitalista no está totalmente a la merced del mercado capitalista, que éste puede ser en gran medida controlado por un estado activo y que de esa manera el bienestar ciudadano puede ser sistemáticamente incrementado.

La "revolución keynesiana", como lo explica Przeworski en el trabajo citado, no sólo ofreció una alternativa a la aparentemente inviable expropiación de los medios

de producción, sino que hizo que la nacionalización amplia fuera considerada además como inconveniente por muchos socialdemócratas, en Suecia por ejemplo. Se argumentaba, en efecto, que la propiedad estatal de ciertas empresas obligaría al gobierno socialista a comportarse, en el caos del mercado, como un empresario privado más, mientras que el control indirecto resultaría más provechoso, desde el punto de vista del interés general, al permitir el establecimiento de pautas racionales para la economía en su conjunto. Surgió así una nueva concepción, dotada de una política económica específica así como de un programa concreto de reformas inmediatas y accesibles, lo que sustentó en varios países una exitosa plataforma electoral. La corriente reformista del socialismo fue cambiando el proyecto nacionalizador por el de la construcción del "estado de bienestar".

Este proyecto ha sido llevado a la práctica con un grado indiscutible de éxito en Escandinavia. Después de la II Guerra, la prosperidad creciente de la Europa de los "treinta gloriosos" años que van hasta mediados de los 70 permitió la extensión del modelo. Por supuesto, la socialdemocracia no fue el artífice único del proceso de redistribución, pero notable ha sido su gravitación para construir, en el continente donde surgió el movimiento socialista, ese moderno "estado del bienestar".

En los partidos europeos que conforman hoy la Internacional Socialista, se ha planteado más de una vez el propósito de retomar el camino hacia la construcción de una sociedad socialista.

El más importante de esos intentos ha sido, probablemente, el del Partido Socialista francés, cuyo *Projet socialiste*, de ruptura con el capitalismo, fue adoptado un año antes de la victoria electoral que llevó a Mitterrand a la presidencia. Bien se conoce la amplitud del programa de nacionalizaciones —orientado, en primer lugar, a convertir al estado en el motor de la Economía, en la locomotora que habría de arrastrarla fuera de la crisis— que a partir de ese momento se llevó a cabo. También es sabido que tal programa no dio los frutos esperados, gestando así una dificil reconversión ideológica —una "revolución cultural", según algunos— dentro de la corriente mayoritaria del socialismo francés, en la cual los papeles respectivos del estado y la empresa privada fueron revalorados.

Cabría pues decir que, durante los 80, la visión característica de la socialdemocracia sobre esas cuestiones—que, según parece, arraigó primeramente en Suecia—dejó de tener oposición real al interior de la Internacional Socialista. Allí —para decir lo mismo con otras palabras— la oposición, planteada sobre todo desde los países latinos, entre socialdemocracia y "socialismo democrático" perdió interés.

Es que, en efecto, la experiencia desarrollada entre 1981 y 1984 por el gobierno de la unidad de la izquierda francesa ilustra con elocuencia las restricciones objetivas que encuentra el "reformismo keynesiano", justamente porque en ese caso se procuró trascenderlo por la vía de llevar su lógica hasta el extremo. Cuando el dirigismo estatal no arrastró tras de sí al conjunto de la economía —sino más bien puso en rojo varios indicadores de coyuntura—, se concluyó que el nivel de la ganancia capitalista debía recibir atención prioritaria para posibilitar un creciemiento capaz, a su vez, de viabilizar políticas sociales de redistribución. Ello constituye, por cierto, una columna central de la política socialdemócrata contemporánea.

Desde Bernstein, el precursor, la socialdemocracia europea —incluyendo al llamado socialismo democrático— ha ido tomando distancias crecientes con la perspectiva de la ruptura del sistema capitalista, hasta abandonarla definitivamente. En esa evolución, no menos que las ideas, por supuesto, contaron los hechos, entre los cuales quizás quepa destacar el fracaso de las revoluciones europeas, la incapacidad para frenar el ascenso del fascismo y la división del mundo en bloques. Sea como sea, una creciente adaptación —del accionar político socialdemócrata a las condiciones de funcionamiento del sistema capitalista— ha tenido lugar. Parecería que este proceso llega hasta una adaptación a los fines mismos del sistema.

c. El socialismo esquivo

Por supuesto, el proyecto socialista francés de la pasada década fue uno más en una larga serie de intentos por retomar el camino hacia la propuesta socialista clásica, en el seno del capitalismo avanzado, sin abjurar de la "democracia formal" ni echar en saco roto la experiencia vivida. Propuesto como una "tercera vía" entre la socialdemocracia y el comunismo, se emparenta así con otros proyectos adelantados desde el día siguiente de la división entre las dos grandes corrientes que se repartieron la herencia de la II Internacional. Así, ya en febrero de 1921 se constituyó, en Viena, la "Unión Internacional de Partidos Socialistas", conocida como la Internacional "dos y media", que se propuso restaurar la unidad perdida del socialismo mediante la confluencia de la tradición democrática del Oeste con la inspiración revolucionaria del Este. Su vida fue corta.

El propósito unificador resurgió con fuerza en los Frentes Populares de los años 30, cuya motivación principal fue por cierto la resistencia al fascismo ascendente, pero en los que también toma cuerpo la idea de recorrer juntos lo que hubiera de común en el camino hacia una nueva sociedad. El proyecto reaparecerá una y otra vez, particularmente en América Latina, donde fracasa trágicamente su expresión más conocida, esa "vía chilena al socialismo" encarnada por Allende, de quien el Che decía que "busca lo mismo por otros caminos".

En esta parte del mundo, el socialismo insurreccional irrumpió al primer plano del escenario continental bajo una forma específica que cabría denominar "insurgencia guevarista". Motorizada por la experiencia cubana, su vigor fue cierto en múltiples áreas durante los años sesenta y/o comienzos de los setenta. No ha dejado de serlo en esa zona "clásica" de la dependencia neocolonial que es la América Central; allí, puede decirse que la insurgencia guevarista se reconvirtió para plasmarse en las trayectorias de los Frentes Sandinista y Farabundo Martí. En el otro gran teatro de la lucha armada en América Latina, la explosión insurgente de "Sendero Luminoso" se vincula apenas, con el foquismo de los sesenta, que en Perú fracasó muy rápidamente; su pariente más conocido es, sin duda, el Khmer Rojo de Kampuchea. Posiblemente sea factor principalísimo de una suerte de derrumbe, pero no parece capaz de llegar a conformar un nuevo estado.

En todo caso, desde que, hacia mediados de la década pasada, se hizo evidente

el agotamiento de la insurgencia guevarista como fenómeno continental, en la mayor parte de las naciones más evolucionadas de América Latina no se ha hecho visible una alternativa revolucionaria de inspiración marxista-leninista.

Por su parte, y en especial desde la conferencia de Caracas de 1976, la socialdemocracia ha venido prestando atención creciente a este continente donde, entre la
profundidad de la crisis y la precariedad de las democracias, se asiste a una reacomodación general de las fuerzas políticas. Son ya significativas las que se vinculan a la
Internacional Socialista, y cabe pronosticar que esa vinculación se irá ampliando,
estimulada por las necesidades de coordinación y apoyo planteadas, para los partidos
políticos en general, por las experiencias de las dictaduras y de las transiciones posteriores. Más difícil parece, en cambio, que ese proceso—con antecedentes importantes
en la acción política de Haya de la Torre y Betancourt ya en los 40— se traduzca en
una alternativa mayor de transformaciones con estilo socialdemócrata. En efecto, muy
pequeño luce el margen de maniobra que ofrecen, para el reformismo a partir del
estado, las condiciones sociales, económicas y militares de esta parte del mundo.

Desde un punto de vista más global, esa suerte de "ofensiva" de la socialdemocracia europea en América Latina es parte de un proyecto, a escala del Tercer Mundo en su conjunto, que busca reorientar a lo que ha sido y esencialmente sigue siendo un movimiento del "Primer Mundo". Ya en el gran debate entre "Reforma y Revolución", que tiene lugar junto con el cambio de siglo, una de las líneas de fractura pasa por la valoración de la expansión colonial. El proceso de adaptación de la socialdemocracia al marco capitalista no dejó de lado uno de los pilares de la posición mundial de los países centrales, de su prosperidad y, por ende, de las bases económicas del estado de bienestar. En este terreno, el proceso conoció formas extremas —como la actitud de la SFIO francesa en relación a la guerra de Argelia y a la intervención en Suez— que autorizan a hablar de una tendencia "imperialista" en la socialdemocracia. En su seno, otras, como la del partido sueco, la han enfrentado, particularmente a partir de la guerra de Vietnam. Variadas motivaciones se entrecruzan en la presente apertura de la Internacional al Tercer Mundo.

Sea cual sea el destino de esta reorientación que mencionamos, es dificil negar que, en el ancho mundo de la periferia, los aportes socialdemócratas para la búsqueda de alternativas inspiradas en el socialismo resultan en conjunto más bien magros.

A la inversa, el marxismo-leninismo, aunque su triunfo a través de procesos endógenos sólo se haya producido en países atrasados, ha jugado un rol en el mundo desarrollado que no se puede ignorar. Parte importante del avance social y político de los trabajadores en algunos países europeos se debió, en su momento, a la presión motorizada por los Partidos Comunistas y, más todavía quizás, al propósito de cortarle la hierba bajo los pies. Sin desmedro de ello, es evidente que el peso conjunto de dichos partidos en el mundo desarrollado viene descendiendo con rapidez, sobre todo después de que se desdibujó el "eurocomunismo". Este aparece como una suerte de confesión de la larga lista de pecados cometidos, a partir de la fundación de la III Internacional, por el marxismo-leninismo, desde el punto de vista de la configuración de una alternativa socialista genuina en Occidente. En las vigorosas páginas de

Eurocomunismo y socialismo, Claudín expresó la esperanza —por entonces bien difundida—de que en esa forma surgiera una alternativa de aquella índole. Pero, visto en conjunto, el fenómeno pareció ser más bien una adaptación de los dichos de los Partidos Comunistas del Oeste a lo que desde bastante tiempo atrás eran sus hechos en materia de política interna. Algo por el estilo de lo que Bernstein le reclamara a la socialdemocracia tres cuartos de siglo antes.

A mediados de los 70, el socialismo, en su variante insurreccional del Tercer Mundo, llegaba a su apogeo, mientras que el eurocomunismo —y poco después el gobierno de la unidad de la izquierda francesa— parecían abrirle nuevas perspectivas en el mundo desarrollado. Esas perspectivas se diluyeron rápidamente en el correr de la década siguiente, al tiempo que entraba en crisis el "socialismo real" del Segundo Mundo, y también el del mundo del atraso. Y así, cuando tocaban a su fin los 80, más esquivo que nunca lucía el socialismo del que hablaba la propuesta clásica.

4. A TITULO DE BALANCE: LO QUE PUEDE UNA HERRAMIENTA

Volvamos al principio de este capítulo. Desde el punto de vista de las propuestas de inspiración socialista, dos grandes tipos de carencias parecen signar lo que ha sido la experiencia histórica del socialismo revolucionario. Por un lado, su confinamiento al mundo del atraso: no ha llegado a triunfar en los países más desarrollados ni, en tanto proceso endógeno, en las que pueden considerarse económica y políticamente como naciones de desarrollo intermedio. No parece que ese panorama vaya a revertirse en los próximos tiempos; más aún, lo que se va haciendo patente es su desvanecimiento como alternativa política real en las áreas en las que mayor ha llegado a ser el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto se liga con la segunda gran carencia, la vinculada al modelo de sociedad que se construye en los países donde han triunfado las revoluciones inspiradas en el socialismo: muy esquemáticamente, podemos decir que se ha hecho cada vez más claro en los últimos veinte años que esos países no logran cuestionar la primacía técnico-productiva de las principales naciones capitalistas. Por ende, cosa especialmente importante si se adopta una perspectiva marxista, no es en el "socialismo real" donde tienen lugar los procesos técnico-sociales que más han de gravitar en el futuro. Y la dependencia respecto al "centro" del capitalismo mundial no llega realmente a ser superada.

La primera constatación surge de una mirada a la historia; ese ha sido el tema de este capítulo. La segunda, aunque no carece de evidencia histórica en la cual apoyarse, tiene más bien que ver con el presente y con una aproximación prospectiva a las grandes tendencias del desarrollo contemporáneo; nos referiremos pues a esta cuestión con mayor detalle más adelante. Mientras tanto, aceptaremos la validez de ambas conclusiones.

Notemos, sin permitirnos una excursión por tema tan apasionante, que la parábola de la revolución china ilustra con elocuencia lo dicho antes y también varias afirmaciones de este capítulo.

Ejemplo por antonomasia de revolución antiimperialista orientada por el marxismo-leninismo; de construcción de un partido armado y, a partir de él, de un ejército y de un estado nacional; de ruptura del orden colonial: todo eso lo constituye el proceso chino. También, del tipo de orden social y político que la "cuadrocracia" vertebra, así como de la capacidad de orden semejante para realizar rápidamente un conjunto de progresos de innegable trascendencia. No lo es menos de la dinámica autoritaria y aún despótica que es inherente a un proceso de tal tipo. Finalmente, ha llegado a ser también el más impresionante ejemplo de las limitaciones objetivas que, a cierta altura del desarrollo económico, supone el modelo de organización estatal inspirado en el marxismo-leninismo. Nadie que intente analizar racionalmente el acontecer histórico dejará de ver, en el tránsito de la China del "gran salto adelante" y de la "revolución cultural" a la de las "cuatro modernizaciones", las huellas de esos fenómenos de gran envergadura que un marxista describiría como las trabas que las relaciones de producción oponen al desarrollo de las fuerzas productivas.

En su prólogo de 1972 a la segunda edición de su libro *The new industrial state*, publicado originalmente en 1967, Galbraith se ocupa de las críticas que ha recibido desde sectores "radicales", simpatizantes de las experiencias llevadas a cabo en Cuba y China. Afirma que el desafio, al modelo occidental de desarrollo, levantado en esos países responde a que su incipiente industrialización no les ha hecho aún necesario el grado de organización-burocratización que tal modelo supone. Y sugiere que ese desafio perderá entidad a medida que en dichas naciones el desarrollo avance. En lo que se refiere a lo que sucede allí donde vive casi un cuarto de la población mundial, no le va faltando razón.

¿Cómo resumir, entonces, lo que ha pasado en el gran mundo de las ideas, los intentos y las experiencias socialistas? Sintetizaríamos la argumentación de este capítulo diciendo que lo decisivo ha sido la primacía de la corriente que identifica la construcción del socialismo con lo que al respecto se puede hacer mediante la herramienta del estado. Las posibilidades objetivas de asir y usar esa herramienta en teatros distintos fueron configurando dos grandes vertientes al interior de la corriente predominante del socialismo, vertientes que se enfrentarán radicalmente, pero no por tener orígenes distintos sino justamente por constituir respuestas simétricas, antagónicas, a partir de un enfoque común.

En la última frase de su obra admirable, dice Cole: "No soy comunista ni socialdemócrata, porque considero a ambas como doctrinas de centralización y burocracia y pienso que una sociedad socialista fiel a sus principios igualitarios de fraternidad humana debe descansar en la difusión más amplia posible del poder y la responsabilidad, para permitir la participación activa del mayor número posible de sus ciudadanos en las tareas del autogobierno democrático."

En efecto, ambos herederos de la tradición marxista desecharon en la práctica el proyecto fundacional de avanzar hacia la abolición del estado, componente "utópica" a la que opusieron la "realista" glorificación de una forma específica de estado. No son sólo los bolcheviques los que, después de Octubre, desarrollan un "todo al estado", como lo explican Buci-Glucksmann y Therborn [1981, pp. 99 y siguientes], al referirse

a la concepción socialdemócrata que conjuga ese "todo al estado" con la exclusión de toda autonomía del movimiento social y de toda democracia de base.

El socialismo no era originariamente estatista, pero llegó a serlo, y su trayectoria despliega una extensa experimentación histórica en torno al uso de las herramientas estatales para la promoción del cambio social. De Graco Babeuf a Fidel Castro y Felipe González, desde que hiciera su aparición el socialismo "político" hasta ciertas experiencias de hoy que pueden considerarse paradigmáticas, se van desarrollando dos formas de realismo en la apuesta a la política: la hipertrofia marxista-leninista del instrumento y la limitación socialdemócrata de los fines.

ACERCA DEL ESTADO, IA REVOLUCIÓN Y LA DEMOCRACIA

1. SOBRE LA PROPUESTA DE RUPTURA CON EL CAPITALISMO

a. La ruptura como comienzo de la abolición de la sociedad de clases y del estado

Planteo del problema

En los capítulos precedentes se consideró la propuesta socialista en su formulación clásica y sus transformaciones ligadas a ciertas prácticas históricas que la misma inspiró. El socialismo de inspiración marxista se vertebró en torno a un proyecto de ruptura con el capitalismo llegado a su más alto nivel de desarrollo. Parece pues pertinente discutir el sentido de proyecto semejante —y sus supuestos— en el marco del mundo de fines del siglo XX. Ese es el tema de lo que sigue.

Empecemos formulando la cuestión con cierta generalidad. Como bien se sabe, el corazón de la propuesta marxista para la reorganización de la sociedad es la abolición de toda dominación de clase y consiguientemente de todo poder político. En las páginas finales de *Miseria de la Filosofia* el tema se enfoca como sigue.

"¿... después del derrocamiento de la vieja sociedad sobrevendrá una nueva dominación de clase, traducida en un nuevo poder político? No, de ninguna manera.

La condición de la emancipación de la clase obrera es la abolición de todas las clases, del mismo modo que la condición de la emancipación del tercer estado, del orden burgués, fue la abolición de todos los estados y todos los órdenes.

En el transcurso de su desarrollo, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya a las clases y su antagonismo; y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de clase dentro de la sociedad civil⁸ [Marx, 1875, p. 159].

Esta óptica llegó a concretarse en un programa bien definido de acción política, que Lenin formuló con máxima claridad: el partido representativo del proletariado debe conquistar el poder político y destruir el estado capitalista, lo que supondrá el comienzo de la abolición de la sociedad de clases y del estado mismo. Así pues, la abolición del estado no es un elemento descartable de la propuesta marxista sino condición sine qua non de su realización. Para la cuestión que nos ocupa aquí es por

ende insoslayable la siguiente interrogante: ¿qué sentido puede tener hoy en el capitalismo avanzado el programa marxista de destrucción del estado?

Discusión de ciertas tesis

En un libro de indudable repercusión en el pensamiento marxista contemporáneo, titulado *Clase, crists y estado*, Erik Olin Wright analizó la vigencia que podía conservar, a mediados de la década del 70, la estrategia socialista clásica consistente en utilizar el estado para destruir al estado. La discusión de la lógica de su enfoque nos servirá pues para abordar nuestro problema.

Wright se propuso, específicamente, examinar la "tesis según la cual en el capitalismo monopolista avanzado es posible utilizar el aparato del estado democrático capitalista como base para (en último término) destruir el estado capitalista mismo" [Wright, 1983, p. 221]. Esa afirmación constituyó un componente esencial del planteo "eurocomunista", tan en boga durante los años 70 y, por cierto, diverge nítidamente de la posición leninista tradicional. Se trata de examinar si la estructura estatal "puede funcionar construyendo unas relaciones de producción socialistas en lugar de limitarse a socavar las relaciones capitalistas" [p. 226]. Se notará que, en esta perspectiva, el estado es visto como el potencial constructor de relaciones de producción socialistas, lo que condice con el planteo clásico.

Sostiene el autor que para la cuestión en consideración lo decisivo es lo siguiente: "El medio más importante con el que la estructura del estado democrático capitalista cuenta para atomizar a la clase obrera es quizás limitar la vida política popular al voto, al escrutinio de unas elecciones en las que los individuos privados escogen a sus representantes políticos. El punto clave para minimizar la citada atomización es incrementar las formas en las que la gente pueda participar directamente en la política en cuanto miembro de colectividades organizadas. A fin de lograr esto es necesario el establecimiento de embriones de democracia directa en los márgenes de la administración del estado" [p. 239]. Ahora bien, el centro de la cuestión radica exactamente en quiénes han de impulsar tal "establecimiento de embriones de democracia directa". Wright es convincente al exponer las dificultades que "la izquierda" y/o "un gobierno de izquierda" encontrarían para cumplir ese rol. Pero no menciona ningún otro agente que pudiera cumplir esa tarea, que con razón considera clave. Ello y el enfoque general de la obra hacen pensar que se la asigna a los partidos de tipo "eurocomunista" y posibles aliados, y a los gobiernos que los mismos puedan constituir. La experiencia histórica y el régimen habitual de funcionamiento de tales organizaciones sugieren que las posibilidades de que dicha tarea sea cumplida en medida significativa son muy pocas.

No menos importante para el tema en cuestión es tener en cuenta que los sectores dominantes de la sociedad responderán con vigor a una acción gubernamental que parezca afectar profundamente su dominación. Esa respuesta será inicialmente económica: las formas de sabotajes "constituirán serios obstáculos para las posibilidades de la actividad estatal y socavarán tan gravemente la seguridad económica de la población que invertirán eficazmente el patrón de intervención estatal. Esto es,

después de todo, lo que significa que la burguesía es la clase dominante incluso cuando los partidos obreros tienen en su poder las riendas del gobierno" [p. 244]. Wright alega que las posibilidades de éxito de ese sabotaje económico pueden ser menores que en períodos anteriores por el rol creciente del estado en la economía en general, y del sector nacionalizado en particular. Una vez más, la cuestión central parece ser la de dónde radica el motor de la acumulación: si éste sigue estando en la empresa privada, incluso la mera amenaza del sabotaje seguirá teniendo gran eficacia. Por consiguiente, lo que correspondería discutir es la viabilidad de desplazar el centro motor de la economía desde las empresas capitalistas hacia otro tipo de organización de la producción, que responda a una lógica distinta a la de la empresa privada.

Si la respuesta económica no es suficiente, se apelará a las armas. La lógica y la historia se dan la mano para respaldar tal aserto, que en la tragedia chilena ha encontrado una ejemplificación que puede considerarse "clásica". Pero aquéllas no han ofrecido solución consistente para el problema que así se plantea a la izquierda. Dice Wright: "En determinado punto, un régimen parlamentario de izquierda tiene que abandonar sus objetivos socialistas o enfrentarse directamente, desafiándolo, al aparato represivo del estado. En una confrontación tal se convierten en elementos decisivos la medida en que la unidad ideológica de los militares haya sido erosionada por las luchas socialistas, la medida en que dicho aparato militar pueda solicitar la ayuda de fuerzas imperialistas externas y la medida en que las capacidades de clase de la clase obrera se hayan fortificado o debilitado durante el período de dominio parlamentario socialista. Si bien una confrontación con los militares puede ser inevitable, no es necesariamente inevitable que éstos hayan de ganarla" [op. ctt., p. 245].

Me temo que no estamos lejos de una demostración por el absurdo de la inviabilidad de la estrategia estudiada: deducir las exigencias que la misma conlleva muestra que es imposible satisfacerlas.

En efecto, ese desafío —a los militares en su conjunto, como lo indican la primera y la última frase de la cita—, ¿qué gobierno lo lanzará? Si se trata ante todo de medir la erosión de la unidad ideológica de los militares, es porque ésta tiene una existencia indisputable; en tales condiciones, ¿qué hace suponer que las luchas socialistas podrían erosionarla en lugar, más bien, de afianzarla? Más aún, ¿cuál es el grado mínimo necesario de erosión para que la confrontación planteada sea algo más que una masacre?

Poco antes de estampar la afirmación recién transcrita, Wright ha citado aprobadoramente a Perry Anderson cuando éste sostiene que la maquinaria estatal coercitiva sólo puede ser quebrada por una insurrección obrera preventiva, la que a su vez sólo puede tener éxito si el aparato represivo "se divide o se desintegra, como sucedió en Rusia, China o Cuba". Obviamente, todo ello es inviable en el marco de referencia del problema analizado. Las diferencias de todo orden entre el mismo y las situaciones históricas en las que se produjeron las insurrecciones mencionadas, así como la naturaleza de los estados con los que se toparon, no requieren mayor comentario: ¿una insurrección obrera, en cualquier parte del mundo, sin preparación

previa?, ¿una insurrección obrera en el mundo de hoy?, ¿una línea de conquista de las mayorías parlamentarias yuxtapuestas a la preparación de la insurrección?

Observaciones a partir de un ejemplo: Francia, 1981-1984

Nos parece útil volver a considerar el enfoque de Wright desde un punto de vista distinto, a la luz de una experiencia concreta. Por supuesto, no disponemos de ningún ejemplo de gobierno "eurocomunista" y, si bien la historia es, como demasiado se sabe, una caja de sorpresas, no parece probable que nos ofrezca algo parecido en el futuro próximo. Pese a ello, no estamos completamente desprovistos de material empírico con el que confrontar las ideas discutidas en la sección anterior. Se impone, en efecto, considerar la experiencia del gobierno de "unidad de la izquierda", iniciada en Francia en junio de 1981 y concluida casi exactamente tres años después. En primer lugar, porque es la única en su género: ¿qué otro ejemplo comparable, después de la II Guerra y en los países capitalistas más avanzados, podría mencionarse? En segundo lugar, porque los proyectos de los partidos participantes de tal experiencia no carecían, por entonces, de puntos de contacto con los que analiza Wright. Precisemos esto último. Sería sin duda un despropósito decir que el gobierno de Mitterrand se planteó en algún momento el "usar al estado capitalista para empezar a destruir el estado capitalista". Pero éste era sin duda el propósito del PC. Más aún, el programa que el Partido Socialista difundió poco antes de la elección presidencial de 1981 —su Projet Socialiste — propone explícitamente tanto la "ruptura con el capitalismo" como lo que denomina "una tercera vía al socialismo" distinta tanto de la comunista como de la socialdemócrata; a la última se le achaca particularmente, en dicho documento, su incapacidad para alcanzar el fin propuesto. En suma, no nos parece traído de los pelos el ocuparnos aquí del "caso francés".

Resumamos brevemente nuestra visión del proceso, recordando a la vez sus principales etapas.

El gobierno de Mitterrand se inicia en medio del llamado "estado de gracia". Disuelve el Parlamento y en seguida obtiene un amplio triunfo en las elecciones legislativas; dispone así, a la vez, de una cómoda mayoría parlamentaria y de los extensos poderes que la constitución francesa otorga al presidente de la República. La opinión pública se muestra dispuesta a darle crédito a la izquierda, mientras la derecha —inesperadamente derrotada tras veintitrés años de gobernar por sí sola— se sume en la confusión. La nueva mayoría empieza a actuar a paso acelerado.

Dice Wright: "...puesto que la llegada de los partidos socialistas y comunistas al poder es probable que tenga lugar en condiciones económicas relativamente desfavorables, su primera preocupación será revitalizar el proceso de acumulación" [op. ctt., p. 229]. Así fue.

El ministerio encabezado por Pierre Mauroy llegó con una receta tan clara como conocida en sus maletines: impulsar la "relance", la reactivación de la economía, mediante el fomento del consumo. Consiguientemente, se aumentaron los gastos públicos y los salarios. A la vez que practicaban este keynesianismo de izquierda, los gobernantes franceses criticaban a sus vecinos cuyas políticas recesivas estarían

Digitized by Google

revelando una incapacidad técnica para sacar a las economías capitalistas de la crisis. Dado que "el prerrequisito estructural para que un partido 'reparta beneficios' es una economía capitalista saludable" [Wright, p. 228], buscaron la salud mediante una terapéutica susceptible de dar resultados rápidos, pero sólo compatible con un diagnóstico que considerara coyuntural a la crisis. Ahora bien, esto era justamente lo que venía diciendo desde 1974 la derecha gobernante, mientras que la oposición de izquierda replicaba que se vivía una crisis mayor del capitalismo. Parecería que la última posición estaba más cerca de la verdad, pues los remedios que sólo pueden dar resultados positivos cuando se trata de enfermedades no demasiado graves fracasaron estrepitosamente. El estímulo al consumo para fomentar la producción sólo logró hacerlo con la importación, la inflación y la devaluación. La inversión, en cambio, disminuyó sensiblemente: la burguesía no manifestaba deseo alguno de ayudar al gobierno socialista. En marzo de 1982 la consigna había pasado a ser "el rigor". Y hasta se empezaba a aplicarlo, aunque por entonces se decía que se trataba de una política pasajera, destinada a esperar la recuperación de la economía norteamericana. cuva tardanza impedía salir de la crisis.

El nuevo gobierno francés creía disponer no sólo de una táctica adecuada para el manejo de la coyuntura económica sino también de una estrategia a largo plazo. Dicho sintéticamente, el motor de la acumulación habría de radicarse en un fuerte sector nacionalizado: éste sería la locomotora capaz de arrastrar a la economía en su conjunto.

Así, a la vez que se fomentaba el consumo, se hizo efectivo un amplio proceso de estatizaciones que, en particular, comprendió prácticamente a todo el sector bancario. Sin entrar en detalles, anotemos que —por supuesto—tales nacionalizaciones fueron compras, a menudo a precios superiores a las cotizaciones en Bolsa, de empresas frecuentemente deficitarias. Como se comprende, todo ello repercutió gravemente sobre las finanzas públicas. Más importancia tuvo quizás el que la nacionalización de muchas y grandes empresas apenas si cambiara el comportamiento económico de las mismas. A mediados de 1983 el gobierno llegó a una conclusión neta en relación al conjunto del sector nacionalizado: éste no desempeñaba el papel previsto. Y entonces aquél cambió su política y su discurso.

Es a partir de ese momento que "el presidente de la República y el gobierno se esfuerzan por convencer a la opinión y al patronato de que su propósito más querido es el de cultivar al menos una libertad, la libertad de empresa, por la que sienten una pasión sin fallas" [Julien, 1984]. Los dirigentes socialistas empezaron a hablar de una "revolución cultural" en el seno de la izquierda que los habría llevado a descubrir que la empresa privada es "el principal lugar de creación de riquezas y de invención". Respecto a los hechos de la que pasó a ser la nueva política gubernamental, digamos simplemente que los mismos se ajustaban bien a tales dichos.

Refiriéndose a la forma en que un gobierno socialista podría enfocar la politización del proceso de acumulación, dice Wright que "dicha politización puede limitarse a reproducir a nivel político la creencia de que el fortalecimiento de las instituciones capitalistas y de la acumulación de capital redunda en beneficio de todos". Esta

creencia podrá ser verdadera o falsa, pero dos cosas son bien ciertas: una, que ella no era propia del socialismo francés cuando cuando accedió al gobierno; otra, que unos dos años después el gobierno así constituido empezó a hacer todo lo posible por difundirla.

Por su parte, los empresarios reaccionaron ante ese cambio de política aceptando todos los subsidios que con generosidad creciente empezó a ofrecerles el sector público, pidiendo más, afirmando que con las garantías concedidas a los trabajadores no se puede producir y... sin apurarse a invertir. Una moraleja resulta obvia: será o no la empresa privada el motor de la reactivación económica, pero mucho le costará a un gobierno de izquierda hacer arrancar a ese motor.

Recordemos ahora lo que sucedió mientras tanto a nivel político y social. "Si una victoria parlamentaria de la izquierda condujera a la desmovilización y a la desorganización de la clase obrera, incluso aunque un gobierno de esta especie promulgara una serie de reformas progresistas, es inconcebible que pudiera crear las condiciones para una transformación socialista" [Wright, p. 235]. Otra vez, uno se siente tentado a decir tan sólo que eso fue exactamente lo que sucedió.

Reformas progresistas las hubo, en cantidad y calidad (entre las principales citaría las referentes a los derechos de los trabajadores y las que se vinculan al funcionamiento de la justicia). Desmovilización también, y muy grande: de la clase obrera y del conjunto de las sectores sociales que apoyabana la izquierda. Por cierto, desmovilización querida y fomentada por el gobierno, lo que tuvo su lógica propia: identificando movilización con reclamo y a éste con amenaza de mayor gasto, se buscó desactivar desde el inicio una eventual marea reivindicativa. Desmovilización que, también, tuvo su precio. Cuando, a mediados de 1984, la confrontación se planteó en términos de comparar el apoyo social movilizable —lo que sucedió como suele pasar en torno a una cuestión específica, en este caso la referida a la legislación escolar—, al millón largo de ese "pueblo de derecha" que inundó París la izquierda sólo pudo oponer una manifestación de algunas decenas de miles de militantes que desfilaron por compromiso. Pocos días después, la experiencia gubernamental de la unidad de la izquierda concluía. En ese momento, el Partido Socialista no había perdido ninguna posición de gobierno. Pero su proyecto estaba agotado. Desde entonces, a través de reveses y triunfos electorales, viene impulsando otro bastante distinto.

Llegada al gobierno dizque para iniciar la ruptura con el capitalismo, la izquierda francesa intentó transformar la economía y la sociedad desde el estado. Por cierto, sin promover ninguna transformación sustancial de este último. Recordemos el papel clave que Wright asigna al impulso de "embriones de democracia directa en los márgenes de la administración del estado". Ni hace falta decir que la práctica del gobierno de la izquierda francesa nada tuvo que ver con esa tesitura. Si ésta hubiera sido planteada con vigor por alguien —cosa que no ocurrió—, sólo hubiera podido despertar la alarma del Partido Comunista, verticalista entonces como antes, y, aún más, del Partido Socialista: éste es un partido de dirigentes, "notables" a los que pocos militantes acompañan, cuyos clubes apenas si funcionan fuera de las instancias electorales.

Toda una visión de la política, de las vías del cambio social, se evidenció de manera paradójica en la cuestión de la descentralización. Esta —muy deseable, sobre todo en un país por cuya centralización tanto hicieron, en particular, Luis XIV, los jacobinos y Napoleón—fue impulsada y convertida en ley, con bombos y platillos, por la mayoría socialista. Pero no se prestó atención comparable a la dinámica social, a la gente de carne y hueso, encargada de hacerla realidad. Y las primeras elecciones de los organismos regionales con competencias renovadas y ampliadas fueron ganadas por la derecha.

A la hora de la crisis, el Partido Socialista no podía recurrir a la movilización popular. Para cambiar o para defender su política, sólo podía aferrarse a la lógica de la misma echando mano exclusivamente a los resortes de la acción desde el estado. Para apuntalar su accionar, jugaron la carta que antes habían denostado, el poder y la imagen "au dessus de la mêlée" que la Constitución gaullista da al presidente. Ello puede servir para diversos objetivos —sobre todo cuando quien desempeña el cargo es un político tan fino como Mitterrand— pero dificílmente para impulsar un proyecto democrático de transformaciones socialistas. De esto se fue dejando de hablar.

La "vía chilena hacia el socialismo", en paz y mediante las elecciones, terminó en la barbarie del *putsch* militar. La vía francesa concluyó sin que sus protagonistas hubiesen sido desalojados del gobierno: simplemente, su política se agotó, la realidad los hizo darla por finalizada. Ello es sin duda menos dramático, pero no debiera merecer menos atención.

Notas sobre una definición de las clases sociales

Dado que nos interesa analizar la propuesta de ruptura con el capitalismo, clásicamente entendida como el primer paso en la transición hacia la sociedad sin clases y sin estado, no parece que podamos esquivar el asomarnos a la compleja problemática de la definición de las clases sociales ni a la no menos compleja cuestión de sus relaciones con el estado. Precisamos criterios para captar la división de la sociedad en clases de tal forma que se pueda comprender la evolución histórica de tal división y, en particular, las posibilidades de su desaparición.

Quizás no sea inútil empezar recordando que, en su tantas veces citada carta a J. Weydemayer del 5 de marzo de 1852, Marx afirma que sus propios aportes al tema de las clases sociales son los siguientes:

- I la demostración de que la existencia de las mismas está ligada a fases históricamente determinadas del desarrollo de la producción;
- II que su lucha lleva necesariamente a la dictadura del proletariado;
- III que esta última no representa sino una transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.

Para analizar la última afirmación hace falta una noción de clase más amplia que la tradicional en el análisis marxista. Detallemos esto. Según explica Godelier en L'idéel et le matériel, Marx usa el vocablo clase en dos sentidos distintos. Por un lado, en sentido restringido, designa a los grupos sociales que componen la sociedad capitalista moderna, las relaciones de dominación y de explotación entre los cuales se

basarían exclusivamente en sus distintas ubicaciones en el proceso capitalista de producción. Por otro lado, en sentido amplio, el concepto de clase es usado de un modotal que incluye además a los órdenes y a las castas de las sociedades precapitalistas. Parece claro que en ninguno de esos dos sentidos la noción nos sirve. En efecto, necesitamos un concepto relativamente preciso, lo que tiende a descartar la segunda de las acepciones consignadas por Godelier, pero hace falta que la validez de tal concepto no se restrinja al capitalismo, por lo cual la primera acepción resulta insuficiente. Necesitamos, además, que la validez en cuestión se extienda más bien a las sociedades "postcapitalistas" que a las precapitalistas, pues, si bien queremos analizar la división de las sociedades en grupos antagónicos, más que las manifestaciones del fenómeno en el pasado nos interesa discutir sus posibilidades futuras en función de sus rasgos actuales. Una "sociedad sin clases" sólo puede significar una sociedad de la que hayan desaparecido los factores básicos que tiendan a dividirla en grupos antagónicos: lo que nos hace falta es apreciar la relevancia de tales factores mediante criterios válidos tanto para el presente como para el futuro. La existencia de criterios semejantes está implicitamente afirmada en la predicción sobre la transición hacia una sociedad sin clases, pues en caso contrario ella carece en sí misma de sentido.

Ahora bien, escritores marxistas contemporáneos han propuesto enfoques para el análisis de clase en el capitalismo actual que apuntan en la dirección indicada. En particular, Wright propone unas sugerentes "definiciones ampliadas de las clases", sustentadas en la idea de que "no todas las posiciones dentro de la estructura social pueden considerarse como firmemente enraizadas en una única clase" [Wright, op. ctt., p. 23]. Ello constituye un punto de partida razonable, que abre la vía para una consideración dinámica del problema: se trata de comprender las relaciones de clase como la obra, siempre cambiante, de la historia. Esta se despliega en procesos diferentes que incluyen la progresiva pérdida de control por parte de los productores directos sobre su propio trabajo, la creciente diferenciación de las funciones que originalmente desempeñaba el empresario capitalista y el desarrollo de jerarquías de autoridad complejas en el seno de las empresas. Del examen de las cuestiones anotadas el autor concluye que hay "tres procesos fundamentales subyacentes a la relación capital/trabajo: el control sobre los medios físicos de producción; el control sobre la fuerza de trabajo; el control sobre las inversiones y la asignación de recursos".

Notemos, por nuestra parte, que la validez de la aseveración precedente no presupone la de las relaciones jurídicas propias del capitalismo: esos tres procesos de control por parte de una fracción de la sociedad pueden tener lugar sin propiedad privada de los medios de producción.

Por la vía indicada Wright llega a las "definiciones ampliadas de las clases" [op. cit., p. 91] que resumimos a continuación. La clase obrera estaría compuesta por los siguientes grupos: los trabajadores asalariados excluidos del control sobre el capital monetario, el capital físico y la fuerza de trabajo; aquéllos directamente ligados a los anteriores por su trayectoria familiar, y quienes, dentro de los aparatos políticos e ideológicos, ocupan posiciones excluidas tanto de la toma de decisiones y de su

puesta en práctica como de la creación y difusión de ideología. De forma complementaria, la clase burguesa estaría integrada por quienes ocupan, dentro de las relaciones sociales de producción, una posición de control sobre el capital monetario, el capital físico y la fuerza de trabajo; por los que están directamente ligados a los anteriores por su trayectoria, y por los que, dentro de los aparatos políticos e ideológicos, ocupan posiciones que suponen control sobre la toma de decisiones políticas y la producción de ideología. Entre la clase obrera y la burguesía queda un amplio espacio para situaciones de clase contradictorias, las que incluyen, por ejemplo, a quienes, dentro de los aparatos políticos e ideológicos, ejecutan pero no toman decisiones políticas o difunden pero no controlan la producción de ideología.

Ahora bien, supongamos que, en la conceptualización recién resumida, efectuamos la siguiente sustitución: donde dice "clase obrera" o "proletariado" póngase "clase A" y donde dice "clase burguesa" o "burguesía" póngase "clase B". El resultado tiene sentido por cierto, lo que sugiere que los criterios empleados pueden ser válidos para definir, por ejemplo, las clases dominada y dominante en sociedades muy diversas. Ello es así porque no se restringe al capitalismo la validez de los criterios que usa Wright para definir las "posiciones de clase". Estas, en efecto, son caracterizadas a partir de la ubicación de los seres humanos frente a:

- I las variadas facetas del control de los procesos productivos;
- II la toma de decisiones políticas y su puesta en práctica;
- III la creación y la difusión de ideología.

El empleo de criterios semejantes —que por cierto no garantizan la primacía de lo que sucede a nivel de la producción directa— es lo que nos parece más relevante del enfoque reseñado.

Así por ejemplo, a partir de tales criterios resulta evidente la trascendencia de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual para la delimitación de las clases. En efecto, los trabajadores manuales tienden a ser excluidos de las posiciones de control relacionadas con la producción, de la toma de decisiones políticas, de la creación ideológica. Ello es trazo común a todas las sociedades conocidas hasta la fecha, lo que realza el papel de tal división y la necesidad de superarla, meta hacia la cual hasta ahora no podemos decir que se haya avanzado mucho, desgraciadamente.

Por esta vía se llega a captar el relevante papel social del saber técnico. En éste pretende fundamentarse, cada vez más, la legitimidad de las más diversas funciones de dirección y de control, para las que antaño se buscaba justificación en los derechos divinos y/o naturales de gobernantes y patrones. De alguna forma, el "saber respetable" de nuestra época, el binomio Ciencia & Tecnología, y sus conclusiones de validez real o supuesta, juegan un muy destacado rol en la legitimación de las relaciones de dominación. También ello contribuye a realzar la importancia de los aspectos culturales en la problemática de las clases y de las luchas sociales.

Intereses de los trabajadores y conquista del estado

Las definiciones de las clases sociales debieran ser útiles cuando se trata de estudiar los intereses de cada una de ellas. Consideremos los "intereses fundamentales

de la clase obrera". El marxismo los identifica con el socialismo, lo cual, según Wright, "significa afirmar que si los trabajadores entendieran científicamente las contradicciones del capitalismo se comprometerían de hecho en la lucha por el socialismo" [op. cit., p. 83]. ¿Por qué? La respuesta tradicional empieza aludiendo a la propiedad (y a la expropiación de los expropiadores); ahora bien, la definición de la clase obrera que propone este autor no hace referencia a la propiedad.

Por supuesto, los intereses fundamentales de una clase tienen que guardar estrecha relación con los criterios que la definen: en caso contrario, unos u otros no son fundamentales.

Recordemos una vez más que Wright caracteriza a la clase obrera por una triple exclusión, del control en el ámbito de la producción, de la toma de decisiones políticas y de la creación en el plano de la ideología. Recordemos también el papel relevante que le atribuimos, en el proceso que crea y preserva esa exclusión, a la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Notemos todavía que "carece por completo de sentido hablar de 'intereses' que pueden no convertirse jamás en verdaderos objetivos de luchas sociales" [ídem, p. 82]. Si se acepta ese enfoque, las siguientes conclusiones lucen más bien obvias:

- I Los intereses fundamentales de la clase obrera sólo pueden ligarse a una organización de la sociedad que tienda a suprimir aquella triple exclusión, y específicamente la separación-subordinación del trabajo manual respecto del intelectual. Ello definiría un "socialismo deseable".
- II Sólo un "socialismo viable" puede ser el objetivo de luchas reales; luego, los trabajadores se comprometerán en la lucha por el socialismo sólo si la construcción de éste es vista como un futuro posible, que implica además modificaciones objetivas en la situación de esos actores sociales.

Consiguientemente, la tesis marxista sobre los intereses fundamentales de la clase obrera presupone la demostración o bien de que el socialismo existente hoy día es "eso" de que se habla en (II o bien de que un socialismo que sea "eso" es lograble. Para tamaña demostración no alcanza, me temo, con que los trabajadores comprendan "científicamente las contradicciones del capitalismo". Pero, si falta la demostración en cuestión, un vacío separa a la teoría general sobre las clases sociales de una estrategia política como la analizada en este capítulo.

En realidad, sospechamos que se puede ir bastante más allá, pero en la dirección contraria, pues creemos que hacer del estado la palanca fundamental de la transformación social no coadyuva a la realización de los intereses fundamentales de lo que nuestro autor define como clase obrera.

Según la tesis clásica, la "expropiación de los expropiadores" se realiza mediante la "toma del poder", por lo cual ésta debe ser incluida en el conjunto de aquellos intereses. Específicamente: "Los intereses fundamentales de la clase obrera en el nivel político e ideológico son ... obtener el poder estatal y la hegemonía ideológica. Esto implica una reestructuración cualitativa del estado capitalista—lo que polémicamente se denomina 'destrucción' del estado—, de tal forma que la clase obrera pueda, en cuanto clase, ejercer el poder estatal. Si bien es imposible especificar por adelantado

los contornos precisos de dicha reorganización, el requerimiento mínimo es que sean radicalmente democráticos y antiburocráticos" [Wright, op. ctt., p. 89].

¿Cómo cabe imaginarse ese poder que se trata de tomar y ejercer? No es abusivo suponer, dado lo que se espera de él, que deberá caracterizarse por el control de los aspectos decisivos de la producción (los que puedan ser considerados como constitutivos del motor de la acumulación), por la capacidad de adoptar decisiones políticas y hacerlas cumplir (sin lo cual no se trataría del poder estatal), y por la preponderancia en la creación y difusión de ideología. Si uno de estos rasgos estuviera ausente, no se ve cómo habría de materializarse el "interés fundamental" correspondiente.

Luego, la toma del poder ha de verse como un proceso de sustitución en las posiciones de control. ¿Quiénes pasan a ocuparlas? Suponer que puedan hacerlo todos o la gran mayoría de los antaño excluidos implica admitir que la exclusión de cada uno de ellos era meramente contingente. Esa no es la óptica del marxismo, a justo título. No en balde insiste este último en la importancia de la división entre trabajo manual e intelectual: ¿cabe imaginarse a los trabajadores manuales pasando a ejercer el control de la producción, la política y la ideología? Lo único seguro es que quienes recorran tal trayectoria habrán dejado de ser trabajadores manuales. Pero éstos no habrán dejado de existir por ello.

Se nos dirá que el proceso es dialéctico. Sin duda, pues la dialéctica de la historia confirma lo que la razón hace sospechar: la "toma del poder" es un proceso de cambio acelerado de las formas de dominación tanto como de la composición y características de los sectores dominantes y dominados, pero todo ello no implica de por sí el principio del fin de la dominación. Sucederá así —podría argüirse a partir de la última cita de Wright—sólo en la medida en que el nuevo poder estatal tenga "contornos ... radicalmente democráticos y antiburocráticos". ¿Cómo concebir un poder estatal de semejante naturaleza? Se le supone creado para desplazar desde el estado a quienes antes ocupaban las funciones de control destacadas. Tal cosa exigiría presumiblemente concentrar y reforzar las funciones de control. Entre quienes resulten excluidos de las mismas podrá haber "burgueses", lo cual sería quizás una hermosa justicia poética pero no el fin de la "burguesía", si ella es la clase que Wright define por el ejercicio del control sobre la economía, la política y la economía.

Si la clase obrera está definida por una triple exclusión, sus intereses fundamentales en tanto clase no pueden ser otros que el fin de la exclusión. Suponer que ello pueda hacerse desde un poder estatal concentrado y reforzado implica admitir la posibilidad de que los intereses fundamentales de la clase que ejerce los controles consistan en suprimirlos. O dejar de lado el papel explicativo de los intereses de clase.

Por supuesto, cuando la izquierda llega al gobierno, sus preocupaciones no pueden sino ser mucho más concretas. Ellas se ligan directamente con el manejo de la crisis del capitalismo. La crisis, en efecto, suele favorecer la alternancia y, por ende, la llegada de la izquierda al gobierno en países donde el mismo ha estado ocupado más o menos largamente por la derecha. Ello a su vez suele posibilitar una cierta reorganización de la economía, porque la insatisfacción con su funcionamiento se ha revelado grande y porque, habiéndose elegido un gobierno distinto, existe una

tendencia a permitirle que haga "otra cosa". Así, la izquierda francesa, que ganó ajustadamente la elección presidencial de 1981, obtuvo pocas semanas después un amplio triunfo en los comicios legislativos. Pero "otra cosa" exige un nuevo motor para la acumulación, ya que el habitual ha entrado *en panne* y todas las recetas para repararlo incluyen el restablecimiento de la ganancia capitalista, lo que en una primera etapa al menos tiende a imponer el descenso del salario real. Esa reparación por consiguiente perjudica los intereses inmediatos de los trabajadores, y también a sus intereses fundamentales, si estos han de ligarse a la ruptura con el capitalismo. Luego, en esta óptica la izquierda socialista sólo estal si es capaz de poner en marcha un nuevo motor de la acumulación. En caso contrario, los así llamados intereses fundamentales no estarán ligados a planteos viables, por lo cual dificilmente darán lugar a luchas reales sostenidas.

En cierto sentido, el fracaso del proyecto de la unidad de la izquierda en Francia puede resumirse así: se desarrolló una acción gubernamental escasamente compatible con una lógica de la acumulación basada en la empresa privada y no se logró hacer realidad una lógica distinta; luego, para ajustarse a la primera, hubo que cambiar de política.

En suma, lo que está en juego en la cuestión del motor de la acumulación es la vigencia misma de la propuesta de ruptura con el capitalismo.

Gestión estatal y democracia directa

Nos hemos visto naturalmente conducidos a encarar una cuestión central, la de si los excluidos de las posiciones de control pueden llegar a ejercerlas a través de un proceso del tipo conocido como "toma del poder". Se llega así a un punto neurálgico de las complejas relaciones entre los conceptos de clase social y estado. El problema puede ser visto como una reformulación de una muy vieja pregunta: ¿pueden realmente las mayorías incidir decisivamente en el gobierno, controlar al estado, ejercer el poder?

Esta es, también, una manera de plantear el "problema de la burocracia", cuya relevancia práctica no necesita ser destacada. El examen que del mismo ofrece Wright se despliega a partir de una comparación de los enfoques de Weber y Lenin ante las interrogantes siguientes: "¿Cómo puede controlarse el aparato del estado? ¿Resulta posible para las masas gobernar y controlar el estado? ¿Cuál es la relación de las instituciones representativas con la burocracia estatal en la sociedad capitalista? ¿Qué puede hacerse respecto a la creciente apropiación de poder por parte de los burócratas? ¿Qué consecuencias tiene el socialismo para la naturaleza del estado?" [ídem, p. 176].

Como bien se sabe, Weber sostenía que "el futuro pertenece a la burocratización". Resulta cada vez más dificil controlar a la burocracia estatal y cada vez más posible que la cúpula misma del estado llegue a estar ocupada por burócratas, en cuyo caso "aparecerán fuertes tendencias orientadas hacia: a) la irresponsabilidad y la ineficacia de la dirección política de la burocracia, especialmente en tiempos de crisis; y b) la maximización de la influencia que, entre bastidores, tienen los grandes capitalistas

Digitized by Google

sobre el funcionamiento de la burocracia estatal" [Wright, p. 180]. Ambos rasgos caracterizaban a ojos de Weber la política alemana desde Bismarck, con las consecuencias catastróficas que eran evidentes en 1917, cuando escribe el trabajo titulado Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán. Intenta con ese ensayo proponer vías que evitaran la reiteración de males semejantes, por lo cual trata de precisar cuál es la mejor defensa frente a la dominación de la burocracia. Wright explica cómo la concepción general de Weber lo lleva a descartar los regimenes de tipo monárquico o de democracia "pasiva", al igual que la "democracia activa de masas", en sus variantes directa y plebiscitaria. En los dos primeros casos el régimen es demasiado débil para controlar a la burocracia, mientras que en los últimos sus posibilidades son limitadas y se presentan otros defectos graves, como la extrema dificultad para negociar compromisos, los que son imprescindibles en todo estado moderno cuyas diversidades no sean dejadas de lado por vía de hecho. Luego, es preciso encarar otra solución, lo que se hace en el trabajo mencionado, del que Wright len p. 182] cita la siguiente conclusión: "No un Parlamento perorante, sino un Parlamento activo puede constituir un terreno adecuado para que crezcan y asciendan en él, por vía de selección, cualidades no sólo demagógicas sino auténticamente políticas de jefe. Y un Parlamento activo es aquel que, colaborando, controla de modo ininterrumpido la administración".

También es muy sabido que el enfoque de Lenin contradice frontalmente dicha conclusión. A sus ojos, el Parlamento cumple ante todo un rol mistificador, el de dar la impresión de que el poder es ejercido por los representantes del pueblo, mientras la verdadera labor estatal se hace en las cúpulas de la burocracia, que es la estructura mediante la cual la burguesía ejerce su dominación. Por eso, en la visión leninista, la izquierda no puede esperar nada sustancial de una eventual victoria electoral, que podría darle el control de los organismos electivos pero no del aparato ejecutivo, de donde no podría llevar su política a la práctica.

El meollo de la cuestión radica en la viabilidad o no de formas de la democracia directa. Si un prerrequisito mínimo para que la clase obrera pueda ejercer el poder del estado es que éste sea reestructurado de manera radicalmente democrática y antiburocrática, ¿qué puede significar ello sino la promoción de modalidades de la democracia directa? Si ésta se descarta, no se comprende bien qué sentido tiene decir que las grandes masas de los hasta entonces excluidos empiezan a intervenir realmente en el ejercicio del poder.

Si la democracia directa careciera de asideros en la realidad de una nación moderna, resultaría obvio que el proceso de burocratización dictatorial de la URSS responde a determinaciones mucho más generales que las que surgen de su historia específica. La desaparición de las formas democráticas sería inherente a la denominada "toma del poder por la clase obrera". En efecto, ese poder no podría sino ser ejercido por su "representante". Sobre éste operarían todas las tendencias hacia el autoritarismo propias de una situación revolucionaria, y todas las tendencias hacia la burocratización propias de un partido de grandes dimensiones, sin ninguno de los controles conocidos en una estructura "poliárquica" o imaginables en una democracia

directa: el poder no estaría dividido, de donde la primera no existiría de jure, puesto que "todo el poder" estaría concentrado en la segunda, de facto inexistente.

Es necesario destacar todavía la relación entre esta cuestión y la de los intereses fundamentales de las clases dominadas. Salvo que se relacione la dominación en el capitalismo con la "maldad" de los dominantes en lugar de con procesos sociales dotados de cierta objetividad, el cambio de personas, sectores y formas en la estructura de la dominación sólo puede tender a suprimir ésta si sucede lo mismo con aquellos procesos. A menos que se postule la "bondad" —por el hecho de ser los "representantes" de los excluidos— de quienes pasen a ejercer los controles de la economía, la política y la ideología, no se ve por qué la exclusión —y en especial la separación entre trabajo manual e intelectual, con todas sus consecuencias— ha de tender a esfumarse si no lo hace también la diferenciación entre "controladores" y "controlados". Ahora bien, parecería que lo último equivale a una suerte de "aproximación a la base" de los procesos de toma de decisiones. Y, a su vez, no es fácil pensar ello sino como un proceso que vaya haciendo cada vez más directa a la democracia representativa.

En todo caso, creemos que la cuestión de la viabilidad de formas de la democracia directa debe ser analizada en el marco de Weber y no en el de Lenin. Los motivos son casi de Perogrullo: en primer lugar, una tesis que pretenda tener visos científicos tiene que ser medida ante todo con los más sólidos argumentos en su contra; en segundo lugar, la historia de nuestro siglo tiende a confirmar la óptica del académico alemán más bien que los planteos contrarios del revolucionario ruso, en lo que se refiere no sólo a la "necesidad histórica" de la burocracia sino también a los problemas planteados por una administración racional del estado e incluso a la naturaleza misma de la política.

Según Wright [p. 200], para Weber "las burocracias son ... necesarias e inevitables, dadas las condiciones de la tecnología y la producción modernas, así como la escala masiva del estado moderno", mientras que para Lenin "la burocracia no es un imperativo tecnológico exigido por la moderna tecnología y administración de masas, sino un imperativo específicamente político de la estabilidad del capitalismo y la dominación de la burguesía".

Los hechos, por su parte, parecen decir que la burocracia es, como mínimo, un requisito insoslayable de la estabilidad de todo estado moderno, un fenómeno consustancial a la dominación en nuestra época.

Y de lo anterior se desprende que, para estudiar la viabilidad de las propuestas emancipatorias, es imprescindible analizar a fondo la tesis de Weber sobre la inevitabilidad técnica de la burocracia, estrechamente ligada a la cuestión del papel social del saber. El problema de la democracia directa se vincula así al de la democratización del saber científico y técnico.

En fin, para resumir anotemos que, como lo describen Buci y Therborn [1981, p. 105], la concepción de Weber incluye una visión elitista de la política como ciencia particular, definitivamente separada de las masas en un proceso de racionalización antidemocrático por su propia naturaleza. Según dichos autores, "encarando la misma

cuestión que Lenin, la de la política de masas, Weber ofreció una respuesta contraria, que se reveló más realista: no es la cocinera la que administrará el estado sino la burocracia...". En tal caso, la propuesta socialista clásica es sólo un espejismo.

b. Una propuesta que fracasa ante la cuestión de la democracia

Vuelta al principio

Las conclusiones más bien negativas del análisis precedente sugieren volver al problema general planteado al comienzo del capítulo, para inquirir específicamente acerca del significado que puede tener hoy por hoy un proyecto de sociedad sin clases.

Recapitulemos, como punto de partida, ciertas conclusiones que pueden deducirse de las definiciones de las clases sociales antes consideradas.

En forma muy esquemática, puede sostenerse que la "posición de clase" depende fuertemente de la ubicación respecto al control de tres procesos sociales fundamentales, por cierto estrechamente vinculados entre sí. El primero de ellos tiene que ver con la producción; las relaciones sociales básicas en este ámbito dependen del control de los medios físicos de producción, la fuerza de trabajo, la asignación de recursos y —cada vez más— la innovación tecnológica y productiva. El segundo tipo de procesos es el de la toma de decisiones políticas y su puesta en práctica. El tercero, el de la creación y difusión de ideología o, mejor, de cultura.

Muy variadas son las formas que adoptan tales procesos y sus relaciones mutuas. Pero la historia sustenta ciertas conclusiones que la lógica no objeta, y que a pesar de ser elementales no son irrelevantes. Entre ellas:

- I la dominación social se basa en el control de los ámbitos mencionados;
- II las posiciones de control son ocupadas por fracciones comparativamente pequeñas de la sociedad;
- III lo propio de las grandes mayorías es la exclusión total o parcial de toda posición de control:
- IV no se conoce ejemplo histórico de que ello no sea así;
- V los sectores dominantes en los diversos ámbitos no necesariamente coinciden pero, por razones objetivas, sus relaciones suelen ser estrechas y grandes sus intereses comunes;
- VI quienes ocupan posiciones de control desempeñan actividades generalmente apetecidas, obtienen de ellas ventajas materiales y honores, están en situación privilegiada para acceder a otros puestos de control.

En las próximas páginas procuraremos mostrar que estas observaciones no son inútiles para analizar los posibles significados de la abolición del estado. Subrayemos desde ya que esta última no resulta un complemento menor, cuya necesidad podría eventualmente revisarse, de la perspectiva de una sociedad sin clases. De hecho, si los criterios anotados son valederos, la supresión de la división de la sociedad en grupos antagónicos es inseparable de la superación de la brecha entre "excluyentes" y "excluidos" del control de la política.

Podríamos, en verdad, reformular nuestro problema general a partir de las

siguientes afirmaciones que Braudel incluye en la conclusión de su obra Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV a XVIII:

"El peor de los errores consiste en sostener todavía que el capitalismo es 'un sistema económico', sin más, cuando el mismo vive del orden social, se ubica, adversario o cómplice, al mismo nivel (o casi) que el estado, personaje complicado si los hay—y ello desde siempre—; cuando, además, el capitalismo aprovecha de todo el apoyo que la cultura aporta a la solidez del edificio social, porque la cultura, desigualmente distribuida, atravesada por corrientes contradictorias, da pese a todo, al fin de cuentas, lo mejor de sí misma para el sostén del orden constituido; cuando cuenta con las clases dominantes que, defendiéndolo, se defienden a sí mismas.

De estas diversas jerarquías sociales —las del dinero, las del estado, las de la cultura— que se enfrentan, y por otra parte se sostienen, ¿cuál tiene el primer papel? Responderíamos ...: a veces una, a veces otra" [Traducido de: Braudel, 1979, p. 540].

La transición hacia la sociedad sin clases, ¿puede ser planteada como otra cosa que la progresiva disolución de esa triple gama de jerarquías sociales?

Sobre los roles del estado

Según la clásica tesis leninista, las clases dominadas no pueden usar para sus propios fines al estado capitalista, sino que deben destruirlo y sustituirlo por un estado del proletariado, el cual ha de ser un elemento fundamental en la transición hacia la abolición de la sociedad clasista y del estado en general.

Destaquemos ciertos supuestos más o menos explícitos de semejante tesis:

- a) existen determinados rasgos básicos del estado que lo definen como el estado de una cierta clase;
- b) una clase dominada puede llegar a convertirse en dominante;
- c) puede existir un estado cuya dinámica apunte a su propia disolución.

Ahora bien, el proletariado puede tanto destruir el poder de la burguesía como defender un nuevo modo de producción: esa tesis no es absurda, no lo era antes de 1917 y desde entonces cuenta con cierto sustento empírico. Pero tales desarrollos no implican de por sí que el proletariado pase a ser la clase dominante: esto sólo ocurre si logra ocupar las posiciones decisivas en los procesos concretos de producción, la política y la ideología. ¿Cómo concebir al conjunto de los obreros industriales ubicados con alguna permanencia en tales puestos de control? Ello sólo es verosímil si la transformación es tal que ha desaparecido la diferencia entre quienes controlan y quienes son controlados. ¿Acaso la historia dice lo contrario?

Intentemos recapitular. En el programa leninista para la abolición de la sociedad de clases juega un rol central el estado del proletariado. Por esta expresión debe entenderse que la sociedad ha llegado a una etapa en la cual el proletariado se ha constituido en clase dominante. Suponerlo viable implica un triple error.

Ante todo, el de subestimar la envergadura de las relaciones de dominación originadas en los procesos de producción. Desplazar a quienes ocupan en su seno las posiciones de control —la burguesía, por ejemplo— no altera de por sí la naturaleza de tales procesos, en los cuales lo habitual es que unos pocos controlen y unos muchos

Digitized by Google

sean controlados. Mientras esto último siga ocurriendo, la masa de los obreros manuales seguirá excluida, es decir, dominada.

Se enfrenta esa dificultad mediante la teoría del "representante": el poder político, que en ese momento encarnaría los intereses de las masas dominadas en los procesos de producción, controlaría a su vez a quienes controlan dichos procesos. Así, en una suerte de segunda instancia, el proletariado retomaría su rol dominante incluso en la economía. Se comete así un segundo error —el de sobrestimar el influjo potencial de lo político—que no es sino la otra cara de la moneda del antes señalado. Por ejemplo: el control estatal sobre el proceso productivo puede atenuar algunos de los efectos de la organización taylorista del trabajo, pero mientras ésta subsista, también lo hará la relación de dominación en ella sustentada, el despotismo de la fábrica.

Por otro lado, la teoría del "representante" lleva a un tercer error, el de subestimar al estado. Por cierto, como crítica a Lenin ésta parece curiosa, sobre todo tras haber sostenido que su concepción sobrestima la dimensión estatal. Creo, sin embargo, que ambos cuestionamientos son fundados. En efecto, la concepción leninista rechazó la supuesta neutralidad del estado, puso de relieve su papel en la dominación y sostuvo que las clases dominadas no pueden usarlo para sus fines sin antes transformarlo. Además, como se anotó más arriba, tendió a exagerar el potencial de intervención estatal en los procesos productivos. Pero, por otro lado, sostenemos que esa misma concepción subestimó al estado como relación de dominación en sí misma, relación objetivamente fundada en el control-exclusión de la toma de decisiones políticas y de su ejecución.

En otras palabras, si es cierto que el estado no es un instrumento neutro susceptible de uso por diversas clases, no es tan cierto que una clase dominada pueda forjarse un instrumento estatal a su medida. Porque el estado no se reduce nunca a ser el instrumento de relaciones de dominación cuyo fundamento está fuera de él —por ejemplo, en los procesos de produción— sino que siempre es también una relación de dominación por sí mismo. Y esta relación tendrá tanto más gravitación en el conjunto de la sociedad cuanto mayor sea el uso que se pretenda dar al "instrumento" estatal.

Consideremos la pregunta que debimos haber analizado apenas formulado nuestro problema. A saber: ¿qué se busca destruir con la destrucción del estado? Pues si el estado es sostén de las relaciones de dominación y, más aún, constituye de por sí una de ellas, no es sólo eso. Porque si no fuera nada más, jamás habría existido.

"La fuerza de las armas nunca ha sido suficiente para generar sistemas sociales estables. La fuerza más relevante en el poder de dominación de un orden sobre los otros, de una casta sobre otra, no es la fuerza fisica, la violencia armada, aunque ellas sean indispensables. Esa fuerza decisiva nace del consentimiento de los dominados a la dominación." [Traducido de: Godelier, op. cit., p. 310].

En la medida en que los dominados aceptan la dominación, ello no se debe sólo a la coacción ni, en particular, al monopolio de la fuerza física que el estado suele detentar. Hay también un elemento fundamental de consenso, la creencia, más o menos difundida entre sectores subordinados, de que esa organización de la socie-

dad, que los excluye de las posiciones superiores, les aporta empero ventajas reales. En semejante creencia hay una parte variable pero siempre sustancial de falsedad: a ocultarla están siempre dedicados grandes esfuerzos de los sectores dominantes. Pero si ello suele resultarles viable es porque no todo es falsedad.

"Es pues necesario que no todos los servicios de los dominantes sean puramente imaginarios, ilusorios, para que se desarrolle el proceso que engendra los órdenes, las castas, las clases y el estado", dice Godelier [ídem, p. 217], tomando como ejemplo de ello los servicios reales brindados a las masas por el estado-Inca y el estado-Faraón. Los ejemplos podrían multiplicarse en el caso del moderno estado capitalista, pues en términos absolutos los servicios que ofrece se han expandido notablemente. Más aún, la complejidad de las sociedades contemporáneas hace dificil prescindir de muchos de ellos, e incluso reorganizarlos profundamente sin graves trastomos. Cuando estos últimos tienen lugar, se hace presente una vigorosa tendencia a fortalecer al estado—el que existía antes, u otro si aquél ha sucumbido— para que garantice tales servicios. Así, los esfuerzos por destruir al estado pueden generar entre los propios dominados un apoyo al estado que no es fruto meramente de la incomprensión sino también de necesidades reales.

Es por eso que la destrucción strictu sensu de un estado la primera necesidad que plantea es la de crear otro. El nuevo podrá ser "mejor" o "peor", según ópticas variadas, pero presumiblemente será "más". Porque deberá brindar servicios equivalentes a los de su predecesor, ofrecer otros que justifiquen el cambio, y además hacerse cargo de actividades afectadas por la transición.

Luego, si el propósito es avanzar hacia la abolición de las relaciones de dominación ligadas al estado, parecería que un triple proceso debe ser encarado:

- I el deslinde, dentro del conjunto de la actividad estatal, de los aspectos "dominación" y los aspectos "servicios";
- II la elaboración de formas alternativas para el cumplimiento de los últimos;
- III la construcción de vías de transición de lo existente a lo proyectado que no pasen por la destrucción de tales servicios.

Acerca de la Revolución y el estado

El programa leninista, tal como se le formula en *El estado y la Revolución*, puede considerarse como una propuesta para, simultáneamente, "hacer la Revolución" y empezar a "destruir el estado". Destaquemos algunos aspectos del planteo que en esa obra se desarrolla.

Como bien se sabe, su tesis fundamental es que "la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del aparato del Poder estatal que ha sido creado por la clase dominante." [Lenin, s/f,tomo II, p. 299].

Al caracterizar al estado, Lenin destaca ante todo que éste posee una fuerza coactiva especial, separada del resto de la sociedad, que es una consecuencia necesaria de la división de esta última en clases enemigas irreconciliables, pues si esto no sucediera sería posible "la organización armada espontánea de la población" [ídem, p. 301].

Luego plantea el problema de la extinción del estado [p. 305] mediante una cita de Engels que comienza así: "El proletariado toma el poder estatal y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del estado. Pero con este acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clase y, con ello mismo, el estado como tal." Se observará aquí con nitidez el triple error antes comentado: subestimación de las relaciones de clase cimentadas por el proceso de producción, sobrestimación de las posibilidades del estado para alterarlas, subestimación de la importancia del estado como relación de dominación en sí misma.

Lenin resume su tesis como sigue: "La sustitución del estado burgués por el estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del estado proletario, es decir, la supresión de todo estado, sólo es posible por medio de un proceso de 'extinción'" [ídem, p. 310]. Ahora bien: "según Marx, el proletariado sólo necesita un estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo, que comience a extinguirse inmediatamente y que no pueda por menos de extinguirse;" [p. 312]. Tal es pues el planteo fundamental de Lenin —sobre la vinculación entre Revolución, destrucción del estado capitalista y extinción del estado en general— que aquí nos interesa comentar.

La dificultad central salta a la vista: "El proletariado necesita el Poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de 'poner en marcha' la economía socialista" [p. 313]. ¿En qué hipótesis semejante estado podría comenzar a extinguirse inmediatamente?

Se plantean para el nuevo estado inmensas tareas de dirección, particularmente en el área económica, lo cual supone acometer una vasta empresa de administración pública. ¿Puede el proletariado desempeñar las tareas involucradas? Condición necesaria es la simplicidad de tales tareas: "para destruir el estado es necesario convertir las funciones de la administración pública en operaciones de control y registro tan sencillas que sean accesibles a la inmensa mayoría de la población, primero, y a toda ella, después" [p. 355]... ¿Es ello viable? Lenin lo afirma: "La cultura capitalista ha creado la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y sobre esta base, la enorme mayoría de las funciones del antiguo 'Poder estatal' se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control, que son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir" [p 328]. Estamos en 1917: la experiencia del poder le suscitará dudas crecientes al respecto.

¿En qué consiste la máquina del nuevo estado? Lenin la describe frecuentemente como "la masa de los obreros armados". Pero, salvo en instantes fugaces, esa masa no puede dirigir efectivamente ni la puesta en marcha de la economía socialista ni la organización de la violencia, por lo menos si sigue siendo un conjunto de obreros.

¿Qué significa que este nuevo estado comienza a extinguirse? "¡Y, desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores, no es ya necesaria una 'fuerza especial' de represión! En este sentido, el estado comienza a extinguirse". [p. 327].

Pero pocas páginas más adelante se nos recuerda que las revoluciones no ocurren así: "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener ese dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios". Citado por Lenin en la misma obra [p. 342], es el viejo Engels (en un texto que por cierto manejamos en un capítulo precedente) que impreca a los anarquistas, y, de paso, subraya que quien dirige el proceso político es el partido.

Una minoría —la "vanguardia"— ocupa las posiciones de control "en representación" de la mayoría, la que no dirige por sí misma sino por intermedio de su "representante". Esta no necesariamente es una descripción aceptable de la situación de partida, pero supongamos que lo fuera. Aún en tal caso, en la tempestuosa dialéctica del poder, ¿qué puede impulsar al proceso en la dirección de la participación creciente más bien que hacia la creciente exclusión?

"Los obreros, después de conquistar el Poder político, destruirán el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta los cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, lo sustituirán por otro nuevo, formado por los mismos obreros y empleados contra cuya transformación en burócratas se tomarán sin dilación las medidas analizadas con todo detalle por Marx y Engels: 1) no sólo elegibilidad, sino revocabilidad en cualquier momento; 2) sueldo no superior al salario de un obrero; 3) inmediata implantación de un sistema en que todos desempeñen funciones de control y de inspección y todos sean 'burócratas' durante algún tiempo, para que, de este modo, nadie pueda convertirse en 'burócrata'." [p. 380].

Todo eso parece, en el contexto que el propio Lenin establece, más bien imposible.

El nuevo poder debe desarrollar la producción, ejercer la represión y, por ende, controlar la ideología. Si se trata de la cosa más autoritaria del mundo, las autoridades no son removidas y muy pronto dejarán de ser elegidas; sus ingresos los fijan por sí mismas; el control no se ejerce sino por ellas.

Si la revolución es como la describe Engels, anticipando la que dirigirá Lenin, podrá o no ser insoslayable y/o deseable, pero jamás será el comienzo de la extinción del estado.

Lenin, el jefe revolucionario, vive cuando esta obra redacta la vela de armas de su oportunidad histórica. Sabe que dificilmente se repetirá: ¿acaso no ha escrito, en enero del mismo año de 1917, desde su exilio suizo, que tal vez haya que prepararse para cincuenta años de capitalismo? Afina pues su estrategia para que esté a la altura de su misión; al hacerlo, el teórico del estado no puede desconocer la dialéctica del poder que su acción ha de acelerar, prefigurada por las contradicciones visibles en éste, quizás su libro más famoso. Pero gris es la teoría y verde el árbol de la vida: el autor abandona a su obra, que queda inconclusa porque, como explica él mismo al editarla dos meses después, "es más agradable y provechoso vivir la 'experiencia de la revolución' que escribir acerca de ella." Quien firma es, en ese momento, el flamante Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

El estado y la Revolución se nos aparece así como el prólogo de un gran drama, cuyo epilogo podrían ser las notas sobre la burocracia de Lenin moribundo.

Democracia y Revolución

Pero Engels, en parte al menos, estaba equivocado. Quizás porque, si bien había visto muchas revoluciones, nunca llegó a conocer una revolución obrera triunfante. Esta sólo fue posible porque la dio a luz una inmensa experiencia de democracia, participativa, directa.

Y ella bulle en el libro de Lenin: "... así como en el plano práctico-político *El estado* y la Revolución coincide con la primera verdadera penetración y descubrimiento por parte de Lenin del significado del soviet (ya nacido en el curso de la revolución de 1905, pero no comprendido por él por mucho tiempo), así en el plano teórico-político *El estado y la Revolución* coincide con el descubrimiento de que la 'dictadura del proletariado' no es la dictadura del partido sino que es la Comuna de París, esa misma Comuna que todavía en los primeros meses de 1917 Lenin consideraba solamente una forma, aunque extrema, de 'democratismo burgués'" [Colletti, 1974, p. 301].

Sin los consejos de obreros, soldados y campesinos no hubiera habido Revolución de Octubre. Esta había sido derrotada sin el Poder surgido de los Soviets. Pero autoritaria es la lógica de la guerra. El estado de la Revolución suprimió a la Democracia de la cual surgió.

En La revolución proletaria y el renegado Kautsky el leit-motiv es: "La democracia proletaria es un millón de veces más democracia que cualquier democracia burguesa. El Poder soviético es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas" [Lenin, op. cit., tomo III, p. 79].

A medida que la primera desaparece, se hace más necesario ennegrecer hasta la caricatura a la segunda. Ello puede ser creíble en Rusia donde sólo se ha conocido un remedo de democracia parlamentaria. Pero la situación tiende a ser la inversa en Occidente: allí los avances democráticos del siglo precedente son tan indiscutibles como la influencia que en ellos tuvieron las luchas de las clases dominadas; en cambio, la democracia de los consejos no se conoce casi sino como una versión difundida por quienes evidentemente ya no practican forma alguna de democracia.

Para desgracia de ambas, revolución y democracia se han divorciado allí donde la primera era más decisiva y la segunda más real: "una interpretación muy burda del problema del poder y del estado de transición, ... ha encontrado su legitimación en tanto que el movimiento se ha enfrentado a un poder basto y zafio, no articulado en las formas políticas de la democracia liberal avanzada. Esta es la razón por la que el socialismo ha superado únicamente los 'eslabones débiles' de la cadena capitalista sin lograr nunca pasar por los 'eslabones fuertes'. Efectivamente, en estos últimos, se ha articulado el poder burgués de tal modo que llega incluso a desmentir abiertamente la burda interpretación del estado burgués como mera máquina de represión violenta y como élite formalmente seleccionada como élite de clase. Se diga lo que se diga, la institución del sufragio universal, que completa orgánicamente el formalismo del estado burgués, pone en crisis al movimiento socialista y lo divide en dos bloques, que

ya no conseguirán hacer avanzar la revolución ni uno ni otro: el ala reformista acepta la reducción liberal del problema político como problema de formalización del método de creación de la clase gobernante; el ala integralista niega toda relevancia específica del sufragio universal y de las libertades formales. Así, una fracción se integra mientras la otra se aísla. La una sacrifica el fin en aras del movimiento, la otra sacrifica el movimiento en aras del fin. Y de este modo el socialismo ha perdido la partida en Occidente" [Cerroni, 1979, p. 87].

Tras el gran cisma del socialismo, cristalizado luego de la derrota de la revolución en el Occidente de Europa, ambas fracciones emergen sin una concepción de la democracia que sea, a la vez, específica y satisfactoria.

Así, el marxismo occidental se encontró incapacitado para encarar su problemática propia. O se refería a un estado ajeno al que debía enfrentar, o renunciaba a enfrentar la cuestión del estado. En ambos casos, la relación entre teoría y práctica tendía a desaparecer, con consecuencias que no son de extrañar: "El método como impotencia, el arte como consuelo y el pesimismo como quietud: no es dificil percibir elementos de todos ellos en el marxismo occidental" [Anderson, 1981, p. 116].

El proyecto de iniciar, en el capitalismo avanzado, el camino hacia la abolición de la sociedad de clases y del estado, naufragaba en la cuestión de la democracia.

2. HACIA OTRO TIPO DE PROPUESTAS

a. Un punto de partida

Replanteo del problema

Como una política democrática propia no forma parte de las definiciones constitutivas de ninguna de las dos corrientes en las que se divide el movimiento socialista, aunque sus discursos acerca del estado en Occidente fueron por lo general opuestos, pudieron más de una vez compartir el gobierno, sin mostrar a ese respecto sustanciales diferencias entre sí o con regímenes ajenos al socialismo. Con respecto a estos últimos, otros fueron por supuesto los fines para los que en esas ocasiones intentaron usar al estado, pero ni siquiera intentaron cambiar al estado. Ni en 1936 ni en 1981. Una de las alas del socialismo carecía hasta de discurso diferenciado del liberalismo a ese respecto; la otra no tenía sino un discurso ajeno a la realidad. En consecuencia, pudieron coincidir en dejar la cuestión al nivel del discurso. Quizás por ello las transformaciones que propulsaron encontraron su techo tan pronto.

Ya nos hemos referido a la que ha sido tal vez la experiencia más importante de gobierno conjunto de los dos herederos de la II Internacional, la que tuvo lugar en Francia de 1981 a 1984. En los países capitalistas desarrollados varios son los ejemplos —hoy como ayer—de práctica estatal de uno de aquéllos, la corriente socialdemócrata, la que en particular ha realizado una prolongada obra en los países nórdicos, sobre todo en Suecia.

Es dificil que exista hoy por hoy un país más igualitario que ese, ni donde el

Digitized by Google

individuo pueda esperar tanto de la colectividad; ello se implementa mediante una vasta organización estatal. Eso es lo primero que impresiona en esa nación. Lo segundo es que tamaño aparato de estado interviene comparativamente muy poco en el campo productivo. Al respecto se ha observado que "el estado social se limita a redistribuir la riqueza. No la produce." A la vista de los resultados, y por comparación con otros países de Europa Occidental, es dificil cuestionar tal opción: la socialdemocracia ha sido más beneficiosa para los trabajadores suecos que para los ingleses el ayer muy nacionalizador laborismo.

Pero los problemas no son pocos cuando se encomienda la asistencia social al estado y la producción a la empresa privada, es decir, cuando la sociedad como tal se exime de ambas tareas. Ideológicamente, el individualismo y la pasividad se ven estimulados. La política sólo compete permanentemente a un sector diferenciado del conjunto social, y el fenómeno burocrático no puede dejar de manifestarse con vigor. En la economía, el modelo desnuda su lógica en tiempo de crisis, cuando no hay más remedio que ajustarse a las exigencias que plantea el restablecimiento de la ganancia. Todo ello es también parte de la Suecia de hoy.

Tal vez el mejor índice de lo que buscamos subrayar se encuentre en la experiencia del famoso "Fondo de Trabajadores". Dificil de compatibilizar con la dinamización de una economía motorizada por la empresa privada, ligado al aumento del poder de la dirección sindical, no parece haber conmovido demasiado a los propios trabajadores.

Salvando todas las distancias, en America Latina el problema de la inexistencia de una concepción de la democracia propia de la izquierda no es menos relevante. Pero sí mucho más urgente, dadas las condiciones de vida prevalecientes.

En Venezuela, por ejemplo, el fracaso de la insurrección guerrillera contra la "democracia burguesa" replanteó el problema de la democracia y alejó, hace ya mucho tiempo, a la mayoría de la izquierda de la solución encarnada en el "socialismo real". Se comprendió que esa solución poco o nada puede ofrecerle al país; por eso mismo, cuestionarla no constituye de por sí una línea política. Si ese cuestionamiento no se prolonga en la propuesta —y en el ejercicio práctico, allí donde sea posible—de formas democráticas alternativas o complementarias a las que la nación conoce y encarnan organizaciones de gran arraigo, no se genera una verdadera opción política. Pues para sostener que el *nec plus ultra* de la democracia es su manifestación liberal, representativa y asistencialista, en Venezuela ya existe Acción Democrática.

Sin una política democrática específica, el camino del socialismo parece bloqueado.

Al asomarse a procesos políticos concretos, ¡qué lejana parece la cuestión de la supresión del estado! Acaso el problema que nos ocupa no sea sino un residuo curioso de otra época. Como podría parecerle a un físico decimonónico, imbuido de atomismo y provisto de su tabla de Mendeleiev, el instrumental y la problemática de los alquimistas consagrados en el Medioevo a la búsqueda de la transmutación de la materia...

¿Debemos pues admitir la muerte de nuestro problema y constatar su entierro? En la respuesta afirmativa coincidirán, de hecho, una vez más, ambas alas del socialismo.

¿La desaparición del estado? Ilusión de un pasado lejano, dice la socialdemocracia; meta para un futuro remoto, sostuvo el marxismo-leninismo oficial—hasta hace poco tiempo, pues hoy ya nohabla—. Nada que ver, pues, con las luchas prácticas y teóricas de hoy y de mañana.

Ahora bien, no se puede dejar de tener bien en cuenta que ambas corrientes históricas están ligadas a relevantes posiciones de poder estatal, es decir, a situaciones de control de los procesos políticos, ejercidos por minorías que, en diverso grado, excluyen del mismo a las mayorías. Puede que lo ejerzan de la mejor manera imaginable; es muy probable que tengan razón en su óptica sobre el estado. Pero ella no es independiente de la posición del observador.

Cuando los herederos del Poder estatal forjado por las revoluciones dejan de lado el asunto en cuestión, no lo hacen sin razones —hay siempre tantos enemigos alrededor, etc.— pero tampoco sin réditos.

Por nuestra parte, sospechamos que la primitiva cuestión de la extinción del estado quedó planteada en un contexto que hizo imposible que la misma evolucionara hasta convertirse —en una reformulación que tuviera en cuenta tanto la experiencia histórica como las nuevas ideas y los cambios en la forma de pensar—en un problema propio de esta época, enunciado en términos acordes a ella y con vigencia contemporánea. En otras palabras, creemos que lo que urge enterrar ante todo es el dilema en el cual quedó encerrada la cuestión de la extinción del estado hace unos setenta años.

El "gran debate que se planteó después de 1917 en torno a la 'dictadura del proletariado' ... transcurrió y se agotó en el dilema: o estado socialista como monopolio político de un partido y como ejercicio del poder no articulado por la ley y las libertades políticas, o bien estado de derecho burgués sin proyecto de transformación socialista: o Lenin o Kautsky" [Cerroni, op. ctt., p. 68].

Ahora bien, en el planteo de Lenin la dictadura del proletariado era la herramienta para simultáneamente destruir al estado burgués e iniciar la extinción del estado a secas. Ya hemos sostenido la incompatibilidad radical de tales objetivos; no es casual que el "gran debate" se ocupara casi exclusivamente del primero, cuya propia realización relegaba el segundo a la irrealidad. Pero hoy es evidente que si este último puede no tener vigencia alguna, el que la ha perdido por completo es el otro.

En efecto, puede discutirse si aquella estrategia tenía sentido en Europa durante los años veinte o a comienzos de los treinta, cuando Gramsci propone sustituirla por la "guerra de posiciones". Se dispone de sólida argumentación para sostener, como lo hace Cerroni [op. cit., p. 69], que "en Occidente, el planteamiento de un proyecto socialista como 'conquista' monopolista del poder tenía por fuerza que mostrarse ruinoso y abrir, además, las puertas al fascismo". Habrá quienes puedan sostener lo contrario respecto al pasado. Pero lo cierto es que hoy por hoy la tesis de la destrucción del estado capitalista altamente desarrollado por medio de la dictadura del proletariado tiene tanta vigencia como la "física" medieval para un físico experimental.

Si, por ende, el panegírico de la revolución violenta, necesariamente destructiva, ha quedado a un lado, la reformulación del problema debe partir de lo que era el

núcleo de la cuestión primitiva. En este sentido quizás quepa decir que la atención debe concentrarse en el "verdadero tema de fondo de *El estado y la Revolución*. La destrucción de la máquina del estado burgués no es el ministerio del Interior en llamas, no son las barricadas. Todo esto puede ocurrir pero no es lo esencial. Lo que es esencial a la revolución es la destrucción del diafragma que separa al poder de las clases trabajadoras, la emancipación y la autodeterminación de éstas, la transmisión del poder directamente a las manos del pueblo" [Colletti, *op. cit.*, p. 297].

El problema puede desdoblarse, a partir de los propósitos enunciados en la última frase citada, en dos preguntas: primero, ¿en qué podría consistir, hoy por hoy, la efectiva concreción de tales propósitos? Luego, una vez aclarado su sentido, ¿qué viabilidad tienen los propósitos planteados?

En términos clásicos, la viabilidad del socialismo, la extinción del estado y la foria

En términos clásicos, la viabilidad del socialismo, la extinción del estado y la forja de la democracia directa son tres aspectos del mismo problema. No se puede enterrar a uno y dejar insepulto a otro cualquiera de ellos.

a uno y dejar insepulto a otro cualquiera de ellos.

Ahora bien, parafraseando al principio de conservación de la energía, puede aventurarse que los verdaderos grandes problemas ni se resuelven ni desaparecen, sino que se transforman permanentemente. Su enunciado mismo no puede sino ser vago. Durante ciertos períodos, quedan transitoriamente contenidos en formulaciones más precisas, y estas variantes parciales de la cuestión general pueden o no encontrar soluciones, que en todo caso serán necesariamente provisionales. Estas últimas pueden despejar el terreno para nuevos avances, o más bien tender a bloquear caminos. En realidad, ambas cosas suelen suceder simultáneamente, pues lo que toda solución parcial hace es descubrir nuevos aspectos del problema en su conjunto, poniendo sobre el tapete desafios no previstos.

En la brumosa perspectiva de las frases recién entretejidas es que tendemos a ver la cuestión de la vigencia de la propuesta socialista. Nos parece, por una parte, que ella se liga con necesidades de la Humanidad cuya urgencia no hará sino acentuarse en el transcurso de las próximas décadas. Y, por otra parte, creemos que los enfoques de índole socialista —si bien no tienen el mañana garantizado, como ingenuamente solía creerse— encuentran a lo largo de la historia parciales pero sólidos sustentos, tanto en la objetividad de la civilización material como en la subjetividad de los seres humanos.

humanos.

Por ello, a la par que cada día que pasa nos convence un poco más de la caducidad de la propuesta socialista en su formulación clásica, no dejamos de ver elementos capaces de conformar formulaciones nuevas, a tono con los problemas que padecemos en el presente y que entrevemos en el mañana. Esas formulaciones serán de índole socialista en la medida en que apunten a revertir los procesos sociales de jerarquización y exclusión. Ello equivale a decir que tendrán en común la búsqueda —destinada a recomenzar una y otra vez— de caminos para la reorganización colectiva de diversas formas de la actividad social, de modo tal que combinen mejor la eficacia con la disminución de poderes y privilegios. Cuando se procura con tales objetivos transformar las relaciones entre el estado y la sociedad, la problemática involucrada puede ser vista como un desarrollo contemporáneo de la que antaño inspiró una propuesta concreta de ruptura, orientada hacia la abolición del estado.

En busca de un enfoque alternativo

Creemos que la reformulación del problema que nos ocupa puede hacerse a partir de un texto famoso de los *Cuadernos de la cárcel*, escrito alrededor de 1932. El mismo ilustra elocuentemente la preocupación de Gramsci por colmar el vacío de las propuestas socialistas clásicas en lo que tiene que ver con la ciencia política propiamente dicha. "En el siglo XIX todo el socialismo se inscribe en la perspectiva de una sociedad que sustituye el gobierno de los hombres por la administración de las cosas" dice Rosanvallon [1979, p. 25], quien sostiene que por eso mismo el socialismo decimonónico no innovó realmente en materia política, mientras que Gramsci fue "el primer teórico socialista y marxista que se dio cuenta de este vacío político del socialismo. Puede resumirse uno de los puntos esenciales de su obra como la tentativa de conciliar la tesis marxista de la extinción del estado con el reconocimiento de la complejidad y autonomía de la esfera política" [ídem, p. 41].

El texto mencionado lo transcribimos a continuación, en su totalidad, porque su prosa difícil es susceptible de más de una interpretación. Pero anotemos antes que no nos preocupa la exégesis de las líneas que siguen, sino buscar en ellas una inspiración.

"Debe meditarse el tema de si la concepción del estado-gendarme-vigilante noctumo (dejando de lado la especificación de carácter polémico: gendarme, vigilante noctumo, etc.) no es la única concepción del estado que supera las fases 'corporativo-económicas' extremas.

Estamos siempre en el terreno de la identificación del estado y del gobierno, identificación que constituye precisamente una reaparición de la forma corporativo-económica, es decir, de la confusión entre la sociedad civil y la sociedad política, porque debe señalarse que en la noción general del estado entran elementos que deben referirse a la noción de sociedad civil (en este sentido se podría decir que el estado es igual a la sociedad política más la sociedad civil, es decir, la hegemonía reforzada por el consenso). En una doctrina del estado que conciba a éste como tendencialmente susceptible de agotamiento y de disolución en el seno de la sociedad regulada, la cuestión es fundamental. El elemento estado-coerción puede imaginarse agotándose a medida que se afirman elementos cada vez más sobresalientes de la sociedad regulada (o estado ético o sociedad civil)".

Las expresiones de "estado ético" o de "sociedad civil" vendrían a significar que esta "imagen" del estado sin el estado estaba ya presente en los más grandes científicos de la política y del derecho, en la medida en que se situaban en el terreno de la ciencia pura (utopía pura, porque se basaba en la presuposición de que todos los hombres son realmente iguales y, por tanto, igualmente razonables y morales, es decir, susceptibles de aceptar la ley espontáneamente, libremente y no por coerción, como algo impuesto por otra clase, como algo externo a la conciencia).

Debe recordarse que la expresión "vigilante nocturno" para designar el estado liberal es de Lasalle, es decir, de un estatalista dogmático y no dialéctico (debe examinarse bien la doctrina de Lasalle sobre este punto y sobre el estado en general, en contraste con el marxismo). En la doctrina del estado-sociedad regulada, deberá pasarse de una fase en la que "estado" será igual a "gobierno" y "estado" se identificará

con "sociedad civil" a una fase de estado-vigilante nocturno, es decir, de una organización coercitiva que tutelará el desarrollo de los elementos de sociedad regulada en continuo incremento y que, por tanto, reducen gradualmente sus intervenciones autoritarias y coactivas. Esto no puede hacer pensar en un nuevo "liberalismo", aunque sea el comienzo de una era de libertad orgánica" [Gramsci, 1977, p. 291].

Ouizás convenga comenzar ubicando al enfoque precedente en una perspectiva más amplia. De lo que se trata es de un proceso en el cual se van debilitando las divisiones entre las posiciones de control y las que carecen de él, divisiones que constituyen el fundamento de las relaciones de dominación. En ese proceso, lo esencial radica en la iniciativa social (mediante la cual "se afirman elementos cada vez más importantes de sociedad regulada"), ejemplificada por comunas, cooperativas, consejos obreros, comités de barrios: determinados grupos toman a su cargo actividades ordinariamente desempeñadas mediante una neta división entre dirigentes y dirigidos, y procuran realizarlas en forma crecientemente igualitaria. Esto no se hace de la noche a la mañana ni abarca todo a la vez: se trata de "elementos de sociedad regulada en incremento continuo". Por consiguiente, el estado no es destruido sino que "reducirá gradualmente sus intervenciones autoritarias y coactivas". El estado (o. mejor dicho, un cierto conjunto de roles del estado) mostraría una tendencia a agotarse, a disolverse en la sociedad porque variadas iniciativas societales van tendiendo a ser capaces de desempeñar, en la forma esbozada, ciertos servicios estatales imprescindibles, lo que permite prescindir cada vez más de ciertos cometidos del estado.

El proceso tiene una unidad esencial, pues se busca que deje de haber mayorías sujetas a control por motivos económicos, políticos o ideológicos, de donde se apunta a la autodeterminación de todos en los tres aspectos.

Pero como las relaciones de dominación fundadas en la economía, la política y la ideología no coinciden necesariamente entre sí, será preciso que la superación de los controles excluyentes tenga en cada uno de esos terrenos también sus aspectos específicos.

Se está hablando, pues, de problemas vinculados con la autogestión, con modalidades de la democracia directa, con la educación. Las tres cuestiones están en el centro de la reflexión de Gramsci, por lo menos desde la época en la cual los consejos obreros de Turín aspiraban a realizar la "autonomía del productor" en múltiples aspectos. De esa experiencia habría deducido:

- "1. La capacidad de autogobierno de las masas, su capacidad para darse nuevos dirigentes.
- 2. Su capacidad para mantener la producción e incluso aumentar el nivel de producción anterior.
- 3. Finalmente, su 'capacidad ilimitada de iniciativa y de creatividad' en todos los frentes, desde la autodefensa a las representaciones teatrales organizadas por los obreros en las fábricas ocupada." [Buci-Glucksmann, 1976, p. 214].

"Formas de democracia de base, de democracia obrera, los consejos eran el punto

de partida de un movimiento sociopolítico unitario que reunificaba lo económico y lo político, la producción y la cultura, a partir de la fábrica y la unidad de clase" [ídem, p. 10].

He ahí un ejemplo de la iniciativa social capaz de sostener "una política del socialismo que liga la socialización de los medios de producción con la socialización de la vida política" [ídem, p. 360].

En esta perspectiva se comprende por qué Gramsci afirma que no está esbozando la idea de una nuevo liberalismo: no se trata de reducir el rol del estado para dar más "libertad" a las relaciones de dominación sustentadas en la economía o en la ideología. Por lo tanto, absurdo sería deducir de su argumentación un apoyo a las tesis neoliberales de hoy que propugnan el desmantelamiento del "estado del bienestar", es decir, de los aparatos estatales ligados a la seguridad social. Respecto a estos últimos, lo que parece natural plantear a partir de la perspectiva reseñada es una transformación—según lineamientos descentralizantes, participativos, autogestionarios— para que resulten más eficaces que en el modelo centralizado, en el cual, además sirven de soporte a viejas formas de dominación a la vez que segregan otras nuevas.

Sintomática es, empero, la frase que inicia el texto transcrito, tanto como la que lo cierra: la concepción liberal del estado no es desdeñada sino puesta en el penúltimo escalón, si cabe decirlo así, del proceso de extinción, concebido como la génesis de "una nueva fase de libertad orgánica"

Subrayemos la idea de reducción gradual de la intervención estatal: nada garantiza que ello ocurra, y más bien abundan los elementos para pronosticar lo contrario. En nuestra óptica, no puede existir un estado dotado de la misión de disolverse a sí mismo. Es la promoción de la sociedad la que puede reducir el autoritarismo y la coacción estatal. Luego, todo lo que se haya hecho en esa dirección no es superfluo ni debe ser despreciado sino profundizado.

Ello debe valer, en primerísimo lugar, para los mecanismos de la democracia representativa. La misma supone una diferenciación entre representados y representantes, entre dirigidos y dirigentes. Pero su supresión autoritaria genera una diferenciación mucho mayor. Y, por cierto, no "crea" a la democracia directa; más bien consagra su imposibilidad.

El avance hacia formas más directas y participativas de la democracia sólo puede ser concebido como una construcción gradual y cuidadosa. Su terreno sólo puede ser la ampliación permanente de las libertades, de todas ellas. Su objetivo no es liquidar las formas representativas sino hacerlas más reales.

A ese tipo de objetivos, y a borrar las distinciones permanentes entre quienes controlan-representan y quienes son representados-controlados, apuntaban mecanismos clásicos, como el mandato imperativo y la posibilidad de revocar en cualquier momento a los delegados. No se trata, empero, de panaceas; su validez depende en grado sumo de las circunstancias. Para avanzar en la dirección considerada no hay ninguna "vía real" ni tampoco sendas seguras, y prácticamente lo único que se sabe es que no se dispondrá de mapas; sólo se podrá hacer camino al andar.

De la democracia directa apenas si conocemos embriones. Cuando nazcan, no se les puede pedir la solidez de los organismos maduros. Si se pretende cargarlos con todo el peso del edificio social, no llegarán siquiera a vivir. Todo apunta a suponer, adicionalmente, que los fenómenos que en uno u otro sentido puedan ser vistos como formas directas de la democracia serán también diversos, parciales y provisionales. Nunca tendrá lugar nada parecido a una reorganización integral de toda la sociedad en función de alguna forma —por ejemplo, la "democracia de los consejos"—destinada a ser permanente y además la única.

El quid de la cuestión radica en una articulación —que no puede sino ser específica de cada proceso histórico concreto—entre formas representativas y formas participativas que permita a la iniciativa social impulsar a estas últimas, sin abandonar las primeras sino por el contrario apoyándose en ellas. Ello podría traducirse en un "viraje" debido al peso creciente del conjunto de las actividades societales de índole participativa, un verdadero desplazamiento del centro de gravedad de la política, que es quizás como puede concebirse la construcción de una democracia socialista.

Si el "realismo" lleva a despreciar enfoques semejantes, no quedaría pues más alternativa que declarar imposible el avance del socialismo — jo rehabilitar al estalinismo!—. Quizás la realidad sea así, pero en la ciencia lo más realista no es siempre creer que lo que se conoce es todo lo que hay. Los físicos que no archivaron sus mentes en los tratados del siglo XIX descubrieron al comenzar el siguiente cosas que no hubieran sorprendido a los viejos alquimistas. La sociedad es mucho más cambiante que la naturaleza; y más inventiva. Asambleas, parlamentos, comunas, cooperativas, sindicatos, soviets, kibbutz, comités de base: en vez de decretar que la lista está completa — lo que no constituye una tarea científica— conviene escudriñar la realidad para ver si nuevas formas de democratización asoman sus brotes.

¿Utopía? Muy probablemente. Gramsci lo dice en el texto transcrito. Pero en realidad no es eso lo que importa. Hay utopías que sirven para postergarlo todo hasta que llegue la salvación, para convalidar el fanatismo y la intolerancia. Pero hay otras que indican rumbos, descubren peligros, aguzan el entendimiento y, fundamentalmente, señalan tareas.

Escuchemos a alguien insospechable de simpatías por las utopías o por el socialismo: "Es una verdad probada por la experiencia histórica que en este mundo sólo se consigue lo posible si una y otra vez se lucha por lo imposible. Pero para esto el hombre debe ser tanto un dirigente como un héroe. E incluso los que no son dirigentes ni héroes deben armarse con esa fortaleza de corazón que capacita para tolerar la destrucción de toda esperanza; en caso contario ni siquiera se logrará realizar lo que actualmente es posible" [Weber, 1976, p. 94].

En este mundo, poderosas son las fuerzas que sostienen las viejas relaciones de dominación a la par que van creando otras aún más sólidas. Grandes empresas, grandes estados, la nueva religión de la "razón instrumental", están lejos de resolver los problemas más elementales de muchísimos seres humanos. Pero amenazan todas las libertades conocidas. Quizás sea posible defenderlas. Quizás esa defensa pase por la "imposible" búsqueda de la democratización-socialización de la vida económica, la política y la creación cultural.

En todo caso, esa búsqueda plantea al científico tareas dignas de quien no haya olvidado que "ciencia sin conciencia es la muerte del alma". Tareas que son también sustanciales para la propia ciencia, porque no se comprende lo que existe sino se comprende en qué puede y en qué no puede transformarse. Un concepto no se capta satisfactoriamente hasta que no se entiende lo que implica y lo que no implica. Las formas políticas de hoy sólo resultan inteligibles en función de las que les dieron origen y de las que pueden reemplazarlas. Y, además, el estudio de problemas relevantes, aunque sean insolubles, suele resultar en grandes progresos científicos.

Desde el enfoque que hemos intentado esbozar es que retornamos a la consideración de la cuestión que motiva este trabajo, la vigencia de la propuesta socialista. Su formulación clásica, en términos de un proyecto de ruptura, se hizo a la luz de la utopía de la destrucción del estado como tránsito a una sociedad sin estado. Su vigencia contemporánea se liga a las posibilidades objetivas del proceso de democratización-socialización. Podría decirse que la variada y plural gama de proyectos con tal orientación se ve iluminada por la utopía del "desarrollo de los elementos de sociedad regulada en continuo incremento" a partir de los cuales se "reducen gradualmente... [las] intervenciones autoritarias y coactivas" en los diversos ámbitos de la vida en sociedad.

La formulación clásica de la propuesta socialista se articuló mediante muy definidas concepciones de la actividad a desarrollar en el campo de la política y de la reorganización a impulsar en la vida económica, concepciones que por cierto han tenido enorme influencia en la conformación del mundo que conocemos. La vigencia de las reformulaciones contemporáneas dependerá fundamentalmente de la que alcancen —inspiradas por esa utopía de la construcción al interior de la sociedad de una gama de relaciones nuevas y mejores, es decir, menos excluyentes y más eficientes— concepciones alternativas para la acción política y la organización económica. A esos problemas, específicamente, volcamos nuestra atención en las próximas páginas.

b. Sobre la democracia radical

La viabilidad de las propuestas de índole socialista con la orientación que se bosquejó hacia el final del capítulo precedente dependerá en grado sumo, naturalmente, de su capacidad para inspirar una renovación del accionar político de la izquierda. Cabría decir que se trata de una problemática a dos puntas. Por un lado, en dirección a las fuentes doctrinarias — "aguas arriba", si se quiere— se plantea la cuestión de si es posible desarrollar, en el campo de la política, líneas de trabajo acordes con una visión de la socialización-democratización como una construcción, desplegada a lo largo de varios ejes, que tiene lugar al interior de los procesos societales fundamentales. Por otro lado, en dirección a las prácticas específicas — "aguas abajo"— se trata de saber si esas líneas de trabajo pueden resultar eficaces en términos de lo que es el mundo real de la política en nuestro tiempo.

Observaciones a partir de una obra de Laclau y Mouffe

La problemática indicada está estrechamente relacionada con el análisis presentado en la muy debatida obra de E. Laclau y Ch. Mouffe, Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Polítics. Nos ocuparemos sumariamente de ella en este apartado, porque en sus fermentales enfoques encontramos elementos que permiten ampliar y afianzar los puntos de vista que en este trabajo vamos esbozando, por cierto de manera muy primaria.

En la crisis del pensamiento socialista nada más importante quizás que la del concepto mismo de "Revolución", concebida de acuerdo a la tradición jacobina "como el momento fundacional en la transición de un tipo de sociedad a otro" [Laclau y Mouffe, 1985, p. 2]. Semejante noción ejemplifica esa "aspiración monista" del marxismo, que pretende dar cuenta mediante sus categorías de la esencia misma de la historia. Y es precisamente tal aspiración la que debe ser dejada de lado si se quiere superar la crisis en cuestión, tarea a la cual los autores aspiran a colaborar a partir del estudio de la noción de hegemonía.

Dicha noción surgió y se fue desarrollando, en el seno de la tradición marxista, como conjunto de respuestas contingentes a rupturas o fallas en la cadena de la "necesidad histórica", según la concepción que de la misma se tenía en la Segunda Internacional, concepción que puede ser considerada como una teoría de la creciente simplificación de la estructura social y de los antagonismos dentro de ella [ídem, p. 14].

A medida que a los pensadores socialistas se les fue haciendo más notoria la opacidad de lo social, la autonomía de sus diversas esferas, la complejidad del capitalismo y también la resistencia que era capaz de oponer a sus adversarios, esa concepción entró en crisis. Y una respuesta a esa crisis fue la construcción de la ortodoxia marxista. Esta sostuvo que, por debajo de la aparente diversidad de lo real, subyace un mecanismo único e inteligible que da cuenta del inmodificable curso de la historia.

Así por ejemplo, Plejanov —el creador del término "materialismo dialéctico"—veía a la sociedad como "una estricta jerarquía de instancias, con decrecientes grados de eficacia": 1) el estado de las fuerzas productivas; 2) las relaciones económicas condicionadas por aquéllas; 3) el sistema sociopolítico desarrollado a partir de una base económica dada; 4) las mentalidades sociales, determinadas por los niveles precedentes; 5) las variadas ideologías que reflejan tales mentalidades. En suma, la ortodoxia era una vía para conservar un enfoque monista en un mundo de especificidades aparentemente cada vez más disímiles.

En Bernstein, por el contrario, hay una clara comprensión de que el proceso de desarrollo del capitalismo no tendía a una simplificación del acontecer social ni a su determinación causal desde la economía. Esa óptica lo conduce, de manera natural, a reivindicar una amplia cuota de autonomía para lo específicamente político. Ello a su vez se liga con una práctica reformista y una estrategia gradualista porque se da por supuesto que la historia de la Humanidad sigue un curso de progreso ininterrumpido.

Quizás pudiera aventurarse el siguiente comentario. En la visión que informa la concepción originaria de la II Internacional predomina un tipo del optimismo

decimonónico, ese que cree posible posible dar cuenta de este mundo, o de parte sustancial de él, mediante una gran concepción racional, de lo cual el marxismo es ejemplo admirable. Cuando su interpretación más lineal e inmediatista entra en conflicto con los hechos, la ortodoxía procura combinar una suerte de pesimismo de lo cotidiano con un optimismo a largo plazo, garantizado por el alegado carácter científico de la teoría —y sobre todo, aunque ello no fuera por entonces evidente, por una gran ingenuidad respecto a lo que la ciencia puede garantizar—. Ante esa problemática, Bernstein responde con otro tipo de optimismo, más propio tal vez de esa Inglaterra finisecular donde tanto tiempo vivió: la confianza en el futuro no surge de una teoría acabada sino más bien de mirar al pasado de la Humanidad; desde esa atalaya tan especial, el observador no divisa ninguna gran avenida de avance sino una sinuosa y serpenteante escalera, de desiguales escalones pero de sentido inequívocamente ascendente. Ello no permite predecir la forma futura de la escalera pero sí confiar en que su sentido no cambiará, al tiempo que sugiere concentrar las energías en construir el escalón adecuado al presente.

En todo caso, el panorama que se dibuja, hacia la misma época, en los confines orientales de Europa luce muy distinto. En la socialdemocracia rusa, el problema central es la debilidad de la burguesía para cumplir con la tarea que hubiese sido la suya en un desarrollo histórico signado por etapas necesarias, insoslayables. Otra clase debe cumplir la tarea: se abre así un "espacio de indeterminación" —mínimo en Plejanov, máximo en Trotsky— en relación al cual se dividen las concepciones revolucionarias. Mientras en Europa la dislocación del paradigma ortodoxo aparece como un fenómeno negativo —la clase obrera no alcanza el grado de unificación requerido para estar a la altura de su misión histórica— en Rusia le ofrece al proletariado una vía de avance (una vía para infiltrarse en la historia, dicen Laclau y Mouffe [p. 50]). Su papel en esta tarea ajena fue conceptualizada como hegemonía.

Para el leninismo, la hegemonía supone el liderazgo político en el seno de una alianza de clases. Estas últimas se hacen presentes en la esfera política a través de quienes representan sus intereses, los que están definidos en una esfera distinta. Por ende, la tarea hegemonizada y la clase que la hegemoniza mantienen una relación de externalidad que hace de este terreno campo propicio para el pragmatismo. La trayectoria de Lenin, desde las Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución proletaria, de 1905, hasta las Tests de abril de 1917, debiera ser analizada en esta óptica, un bosquejo de lo cual se intentó en un capítulo anterior.

Ese enfoque justificó, según los autores, la concepción reduccionista y manipuladora que caracterizó la práctica política de los comunistas en los años veinte. Ahora bien, todo movimiento político persevera en lo que tiene éxito, o parece tenerlo; para ello abstrae tanto las condiciones en que ese éxito se dio como su propio accionar. Tiende a redescubrir las primeras en contextos donde su incidencia suele ser menor, mientras que respecto al segundo empieza a ver lo que fue en realidad un titubeante proceso de ensayo y error como una deslumbrante cadena de aciertos, susceptible de convertirse en receta exportable. Así, una concepción que según sus sostenedores es siempre la misma, puede parecer muy "práctica" en una primera etapa —Rusia, del 17

al 21— y más tarde revelarse como catastrófica —en la Alemania de Weimar—. Más aún, la incidencia gravitante en vastos, dispersos y heterogéneos espacios sociales supone siempre una tendencia al reduccionismo y a la manipulación, máxime si se entremezcla con el ejercicio del poder en tiempos convulsos. Una cosa es decidir "la línea" desde la más bien pequeña fracción bolchevique, inmersa en el espacio relativamente homogéneo de Petrogrado en 1917, signado por la activación de la clase obrera, y muy otra gobernar al antiguo imperio de los zares y al mismo tiempo dirigir, desde Moscú, la revolución en Europa. Toda actividad política es simplificadora; si la simplificación en que se basa ha captado rasgos esenciales de la realidad, puede tener éxito. Y esto significa que, de alguna manera, moldea a lo real, logra que su inabarcable complejidad entre —provisional, parcialmente— en los moldes de su simplificación. El éxito la empuja, a su turno, a simplificar más y a extenderse a espacios cada vez más complejos. Hasta que la complejidad rompe los moldes, y lo que era "práctico" deviene "catastrófico".

Reduccionista y manipuladora, en alguna medida, parece ser toda práctica "jacobina". Y en las grandes conmociones sociales no suelen quedar, frente a frente, sino jacobinos y termidorianos. El leninismo fue, sin duda, el jacobinismo de la Europa de fines de la Gran Guerra. Formado en la matriz ideológica del siglo XIX —el de los grandes triunfos de la ciencia simplificante—, dio estructura científica a sus propios mitos. No hay acción de masas sin mitos movilizadores comunes, pero mitos hay de muchas clases, inclusive los que mucho dicen de la realidad. De esta clase son los que alumbran el surgimiento de toda ciencia y, muy notablemente, el de la ciencia misma: los mitos de la "física" jonia son una suerte de esbozos naturalistas que presentan un cierto orden dentro del caos, lo que permite empezar a pensarlo, es decir, a simplificarlo racionalmente. La concepción del marxismo que ha quedado unida al nombre de Lenin partió de la muy rica construcción de los fundadores, la profundizó en aspectos sustanciales —la teoría del imperialismo es el ejemplo más notorio— y sobre todo logró presentarla como una estructura global, con sus partes racionalmente articuladas entre sí. Esto último permitió, a su vez, tanto disimular sus aspectos más endebles (más "míticos" en el sentido cotidiano del término) mediante los más sólidos (o propiamente científicos) como elaborar síntesis de toda la teoría con muy variado nivel de complejidad, pero con conclusiones operativas análogas. Y todo ello informó una práctica política colectiva, de tipo racional y tremenda eficacia. Como tremenda fue también cuando, devenida ideología del poder, la utilizó una nueva Inquisición.

En todo caso, aquella concepción del comunismo de los años veinte empezó a verse erosionada, tanto por la experiencia del fascismo en Europa como por el ciclo de la revolución anticolonial, cuando se hizo evidente que lo "popular" y lo "democrático" eran realidades tangibles a nivel de las luchas de masas, pero no podían ser interpretados estrictamente en términos clasistas [p. 62]. Y entonces, en la reflexión que Gramsci iniciara a partir de un enfoque estrictamente leninista, toma cuerpo un desplazamiento fundamental: el que lleva al concepto de hegemonía más allá de las "alianzas de clases", para vincularlo con el liderazgo en el plano de las ideas y de los valores, que permiten construir "voluntades colectivas", cimientos de los "bloques históricos" al tiempo que verdaderos sujetos políticos [pp. 66 y 67].

Cabe destacar, precisamente, que para el estudio de ciclos históricos de duración intermedia—entre el "largo plazo" y la "coyuntura"— es fructífero pensara los sujetos como "voluntades colectivas" que se forjan mediante la articulación, en diversos planos, de elementos históricos dispersos. Esa suerte de hilo conductor parece central para la formulación de un "proyecto" político que pretenda llegar a gravitar durante algunos lustros en una cierta región.

Laclau y Mouffe presentan su propia construcción del concepto de hegemonía como un desarrollo del análisis de Gramsci. De éste descartan, empero, lo que consideran como últimos elementos de "esencialismo". A saber, la suposición de que los sujetos hegemónicos deben constituirse en el plano de las clases fundamentales y la de que, salvo durante las crisis orgánicas, toda formación social se estructura en torno a un único centro hegemónico.

En definitiva, lo que se considera imprescindible superar es toda concepción de tipo monista que pretenda explicar la diversidad a partir de un principio unificador: "La pluralidad no es el fenómeno a explicar sino el punto de partida del análisis" [p. 140]. Esta es una afirmación central.

Los autores proponen a la "Democracia radical" como "alternativa para una nueva izquierda". La idea básica es la de la profundización de la revolución democrática, esa gran mutación iniciada hace dos siglos que señaló el fin de la sociedad jerárquica de desigualdades legitimadas y la afirmación de una nueva legitimidad, la del poder absoluto del pueblo, fundamento de una cultura democrática.

En particular, los "nuevos movimientos sociales" son vistos como expresión articulada de la extensión a nuevas series de relaciones sociales de la revolución democrática y del cuestionamiento de nuevas formas de subordinación, en el contexto de la acelerada difusión de las relaciones capitalistas. No se busca, en esos movimientos, el nuevo sujeto revolucionario por antonomasia: no existe ese sujeto privilegiado y único. Esa óptica permite revalorar el papel de las luchas de los trabajadores, pues no hace falta oponerlas en bloque —y optar estilo todo o nada— a las de los "nuevos sujetos políticos".

Los obstáculos con que debe enfrentarse la estrategia que se preconiza —la extensión del campo de las luchas democráticas al conjunto de la sociedad y del estado— provendrían del clasismo, el estatismo y el economicismo, frutos a su vez de una suerte de esencialismo a priori cuyo núcleo es el concepto jacobino de "revolución", con su carácter fundacional, que lleva a concentrar el poder en un punto desde el cual se podría supuestamente reorganizar racionalmente a la sociedad [p. 177]. Esa postura es incompatible con el pluralismo. Corresponde, por el contrario, reivindicar el carácter de proceso de toda transformación radical. Y también afirmar que tanto la multiplicación de espacios políticos como la oposición a la concentración del poder y del saber son prerrequisitos de toda transformación auténticamente democrática de la sociedad [p. 178].

En esta óptica es de notar que, si bien es indudable que en ciertos casos la divisoria política fundamental es la que separa al estado de la sociedad civil, no se puede ovidar que en otros el estado establece una valla a formas extremas de explotación. Por otro

lado, la sociedad civil es el escenario de muchas formas de opresión y, por ende, de antagonismos y luchas democráticas; éstas, por cierto, tienen lugar también en el seno mismo del estado. En suma, no puede establecerse a priori dónde se situarán los antagonismos principales. Cosa parecida sucede con las organizaciones. El partido puede ser, en ciertas circunstancias, un factor de profundización de las luchas democráticas y, en otras, lo contrario.

Lo que antecede se relaciona con la tesis —que nos inclinamos a compartir—según la cual ya no puede suponerse que existen actores a priori privilegiados de la lucha anticapitalista.

El corazón de la estrategia que se preconiza es la extensión a nuevas áreas de la revolución democrática y su profundización, lo que se hace por otra parte imperativo debido al surgimiento, en la sociedad contemporánea, de nuevos tipos de dominación, vinculados al doble proceso de acelerada mercantilización y burocratización que la caracteriza. Esa revolución, cuyos orígenes se ubican dos siglos atrás, supone tareas cuya importancia actual sería ocioso resaltar. Ahora bien, tampoco es dificil captar que, en la lógica de este planteo, esas tareas parecen destinadas a no perder centralidad.

Dicho de otra forma, lo que se nos propone es una revolución ininterrumpida — permanente, diríamos si no fuera por las connotaciones que el calificativo tiene en la historia de las ideas socialistas—. Pues bien, una revolución que no se termina no es, en sentido estricto, una revolución.

De manera implícita, la revolución como transición a un nuevo orden social es descartada. En esta óptica podría haber luchas de inspiración socialista, pero ya no una lucha por el socialismo, en sentido clásico.

Una de las implicaciones principales que de esa tesitura se derivarían es la de que el socialismo sólo podría ser concebido como un conjunto de movimientos de oposición. El enfoque de Laclau y Mouffe llegaría a darse la mano con la tesis de Touraine sobre la "muerte del socialismo" como movimiento, cuya herencia la asumirían las diversas expresiones de resistencia a la tecnocracia. En la obra, el "socialismo" parece identificarse con los reclamos de mayor igualdad y participación de los seres humanos en tanto productores antes que con un proyecto global de reorganización social que haga viables tales reivindicaciones. No resulta claro si la viabilidad de tales proyectos se considera también perimida.

Hacia fines del siglo pasado, el socialismo se constituyó, en términos relativos, en un movimiento unificado que sustentaba una visión común de la sociedad futura, hacia la que se proponía avanzar mediante la lucha de los sectores subalternos de la sociedad. Triple unidad: en torno a la organización, a la doctrina y al sentido de la práctica cotidiana. Quizás en algún futuro se vea el debate en torno a obras como la de Laclau y Mouffe como el momento en el cual se abrió paso la comprensión de que un triple proceso de disolución tocaba a su fin.

En efecto, la unidad del movimiento socialista desapareció al estallar la I Guerra y en la entreguerra se llegó a comprender que ella no volvería. Pero, en alguna medida, durante los años veinte la concepción emanada del marxismo clásico, acerca del orden social por el que se luchaba, siguió siendo patrimonio común de todos los

aspirantes a la herencia de la vieja Internacional. La segunda postguerra contempló cómo también desaparecía definitivamente esa dimensión de la antigua unidad. Aunque sin duda debilitada en el "centro", pero renovada desde la "periferia", sobrevivió la idea definitoria de que las luchas de la izquierda apuntan a plasmar una cambio integral de sociedad. ¿Ha llegado la hora de que las campanas doblen por tercera vez?

Dificil es no registrar la impresión que causa la disolución de las perspectivas unitarias en la cultura occidental contemporánea. El fenómeno aparece y reaparece en los más diversos ámbitos. En la física, tras las grandes síntesis del período centrado en el cambio de siglo—electromagnetismo, relatividad, cuántica— no ha surgido otra concepción de alcance comparable. Y, según dice Hauser hacia el final de su *Historia social de la literatura y el arte*, "... el impresionismo es no sólo el estilo temporal que domina la totalidad de las artes; es también el último estilo 'europeo' de valor general, la última tendencia artística que se apoya en un asentimiento del gusto. Desde su disolución, ni las distintas artes ni las distintas naciones y culturas pueden ser aunadas estilísticamente" [1979, p. 204].

Pero volvamos a lo nuestro. Un breve trabajo de Laclau [1983], anterior a su libro con Mouffe, concluye que el propio problema de la transición al socialismo —en la Europa Occidental de fines del siglo XX— parece fuera de lugar. En el mismo se definen las posiciones democráticas como aquellas que surgen de la contradicción entre el poder y la resistencia al poder. El aspecto gobierno de la noción democracia parece un tanto olvidado, como en el libro mismo, donde empero se sostiene —en términos muy precisos, por cierto— que un proyecto hegemónico no puede sustentarse sólo en una lógica democrática sino que debe incluir "propuestas para la organización positiva de lo social". Pero esta dimensión central es apenas explorada.

Las dimensiones "opositoras" —en su vinculación con el liberalismo— y "plurales" —por la variedad de formas que deben asumir— de la democracia que se
propugna son adecuadamente resaltadas. Pero la estrategia no adquirirá "poder
reconstituyente" si no se hallan en los materiales históricos concretos de este fin de
siglo —la revolución tecnológica, la consiguiente redistribución de los factores de
poder y de la gama ocupacional, la explosión urbana, la transformación de las
empresas, la gravitación de los factores ambientales, etc., etc.— elementos para
construir formas positivas de acción democrática, aptas para presentarse como
alternativas reales a las estructuras tecnocráticas y/o burocráticas, hoy dominantes en
los cuatro puntos cardinales.

Como lo muestra el curso actual del neo-conservadorismo, las prácticas hegemónicas anti-igualitarias encuentran su aglutinante en la natural confluencia de las distintas fuentes de privilegios. Pero no hay práctica hegemónica de los sectores subalternos sin gran proyecto en el que se articulen intereses, potencialidades y esperanzas muy variadas.

En torno a la noción de proyecto

Recordemos la caracterización de G.D.H.Cole: "El socialismo es, esencialmente, una forma de optimismo que descansa en la creencia de que la sociedad puede y debe

ser mejorada mediante una planificación deliberada". En el fondo, el problema básico quizás sea el de cuáles formas de optimismo tienen sentido en nuestro tiempo.

Cabe suponer que —en el marco de la revolución democrática, cuyos inicios se ubican en el siglo XVIII— estaría tocando a su fin un ciclo de inspiración jacobina, terminado ya en Europa durante la primera postguerra y que en el mundo de la periferia habría tenido su último gran mojón en la revolución indochina. Ese enfoque fue dibujado en un capítulo anterior de este trabajo.

Se trata de un ciclo signado por una perspectiva monista, afianzada en una pasajera pero real simplificación de la trama de los conflictos sociales y traducida en grandes ideas-fuerza movilizadoras de masas, que jacobinos y bolcheviques canalizaron hacia la conquista del poder político, concebido como instrumento privilegiado del cambio social. El ciclo, en definitiva, del socialismo de estado. A la hora de su disolución, cuando se propone sustituir las variadas versiones del concepto de vanguardia dirigente por una noción refinada de hegemonía, conviene repetir que ésta es imposible —para los sectores subalternos de la sociedad— sin proyectos unificadores.

Proyectos que deberán combinar propuestas viables para cada "aquí y ahora" con referencias generales —a una cierta visión de la historia, a determinados valores y tradiciones, a metas permanentes—.

Tal vez en esa combinación pueda buscarse una interpretación del aforismo de Weber. "Lo que en cada etapa es posible" sería esa variedad de logros, parciales y provisionales pero también significativos y viables, cuya obtención exige tanto una visión de conjunto de todo lo que la historia ha hecho posible como la aspiración de alcanzarlo, sin por ello olvidar que se está "persiguiendo lo imposible", es decir, una transformación totalizadora de las que no caben en la realidad.

Subrayemos, en todo caso, que la referencia a la historia no busca reintroducir la idea de que el socialismo tiene en ella una suerte de garantía necesaria de éxito, sino que alude a ese conjunto de posibilidades, problemas y tendencias, puesto sobre el tapete por la evolución de la Humanidad, en el sentido a considerar cuando nos ocupemos, a partir del enfoque de Darcy Ribeiro, de la "expansión socialista".

Esa nueva panoplia conceptual, que Laclau y Mouffe nos ofrecen, genera una suerte de "cambio de paradigma" en lo tocante al análisis de las vías del cambio social. Al mismo deberá corresponder un cambio no menos sustancial en el accionar colectivo, cuyo centro de gravedad probablemente se desplace desde la "conquista del poder" a la "construcción del futuro", en el entendido de que esta incluye la construcción, desde el espesor mismo de la sociedad, de los "elementos de sociedad regulada", en el sentido de Gramsci.

Todo ello podría alumbrar —quizás ya lo esté iluminando— un nuevo ciclo post-48 en el marco general de la revolución democrática.

Lo que precede concierne prioritariamente a la esfera política. Pero la cuestión del optimismo es también relevante en el plano puramente científico. Aquí el aforismo de Weber tiene una traducción directa: aunque las verdades generales sean imposibles, si no se parte en su búsqueda no se logran verdades parciales de verdadera entidad.

Aunque la noción de verdad sea hoy por hoy mucho más refinada y pesimista que la que podía tener un científico de hace cientocincuenta años, ella permite una suerte de optimismo de segunda especie o post-decimonónico. En efecto, hemos llegado a saber que no sólo las soluciones satisfactorias sino también los problemas insolubles son históricamente provisionales. Ni aquéllas agotan la racionalidad humana ni éstos la derrotan; unas y otros retroceden y se trasmutan ante la complejización de la razón.

Creo en un Dios duro, dificil de tratar, pero no tramposo: cosas de este tenor decía Einstein, consagrado a esa búsqueda de la teoría del campo unificado que aún hoy tiene pronóstico incierto. La teoría cuántica no significó, como a veces despistadamente se ha dicho, la renuncia de la física a la razón sino el refinamiento de ésta. Con consecuencias prácticas, además, de tremenda eficacia, como bien se sabe.

La obra de Laclau y Mouffe nos enseña que, cualquiera sea la viabilidad que se atribuya a las propuestas socialistas de reorganización social, la rica y refinada noción de hegemonía tuvo su origen en la voluntad de rechazar las consecuencias esterilizantes que, a cierta altura de la evolución histórica, evidenciaba una teoría por demás seria y profunda. Ahora bien, en términos de Gramsci, la medida en que una cierta concepción reacciona sobre la sociedad "es, precisamente, la medida de su alcance histórico, de su cualidad de 'hecho histórico' y no de 'elucubración' individual". Es indiscutible que la teoría clásica marxista sustentó grandes proyectos del tipo "transformación revolucionaria", que a su vez coadyuvaron a forjar ejemplos notables de "voluntades colectivas".

La gran cuestión es, pues, la de si una visión renovada y radicalmente plural es compatible con proyectos sintetizadores —de "alcance intermedio", diríamos— que signen el ciclo vital de nuevas y auténticas "voluntades colectivas".

c. Notas sobre la práctica de las izquierdas

La cuestión planteada lleva directamente a considerar las siguientes dos preguntas. En primer lugar: ¿cómo ha de concebirse hoy la militancia socialista, la práctica cotidiana de hombres y mujeres en tanto integrantes de una "voluntad colectiva" de orientación socialista? Y en segundo lugar: ¿qué puede ser, al presente, lo específico de la organización política socialista? De tales interrogantes nos ocuparemos en las secciones finales de este capítulo.

La cuestión de la militancia

La tradición clásica del socialismo incluye, entre sus componentes principales, al ideal del revolucionario a tiempo completo, que en tierras de América Latina llega a ser visto como la prefiguración del hombre nuevo a construir a través del cambio social, y se encarna en la figura del Che. Intentaremos una aproximación a lo que ésta significó como vía para abordar la primera de las interrogantes antes planteadas, la que inquiere acerca de los contenidos de la militancia socialista hoy por hoy.

En 1967 Ernesto Guevara era ya, sin discusión, el primer militante de la nueva izquierda latinoamericana. Después del combate final en la quebrada del Yuro devino su símbolo. Sus escritos, sus emotivas cartas, sus posiciones siempre tajantes y, sobre todo, su trayectoria militante, sintetizaron ideales, programa y estrategia de una voluntad colectiva que intentó cambiar drásticamente el devenir histórico de nuestro continente.

Desde los tiempos de la Independencia no conocía América Latina fenómeno de alcance continental comparable al de lo que cabe llamar la insurgencia guevarista, surgida en los años sesenta. ¿Cómo caracterizarla sumariamente? Una respuesta valedera, entre otras, puede surgir de la descripción de lo que vieron en esa gran explosión de voluntad quienes se ligaron a ella.

En tal dirección corresponde, sin duda, evocar en primer lugar el verdadero terremoto que supuso —para América en general y para su izquierda en particular—el triunfo de la revolución cubana en 1958, su victoria posterior frente a la invasión propiciada por estados Unidos y su definición por el socialismo. Fresca aún la tragedia guatemalteca de 1954, la intervención imperial —endémica en la América Central—dejaba de ser invencible. Para la izquierda, se abría un camino hacia el poder, e incluso —según creían algunos— para la renovación misma del socialismo: el estilo iconoclasta y la insistencia en los valores morales de los jóvenes que habían llegado a gobernar en La Habana inyectaban aire fresco en el ambiente asfixiante heredado del estalinismo. Ya no había por qué buscar modelos fuera del continente. De un plumazo, el castrismo parecía resolver problemas que habían lucido insolubles: su ejemplo cundió como reguero de pólvora.

En abril de 1965 la invasión a la República Dominicana mostraba que la potencia dominante no aguardaría hasta la próxima derrota de sus aliados nativos para intervenir: también en el norte se habían sacado las conclusiones pertinentes de la lección cubana. El golpe en Brasil—justo doce meses antes—ejemplificaba la política de anticipación contrarrevolucionaria. El mismo año 65 traería consigo la masacre de Indonesia. La lección lucía clara: la confrontación militar era inevitable, no prepararla llevaba al desastre. En el futuro de América Latina parecía dibujarse la lucha generalizada entre los movimientos populares y una fuerza interamericana de represión, primordialmente estadounidense. Ese enfrentamiento diluiría las fronteras y las diferencias nacionales, gestaría en el combate la Patria Grande y constituiría el camino necesario para la revolución, que para serlo debía ser continental.

Tal la lectura que hacía de la realidad una nueva izquierda latinoamericana por aquel año en el cual el muy conocido Dr. Ernesto Guevara desapareció, literalmente, de los lugares que solía frecuentar. Tras algunos meses, Fidel Castro dio a conocer la carta de despedida de su compañero. "Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de Ministro, de mi grado de Comandante...", decía el Che. Y luego definía su proyecto: "Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos. Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más

querido entre mis seres queridos ... y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura." La senda estaba trazada, sintieron muchos a medida que corrían los meses y los años.

En aquellos tiempos, las bombas caían a diario sobre Vietnam: la tecnología más avanzada y la economía más poderosa sumaban esfuerzos, sin mayor éxito, para dominar a un país pequeño y pobre. "Crear dos, tres ... muchos Vietnam es la consigna": en su famoso mensaje, conocido casi al mismo tiempo que su presencia en Bolivia, el Che proponía traducir el deber solidario en una muy definida estrategia. El hombre que la preconizaba se jugaba por ella: "Muchos me dirán aventurero, y lo soy: sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades", escribió a sus padres al despedirse de ellos.

Culto del sacrificio, reducción de todas las contradicciones a una oposición esencial, búsqueda de una confrontación global, primacía absoluta acordada a la acción: la saga del Che simboliza a la perfección los rasgos esenciales de la insurgencia de aquella época.

Uno de sus protagonistas, el peruano Héctor Béjar, escribirá al respecto, desde la cárcel, en 1969: "la 'nueva izquierda' reivindicaba la acción como promotora del desarrollo de la conciencia popular. Armada o no, individual o masiva, la acción era, a sus ojos, la única que podía engendrar la revolución y unificar a los revolucionarios. Este es el aspecto más importante y el que define, en último término, la lucha de estos años. El que distingue lo que es realmente nuevo de lo que no lo es."

El castrismo constituye una reafirmación latinoamericana del revolucionarismo jacobino. En su óptica, la cuestión del estado no puede sino ser central, antes y después de la victoria revolucionaria. Después, el estado ha de ser el real creador del nuevo orden social; corolario lógico de ello es afirmar, como lo hacía el Che, que la planificación centralizada es la esencia de la sociedad socialista. El rol decisivo que se atribuye a la voluntad ya es tal antes de la toma del poder, pues la insurgencia guevarista supuso dadas las "condiciones objetivas" y centró la problemática de la transformación social en el logro de las "condiciones subjetivas", lo que a su vez depende, en este enfoque, de que la vanguardia alcance un alto nivel de acción.

En el marxismo, el cambio social es visto, a la vez, como resultado de un proceso esencialmente objetivo —el desarrollo de las contradicciones entre las relaciones de producción y el nivel creciente de las fuerzas productivas— y como fruto del esfuerzo revolucionario conscientemente organizado. Esa dualidad conlleva una tensión permanente entre interpretaciones más o menos "deterministas", más o menos "jacobinas", y por consiguiente una polémica siempre presente sobre el papel de la voluntad. Optando resueltamente por una de las alternativas, la insurgencia guevarista construyó acabadamente un ideal de militancia. En la ya citada carta a sus padres decía el Che: "Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista, sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré".

Ya en 1969, refiriéndose al ideal a la vez mítico y único que era el Che para tantos jóvenes de los años sesenta, Agnes Heller anota: "... lo que necesitamos es un pluralismo de ideales, sin el que el movimiento de aquellos a quienes la vida cotidiana no satisface podría verse abocado a un fracaso" [Heller, 1982, p. 22]. Destaca también la necesidad de "ideales reales", es decir, de llamar la atención sobre ciertos individuos —menciona específicamente a C. Wright Mills— cuya conducta, además de admirable, pueda ser una fuente de inspiración para la vida cotidiana de mucha gente. El enfoque es por demás compartible, pero sería un error creer que, en América Latina, el ideal encarnado por el Che sólo tuvo incidencia efectiva en la vida de los pequeños grupos guerrilleros. Al respecto quisiera hacer algunas observaciones, a partir de una realidad que he conocido de cerca y que no creo constituya una excepción dentro del conjunto continental.

En general, resultaría equivocado reducir el fenómeno de la insurgencia guevarista a su ortodoxa expresión guerrillera, error que puede ser tanto más grave cuanto más complejo sea el desarrollo político del país que se considere. En el Uruguay, la nueva izquierda apareció en el escenario cuando polarizaba a la sociedad el "reajuste conservador", iniciado en 1968 como un golpe de estado por etapas que culminarían en 1973. Lo drástico de ese reajuste —en la distribución del ingreso, en las instancias tradicionales de conciliación, en el margen de vigencia de los derechos cívicos—fue la causa primera del vigor de esa nueva izquierda, de genérica inspiración castrista.

La iniciativa correspondió a un proyecto reaccionario en sentido estricto, en tanto apuntaba a revertir varios de los resultados del largo ciclo reformista iniciado por el "batllismo" a comienzos de siglo. La resistencia del movimiento sindical y de los sectores ligados a la enseñanza llegó a expresarse mediante algunas formulaciones propias del radicalismo de la época, a la vez que desarrollaba formas de militancia muy variadas, como variadas y ricas eran las experiencias previas de participación en el país. Tuvo lugar así, como lo sugiere la caracterización de Béjar, un auge indudable del nivel de "la acción popular". Pero ello no debe ser visto en singular. Crecimiento del sindicalismo, reorganización democratizadora de muchos gremios, agrupamientos barriales, nucleamientos en torno a la enseñanza, ebulliciones estudiantiles, nuevas formas de lucha obrera, accionar armado: de todo eso hubo. Casi todos esos fenómenos tuvieron entre sí vinculaciones novedosas y estuvieron entre los antecedentes de la formación del Frente Amplio —coalición de viejas y nuevas izquierdas con la democracia cristiana y sectores escindidos de los tradicionales partidos "blanco" y "colorado", orientada a disputar a estos su también tradicional cuasi monopolio de la política nacional—. Dentro del Frente —cristalizando iniciativas a las que fueron ajenas y aún opuestas las direcciones políticas de los sectores más consolidados surgieron unos heterogéneos, dinámicos e innovadores "Comités de Base", en los que diversas vertientes de militancia encontraron una síntesis, por cierto transitoria.

En fin, si hubiera que resumir en una frase la modalidad bajo la cual se interpetó en la izquierda uruguaya, a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, el ideal de militancia encarnado por el Che, destacaríamos el valor atribuido a la acción política permanente, de tipo variado, pero nunca como profesión de pocos, sino como actitud vital de muchos.

Ahora bien, una perspectiva renovadora de las prácticas de la izquierda es claramente incompatible con cualquier prioridad atribuida a la "acción política permanente", o a la acción específicamente política frente a otras. Un "pluralismo radical" lleva a no establecer jerarquías a priori entre lo que se hace en ámbitos partidarios o de tipo local o en movimientos sociales —"nuevos" tanto como "antiguos"— o en instancias cooperativas, o a nivel de la educación, la producción, la creación.

Se plantea así un doble desafío. Por un lado, el de una renovación —una suerte de construcción cultural— de los ideales de militancia, en una dirección abierta a la diversidad; sin esa construcción, cada una de las múltiples "luchas democráticas" tendrán escaso alcance, incluso en su terreno particular. Y, por otro lado, la problemática aparentemente más compleja aún de la vinculación o coordinación entre las variadas formas de acción social específica.

Partidos y actividad política

Pero la totalidad también existe, al menos en el sentido obvio de que los distintos ámbitos de la vida societal, si bien irreductibles a la lógica de alguno de ellos, muy lejos están de ser independientes entre sí. Simplemente por ello se hace necesaria la constitución de voluntades colectivas de "segundo grado", si cabe decirlo así—lo que no conlleva ninguna jerarquización conceptual o precedencia temporal—, o "bloque histórico" de movimientos particulares. Esta interdependencia—que suele traducirse en la difusión en cadena tanto de estímulos para el cambio como de bloqueos—es una manera, muy elemental sin duda, de entender el imperativo de "reconocer en otras particularidades la universalidad" [Agnes Heller], condición necesaria para satisfacer la exigencia de coordinación.

Por supuesto, en la visión clásica sustentada en la concepción de la organización de vanguardia y en la primacía de lo político, esa coordinación no era sino un aspecto de la dirección general que del proceso de cambio social se atribuía al partido de la clase dirigente del futuro. Pues bien, cuando semejante concepción se bate en retirada, ¿cuál pasa a ser el papel específico de los partidos políticos de inspiración socialista?

La realidad ofrece una amplia gama de respuestas, desde versiones que en los hechos muestran la añoranza del modelo leninista hasta el tipo —con antecedentes aún más lejanos— de partidos volcados esencialmente a lo electoral y nucleados en torno a grupos de legisladores. Entre uno y otro extremo aparecen variantes de ese matrimonio entre políticos profesionales, orientados hacia lo parlamentario, y dirigentes sindicales que suele constituir el basamento de algunos partidos socialdemócratas.

Ninguna de esas modalidades se adapta a una concepción realmente plural de la actividad social. En efecto, todas ellas suponen la primacía de lo político. Algunas lo hacen a partir de una concepción muy amplia de la política, vista como la trama verdadera de múltiples procesos societales y, sobre todo, como la vía real para modificar a cualquiera de ellos, lo que justifica un omnicomprensivo papel dirigente

de las instancias políticas y de quienes se especializan en su manejo; las raíces de este modelo se encuentran, por supuesto, en el primer gran partido político moderno, la socialdemocracia alemana tal como se conformó en las últimas décadas del siglo pasado. En el otro extremo, encontramos una visión más restrictiva, de acuerdo a la cual la actividad política se despliega, en relación a otras, con mayor independencia de la que admite la concepción antes mencionada; a partir de ese enfoque, el partido se concentra en lo electoral-gubernamental, relegando en los hechos a planos secundarios su relación directa con los diversos sectores sociales, pues apuesta a incidir en ellos desde sus posiciones de gobierno. De esta manera se tiende a coincidir con los demás partidos en una concepción de lo político como lo político-partidario, visto en este caso como un nivel a la vez aislado y superior, que en algún sentido "flota" sobre la sociedad. Se trata de una imagen perfectamente compatible con la de la política como escenario-mercado de líderes, que la televisión lleva a la casa de cada ciudadano, considerado ante todo como un espectador-consumidor, para posibilitar su papel específico: optar cada tanto por alguno de aquéllos.

En una perspectiva renovadora, el accionar de la izquierda no puede ya identificarse a lo que con esa denominación se hace a nivel político. A una pluralidad de niveles significativos e irreductibles tiene que corresponder una pluralidad de militancias específicas. A la inversa, ¿qué sucede entonces con lo propiamente político? Decir que queda reducido a lo que le es específico, a lo político en sentido restringido—en tanto problemática de la conformación de los elencos gubernamentales y de su desempeño— constituye sin duda una respuesta lógicamente aceptable. Pero también, y por más de un motivo, insatisfactoria.

Ante todo, por sus implicaciones conservadoras, en sentido literal. Si la pluralidad desemboca en la fragmentación, en la necesaria ausencia de coordinación entre variadas "prácticas articulatorias", entre diversos "discursos", la eficacia en cada terreno tenderá a ser escasa; ya hemos insistido en ello. Además, la respuesta que analizamos tiende a cristalizar la separación entre estado y sociedad, entre dirigentes políticos y dirigidos, entre los especialistas en el arte de gobernar a los demás y los que se desentienden del asunto.

Cabe notar que ambos rasgos son especialmente graves si se les mira desde una nación de alguno de los "terceros mundos", a la que la crisis obliga con mayor urgencia que antes a embarcarse en el diseño y realización de un proyecto nacional, polifacético y multisectorial pero también holístico e integrador.

Ahora bien, ¿cabe concebir una modalidad alternativa de la práctica política que, además, no padezca de una incurable falta de realismo? Partamos, una vez más, de un texto de Gramsci.

"El primer elemento es que existen de veras gobernantes y gobernados. Toda la ciencia y el arte de la política se basan en este hecho primordial, irreductible (dentro de ciertas condiciones generales). Los orígenes de este hecho constituyen un problema en sí, que habrá de estudiarse en sí ..., pero persiste el hecho de que existen dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados. Sentado este hecho, habremos de considerar cómo se puede dirigir del modo más eficaz (a partir de ciertos fines) y, por

lo tanto, cómo preparar de la mejor manera a los dirigentes (y en esto consiste, más precisamente, la primera parte de la ciencia y el arte de la política) y cómo, de otro lado, conocer las líneas de menor resistencia o líneas racionales para contar con la aquiescencia de los dirigidos o gobernados. En la formación de los dirigentes es fundamental esta premisa: ¿se quiere que haya siempre gobernados y gobernantes, o bien se aspira a crear las condiciones en las que desaparezca la necesidad de la existencia de esta división? Es decir, ¿se parte de la premisa de la perpetua división del género humano, o se cree que ésta es únicamente un factor histórico que responde a ciertas condiciones? Ha de estar claro, además, que aun cuando la división entre gobernantes y gobernados surja, en último análisis, de la división entre grupos sociales, también existe, tal como están las cosas, incluso en el seno de un mismo grupo socialmente homogéneo; en cierto sentido puede decirse que esa división es una creación de la división del trabajo, es un hecho técnico. Sobre esta coexistencia de motivos especulan aquellos que en todo ven tan sólo 'técnica', necesidad 'técnica', etc., para no formularse el problema fundamental." [Gramsci, 1973, p. 43-44].

Encontramos aquí tres elementos cardinales. A saber:

- (i) Un punto de partida, la constatación de que la separación entre dirigentes y dirigidos no es un epifenómeno, eliminable mediante algún remedio sencillo y contundente, sino la base de toda "la ciencia y el arte de la política".
- (ii) Una orientación que es la verdadera divisoria de aguas; la aspiración a desarrollar un tipo de práctica política que tienda a hacer menos tajante y menos necesaria esa división.
- (iii) Una comprensión del fenómeno en cuestión, que "en cierto sentido ... es un hecho técnico", lo que significa que ni es un reflejo inexorable de un supuesto determinismo técnico ni se reduce a una mera consecuencia del afán de dominación.

En esa óptica, esa separación de los seres humanos en dos estratos resulta estimulada y condicionada —no determinada— por los problemas básicos que los grupos humanos deben atender y por las técnicas, en el sentido más amplio de la palabra, que van construyendo a lo largo de la historia.

Es en esta perspectiva que corresponde abordar el tema de "la democracia directa", en el que suelen incluirse diversos procedimientos imaginados para disminuir las distancias entre gobernantes y gobernados. La misma no puede ser vista ni como una panacea ni como una alternativa excluyente a la "democracia representativa".

Según Bobbio [1983, p. 102]: "... entre democracia directa (entre las varias formas de democracia directa) y democracia representativa, no existe una división nítida, por el contrario, existe un continuum, en el sentido de que se pasa de una a otra gradualmente. En el fondo, ¿qué es la participación basada en la delegación y la revocación del mandato sino una forma de democracia que ya no es representativa y no es todavía democracia directa?". No se trata de sustituir la democracia representativa, supuesta perimida o lisa y llanamente no democrática, por la democracia directa, a la que se atribuirían todas las perfecciones, incluyendo la de poder existir en estado puro. Plantear así el dilema no apunta sino a congelar, a su nivel actual, al proceso histórico de democratización, mientras que lo que cabe proponer es su profundización

en el sentido de la creciente reducción de las diferencias entre gobernantes y gobernados.

El mismo autor citado—en quien no puede verse a un entusiasta de la democracia directa— indica el valor que pueden tener instrumentos que hacen más directa la democracia; se ocupa así del uso frecuente del referéndum, y también de las asambleas y comités locales que —en tanto traten problemas también locales—pueden constituir verdaderos seminarios de democracia [op. cit., pp. 69-79].

Ahora bien, demasiado conocidas son varias de las dificultades que enfrenta todo intento de profundización de la democracia en el sentido antes esbozado. No se trata de minimizarlas sino, más bien, de lo contrario. En efecto, los problemas que suelen apuntarse no conciernen sólo a la "democracia directa" o, mejor dicho, integran una problemática que, de una u otra forma, afecta a todas las modalidades de la democracia, de su desarrollo e incluso de su preservación. Por ejemplo, de los "dos vicios del proceso de democratización" que destaca Bobbio [p. 105], uno —la manipulación del consenso—se presenta sobre todo, a su juicio, en los agrupamientos pequeños y afecta prioritariamente, por ende, a las formas de la "democracia de base"; pero el otro—la apatía política—tiene directamente que ver con las formas democráticas más corrientes, pues es más notorio en los grandes conjuntos humanos: "Tal vez el más conocido, y sin duda el más pregonado, entre los descubrimientos de la investigación moderna en materia de opinión pública es la ignorancia y la indiferencia de la mayoría del electorado en las democracias occidentales". Así comienza el libro de M. I. Finley [1973] titulado *Democracy. Ancient and Modern*.

También Bobbio [op. ctt., p. 89] presenta como "cuatro enemigos de la democracia" a secas — y no sólo de sus formas más participativas y/o directas — a los siguientes, cuya gravitación no sabría ser cuestionada: (i) las grandes dimensiones de las asociaciones políticas contemporáneas; (ii) la burocratización creciente del aparato estatal; (iii) el tecnicismo siempre mayor de las decisiones a tomar; (iv) la tendencia a la masificación de la sociedad civil, que — vía la industria cultural pero también la "industria política" — desemboca en un conformismo generalizado [ídem, p. 62].

Se notará que esos cuatro aspectos de las sociedades contemporáneas tienen en común el fomentar una doble tendencia: por un lado, a dejar en las manos de elites especializadas, relativamente pequeñas, las decisiones que conciernen a todos; por otro, a la desvinculación de las mayorías —sea por desinterés, sea por incapacidad de conocer y/o comprender los datos de cada problema— con los procesos a través de los cuales se adoptan las decisiones en cuestión.

Luego, los problemas que hay que afrontar cuando se apunta a la profundización de la democracia —y en especial, a la atenuación de la división entre dirigentes y dirigidos, a la promoción de modalidades más directas— los plantea también la propia conservación de la democracia en su sentido liberal y representativo, o, al menos, la preservación de gran parte de sus contenidos sustantivos. Si esto es lo "posible" y aquello lo "imposible", su ligazón resulta tan estrecha que no resistimos la tentación de evocar otra vez el mismo aforismo de Weber.

En este sentido, la difundida preocupación contemporánea por los peligros que

confronta la democracia, tal como la conocemos, confluye con la preocupación de la mejor tradición socialista, como la presenta la precedente cita de Gramsci, por atenuar la división entre dirigentes y dirigidos.

Notemos, de paso, la importancia creciente que esos "cuatro enemigos de la democracia" le otorgan, de por sí, a dos procesos de difusión inextricablemente imbricados entre sí, el de la información y el del conocimiento técnico. La democratización de ambas instancias es, cada día más, cuestión clave para la democracia.

Sea como sea, hemos intentado bosquejar, a partir del fragmento de Gramsci antes transcrito, lo que puede constituir una gran meta específica del accionar político de la izquierda. Corresponde, a continuación, discutir la relación de semejante objetivo con las herramientas disponibles, o sea, en primer lugar, con el tipo de partidos políticos que el panorama de la izquierda ofrece al observador.

En tal sentido, plantear el problema es casi resolverlo. En efecto, las organizaciones de cuadros tipo "partido de vanguardia", los partidos de masas altamente estructurados y burocratizados, los partidos de notables y sus amigos, las diversas combinaciones de esos tipos, tienen dos semejanzas relevantes. En primer lugar, por motivos distintos y en grados diversos, todos tienden a afianzar la primacía de lo estrictamente político en el conjunto de lo social. En segundo lugar, más por razones objetivas que por otra cosa, ninguno cuestiona realmente la división entre dirigentes y dirigidos, ni tiende a desdibujarla.

En el fondo, tales características son las esperables en cualquier núcleo especializado, pues lo indicado antes no es más que la predisposición a jerarquizar la propia especialidad y a ahondar la separación entre los especialistas y quienes no lo son, en el caso de algunas variantes de especialistas de la política, entre los que se destacan —como en casi cualquier especialidad— los que la practican en forma profesional.

Precisamente por ello no cabe buscar una alternativa por la vía de la eliminación de los políticos profesionales y su completa sustitución por voluntarios, es decir, por una suerte de "desespecialización" de la política. También en el campo de la educación, por ejemplo, reservar todas las decisiones a los especialistas conlleva no pocos perjuicios; pero no luciría atinado buscar conjurarlos suprimiendo a los educadores, es decir, a los especialistas en educación. En ese terreno, como en muchos otros, se plantea la problemática, sin solución sencilla, de una práctica democratizadora específica, que deberá articular las actitudes de sujetos irreductiblemente disímiles.

Ante problemáticas distintas, muy variadas tienen que ser las propuestas, pero todas tendrán en común su falta de destino si, más allá de sus valores éticos, no son eficaces en relación a los objetivos específicos de la actividad a la que se refieran. En este sentido vale la pena subrayar que tampoco en el campo de la política es siempre cierto que lo mejor consista en dejar las decisiones a cargo de las elites de especialistas.

El surgimiento de los políticos profesionales que dirigen los partidos políticos contemporáneos no ha sido casual sino que se inscribe en un proceso más general de conformación de una cierta clase de especialistas: "La transformación de la política en una empresa que requería preparación especial por parte de los individuos para la

lucha por el poder y estudio de las métodos para esa lucha por parte de los partidos políticos modernos, determinó la división de los funcionarios públicos en dos categorías diferentes, aunque no rígidamente separables: por una parte funcionarios profesionales y por la otra funcionarios políticos" [Weber, 1976, p. 33].

En las dos vertientes de la actividad pública así distinguidas se abren, naturalmente, espacios para prácticas democratizadoras con problemas específicos a atender. Ante todo, el de tener en tales espacios una gravitación real. No se puede, por ende, ignorar que la historia tiende a confirmar la siguiente tesis: "Es casi inimaginable suponer que las grandes agrupaciones podrían realizar elecciones sin contar con la organización debida de esa empresa. En la práctica esto significa la división de los ciudadanos con derecho a voto en elementos políticamente activos y políticamente pasivos" [ídem, p. 47].

Ahora bien, si poco viable resultaría procurar que todos los ciudadanos se convirtiesen en "elementos políticamente activos" en el sentido antedicho, ello tampoco sería deseable. En efecto, si múltiples y bastante evidentes serían los perjuicios en caso de que tales "elementos" se redujesen a los políticos profesionales —que devendrían en tal caso una suerte de casta— la alternativa opuesta, la de que todos los ciudadanos fueran activistas políticos, daría a la política en sentido estricto una perjudicial primacía sobre todos las demás actividades societales. Una visión plural conduce más bien a propugnar una pluralidad de participaciones activas, de modo incluso que muchos seres humanos puedan desarrollarlas en ámbitos variables a lo largo del tiempo.

Ahora bien, el terreno de la política, en tanto administración de la cosa pública, tiene entre sus más obvios y característicos rasgos el de relacionarse estrechamente con todos los otros niveles de la actividad en sociedad.

Todo lo dicho apunta a la conveniencia de un tipo —de tipos, mejor dicho— de participación en política desde la actividad en otros ámbitos, sin abandonarla ni subordinarla ni a la actividad partidaria ni a sus especialistas, pero también sin afectar a la tarea específica de estos últimos. Quizás de lo que se trata es de rescatar una doble dimensión de la política.

Por un lado se encuentran las tareas de administración y gobierno en torno a las cuales surge históricamente la institución estatal. Esta se constituye mediante grupos de especialistas que atienden a la realización de tales tareas. Mediante el poder de convicción y el poder de coacción —combinados en formas infinitamente variadas, pero en todas las cuales ambos están siempre presentes— obtienen la aceptación y la colaboración de los otros sectores sociales —también bajo formas distintas, siempre imperfectas y que a menudo se rompen—. A esa dimensión de la política se agrega, a cierta altura de la evolución histórica, otra que desde el momento mismo de su "invención" es inseparable de la primera, pero también irreductible a ella, y que tiene que ver con la noción de "comunidad", en tanto agrupamiento humano en el cual todos pueden participar en la discusión y decisión de lo que es "común".

En The legacy of Greece se subraya "una fundamental innovación griega: la política. El gobierno es otra cosa: toda sociedad de alguna complejidad requiere un

mecanismo para establecer normas y administrarlas, para efectuar servicios comunitarios, civiles y militares, y para resolver las disputas. Toda sociedad requiere también una manera de aprobar las normas para el funcionamiento de tal mecanismo, y una noción de justicia. Pero los griegos dieron un paso radical, y doble: ubicaron la fuente de autoridad en la polis, en la comunidad misma, y decidieron sobre la gestión en discusión abierta, eventualmente votando, contando cabezas. Eso es la política..." [Finley, 1984, p. 22].

La sabiduría política, como conocimiento específico de un conjunto de especialistas y como virtud común a todos los miembros de la polis: esta dicotomía, ¿tiene realmente relevancia? Puede negársela por completo, por ejemplo, argumentando que las limitaciones de la "democracia griega" muestran que la misma no constituyó una "innovación" sustancial en las formas de hacer política. Frente a ese "realismo" extremo se ha levantado el extremo "utopismo" de quienes, haciendo de tal dicotomía una irreductible alternativa, han postulado la supresión misma, junto al estado, de la política como actividad particular. Por nuestra parte, hemos intentado esbozar algún argumento en pro de una tercera aproximación al asunto. En ella, la doble dimensión indicada de la política constituye una suerte de tensión o polaridad de sustantiva importancia, cuya superación práctica sólo es viable por la desaparición de su segundo polo—la política como asunto de todos—, lo que a su vez entraña, para la política como actividad de minorías, tendencias tanto a la acentuación del aspecto "dominación" sobre el que puede denominarse "funciones públicas", como a una menor eficiencia en el cumplimiento de estas últimas.

Esta última aproximación podrá ser estéril, pero no es anacrónica, pues no mira al pasado para encontrar alguna receta sino para comprender en términos históricos—es decir, en función de lo que la evolución de la Humanidad ha ido creando y destruyendo— ciertos problemas cardinales del presente, para los cuales no hay soluciones fuera de las que se pueda construir en el futuro.

En términos del otro texto de Finley que venimos manejando, "sería absurdo hacer cualquier comparación directa con una pequeña y homogénea sociedad 'cara a cara', como la antigua Atenas; absurdo sugerir, e incluso soñar, que podríamos reinstalar una Asamblea de los ciudadanos como órgano supremo de decisión en una ciudad o nación moderna. Esa no es la opción que he estado considerando, sino una completamente distinta, motivada por la apatía política y su evaluación. La apatía pública y la ignorancia política constituyen hechos fundamentales del presente, más allá de toda discusión; las decisiones son adoptadas por los líderes políticos, no por el voto popular, que a lo sumo dispone de un eventual poder de veto a posteriori. La cuestión es si tal estado de cosas es, en las condiciones del mundo moderno, necesario y deseable, o si nuevas formas de participación popular, en el espíritu ateniense aunque no en la materialización ateniense, si puede decirse así, deben ser inventadas" [Finley, 1973, p. 36].

¿Pueden bosquejarse algunas direcciones para esa "invención social" que se propone? Quizás no resulte desencaminada una comparación con lo que acontece en la actividad científica contemporánea. Dos de los rasgos más característicos de la

Digitized by Google

126

misma son la extrema parcelación del conocimiento —la extrema especialización sin la cual no avanza la labor científica— y el conjunto de perjuicios que ello ocasiona —particularmente para el mismo avance de la ciencia y para su uso—. Negar la realidad de estos últimos es apenas menos ingenuo que postular la supresión de los problemas mediante algún "retorno" a la era de los científicos universales. Parecería que una de las vías para convivir con tamaña tensión —paliando sus peores defectos, aprovechando sus potencialidades— se ha encontrado en el trabajo interdisciplinario, del que han surgido algunos de los mayores avances científicos de nuestro tiempo.

De manera análoga, cabe sugerir que una de las tareas primordiales para los partidos políticos con raigambre socialista —o, mejor quizás, la tarea central para un tipo de agrupación política de inspiración socialista— debiera ser la de constituir un campo de encuentro para quienes desarrollan prácticas militantes diversas, un marco para la discusión de proyectos unificadores, un crisol en el que experiencias muy distintas puedan generar propuestas dirigidas hacia lo público. La idea, por demás elemental, es que semejante esfuerzo de síntesis permite participar a partir de situaciones muy variadas a la par que, conjugándolos, potencia una multitud de aportes fragmentarios.

Absurdo sería incursionar en detalles organizativos. Pero algunas aclaraciones son imprescindibles para precisar el alcance de la alternativa que se maneja.

Se está pensando en un tipo de agrupación política que no puede ubicarse dentro de los partidos políticos entanto organizaciones orientadas a influiren el uso del poder estatal —y, en particular, a ganar elecciones— pero en la cual deben participar, necesariamente, tanto "funcionarios públicos" como "funcionarios políticos" —según la denominación de Weber—en la medida en que compartan una inspiración general similar. Tales agrupaciones debieran ser absolutamente independientes, en particular, de todo partido de definición socialista que esté desempeñando funciones de gobierno.

Por otra parte, nos parece que lo que venimos diciendo se relaciona estrechamente con lo que Finley [1973, p. 31 y ss.] describe como la corriente principal de la teoría clásica de la democracia, la cual—según la siguiente cita de Lane Davis, que el autor mencionado incluye [op. ctt., p. 32]— "se inspiraba en un principio extremadamente ambicioso, la educación de un pueblo entero hasta el punto en que sus capacidades intelectuales, emocionales y morales se han desarrollado al máximo y se reúnen, libre y activamente, en una genuina comunidad. Además de este magnífico propósito general, la teoría clásica de la democracia incluye una gran estrategia para avanzar hacia meta semejante, el uso de la actividad política y gubernamental con fines de educación pública. Gobernar debe ser un esfuerzo permanente en materia de educación masiva".

Ya que hablamos de educación, recordemos que se aprende a partir de lo que se sabe. De manera análoga, se accede a niveles cada vez más integrados de participación a partir de experiencias particulares a nivel de base. Estas pueden abrir vías para la comprensión de la "cosa pública" como lugar de encuentro de trayectorias y aspiraciones muy distintas; vías para conocer mejor la sociedad en que se vive, para

incidir en ella, para aportar a proyectos colectivos de cambio social. Y todo ello tiene que ver tanto con la educación, en el mejor sentido de la palabra, como con la "profundización de la revolución democrática". También, con una actividad política que tenga entre sus metas la de realizar una oposición eficaz a las tendencias que ahondan el foso entre dirigentes y dirigidos.

SOCIALISMO, EVOLUCIÓN SOCIAL Y DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

1. UNA VIA DE APROXIMACION AL TEMA

Esquematizando al extremo, puede decirse que las diversas corrientes de ideas socialistas apuntan todas ellas hacia una reorganización, racionalmente orientada, de las actividades económicas, de modo que en ellas pasen a jugar papeles centrales tanto la cooperación como la planificación, vistas como medios idóneos para generar condiciones de vida más equitativas y promedialmente mejores.

Es, en definitiva, ese sustrato común a concepciones en tantos aspectos distintas, y aún divergentes, lo que permite, en alguna medida, hablar de la propuesta socialista en singular. Más aún, fue esencialmente a partir de los rasgos indicados que tal propuesta se fue configurando, durante el siglo XIX, como una alternativa nítidamente contrapuesta al capitalismo de la época. Por lo tanto —y sin que ello suponga necesariamente compartir la visión que tenía Engels de la economía como determinante en última instancia de los procesos societales— una piedra de toque de la vigencia contemporánea de la propuesta socialista ha de encontrarse en su fertilidad para inspirar prácticas a nivel de la economía que, por comparación a las de tipo capitalista, resulten a la vez más eficientes y más solidarias.

Subrayemos que para las grandes concepciones clásicas del socialismo occidental—en lo que constituye a nuestro entender una de sus características definitorias—esas dos metas de solidaridad y eficiencia notienden a contraponerse sino a ser coadyuvantes, mientras lo contrario sucede en el capitalismo, cuya lógica objetiva lleva más bien a subordinar la primera a la segunda.

Esa subordinación, a ojos de los socialistas utópicos, no sólo es "mala" sino, también y sobre todo, es "irracional": la racionalidad productiva bien entendida se opone al individualismo y lleva a la cooperación. Esta es la "buena nueva" que inspira la prédica de Owen: "Los males actualmente causados por el afán de obtener una superioridad individual en riquezas, en privilegios o en honores dejarán de existir, puesto que ellos tienen su origen en la ignorancia; y todos tendrán asegurados unos bienes muy superiores a los actuales; todos poseerán sentimientos mucho más elevados que los que el aislamiento personal pueda deparar" [Owen et al., 1970, p. 11].

El marxismo elabora ideas de ese tenor, inscribiéndolas en una concepción global

de la evolución social: el desarrollo de las fuerzas productivas requiere de la desigualdad entre los hombres, de la explotación, de la subordinación, y, a la inversa, estimula ese tipo de procesos; pero ello es así sólo hasta que tales fuerzas alcanzan un cierto nivel, a partir del cual la interacción pasa a tener signo opuesto, y el futuro desarrollo de la producción pasa a depender de su simbiosis con la cooperación.

En la formulación marxista, es la evolución de la Humanidad en su conjunto la que garantiza la viabilidad de la propuesta socialista. En el prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política* afirmó Marx: "A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana" [Marx y Engels, 1974, tomo I, p. 518].

Así pues, la confianza—sustentada sea en la adhesión a cautivantes descripciones del futuro posible, sea en una visión de la historia combinada con una práctica revolucionaria—en que planificación y cooperación habrían de permitir la conjugación de solidaridad y eficiencia, llevó a presentar al socialismo como una opción, tan distinta como superior, al capitalismo y a la economía de mercado en su conjunto.

Por supuesto, para el marxismo clásico, la superioridad del socialismo era inseparable de la previsión de que el mismo brotaría de lo más adelantado del capitalismo. Pero la confianza en cuestión no desapareció cuando los avatares de la historia dispusieron otra cosa.

Cuando el capitalismo logró sobrevivir a las tormentas sociales en las que desembocó la I Guerra Mundial, la "revolución permanente" quedó bloqueada en sus fases iniciales y quienes en ellas habían triunfado vieron su accionar limitado al interior de un territorio, sin duda inmenso, pero con un abrumador predominio de la economía campesina, apenas cuestionado por algunos focos de incipiente industrialización. Fue en ese contexto que la triunfante fracción estalinista del partido bolchevique levantó el programa de construir "el socialismo en un sólo país". Con ese objetivo manifiesto, tuvo lugar uno de los más traumáticos e impresionantes procesos históricos de los que se tengan noticias, en cuyo curso se modeló un orden social y político radicalmente nuevo y del que emergió una gran potencia militar e industrial.

Un cuarto de siglo después de iniciada esa dramática transformación —hacia comienzos de los años cincuenta, "cuando el Tercer Mundo entra en escena"—, la experiencia soviética se constituye en una referencia capital, incluso para muchos de los que abominaban del despotismo estalinista, quienes podrían haber hecho suyas estas palabras de la última página del libro que E. H. Carr dedicó a resumir su monumental Historia de la Rusta Soviética: "... los métodos que provocaban repulsión en países donde se había producido la revolución burguesa, y habían crecido

fuertes movimientos obreros dentro del marco elástico de la democracia liberal, no resultaban demasiado repugnantes en países en los que la revolución burguesa era todavía una cuestión pendiente, la democracia burguesa era una visión sin sustancia, y no existía todavía un proletariado de dimensiones significativas. Allí donde las masas hambrientas y analfabetas no habían alcanzado todavía el estadio de la conciencia revolucionaria, una revolución desde arriba era mejor que nada" [Carr, 1979, p. 242].

Pero, también en ámbitos que rebasan ampliamente los límites de los Partidos Comunistas de aquella época, la experiencia soviética sustentaba una conclusión de mayor alcance aún: nada menos que la ratificación de la superioridad del socialismo como sistema de organización económica y, por consiguiente, así fuere a largo plazo, como organización global de la sociedad.

La primera afirmación podía sustentarse en la transición, en plazos históricamente muy breves, desde el atraso del Imperio de los zares, agravado por las calamidades emanadas de las guerras que Rusia vivió entre 1914 y 1921, y desde la posterior destrucción resultante de la invasión nazi, a la condición de nación altamente industrializada. La clave de tamaño éxito era identificada con la planificación centralizada, en la que el Che llegó a ver la esencia de la sociedad socialista.

Así, en su fundamental obra *La economía política del crecimiento* —publicada originalmente en 1957— dice Paul Baran, que por cierto no era un simpatizante del régimen soviético: "El descubrimiento 'científico y objetivo' hecho por la economía de que el socialismo era imposible, descubrimiento por tanto tiempo tenido por verídico, fue dramáticamente refutado por el éxito de los esfuerzos de industrialización realizados en la URSS" [Baran, 1962, p. 57]. Y destaca lo que consideraba la lección capital para los países atrasados: "No puede ya quedar duda alguna acerca de que un sistema socioeconómico basado en una planificación económica cabal, puede funcionar, crecer y soportar las pruebas históricas más dificiles sin necesidad de empresas privadas y sin la institución de la propiedad privada de los medios de producción" [ídem, p. 60].

Cuando, a cuarenta años de Octubre, el lanzamiento del primer Sputnik produjo en el mundo capitalista una conmoción muy superior que la causada por la instalación del poder soviético, el enorme avance industrial y tecnológico alcanzado en ese lapso devino innegable. Y cuando, hacia esa época, Jruschov fijó el plazo en el que la economía de la URSS superaría a la de Occidente, éste tomó muy en serio el desafío.

A su vez, el éxito soviético a nivel económico parecía ofrecer bases sólidas para un desarrollo político y cultural que, democratizando a la URSS y abriendo cauce a la innovación ideológica, demostrara la superioridad global del socialismo como sistema social. De alguna manera, el desarrollo de las fuerzas productivas que la burocracia estalinista había encabezado llegaría a hundir los cimientos de su propio poder, al generar relaciones sociales distintas y más avanzadas. Esta idea —de raigambre marxista clásica— fue expuesta con particular claridad por Isaac Deutscher, en sus conferencias con ocasión del cincuentenario de Octubre, a las que tituló *La Revolución Inconclusa*. En ese texto, el brillante biógrafo de Trotski, y uno de sus más originales discípulos, anticipa un período de reactivación política del proletariado

soviético, propiciado por la propia industrialización, la que no sólo creó una enorme clase obrera sino que permitió y demandó una cierta mejora en sus condiciones de vida y, sobre todo, un gran salto adelante en su instrucción. Así, aquella pequeña clase obrera del 17 —lo más parecido que jamás haya existido al proletariado con el que soñó Marx—, que hizo la revolución y que, como clase, prácticamente se disolvió en las tormentas de la guerra civil y en las tareas de la construcción de un nuevo orden, habría encontrado su sucesor, capaz de retomar las banderas de la democracia de los Soviets.

Pero el fenómeno cardinal, en relación con la evolución probable de la sociedad soviética, cuya comprensión se abrió paso lentamente en el pensamiento de izquierda durante los años siguientes, fue el del relativo estancamiento de esa misma economía hasta entonces de apariencia tan dinámica. Y ese estancamiento resultaba contemporáneo de la elevación de la innovación científica y tecnológica a la condición de motor principalísimo del desarrollo económico. En ese contexto, el papel de la planificación fue reconsiderado: "La planificación centralizada, tan eficiente para acelerar la acumulación a nivel del sistema productivo y para copiar la innovación, se muestra poco apta para fomentar la creatividad" [Furtado, 1978, p. 87].

Hoy, "período del estancamiento" ha pasado a ser la denominación oficial soviética para buena parte de su historia más reciente. No puede ya pues discutirse ni la entidad de la crisis global de la propuesta socialista ni el papel medular que en esa crisis le corresponde a la problemática puesta en evidencia por el sistema económico basado en la planificación centralizada a la soviética. Dice Gorbachov [1987, p. 53]: "Los científicos sociales todavía no nos han ofrecido nada coherente. La política económica del socialismo está detenida en conceptos antiguos y ya no armoniza con la dialéctica de la vida".

Por consiguiente, para intentar salir de tamaña crisis no basta con explorar nuevas formas de pensar y hacer política sino que hay que extender la exploración al campo de la economía. En esa perspectiva lo mejor que conocemos es la notable obra de Alec Nove [1983], *Economics of feasible socialism*, algunas de cuyas conclusiones quisiéramos presentar en este capítulo.

Lo que nos preocupa, por cierto, se liga estrechamente a la polémica contemporánea sobre los papeles respectivos de la economía de mercado y la planificación. Para profundizarla, conviene revisitar "la discusión que al respecto se desarrolló en la URSS en la década de los veinte, con la participación destacada de Trotski, Preobrashensky y Bujarin", sugiere Sonntag [1988], p. 151, notal en su libro sobre la evolución de las ciencias sociales en nuestro continente, titulado *Duda/Certeza/Crtsts*. Ese parece ser un adecuado punto de partida para el abordaje de las cuestiones que han quedado planteadas en los parágrafos precedentes, entre las que subrayamos la experiencia de la economía soviética, la discusión a la luz de ella del significado de la ruptura con el capitalismo, y la viabilidad de propuestas socialistas de nuevo tipo para la reorganización de las actividades económicas de la sociedad.

2. VISITANDO UN GRAN DEBATE DE AYER

a. Recapitulación sumaria de su desarrollo

Durante los años veinte tiene lugar en la Unión Soviética una gran confrontación entre los elementos propios de una economía de mercado y los que lo son de una economía administrada.

Cuando, a comienzos de 1921, se reúne el X Congreso del Partido bolchevique, la guerra civil acaba de terminar y el país está devastado. La organización apresurada de una suerte de economía de salvación pública, que llegó a ser conocida como "comunismo de guerra", sustentó al régimen soviético y a su ejército, pero promovió amplias revueltas de los campesinos, sometidos a duras exacciones.

A las requisas y a las calamidades propias de la guerra se sumarán las consecuencias de una mala cosecha para generar el hambre masiva. Es en medio de tal panorama que se pone en práctica la NEP, esa Nueva Política Económica que Lenin, con su franqueza habitual, presenta como una "retirada" ante la economía mercantil y que tiene por fin fundamental el restablecimiento de la producción agraria, a partir de la liberación de los controles y de la disminución de los tributos exigidos a los campesinos. Su adopción, durante el Congreso mencionado, tiene lugar al mismo tiempo que la insurrección de Kronstadt muestra que la desconformidad con el régimen ha llegado hasta algunos de sus baluartes principales.

Casi en seguida se creó un organismo de planificación, pero ésta había quedado tan asociada al comunismo de guerra que casi el único que le prestaba atención real era Trotski. Este, ya en mayo de 1921 le escribió a Lenin que: "Lamentablemente, nuestro trabajo sigue efectuándose sin ninguna comprensión de la necesidad de un plan. La Comisión Estatal de Planificación [Gosplan] representa una negación más o menos planificada de la planificación" [citado en Deutscher, 1968, tomo II, p. 51]. Pero Lenin entendía por entonces que, en las condiciones de Rusia, la planificación global era imposible y apostaba, en materia de desarrollo a largo plazo, a proyectos sectoriales como el que saludó diciendo "el socialismo son los soviets más la electrificación". Por su parte, Trotski lo que reclamaba era la planificación del conjunto de las industrias de propiedad estatal, sin incluir al sector privado. En una de sus últimas cartas, Lenin reconsiderará su actitud y reivindicará propuestas a las que se había opuesto.

El comunismo de guerra se veía, a esta altura, como un fracasado intento de abolir de un plumazo la economía de mercado —dinero y crédito incluidos— que tenía que ser reemplazado por un régimen de economía mixta.

La NEP aplacará el descontento campesino y permitirá aumentar tanto la producción de alimentos como la cantidad que de ellos llega a las ciudades. Pero el amplio restablecimiento de los mecanismos del mercado que la misma significó generará también otros fenómenos, menos deseables, que han acompañado una y otra vez las reformas liberalizadoras en los países socialistas. Nos referimos a las tendencias a la diferenciación acusada de los ingresos —particularmente al interior del mundo cam-

pesino—, al aumento de los circuitos de intermediación y de sus costos, a la falta de estímulos para las inversiones a largo plazo.

En medio del atraso ruso, el modelo económico implantado no podía sino tender hacia el predominio del campesino. Este generaba la mayor parte de la riqueza nacional y vivía poco por encima de un mísero nivel de autosuficiencia, mientras que exiguo era lo que la industria, sobre todo la de las ciudades, tenía para ofrecerle. Liberado por la NEP de la requisa, sólo una relación de precios campo-ciudad claramente favorable podía inducirle a enviar sus productos a los mercados urbanos.

La industria, claro está, presentaba el reverso de la medalla, con una situación que se hacía más grave al pasar de las manufacturas cuasi artesanales, más fáciles de devolver a la actividad y con mercados asegurados en las aldeas próximas, a la industria pesada, radicada en unas pocas ciudades y por lo esencial nacionalizada. Esta podía producir poco, vender menos y se veía en figurillas para conseguir créditos.

La NEP supuso una política financiera de carácter estrictamente ortodoxo, en cuyo marco se llevó a cabo una reforma monetaria no menos ortodoxa [Carr, 1969, p. 143].

En esa perspectiva, se enfatizó la exigencia de que las empresas públicas produjeran ganancias. Para lograrlo, hicieron uso de la situación de monopolio que su agrupamiento por ramas les permitía y subieron los precios.

Tuvo lugar así la famosa "crisis de las tijeras" de 1922-23, así llamada a partir de la explicación de Trotski, diagrama mediante, acerca de la separación de los precios promedios de la ciudad y el campo. La caída de los últimos amenazaba con poner en tela de juicio los principales logros de la NEP, ante lo cual el gobierno intervino para invertir la tendencia. Los márgenes disponibles en las empresas industriales para los salarios siguieron siendo muy bajos. Los obreros industriales llevaron sin duda la peor parte de la NEP, a la que se motejó de Nueva Explotación del Proletariado.

Una gran divisoria entre los intereses inmediatos del mundo campesino, por un lado, y los de los trabajadores industriales y sectores urbanos en general, por otro, estaba nítidamente dibujada. Los conflictos resultantes se imbricarían con luchas exacerbadas en las alturas del poder.

En efecto, no habían pasado dos años de la puesta en marcha de la NEP cuando se comprobó que la enfermedad de Lenin era irreversible y se desató la lucha por la sucesión. Apoyado en el aparato partidario, se constituyó el "Triunvirato", alianza de Stalin, Zinoviev y Kámenev destinada a cerrarle el paso a Trotski, junto al cual se ubicó la "oposición de 1923". Esta reclamaba una mejoría de la situación de los obreros, el cese de las concesiones a los campesinos acomodados o kulaks, el fomento de la industrialización y el comienzo de la planificación, el restablecimiento de la democracia en el seno del partido.

A este último respecto es de recordar que el proceso de concentración del poder y erradicación de las disidencias, que había conocido un gran salto adelante cuando al terminar la guerra civil se ratificó la prohibición de los partidos menchevique y social-revolucionario, experimentó otro en el congreso bolchevique antes mencionado, que prohibió el funcionamiento de fracciones dentro del partido.

El oficialismo, por su parte —y como suele suceder— reivindicaba tanto la dis-

ciplina partidaria como la continuidad de la línea en curso, y, específicamente, la aplicación sin alteraciones de la NEP. Su idea-fuerza era la preservación de la "alianza obrero-campesina", es decir, de las reglas de juego que no enfrentaban al mundo rural con el régimen. Esta postura fue expuesta, como una propuesta general para el desarrollo de la sociedad soviética, por Bujarin, mientras que Preobra-shenski desarrollaba una fundamentación teórica de la plataforma opositora, según la cual el desarrollo de la industria habría de ser la clave de la recuperación, al tiempo que la supremacía del mercado y de los mecanismos financieros debería ser sustituida por la del plan [Carr, 1969, p. 130].

Mucho se había debilitado por entonces el proletariado, bastante había avanzado la implantación de la dictadura partidaria y fuerte era ya su aparato. El Triunvirato se impuso sin sobresaltos ni demasiadas represalias.

En ese momento, Stalin levantó la doctrina del socialismo en un solo país: "...psicológicamente, su impacto fue enorme. Prescindía de vanas expectativas de ayuda desde el exterior. Halagaba el orgullo nacional al presentar la revolución como un logro específicamente ruso, y la construcción del socialismo como una sublime tarea en cuya realización el proletariado ruso ofrecería un ejemplo al mundo. Hasta ese momento, la dependencia de las perspectivas del socialismo en Rusia respecto a la revolución socialista en otros países había ocupado un lugar central en la doctrina del partido. Ahora se invertía el orden de prioridad. Stalin se gloriaba de que la revolución en Rusia era 'el comienzo y la premisa de la revolución mundial'. Los críticos de la doctrina de Stalin se revelaban, implícita y explícitamente, como medrosos, tímidos, carentes de confianza en el pueblo ruso, escépticos sobre su capacidad y determinación. El socialismo en un solo país era una poderosa llamada al patriotismo nacional. Sin lugar a dudas, ponía a Rusia en primer lugar" [Carr, 1979, p. 102].

Mientras, todas las ruedas del destino siguieron girando. La mejoría de la situación de los campesinos hacía que estos tuviesen cada vez menos apuro para vender su grano, mayor poder de negociación que se traducía en la demora de los abastecimientos a las ciudades. Por otra parte, el restablecimiento de la industria sobre la base de la capacidad ociosa de las fábricas se agotaba, y para producir más en ese sector se requerían fuertes inversiones cuyo financiamiento no proporcionaban los mecanismos de la NEP. El propio éxito de ésta, iniciada como una "retirada" provisional, llevaba a reconsiderarla, para profundizarla o abrogarla.

"Tras la cosecha de 1925, los campesinos prósperos acumularon grandes existencias de grano. Pero no tenían incentivos para convertirlos en dinero. La reducción del impuesto agrícola había aliviado la presión fiscal; la oferta de bienes industriales era escasa, e incluía pocas cosas que ellos desearan comprar; y, aunque nominalmente la moneda hubiera sido estabilizada, atesorar grano era una inversión más segura que un fajo de billetes de banco. Podían permitirse esperar. El grano llegaba hasta el mercado con lentitud. Los precios subieron vertiginosamente bajo la influencia de la oferta escasa, de la competencia con los compradores en el mercado libre, e incluso de la competencia entre los diferentes órganos estatales compradores de grano. Se eva-

poraron las esperanzas de exportaciones de grano o de ganancias de la cosecha para financiar la industria. La cosecha había sido un éxito para el campesinado. Su comercialización fue un desastre para el gobierno. La crisis dividió al partido y fue la señal del comienzo de una prolongada y áspera lucha entre las peticiones de industrialización y planificación, por una parte, y la economía de mercado orientada al campesinado y promovida por la NEP, por la otra, lucha que iba a dominar el período subsiguiente" [Carr, 1979, p. 107-108].

El descontento del proletariado se expresaba esencialmente en su antigua fortaleza de Petrogrado, devenida Leningrado y desplazada, como capital, por esa Moscú más próxima al mundo rural. Por otra parte, muerto Lenin y derrotado Trotski, en la cúpula no podían sino quedar enfrentados Stalin y Zinoviev. El primero encabezaba el poder partidario, salvo en Leningrado, que era la base de Zinoviev.

Se produce entonces un cambio de alianzas: Zinovievy Kámenev buscan el apoyo de Trotski. Este había sido enviado por sus vencedores a un cargo de tipo económico, donde afinó sus conocimientos y sus propuestas. Así, un estudio que promovió en 1925 mostró que, en la industria, "la productividad de la mano de obra rusa era sólo una décima parte de la norteamericana" [Deutscher, op. ctt., p.199]. Poco después presentó un proyecto, al que se le prestó poca atención, pero que llegará a materializarse en la famosa represa sobre el río Dnieper. Sus puntos de vista son recogidos por la nueva "oposición unificada", que se presenta, frente a los kulaks, los comerciantes "nepistas" y la burocracia, como defensora de la clase obrera, para la que reclama alza de salarios y libertad de contratación con la administración. Propone también la colectivización de la agricultura, como proceso voluntario y a largo plazo, insiste en la importancia de la industrialización y reclama: "Dadnos un verdadero Plan Quinquenal".

Frente a la reconstituida oposición de izquierda, que denuncia primordialmente la doctrina del socialismo en un solo país, en defender ésta coinciden el "centro" encabezado por Stalin —durante todo el período, maestro del juego político, del uso de sus aliados para levantar las posiciones extremas, mientras él se reserva varias opciones y el permanente papel de árbitro— y la "derecha pro-campesina", a cuyo frente Bujarin elabora sus doctrinas, que pretende sean las del oficialismo. Este vuelve a imponerse, pero esta vez cobrará más alto su victoria. Cuando han transcurrido recién diez años de Octubre, Trotski está fuera del partido y con muchos otros recorre de nuevo la ruta de la deportación.

Pero mientras esta confrontación se dilucidaba en las alturas del poder, los hechos y las ideas abrían camino a las propuestas industrializadoras y a la necesidad de planificar, de las que el estalinismo se va transformando en abanderado. Llega tarde, sin preparación previa, pero ya acostumbrado a resolver por vía administrativa y arbitraria los conflictos sociales y políticos. Las requisas reaparecen y el mundo rural queda una vez más enfrentado al gobierno. Pero la presión en pro de la industrialización no cae sólo sobre el campesinado sino también, y pesadamente, sobre los obreros fabriles, a quienes se exige rendimientos mayores con salarios reales decrecientes, y sobre los que se ensayarán todas las formas de presión y persuasión para elevar la productividad.

Respecto a la planificación, es interesante anotar la división que hacia esa época se produce, en el seno del Gosplan, entre las escuelas "genetista" —en la que se incluyen antiguos mencheviques— y "teleológica", afin a la línea oficial. La primera sostenía que "las estimaciones de la planificación debían basarse en las 'tendencias objetivas' inherentes a la situación económica y estar limitadas por tales tendencias", mientras que la segunda argumentaba que "el factor decisivo en la planificación era el objetivo previsto, y que uno de sus fines era transformar la situación económica y las tendencias inherentes a ella. La base del plan no era la predicción sino las directrices" [Carr, 1979, p. 147].

Para exigir que la presión industrializadora se atenúe toma cuerpo una nueva oposición, en la que junto a su principal vocero, el defensor del campesinado Bujarin, se destaca Tomski, el jefe de los sindicatos. El primero reclama un desarrollo equilibrado de la industria y la agricultura, y cuestiona la presión desmesurada que encuentra en los borradores de los planificadores. Libra así una suerte de lucha de retaguardia en defensa de la NEP, y es atacado tanto por el oficialismo como por Trotski y sus partidarios.

Stalin, en particular, "sostuvo que el avance de la tecnología 'simplemente se había disparado' en los países capitalistas avanzados: 'o lo conseguimos nosotros o nos destruirán'. Citó a Pedro el Grande, cuya febril construcción de fábricas para responder a las necesidades de la defensa había sido un 'intento de salir del marco del atraso'. El retraso de la economía soviética, en especial de su sector agrícola, y el aislamiento de la URSS, convertían esto en 'cuestión de vida o muerte para nuestro desarrollo'" [Carr, 1979, p. 182].

La fuerza partidaria de la llamada oposición de derecha es escasa, pero grande su potencial apoyo social. Quizás por ello el estalinismo ofrece ciertas posibilidades de retorno a los deportados de la oposición precedente, en cuyas colonias tiene lugar un apasionado debate. Todas las figuras más notorias terminan aceptando lo que se les propone, salvo Trotski; las motivaciones de cada una son, por supuesto, muy complejas. En el plano de las ideas, la contraposición central se da entre Preobrashenski, quien señala que el gobierno está llevando a la práctica el programa económico de la oposición de izquierda —ya en 1924 había sostenido que la necesidad de la industrialización intensiva y de la colectivización se impondrían, más allá de las preferencias de los dirigentes, como una suerte de "ley" de la construcción del socialismo—, y el propio Trotski, que coincide en ello pero insiste en que debe hacerse condición del restablecimiento de la democracia partidaria. Señala también este último que la oposición era ajena al tratamiento del campesinado a la manera estalinista. En 1929 se le expulsa de la URSS.

Ese es el año en el cual, con metas permanentemente recalculadas al alza, se lanza el Primer Plan Quinquenal. A su término el sector privado, que en 1926-27 daba cuenta de más de la mitad de la renta nacional, ha caído a niveles insignificantes. Una tremenda revolución ha tenido lugar en sólo cinco años.

Por supuesto, la economía mercantil campesina, en un país cuya economía depende del producto de cada cosecha y del destino que se le dé, supone un obstáculo

mayor para la planificación. Desde tiempo atrás se viene promoviendo la conformación de grandes complejos de producción cooperativa en el campo. Pero, mientras la asociación a los mismos tenga algún carácter voluntario, el ejemplo no se difunde mayormente entre los campesinos, quienes, por su parte y pese al rigor creciente con que se les trata, siguen reteniendo apreciables márgenes de lo que cosechan. La colectivización, pensada como solución a largo plazo para la estructura productiva del agro, pasa a ser vista también como expediente de coyuntura para resolver el problema del aprovisionamiento, con lo que no puede sino ser impuesta por la fuerza.

En 1930 el gobierno bolchevique resuelve llevar adelante la colectivización forzosa del campesinado y la destrucción de los kulaks como clase. La brutalidad se hace masiva. Practicándola, se consolida el despotismo. La producción rural resulta completamente desorganizada y el hambre, tremenda, no tarda en reaparecer. Millones de personas mueren.

Cuando esa tragedia tiene lugar, el debate que nos ocupa hace tiempo que ha concluido. El estalinismo ha derrotado a quienes primero reivindicaron la necesidad de la planificación, de la acumulación socialista primitiva y de la industrialización deliberada, presentándolos como partidarios de abolir la NEP y enemigos del campesinado. Luego, ha vencido a los defensores del campesinado, en nombre de la industrialización y de la planificación, para trascartón abolir la NEP y desatar un feroz proceso de acumulación primitiva. Stalin no era maestro sólo en el arte de construir un aparato.

b. Las posiciones enfrentadas

Trotski "mismo había defendido el principio que servía de base a la NEP un año antes de que el Comité Central lo adoptara" [Deutscher, op. cit., p. 49], pero "no sucumbió a la reacción extrema contra el comunismo de guerra. Se inclinaba menos que sus colegas del Politburó a creer que bastarían nuevas concesiones a los agricultores y comerciantes para asegurar la recuperación, o que el funcionamiento automático del mercado podría restaurar el equilibrio entre la agricultura y la industria y entre la industria pesada y la industria ligera. Tampoco compartía el reciente entusiasmo de Sokólnikov y Ríkov por las virtudes redescubiertas de la ortodoxia hacendaria" [ídem, p. 50]. Sostenía que el desarrollo industrial requeriría un expreso apoyo estatal, créditos a largo plazo incluidos, y sobre todo, que la planificación había llegado a ser más importante precisamente a partir de la reimplantación de mecanismos de la economía de mercado.

La relación entre ambas era, a su juicio y con sus propias palabras, la siguiente: "Hemos introducido la NEP para derrotarla en su propio terreno y utilizando en buena medida sus propios métodos. ¿En qué forma? Haciendo uso efectivo de las leyes de la economía de mercado ... y también interviniendo, a través de nuestra industria de propiedad estatal, en el juego de esas leyes y ampliando sistemáticamente la esfera de la planificación. A la larga extenderemos la planificación a toda la esfera del mercado, absorbiendo y aboliendo así el mercado." Deutscher transcribe esa cita fundamental

y, poco más abajo, resume así: "Según la concepción de Trotski, la NEP no había sido concebida tan solo para apaciguar a la propiedad privada. Había creado la estructura para la cooperación, la competencia y la lucha a largo plazo entre el sector socialista y el sector privado de la economía. La cooperación y la lucha eran para él aspectos dialécticamente opuestos de un mismo proceso. En consecuencia, instó al Partido a proteger y a ampliar el sector socialista, incluso mientras propiciaba y ayudaba a desarrollar al sector privado. La planificación socialista no suplantaría un día a la NEP de un solo golpe. La planificación debería desarrollarse dentro de la economía mixta hasta que el sector socialista, en virtud de su creciente preponderancia, absorbiera, transformara o eliminara al sector privado y desbordara el marco de la NEP. En el plan de Trotski no había lugar para ninguna abolición 'súbita' de la NEP, para la prohibición del comercio privado ni para la destrucción violenta de la agricultura privada, como tampoco lo había para ninguna proclamación de la 'transición al socialismo'" [op. ctt., p. 102].

Estos conceptos no se engarzaban en una visión autárquica del desarrollo. Trotski había acuñado la expresión "proteccionismo socialista" y apoyado vigorosamente a Lenin en su defensa del monopolio del co-mercio exterior, pensando en una activa política de relaciones económicas internacionales. A su juicio, los "peligros a los que Rusia estaba expuesta en virtud del contacto con la economía capitalista más avanzada se-rían compensados por las ventajas decisivas que se de-rivarían de la división internacional del trabajo y de la asimilación de la tecnología superior de Occidente" [ídem, p. 201].

La formulación, a un alto nivel de abstracción, de las concepciones económicas del trotskismo correspondió a Preobrashenski, en su obra ya mencionada. Este destacó que los recursos que podría proporcionar inicialmente la industria nacionalizada serían totalmente insuficientes, por lo que el grueso del fondo de la "acumulación primitiva socialista" debería obtenerse a expensas de los salarios en general y de los ingresos del sector privado, por lo cual unos y otros deberían sí ir aumentando pero a un ritmo menor que el de las inversiones.

Deutscher [p. 222] resume así los puntos de vista que ya en 1924 eran los de este teórico: "El Estado obrero está obligado, en cierto sentido, a 'explotar' al campesinado durante este período de transición. No puede hacer concesiones a los intereses del consumidor; debe llevar adelante, en primer término, el desarrollo de la industria pesada. La resultante escasez relativa de bienes de consumo implica diferentes niveles de consumo para diversos grupos sociales, privilegios materiales para los administradores, técnicos, científicos, obreros especializados y otros. Con todo lo repugnante que es, esta desigualdad no puede producir nuevos antagonismos de clase. La burocracia privilegiada no forma una nueva clase social. Las discrepancias en los ingresos de los burócratas y los trabajadores no son diferentes, en su naturaleza y en su significación, de las diferencias 'normales' entre los salarios de los obreros especializados y los no especializados. Constituyen una desigualdad dentro de una misma clase, no un antagonismo entre clases hostiles. Tal desigualdad debe y puede desaparecer sólo con el incremento de la riqueza social y la educación universal, que

atenuarán y a la larga abolirán la distinción entre el trabajo especializado y el no especializado y entre el trabajo manual y el mental."

Su teoría no corillevaba la recomendación de proceder a la colectivización forzosa. Pero sus conclusiones eran netas: sostenía que "la acumulación primitiva 'no puede llevarse a cabo sin la explotación de la producción en pequeña escala, sin la expropiación de parte del plus producto del campo y del trabajo artesanal'. Descartaba como impracticable el principio de 'intercambio equivalente' entre el campo y la ciudad, y abogaba por 'una política de precios dirigida conscientemente hacia la explotación de la economía privada en todas sus formas'" [Carr, 1979, p. 105].

Preobrashenski creía que la propia estructura de la economía soviética impondría esa explotación, así como conduciría inevitablemente a la aceleración de la industrialización y a la planificación en gran escala. Su concepción no era incompatible con la doctrina de la construcción del socialismo en un solo país; más bien, proporcionaba lineamientos generales para llevarla a cabo.

Puede pues decirse que Preobrashenski diseñó el programa económico del estalinismo y previó que, en caso de triunfar, éste habría de adoptarlo, aunque inicialmente lo repudiara. Seguramente, una adopción más temprana de tal programa hubiera aumentado su rendimiento y quizás disminuido sus inmensos costos sociales. Pero la política tiene un margen de autonomía mucho mayor de lo que admitían los pensadores bolcheviques.

La verdadera alternativa, nítida y consistente, a la política económica de la oposición de izquierda, fue levantada por quienes se agruparon en torno a Bujarin. Este, después de Octubre, se había convertido en el principal portaestandarte del "comunismo de izquierda", y desde esa postura había criticado la política de Lenin en Brest-Litovsk, la disciplina militarizada de Trotski y la gestión de Stalin ante las nacionalidades no rusas. Sus posturas ante cada problema las derivaba directamente del análisis de lo que conviniera a la propagación de la revolución a Europa, en cuya inminencia todo el partido creía cuando tomó el poder, y quizás Bujarin más que ninguno. Pero a mediados de los años veinte se convenció de lo contrario, de la estabilización del capitalismo, y de esta nueva convicción procedió, también linealmente, a construir una estrategia nueva.

"Bujarin descubrió ..., en 1925, que el bolchevismo en verdad se había quedado a solas con el campesinado ruso. Dejó de contar con la revolución en Occidente y junto con Stalin proclamó el 'socialismo en un solo país'" [Deutscher, op. cit., p.219].

Desde esa posición, formuló una alternativa tajante a la formulación de Preobrashenski, en la que veía la ruta hacia la destrucción del entendimiento con el campesinado y a la transformación de quienes ejercían el gobierno en una nueva clase explotadora. Sus partidarios subrayarán que, en la atrasada Rusia con 100 millones de campesinos y 5 millones de obreros industriales, "la 'dictadura política de los obreros' no podía transformarse en 'la dictadura económica de la fábrica'" [Carr, 1969, p. 134].

Se hará famosa su frase: "A los campesinos, a todos los campesinos, debemos decirles: enriqueceos, desarrollad vuestras granjas, y no temáis que se os pongan límites".

A la urgencia industrializadora de la izquierda, oponía una visión calificada de populista: "... avanzaremos a pasos cortitos, tirando de nuestra gran carreta campesina", cita Deutscher, quien resume así este enfoque: "... Bujarin argumentó que en un país como Rusia el mercado campesino debía formar la base de la industrialización. Era primordialmente la demanda rural de bienes la que debería dictar el ritmo del desarrollo industrial. El, Bujarin, temía y se sentía alarmado por las 'tendencias parasitariamente monopolistas' de una economía de propiedad estatal; y veía en la libertad económica irrestricta del campesinado el principal contrapeso, si no el único, de tales tendencias" [op. ctt., p. 226].

c. Medio siglo después

A fines de los años veinte, con la inauguración del Primer Plan Quinquenal y el desencadenamiento de la colectivización forzosa, se inicia una gigantesca "revolución desde arriba" —la segunda revolución bolchevique—, que a mediados de los treinta ha suprimido ya la propiedad privada de los medios de producción y el capitalismo, a la vez que ha reducido a la marginalidad al conjunto de la economía de mercado.

En términos de la propuesta marxista clásica, cabe sostener que a esa altura han quedado establecidas las relaciones de propiedad que son propias del socialismo. En ello coincidirán durante décadas, en las izquierdas de todas partes, con los simpatizantes del régimen muchos de sus adversarios de inspiración marxista. Unos y otros discreparán en la valoración de la superestructura política y cultural levantada sobre la base de tales relaciones de producción. Pero volverán a coincidir en que estas últimas son superiores, en términos de eficacia económica, a las de tipo capitalista, y muestran en especial las ventajas de la economía centralmente planificada sobre la que se rige por el mercado. Y unos y otros sostendrán que esa superioridad a nivel de la base ha de traducirse —a la larga, a la corta o lo ha hecho ya— en una superioridad global a nivel del tipo de sociedad en su conjunto. La clave de este optimismo es, pues, la convicción de que en el régimen construido por la doble revolución bolchevique las relaciones de producción no son contradictorias con el nivel contemporáneo de las fuerzas productivas de la humanidad, como sucede en el capitalismo, sino todo lo contrario.

Ahora bien, cincuenta años después de esa segunda revolución bolchevique, en un estudio de conjunto de la economía soviética se sugiere que una de las mejores maneras de comprender sus problemas es partir de la contradicción creciente entre las fuerzas productivas, de una industria moderna, y las relaciones de producción, estructuradas en torno a un sistema de planificación y control elaborado para impulsar la industrialización desde un nivel inferior del desarrollo económico [Nove, 1981, p. 3]. ¿Qué significa ello? La respuesta más concluyente que conozco consiste en leer a Gorbachov.

"En los últimos quince años, la tasa de crecimiento de la renta nacional declinó en más de la mitad y para comienzos de los ochenta había caído a un nivel cercano al estancamiento económico. Un país que alguna vez se había acercado rápidamente a

las naciones avanzadas del mundo comenzó a perder posiciones. Además, la brecha en la eficiencia de producción, calidad de los productos, desarrollo científico y tecnológico, la producción de tecnología de punta y el uso de técnicas avanzadas, comenzó a extenderse, y no a favor nuestro" [Gorbachov, 1987, p. 17].

El autor describe un sistema en el que todo se subordina al crecimiento cuantitativo de la producción en bruto. Para explicar lo que eso significa, basta con anotar que los planes de producción de diversos tipos de máquinas, en el período 1976-80, se expresaban en toneladas [Nove, op. cit., p. 191]. La primera figura del Kremlin parece así coincidir con el más notorio economista de la "primavera de Praga", cuando éste sostiene, describiendo el funcionamiento de las economías comunistas, que el poder central simplemente no está en condiciones de evaluar el aspecto cualitativo de la evolución de la producción, por lo cual lo único que puede hacer es concentrarse en el aspecto cuantitativo. [Sik, 1978, pp. 93-94].

Se tiende, pues, a producir sin que importe realmente el valor de uso de lo que se hace: "... en nuestro país, el consumidor se encontró totalmente a merced del productor, y tuvo que conformarse con lo que éste decidiera ofrecerle" [Gorbachov, op. cit., p. 18]. Pero el desarrollo contempóráneo de las fuerzas productivas depende crecientemente de lo intensivo, de lo cualitativo: "Así, la inercia del desarrollo económico extensivo conducía a la paralización económica y el estancamiento" [ídem, p. 19].

Al analizar cómo se llegó a esa situación, Gorbachov avanza en la dirección indicada por la cita de Nove: "... el sistema de gestión que tomó cuerpo en los años treinta y cuarenta comenzó gradualmente a oponerse a las demandas y condiciones del progreso económico. Su potencial positivo estaba agotado. Se convirtió, cada vez más, en un estorbo y dio lugar al mecanismo de freno, que más tarde nos hizo tanto daño. Estábamos aún usando métodos para situaciones extremas" [p. 50]. Es, en efecto, la lógica misma de la planificación centralizada tal como se la practicó en la URSS durante medio siglo largo la que parece contradictoria con los crecientes requerimientos de calidad en la producción.

"¿Cuál es la falla principal de la antigua maquinaria econômica?

Es sobre todo la falta de estímulo interno para el autodesarrollo. En verdad, a través del sistema de índices del plan, la empresa recibe asignaciones y recursos. Prácticamente todos los gastos se cubren, la venta de productos está esencialmente asegurada y, lo más importante, el ingreso de los empleados no depende de los resultados finales del trabajo de la colectividad: el cumplimiento de los compromisos contractuales, la calidad de la producción y las ganancias. Un mecanismo tal es probable que produzca un trabajo mediano o incluso de mala calidad, nos guste o no. ¿Cómo puede avanzar la economía si crea condiciones preferenciales para empresas anticuadas y castiga a las que están adelante?" [p. 96].

No nos encontramos pues con una pujante "base" económica que, de alguna manera, induce el progreso al nivel de la "superestructura" política y cultural, sino más bien con lo contrario: "El mecanismo de freno en la economía, con todas sus

consecuencias sociales e ideológicas, condujo al dominio de la burocracia en las estructuras públicas y a la expansión de la burocracia en todos los niveles" [p. 51].

Y, a la inversa, la pobreza de esa superestructura dificulta la comprensión y la superación del retraso de la base, de sus carencias desde el punto de vista de la población en general: "También en el plano ideológico, el mecanismo de freno originó mayor resistencia a los intentos de examinar constructivamente los problemas que iban emergiendo y a las nuevas ideas. La propaganda del éxito —real o imaginario— iba ganando terreno. Se estimulaban los elogios y el servilismo y se ignoraban las necesidades y opiniones de la gente común, trabajadora, del público en general. En las ciencias sociales la teorización escolástica se fomentó y desarrolló. El pensamiento creativo fue expulsado de las ciencias sociales ..." [pp. 20-21]. Pero, por supuesto, este mecanismo perverso se alimenta a sí mismo: "El mundo de las realidades cotidianas y el mundo de la prosperidad ficticia fueron divergiendo cada vez más" [p. 22].

Es a partir de semejante diagnóstico que se impulsa la perestroika, que a su vez aceleró el derrumbe del sistema sustentado sobre el tríptico industrialización acelerada —planificación centralizada— colectivización forzosa.

Si hay un consenso que se dibuja en los estudios contemporáneos sobre crecimiento y estancamiento económico es el que tiene que ver con el papel fundamental que tienen la flexibilidad y la capacidad de innovar —de generar, incorporar y aceptar innovaciones—. En las palabras de un especialista: "La intensificación de la competencia internacional, el surgimiento de un nuevo patrón tecnológico y los rápidos cambios en las preferencias del mercado explican la marcada tendencia a innovar que se observa, tanto en el interior de la estructura organizativa empresarial, como en la naturaleza de las relaciones interempresariales. En ambos casos las relaciones jerárquicas verticales van siendo sustituidas por las de cooperación de carácter horizontal. El criterio básico es el logro de flexibilidad, que haga posible la oportuna incorporación de innovaciones tecnológicas y la adaptación a las cambiantes condiciones de la demanda, en un contexto de creciente competencia internacional" [Fajnzylber, 1988, p. 15].

En ese contexto, no podía sino ser oscuro el futuro de un sistema del cual cabía decir lo siguiente: "Existe también el problema de la lentitud, de la inercia. Todavía sigue en vigor la costumbre de esperar las instrucciones que vienen de arriba para cada asunto, de depender de las decisiones de alto nivel. No es que resulte sorprendente, porque siempre ha sido así, desde los talleres a los ministerios, y todavía se aplica hasta en los más altos peldaños de la administración. La cuestión es que la gente se desacostumbró a pensar y actuar de una manera responsable e independiente" [Gorbachov, op. cit., p. 71].

Notemos, de pasada, que seguramente no hay sector de la producción más necesitado de flexibilidad que la agricultura. En la URSS, ese es el escenario donde más notorios han sido el temor a la espontaneidad y la rigidez burocrática, cosa natural dada la forma en que se procedió a fabricar las relaciones de producción dominantes. Se estima que ningún otro sector está menos desarrollado en relación a Occidente que la agricultura [Nove, op. ct., p. 145].

Se nos describe pues, desde sus alturas mismas, un régimen con grandes dificultades para instrumentar innovaciones, a diversos niveles y particularmente en el de la ciencia y la tecnología — "es una paradoja que tantos logros de los científicos soviéticos fueron introducidos mucho más rápidamente en Occidente que en nuestro propio país" [ídem, p. 106] —, que cada día pesa más en la competitividad económica de las naciones.

Así, medio siglo después de que cristalizaran en los hechos las bases del régimen económico soviético, cuya elaboración en el plano de las ideas fuera el contenido del debate que nos interesa, la comprobación del retraso creciente —en materia tecnológica y productiva— respecto de las naciones capitalistas más desarrolladas generó un cuestionamiento drástico de los fundamentos de ese régimen y un proyecto de transformación sustancial del mismo. A la luz de todo ello reconsideraremos el debate en cuestión, pero antes conviene considerar con cierta generalidad las principales cuestiones en él involucradas.

3. SOCIALISMO VERSUS CAPITALISMO

a. La lógica de la planificación centralizada

El paso de una economía de mercado a una economía planificada constituye, como bien se sabe, la llave maestra de la propuesta socialista a nivel de la organización de la vida material. Es, a la vez, un objetivo central de la revolución proletaria y la vía hacia la superación de la división de la sociedad en clases y para la extinción del estado. Según Engels: "... el proletariado toma el Poder político, y, por medio de él, convierte en propiedad pública los medios sociales de producción, que se le escapan de las manos a la burguesía. Con este acto, redime a los medios de producción de la condición de capital que hasta allí tenían y da a su carácter social plena libertad para imponerse. A partir de ahora, es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del estado. Los hombres, dueños por fin de su propia existencia social, se convierten en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos, en hombres libres" [Marx y Engels, tomo II, p. 150].

En la perspectiva marxista, la superación de los antagonismos sociales sólo es concebible en una situación de abundancia que demanda un nivel de producción ya hecho posible por el desarrollo de la técnica, pero que la irracionalidad del capitalismo no permite efectivizar. Hacerlo es la tarea que se le encomienda a la planificación socialista. De esta se esperan grandes avances productivos, posibilitados por la erradicación del derroche y los desequilibrios inherentes a los mecanismos de mercado. Pero, como lo indica Engels, se espera mucho más, pues la planificación integral es vista como el núcleo de la sociedad racionalmente organizada, en cuyo marco los seres humanos llegan por fin a hacerse dueños de sus propios destinos.

En cierto sentido, la contracara a nivel económico de lo que constituye la Revolución a nivel político—el derrocamiento del Poder burgués y su sustitución por el Poder proletario— ha de encontrarse en la erradicación de la producción mercantil y su reemplazo por la producción planificada. De ahí tanto la drástica contraposición entre ambas como las esperanzas puestas en la segunda. También en *Del socialismo utópico al socialismo científico*, del que tomamos la cita precedente, dice Engels:

"Al posesionarse la sociedad de los medios de producción, cesa la producción de

mercancías, y con ella el imperio del producto sobre los productores. La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización planeada y consciente. Cesa la lucha por la existencia individual y con ello, en cierto sentido, el hombre sale definitivamente del reino animal y se sobrepone a las condiciones animales de existencia, para someterse a condiciones de vida verdaderamente humanas. Las condiciones de vida que rodean al hombre y que hasta ahora le dominaban, se colocan, a partir de este instante, bajo su dominio y mando, y el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza. Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales, como poderes extraños que lo sometían a su imperio, son aplicadas ahora por él con pleno conocimiento de causa y, por tanto, sometidas a su poderío. La propia existencia social del hombre, que hasta aquí se le enfrentaba como algo impuesto por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora obra libre suya. Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace. Y, sólo desde entonces, las causas sociales puestas en acción por él, comienzan a producir predominantemente y cada vez en mayor medida los efectos apetecidos. Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad" [op. cit., pp. 148-149].

Ahora bien, ¿por qué se espera que la planificación global de la economía despeje el camino para la realización de tan grandioso programa?

La ciencia del siglo XIX obtuvo muchos de sus mayores logros buscando una suerte de simplicidad esencial por debajo de la abigarrada diversidad de las apariencias. Ejemplo notable de ello es el éxito de la química basada en la concepción atomista. No es ajena a esa perspectiva la búsqueda marxista de los grandes principios subyacentes a la dinámica del capitalismo, los que creyó encontrar en formulaciones elementales. Más aún, la suposición de simplicidad elemental fue, en este enfoque, reformulada como una hipótesis de simplificación creciente. Así, por un lado, el desarrollo de las contradicciones sociales tendería a reducirlas a la oposición entre la burguesía y el proletariado, lo que por supuesto facilitaría su resolución. No faltaban, sin duda, evidencias en apoyo de tal suposición, sobre todo en la Inglaterra de la rápida proletarización de grandes masas rurales y de numerosos contingentes de artesanos. Por otro lado, el desarrollo mismo de las fuerzas productivas parecía sugerir —concentrando trabajadores, mecanizando y uniformizando tareas— que seguiría avanzando el proceso que, a través de la conformación de la fábrica moderna, permitió

planificar centralmente el trabajo de muchos seres humanos. La aparición de los grandes monopolios fue vista como un gran paso en esa dirección.

"Marx y Engels evidentemente se representaron la sociedad futura en analogía con la fábrica del siglo XIX, que era para ellos un modelo de organización, en contraste con la anarquía del mercado" [Nove, 1983, p. 33]. Esta cita sugiere la conjetura de que quizás se suponía un doble proceso de simplificación: a nivel de la sociedad, que tendía a asemejarse a una fábrica, permitiendo planificarla como tal, y a nivel de la fábrica misma, permitiendo la supresión del empresario.

La ciencia mecanicista intentó —y a menudo logró— elaborar modelos relativamente sencillos, traducibles en relaciones cuantitativas precisas y manejables, capaces de sustentar una acción eficaz sobre la realidad. Sus éxitos constituyeron uno de los pilares de ese optimismo propio de la cultura decimonónica europea. Quizás ambos elementos subyacen a lo que Marx y Engels se imaginaban como una economía planificada. En efecto, cabe suponer que la veían como una economía de abundancia creciente, en la que el planificador dispone, por lo general, de los recursos que necesita y, por otro lado, que imaginaban que la asignación de tales recursos podría hacerse a partir de fórmulas matemáticas manejables.

En todo caso, cuando Engels anuncia que, con la sustitución de la economía mercantil, "la anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización planeada y consciente", ciertas suposiciones de simplicidad y transparencia están implícitas. En efecto, para que "la sociedad" pueda planificar la producción, los problemas involucrados tienen que tener soluciones relativamente sencillas, preferentemente únicas, y su carácter de tales debe ser transparente para todo el cuerpo social.

Bajo tales hipótesis, la planificación centralizada permitiría superar las contradicciones e irracionalidades propias del mercado sin introducir otras inherentes a ella. Pero semejantes suposiciones lucen poco verosímiles, sobre todo si no se vive en condiciones de abundancia. Y, por otra parte, la experiencia del último siglo no apunta hacia la simplificación, ni de las teorías científicas, ni de la organización de la vida material. Cabe pues imaginar que la lógica interna de una economía centralmente planificada generará contradicciones no previstas por los clásicos.

El fundamento del sistema lo constituye la idea de que el centro planificador dispone de una visión de conjunto que le permite organizar la vida económica en función de una racionalidad global que excluye los derroches y conflictos inherentes a la contraposición de racionalidades sectoriales.

Ahora bien, cuando se piensa en el cúmulo de productos y procesos que deben ser tenidos en cuenta si se quiera planificar integralmente una economía moderna, la complejidad cuasi inmanejable de la tarea se hace evidente. Una primera consecuencia de tamaña complejidad es que, en cierta medida, las bases supuestamente racionales del plan central tienden a ser sustituidas por aproximaciones mucho más empíricas. En efecto, la primera prioridad es que la gran máquina funcione; es dificil saber si existe un funcionamiento óptimo para ella y, aun suponiendo que así sea, mucho más dificil todavía resulta determinar ese óptimo. Pero, en cambio, se conoce

un plan que funciona: el que se ejecutó el año pasado. Ello confiere un carácter conservador al sistema económico en su conjunto. Es claro que, desde el centro planificador, las innovaciones sectoriales tienen que ser miradas con desconfianza, y no sólo aquellas que tienen carácter experimental sino también las que han probado su eficacia pues, aunque mejoren el rendimiento del sector en cuestión, tienden a alterar sus relaciones con los demás, con lo que plantean problemas de muy dificil solución y que pueden implicar un retroceso a nivel global.

Se puede, en consecuencia, sostener que, en una economía centralmente planificada, existen mecanismos estructurales que dificultan la adopción de innovaciones y, en particular, enlentecen el proceso de cambio técnico.

La centralización de decisiones hace que el sistema no disponga de mecanismos propios relativamente automáticos y eficaces para conjurar bloqueos y demoras; su relativa inflexibilidad hace que tales percances se propaguen rápidamente. Además, la complejidad misma de la tarea hace que tanto la confección como la puesta en práctica del Plan se retrasen a menudo. Suele no haber materialmente tiempo para que las jerarquías discutan modificaciones eventuales con sus subordinados, los que deben limitarse pues esencialmente a informar hacia arriba y a trasmitir directivas hacia abajo. Por supuesto, la pirámide funcionarial necesaria para realizar tales tareas de intermediación en una gran nación moderna es enorme. La lógica misma del sistema conlleva fuertes tendencias hacia un funcionamiento jerarquizado y vertical de tipo militar, y hacia la burocratización.

Los fenómenos de ese tipo que tan enfáticamente señala Gorbachov en su análisis del sistema soviético no son, pues, casuales, ni obedecen tan sólo a las particularidades del régimen estalinista bajo el cual se originaron.

A su vez, ese esquema de funcionamiento de la vida económica afianza el poder de las cumbres del aparato estatal a la par que restringe la incidencia sobre el mismo del resto de la sociedad. Corresponde ver allí, pues, un soporte objetivo para las tendencias despóticas.

Pero retrocedamos al comienzo de este somero análisis e intentemos desentrañar qué es lo que realmente puede abarcar esa visión de conjunto propia del centro planificador. Parece claro que es mucho más posible tener en cuenta las toneladas producidas o las horas trabajadas que la eficacia del trabajo desarrollado o la calidad del producto resultante. La tendencia a la apreciación primordialmente cuantitativa de la gestión económica no es tampoco casual.

Ahora bien, ese tipo de índices puede no ser desaconsejable cuando lo que se trata de producir ante todo es acero, cemento, kilovatios, petróleo. Sobre todo, cuando los procedimientos de producción son conocidos, por haber sido probados en otros países durante períodos comparativamente largos. Así, para extender a escala de un gran país, bien dotado de mano de obra y materias primas, una base industrial incipiente del tipo desarrollado tiempo ha en otras partes, la planificación centralizada, al permitir concentrar todos los esfuerzos en la persecución de metas cuantificables, parece un modelo adecuado. En realidad, para que funcione hay que suponer que las resistencias generadas por su modalidad vertical serán inferiores al poder del centro para doblegarlas.

La experiencia de la industrialización rusa barrió con todas las dudas sobre la viabilidad del modelo en cuestión. Pero, durante su desarrollo, dos condiciones centrales que posibilitaron su éxito perdieron vigencia.

Ante todo, porque el éxito suele alterar los factores que lo hicieron posible: Rusia dejó de ser una nación atrasada, por lo que su desarrollo dejó de ligarse a la construcción de las bases tradicionales de la industrialización para pasar a vincularse cada vez más al avance de las industrias de punta, casi por definición menos conocido, previsible y cuantificable.

Y, paralelamente, cambió lo que se ha llamado el "paradigma técnico-económico". De un desarrollo industrial basado primordialmente en el uso masivo de materias primas y energía, en la estandardización a la Taylor y a la Ford de grandes contingentes humanos, en las economías de escala, en una tecnología relativamente conocida y no demasiado próxima a las fronteras del conocimiento, se fue pasando a un paradigma muy distinto.

El sistema técnico que se ha venido conformando desde los años setenta se apoya directamente en la investigación científica de vanguardia; se ha dicho con razón que en sus productos el contenido de información crece en detrimento de los insumos energéticos y en materias primas; la informatización se plantea como una necesidad a todos los niveles y, a través de su incorporación a la denominada automatización flexible, tiende a subvertir las ventajas de las grandes dimensiones; a las economías de escala se oponen así las economías de flexibilidad (scope economías); la flexibilidad desplaza a la estandardización; la capacidad para la innovación se transforma en clave de la competitividad.

En suma, el modelo de la economía centralmente planificada parece adaptable—dadas ciertas condiciones materiales, sociales y políticas— a la construcción de una base industrial moderna en un vasto país atrasado, pero, cuando se piensa en una nación altamente desarrollada, sus dificultades no son pocas.

Y, más aún, no es de por sí evidente su superioridad en relación a los modelos que reservan un lugar destacado a la economía de mercado, salvo que la comparación se haga con un sistema —del que no existe ejemplo en el mundo contemporáneo— en el cual el mercado reinara en solitario.

Más clara resulta la inadecuación de la herramienta respecto de los objetivos a largo plazo de la propuesta socialista clásica. En efecto, la centralización extrema de la economía dota obviamente de un gran poder a quienes están ubicados en el centro. Por supuesto, la experiencia histórica enseña que ese centro director de la economía coincide con el vértice de la jerarquía estatal, pero lo realmente importante es comprender que no podría ser de otra manera, y no sólo por la forma en que el sistema ha surgido. En efecto, aun en el hipotético caso de que el Poder político no tuviera, desde un comienzo, bajo su órbita al "Poder planificador", éste tendería a depender crecientemente de aquél, pues de otra manera no podría lograr que la sociedad aceptara sus opciones en materia de asignación de recursos. Y, a su vez, el monopolio de las decisiones en ese terreno es difícil de sostener sin un monopolio análogo en el terreno político. Las jerarquías resultantes difícilmente dejen de reflejarse en la

distribución de los beneficios y las carencias del sistema: no sólo por aquello de que la caridad bien entendida empieza por casa, sino también porque para el funcionamiento de una pirámide en la cual la tarea esencial a cada nivel es la ejecución de las órdenes provenientes del nivel superior, la importancia objetiva de cada funcionario crece enormemente con su proximidad al vértice.

Por ende, la lógica de la planificación centralizada no parece apuntar en la dirección señalada por Engels, en términos ya citados, cuando anticipa una etapa en la que "es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social, va languideciendo también la autoridad política del estado". No languidecerá la autoridad del estado ni la segmentación de la sociedad: ambas se transformarán; y cierto tipo de irracionalidades será sustituido por otro.

b. Acerca de la ruptura con el capitalismo

Notemos que la experiencia soviética sugiere que el desarrollo de una economía moderna y sofisticada va haciendo cada vez más necesaria —y no menos, como sostuvo durante largo tiempo la versión oficial— la presencia de mecanismos de decisión descentralizada, ligados al funcionamiento del mercado.

En suma, la experiencia conocida contradice el pronóstico de que la implantación de la planificación centralizada supondría la puesta en marcha de un régimen intrínsecamente superior al capitalismo. Y la reflexión desarrollada a partir de esa experiencia no autoriza a suponer que ese pronóstico encontrará confirmación en los hechos de algún futuro relativamente próximo. Todavía más difícil resulta suponer que la planificación centralizada abre el camino al reinado de la razón y de la transparencia en la vida colectiva.

El problema de la ruptura con el capitalismo, entendida como su sustitución por un sistema social superior —en términos no sólo éticos sino también de eficiencia productiva— debe pues ser replanteado en términos históricos.

Enseña Braudel que el peor de los errores consiste en sostener que el capitalismo no es sino un sistema económico. Superar ese punto de vista es parte, seguramente, de ese movimiento de secularización que, tras haber afectado a la religión y posteriormente al estado, alcanza hoy a la organización económica: "La secularización del sistema económico es ... uno de los aspectos más característicos de la sociedad postindustrial. Pocos son los que en ella hablan todavía de las leyes de desarrollo del sistema económico. El cálculo económico está subordinado a la vez al progreso de los conocimientos científicos y al análisis de las relaciones sociales y de los mecanismos institucionales de decisión" [Touraine, 1973, p. 139].

El sistema capitalista llegó a constituirse en una "economía-mundo" que incluye, y por ende condiciona, a los países con economía centralmente planificada. El capitalismo como fenómeno histórico está en realidad conformado por tres procesos estrechamente imbricados, pues no es posible desvincular el desarrollo capitalista de

la expansión imperial de Occidente ni de la Revolución Industrial y su difusión. Sobre esos tres pilares se va asentando tanto la primacía del gran capital como la dependencia de la periferia de la economía-mundo en relación a su centro.

Y, a su vez, es esa ubicación histórica concreta del capitalismo la que impide olvidar su carácter dinámico, su capacidad para revolucionar permanentemente las condiciones en las que se desenvuelve la vida material, para estimular el desarrollo técnico. Esto fue, por supuesto, elocuentemente destacado por Marx. Pero el marxismo afirma también que el proceso de maduración del capitalismo lo iría convirtiendo en un obstáculo creciente para el avance de la técnica. Ello es, sin duda, parte importante de la verdad. Pero está muy lejos de ser toda la verdad. No haber percibido claramente esta diferencia constituyó, a mi ver, una de las carencias centrales del pensamiento socialista convencional, hoy enfermo de apariencia terminal. Vale la pena, pues, detenerse un tanto en este punto.

Sabido es que la crisis del sistema capitalista desencadenada durante los años setenta revitalizó los planteos sobre la capacidad de innovación del empresario, frecuentemente ligados al nombre de Schumpeter, quien escribió páginas sin duda elocuentes al respecto. Por ejemplo, cuando atribuyó el dinamismo del capitalismo al "proceso de mutación industrial... que revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de destrucción creadora constituye el dato de hecho esencial del capitalismo. En ella consiste en definitiva el capitalismo y toda empresa capitalista tiene que amoldarse a ella para vivir" [Schumpeter, 1963, p. 121]. En el capitalismo, se afirma, cada industria se desenvuelve "en el seno del ininterrumpido vendaval de la destrucción creadora" (ídem, p. 125). No hace falta suscribir este punto de vista para sostener que el mismo realza una faceta decisiva del fenómeno que nos ocupa. Y, a la inversa, si se cierra los ojos a esto, no se puede entender gran cosa del mundo en el que vivimos. Porque uno de los datos centrales del hoy por hoy es que el capitalismo desarrollado, en medio de grandes contradicciones e irracionalidades varias —que no poco afectan a la vida de las mayorías—, si bien opone diversos obstáculos objetivos al progreso técnico, constituye el ámbito privilegiado de la innovación científica y productiva. El centro del proceso de cambio tecnológico coincide —sigue coincidiendo, o, incluso, coincide cada vez más estrechamente, podríamos decir— con los centros de la "economía-mundo". Y, a su vez, las claves de la dependencia de la periferia respecto del centro incluyen, con gravitación que siempre tiende al alza, a lo que tiene que ver con el proceso de innovación científica y tecnológica, con quiénes lo protagonizan, orientan, controlan y aprovechan.

Si tal apreciación es razonablemente correcta, corresponde volver a insistir en el carácter puramente ilusorio —y también poco marxista— de los intentos de "dar vuelta la tortilla", de romper con el capitalismo, mediante el recurso primordial a herramientas políticas. El desarrollo tecnológico es un proceso social por demás complejo que no se subordina fácilmente a las directrices de índole política: la técnica no es una variable independiente en la "ecuación social", pero tampoco resulta directamente determinada por factores de otra índole. Existen ciertas lógicas de la

técnica, o tendencias inherentes a su desarrollo, que interactúan con otras sin reducirse a ellas. En este sentido—en tanto tendencia entre otras, sin que su primacía sea ineluctable, pero dotada de sustancial peso propio— corresponde señalar la vigencia de una dura lógica tecnocrática que apunta a la diferenciación y a la jerarquización basada en la experticia técnica. No se trata, por supuesto, de un fenómeno nuevo. Pero parece cierto que la complejización del conocimiento y la expansión exponencial de la capacidad técnica para construir y destruir le han dado nuevos bríos.

De cara a los problemas que todo ello realza, la planificación centralizada no es, ni puede ser, una panacea. No ha logrado, ni parece capaz de lograr, que los procesos de innovación técnica y productiva se desarrollen en su marco con vigor mayor que en los países avanzados del capitalismo histórico. Y tampoco cuestiona la lógica de la dominación tecnocrática sino más bien tiende a reforzarla.

Quizás corresponda volver al principio y preguntarse qué puede significar romper con el capitalismo. La poderosa lógica de la ganancia, que constituye su primer motor, podrá quizás ser alterada por decreto, pero no realmente suprimida, pues no es sino una forma de la lógica del provecho individual. Esta última, en la medida en que tiene una base muy objetiva en la escasez—cuya erradicación luce hoy tanto más dificil que en el siglo pasado—, tiende a reaparecer bajo nuevas modalidades más bien que a desaparecer.

La escasez, como término que engloba abusivamente una realidad multifacética, impone, como su contracara necesaria, la exigencia fundamental de la eficiencia, que también ha de ser entendida en un sentido plural y múltiple: son en realidad muchos, y hasta contradictorios, los criterios naturales u objetivos para medir la eficiencia. Parecería pues que debemos pensar en términos de lógicas o soluciones incompletas. Bien lejos del extremo constituido por el capitalismo salvaje, pero también sin adosarse al extremo de la centralización absoluta, cabe buscar lógicas menos unilaterales. La eficiencia de cada una parece variable, no sólo según las condiciones históricas sino también en función de los objetivos (de nuevo: siempre múltiples y en alguna medida contradictorios, inevitablemente) a los que se acuerde prioridad.

Así, como ya se destacó, la centralización consecuente puede tener eficiencia máxima en condiciones de catástrofe, guerra, lucha contra la dominación extranjera (no siempre la tiene: errores, infortunios y egoísmos en el vértice alcanzan en este caso una incidencia también máxima). Pero no es de por sí sinónimo de la mayor eficiencia ni, mucho menos, de los intereses de la clases subalternas o de la abolición de las desigualdades: tendencias contrarias a todo ello son fácilmente detectables. Por lo tanto, si la socialización estatista puede implicar la ruptura con el capitalismo "en un solo país", no implica necesariamente, dentro o fuera de fronteras, su superación.

Ahora bien, el desarrollo histórico del capitalismo ha dado lugar a un movimiento irresistible de transformación de todas las cosas en mercancías, una verdadera "mercantilización del mundo" [Wallerstein]. A su vez, esta difusión de la mercantilización puede ser vista como una vía para la difusión de la lógica del provecho individual, que invade todas las esferas en las que subsistían formas de funcionamiento parcialmente colectivas, de índole más o menos tradicional. Todo hace pensar que ese movimiento

es irreversible en tanto no es viable una mera "vuelta atrás"; la real reversión de tal mercantilización no puede sino consistir en la construcción de formas nuevas —en tanto racionalmente fundadas y conscientemente perseguidas— que permitan a lógicas de tipo solidario competir en el terreno de la eficacia con la lógica de la conveniencia individual.

Lo último apunta, otra vez, a la construcción de lo que se ha descrito como lógicas intermedias, variables según la rama de actividad de que se trate, y capaces de abrir un amplio campo a la experimentación de modalidades cooperativas, autogestionarias, de participación de los que trabajan en los beneficios resultantes de su labor y en las decisiones a ella vinculadas. Lo que todas ellas pueden tener en común es la aspiración a conjugar —de manera siempre aproximada y provisional— eficiencia y solidaridad con flexibilidad, imprescindible esta última justamente pues no hay soluciones óptimas ni estables, sino aproximaciones de mérito variable, porque los datos del problema no permanecen constantes y porque además toda forma de organización social tiene su dinámica propia que puede convertir ciertos rasgos iniciales en sus opuestos. En verdad, lo único seguro es que la falta de flexibilidad, es decir, la dificultad para innovar, garantiza, a plazo largo o corto, el deterioro de la solidaridad y, a plazo cada vez más corto, la caída de la eficiencia.

Parece pues inevitable cuestionar el concepto global de ruptura con el capitalismo, en la medida en que se aspira a superarlo. Se rompe —se puede romper— con lo más atrasado del sistema; en conjunto, lo que puede plantearse es la forja de nuevas formas económicas, como proceso de largo aliento que ha de desarrollarse al interior mismo del sistema, en algún sentido comparable al que la burguesía protagonizó dentro del mundo feudal, proceso cuyo destino se jugará en definitiva en los diversos terrenos de la eficiencia.

Si lo que antecede tiene algún sentido y si ha sido expuesto con un mínimo de claridad, no harán falta mayores desarrollos para justificar que se está hablando de un proceso, a la vez, intrínsecamente contradictorio con la economía de mercado e inextricablemente vinculado a ella.

Y es aquí donde puede resultar iluminante la distinción que realiza Braudel entre el capitalismo y la economía de mercado, distinción que considera el resultado esencial de su larga investigación [1979, p. 538] y que sintetiza en *La dinâmica del capitalismo* [1985]: "Resumiendo, hay dos tipos de intercambio: uno elemental y competitivo, ya que es transparente; el otro, superior, sofisticado y dominante. No son ni los mismos mecanismos ni los mismos agentes los que rigen a estos dos tipos de actividad, y no es en el primero, sino en el segundo, donde se sitúa la esfera del capitalismo". Esta vinculación del capitalismo con los niveles superiores de la pirámide de las actividades económicas lo lleva a exclamar: "Lo que, por mi parte, siento, no como historiador sino como hombre de mi tiempo, es que tanto en el mundo capitalista como en el mundo socialista no se quiera distinguir capitalismo de economía de mercado. A aquellos que, en Occidente, critican los defectos del capitalismo, los políticos y economistas responden que es un mal menor, el reverso inevitable de la libre empresa y de la economía de mercado. No lo creo en absoluto.

A los que, por el contrario, siguiendo una tendencia sensible incluso en la URSS, les preocupa la pesadez de la economía socialista y quisieran facilitarle un poco más de 'espontaneidad' (yo traduciría: un poco más de libertad), se les responde que es éste un mal menor, el reverso obligatorio de la destrucción del azote capitalista. Tampoco lo creo" [Braudel, 1985, p. 129].

A juicio del gran historiador francés, admitir sin reticencias la distinción entre economía de mercado y capitalismo nos ahorraría el "todo o nada" que suelen proponer los políticos, como si fuera imposible conservar la economía de mercado sin acordar absoluta libertad a los monopolios, o desembarazarnos de los monopolios sin "nacionalizar" al por mayor. "Pero, ¿qué socialismo sabrá mantener las libertades y movilidades de la empresa?" [Braudel, 1979, p. 547].

Procuremos replantear, en el contexto que sugiere Braudel, el enfoque esbozado antes, en términos de una suerte de punteo preliminar para el diseño de estrategias orientadas a cuestionar, a fines del siglo XX, al capitalismo histórico (o, si se prefiere, al "capitalismo realmente existente"...).

- I El cuestionamiento a la irracionalidad del capitalismo, y a las variadas irracionalidades de la economía de mercado en su conjunto, debe mantenerse lejos de toda identificación del estado con la racionalidad. Se parte del cuestionamiento del socialismo clásico al estado como tal, cuya reformulación se intentó en capítulos anteriores, en términos que, para abreviar, podríamos calificar de la promoción de la sociedad civil.
- II Apuntar a la supresión por vía estatal de la economía de mercado constituye un verdadero boomerang, parecido al que resulta de pretender destruir al Estado por medio del estado. Este último proyecto lleva, a la corta o la larga, a bloquear los caminos por los que se puede ir cuestionando la división entre minorías gobernantes y mayorías gobernadas, y por ende, tiende a ahondar esa división. Paralelamente, la erradicación administrativa de los mecanismos mercantiles no destierra la lógica del provecho individual, sino que más bien genera su reconversión bajo formas a menudo menos eficientes.
- III Aceptando la distinción entre capitalismo y economía de mercado, no se apunta a suprimir ésta sino a avanzar hacia la supresión de aquél, ante todo por la concentración de poder que entraña y los privilegios y desigualdades que en consecuencia origina.
- IV A su vez, ese avance se concibe como un proceso complejo, que incluye aspectos estrictamente políticos, por supuesto —en la medida en que se está cuestionando una fuente principalísima de poder sobre la sociedad en su conjunto—. Pero en ese proceso lo sustantivo no es el ataque administrativo, sino la promoción de alternativas económicas en las que solidaridad y eficiencia no sean antagónicas.
- V Se plantea así la batalla al interior mismo de la producción, procurando que ésta no retroceda sino que incluso se vea estimulada por la competencia entre modalidades diferentes, la evaluación de cuyos rendimientos respectivos deberá hacerse a través de una noción plural de la eficiencia. La misma —cuya elaboración siempre provisional y permanentemente recomenzada debie-

ra constituir uno de los grandes debates societales, una de las grandes cuestiones culturales— no podrá excluir puntos de vista generales ni particulares, los del presente ni los de las generaciones venideras.

Notemos con esquematismo de telegrama que la óptica asomada lleva a plantear una confrontación al interior mismo del proceso de desarrollo tecnológico, y por consiguiente de la investigación científica y de la educación, de las que aquél no puede ya no sólo ser separado sino casi distinguido. La informatización es ejemplo obvio de todo ello: en su evolución se enfrentan tendencias a favorecer las jerarquías verticales, el control centralizado, la conformación de una nueva élite monopolizadora del saber técnico, con posibilidades abiertas a la descentralización, a la distribución horizontal de responsabilidades, a una difusión del saber técnico y de la información que, a su vez, permite la de la participación.

La técnica no es por cierto neutral, pero tampoco tiene signo fijo, en gran medida porque su desarrollo no está predeterminado sino que se va desplegando a través de opciones cuya resolución no puede ser comprendida en clave exclusiva, sea ella "internalista" o "externalista": la Naturaleza tiene sus lógicas propias, sus materias duras en las que no cualquier cosa puede ser inscrita por la creación técnica, cuyas etapas sucesivas no se encadenan sin una racionalidad propia, pero sin que ésta dé cuenta de por sí del proceso en su conjunto, cuya trayectoria delimitan la cultura en general, las relaciones de fuerza y los conflictos de la Sociedad. Y, como lo recalca Touraine, cuanto más se tecnifica una sociedad, mayor es la gama de opciones que la tecnología le ofrece, vale decir, menor es su subordinación a la tecnología.

En especial, ciertos desarrollos técnicos abren mayores posibilidades que otros para el desarrollo de formas económicas eficientes y solidarias, mientras que la aspiración a construir alternativas de esa índole dibuja objetivos para la investigación, e incluso criterios para su organización. Y así aparece uno de los puntos de encuentro entre la problemática de las propuestas socialistas y la prospectiva, en general, y de la ciencia y la tecnología en particular. Subrayemos, por último, que el denominado "nuevo paradigma tecno-económico", al que ya se hizo mención, abre también nuevas posibilidades a formas descentralizadas, y "desverticalizadas", de gestión económica y social.

c. Reconsideración del viejo debate

Para concluir esta sección, volvamos al motivo —o pretexto...— de tan larga digresión. Consignemos una apreciación de conjunto sobre aquella discusión que, de una manera o de otra, se extenderá a toda la gran periferia del Occidente industrializado.

"El concepto de economía planificada era un concepto nuevo y no probado, que desafiaba en formas hasta entonces no reconocidas las reglas tradicionales de la economía de mercado. Los fines de los planificadores se veían contrarrestados por formidables argumentos tomados del arsenal de la economía clásica. La industria, y especialmente la industria pesada, era en la URSS un productor ineficiente de altos costos; la agricultura, con su ilimitado suministro de mano de obra campesina, era un

productor de costos relativamente bajos. El máximo rendimiento del capital se obtendría invirtiendo en la agricultura, desarrollando excedentes agrícolas para la exportación y financiando así la importación de bienes industriales, incluyendo bienes de capital para el eventual desarrollo de la industria. Incluso en el campo de la producción industrial, en un país como la URSS en el que el capital era escaso y la mano de obra no cualificada superabundante, lo racional era dar prioridad a las industrias productoras de bienes de consumo simples, intensivas en trabajo, y no a las industrias productoras de bienes de capital, intensivas en capital. Pero una política de prioridad para la agricultura y para la industria ligera de consumo, por más en consonancia que estuviera con el análisis económico tradicional y con los principios de la NEP, era la misma antítesis de la ambición de los planificadores por acelerar la transformación de la URSS en un moderno país industrial que pudiera competir con los países industriales de Occidente. Los argumentos de los planificadores eran políticos antes que económicos, o quizás pertenecían a una especie nueva y poco familiar de 'economía del desarrollo'" [Carr, 1979, pp. 143-44].

Me temo que, pese a la autoridad indudable de la fuente citada, el enfoque no resulta demasiado satisfactorio.

En primer lugar, el ansia de los planificadores por llegar a competir con los países más avanzados no es la única razón que puede darse para justificar una apuesta a la industrialización y al desarrollo de industrias técnicamente más sofisticadas que aquellas "productoras de bienes de consumo simples". Bien dice Carr que el análisis económico tradicional hubiera recomendado, en las condiciones de la Unión Soviética de los años veinte, dar prioridad a ese tipo de industria ligera y a la agricultura. Pero si hay un gran derrotado, en las batallas intelectuales que han acompañado a los procesos de industrialización en el siglo que se nos va, es precisamente ese análisis económico tradicional. El mismo que, con el espaldarazo de la administración norteamericana de ocupación, recomendó al Japón de la postguerra hacer lo contrario de lo que éste hizo, con los resultados que a la vista están. La teoría de las llamadas "ventajas comparativas", cuando encarece a los países con mano de obra abundante, pero capital y tecnología escasos, que apuesten a los procedimientos productivos más sencillos, los está induciendo a cristalizar sus desventajas en lo que se ha ido convirtiendo en uno de los factores decisivos del nivel productivo: la capacidad para generar, adaptar e incorporar tecnología a la producción.

En segundo lugar, el tema en discusión no era sólo si impulsar o no la construcción rápida de una base industrial, sectores "pesados" incluidos, sino las vías para hacerlo, y las consecuencias de la que se adoptara. Más precisamente, la opción por la industrialización no implicaba de por sí la vía escogida. Y entiéndase bien que aquí no estamos confundiendo el nivel de la discusión teórica con el de la ejecución práctica, inevitablemente menos elegante que su sustento intelectual. En otras palabras, aunque se comparta aquella opción, que incluía la de modernizar rápidamente la economía, no es sólo la práctica estalinista de la industrialización —con su cúmulo todavía insondable de horrores— lo que corresponde cuestionar, sino también su teorización previa.

El camino escogido conllevaba no sólo inmensos sufrimientos sino también sustantivas ineficiencias, obvias en lo que respecta a la agricultura pero también en el propio modelo de desarrollo industrial. Estas han salido a la luz en las últimas décadas, y su preciso reconocimiento en el ya citado texto de Gorbachov nos exime de mayores descripciones. Lo que sí corresponde enfatizar es que tales carencias son inherentes al hecho de que el modelo de desarrollo adoptado se impuso no por su mayor eficiencia relativa sino por el poder coactivo que en su favor se volcó. Pues bien, ello estaba implícito en la fundamentación previa, que es por supuesto la de Preobrashenski. La aplicación del modelo—en la URSS primero, en los países de la Europa Oriental después de la II Guerra— muestra lo que puede ser la construcción del socialismo a partir del estado.

Por esta vía llegamos a nuestro tercer cuestionamiento al enfoque reseñado por la cita de Carr que venimos comentando. La médula del debate en torno a la construcción de una economía planificada era la cuestión de cómo pueden abrirse camino lógicas económicas de tipo socialista. Para los bocheviques, estas últimas se identificaban con la implantación de la planificación centralizada, entendida como lo opuesto de la economía de mercado, la cual, a su vez, no era distinguible en su óptica del capitalismo. Dicho de manera un tanto más precisa: sostenían que las relaciones mercantiles —como lo subrayara particularmente Lenin— no pueden sino generar capitalistas. En esa perspectiva, la opción por la industria pesada era, también y fundamentalmente, una apuesta a las ramas productivas que, por los sectores sociales involucrados y por su mecánica de funcionamiento, mejor se prestaban a la planificación, es decir—en la visión de la "izquierda" bolchevique— al avance del socialismo. A la inversa, puede hacerse una lectura consistente de las posiciones de la "derecha" en la cual el porvenir del socialismo tenga bastante más influencia que el análisis económico tradicional. En efecto, para los seguidores de Bujarin la cuestión decisiva parece haber sido la conservación del apoyo campesino o, lo que viene a ser lo mismo, evitar el enfrentamiento entre el gobierno surgido de la insurrección obrera y la mayoría de la población. En cualquier caso, lo que estaba en juego era lo que el socialismo habría de ser en la realidad.

Fascinante tema para la especulación histórica constituye la pregunta acerca de lo que podría haber acontecido si hubieran primado las posiciones bujarinistas. Seguramente, la dinámica generada por ese hipótetico resultado habría producido cambios no previstos ni deseados por aquella fracción bolchevique. Sin afirmar que se habría asistido a la "reacción termidoriana" contra la que alertaban sus adversarios en el seno del partido, no es fácil imaginar cómo éste podría haber conservado el monopolio del poder político —al menos, sin transformarse drásticamente— en una nación predominantemente rural regida por la lógica de la economía campesina. En estas condiciones, cabe suponer que la planificación —más allá de las intenciones del sector de Bujarin—hubiera tenido un papel más bien decorativo. Es que resulta dificil concebir, en dicho marco, tendencias objetivas poderosas apuntando hacia la planificación y la colectivización.

Se tiene la impresión de que el debate se dio -y no podía sino darse, vista la

cosmovisión del marxismo clásico, que el bolchevismo extremó— en términos polares, de todo o nada. O convertir en estrategia de largo plazo a ese conjunto de medidas de coyuntura que conformaron la NEP o, recalcando que ésta fue presentada como una transitoria "retirada", dar por concluido el retroceso y avanzar, otra vez a tambor batiente, por el camino de la modelación de las relaciones sociales desde el estado. O la lógica de la planificación centralizada o la del mercado. Más allá de buenas o malas intenciones, la segunda no abría rumbos para avances socializantes ni tampoco para la modernización de una nación atrasada, para la construcción de las bases económicas de su autonomía respecto a los países más desarrollados. Y la primera, por el contrario, señalaba tajantemente la vía maestra del socialismo de estado que, ante una sociedad civil primitiva e invertebrada, no podía sino ser la vía de un colectivismo despótico.

Nos parece, empero, advertir los gérmenes de una aproximación distinta en los puntos de vista de Trotski, al menos tal como los presenta Deutscher.

Por cierto, las posiciones de un dirigente político nunca tienen la coherencia y la persistencia que se reclama —sin demasiado éxito— a las formulaciones académicas. No escapa a la regla ni siquiera este pensador tan profundo, a quien, por otra parte impulsaban hacia posiciones drásticas —y por ende no siempre fáciles de compatibilizar entre sí— tanto el torbellino histórico en el que le tocó desempeñar principales papeles como la inmensa confianza que tenía en sus propias capacidades. Seguramente, esa militarización de los sindicatos que para su mal propició llegó a constituir, en los hechos, uno de los rasgos salientes del estalinismo. Pero, hechas tales salvedades, nos parece que en la contribución de Trotski al gran debate hay elementos para superar las coordenadas en las que el mismo tuvo lugar.

Recordemos ciertas frases suyas que ya hemos citado: "Hemos introducido la NEP para derrotarla en su propio terreno y utilizando en buena medida sus propios métodos. ¿En qué forma? Haciendo uso efectivo de las leyes de la economía de mercado ... y también interviniendo, a través de nuestra industria de propiedad estatal, en el juego de esas leyes y ampliando sistemáticamente la esfera de la planificación. A la larga extenderemos la planificación a toda la esfera del mercado, absorbiendo y aboliendo así el mercado". Puede entenderse, como lo hace Deutscher, que se plantea así una relación de competencia y cooperación entre ambos tipos de economía, competencia que ha de dirimirse en el terreno de la eficiencia y cooperación consiguiente, pues el desarrollo del país podría aprovechar de lo mejor de cada modalidad. En ese contexto, la planificación habría de desarrollarse sin suprimir al mercado sino, por el contrario, en las coordenadas de una economía mixta, y su eventual preponderancia no surgiría del uso del poder coactivo del estado para suprimir las prácticas privadas a nivel comercial o agrícola.

Seguramente, Trotski suponía que esa estrategia conduciría a la erradicación de las formas mercantiles. Pero, en la medida en que tendía a concebir al proceso como una gradual superación de dichas formas por otras más eficientes, sujetaba la concreción de las metas planteadas a la efectiva demostración de tal superioridad. Entreabría, si se quiere, puertas para que la experiencia permitiera redefinir los

objetivos, enriqueciéndolos y diversificándolos. Descartada la implantación del socialismo —es decir, la imposición de una receta desde el poder—, se sugería avanzar por senderos escasamente predeterminados que quizás llevaran a cuestionar también la noción de transición al socialismo —en tanto marcha hacia un modelo predeterminado y, por ende, esquemático y estático—. Y por esa brecha podría irse infiltrando, en la concepción de la historia como despliegue lineal de etapas previstas a priori, una visión alternativa del socialismo como pluralidad compleja y aún contradictoria de construcciones siempre provisionales en el marco de un futuro abierto.

4. SOBRE LA ECONOMIA DE UN SOCIALISMO VIABLE

En las secciones anteriores, y particularmente en la 3.c, intentamos esbozar ciertos rasgos que los proyectos socialistas orientados a la superación del capitalismo debieran incluir, si se quiere tener en cuenta las enseñanzas de la historia. En esta sección volvemos a ocuparnos del tema, desde el ángulo de las políticas económicas de inspiración socialista. Lo haremos partiendo del ya varias veces mencionado libro de Nove, La economía de un socialismo viable, constancia ésta que nos eximirá de multiplicar sus citas, aunque no nos obligará a ceñirnos al enfoque de la obra, de la cual en todo caso presentaremos una lectura muy controvertible.

La presentación en cuestión se dividirá en dos partes. En la primera, recapitularemos algunos de los motivos --por cierto, bastante conocidos a esta altura de los acontecimientos— por los cuales la política económica tradicional de los gobiernos que apuntan al socialismo ha quedado lejos de sus metas. A tales resultados no ha sido ajena una concepción no sólo esquemática sino incluso equivocada de lo que puede ser "la ruptura con el capitalismo"; tendemos a ver la superación de éste como un haz de procesos que tienen lugar a niveles diversos de la sociedad, y que, en el mejor de los casos, sólo llevan a la práctica de manera aproximativa y provisional ciertas propuestas, por lo cual la llamada "transición al socialismo" dificilmente sea un trayecto con estación terminal. Sin embargo, ello no minimiza la importancia práctica que puede tener el análisis de un modelo de "economía de un socialismo viable", no tanto como propuesta a implementar globalmente, sino más bien como horizonte tendencial de referencia, capaz de orientar en alguna medida las búsquedas cotidianas y de ubicarlas en un contexto global. Con tal fin, en la segunda parte de esta sección, anotaremos ciertos criterios generales que parecen útiles para la construcción de alternativas.

a. La panoplia habitual y sus carencias

Los programas y plataformas de inspiración socialista suelen hacer gran hincapié en la redistribución de la riqueza. La justicia del propósito oculta demasiado a menudo las limitaciones prácticas de la política que se propone. Por supuesto, en muchos países —y muy notablemente en todos los de nuestra América del Sur— una

escandalosa miseria de masas coexiste con un insolente lujo de minorías. "Quitar a los ricos" es, desde semejante punto de vista, algo posible pero sobre todo imprescindible, por motivos que sería ocioso enumerar. Los recursos que se podría obtener gravando más seriamente a los muy ricos no serían seguramente despreciables. Pero basta tomar algún caso concreto y practicar un poco de aritmética elemental para comprobar que si esos fondos fueran, de alguna manera, "repartidos a los pobres", poquísimo le correspondería a cada uno de estos.

El "fondo de reparto" podría ser ampliado si se aumentara la tributación impuesta a sectores que en modo alguno son muy ricos. Pero, en este caso, afloraría una gama de problemas: administrativos—cómo y a quién se gravaría, en realidad—, económicos—ligados sobre todo a la inversión— y también políticos. Apenas los evocamos, pues, aun en este caso, no sería materialmente muy significativa la redistribución que—vía por ejemplo aumento de salarios y pensiones— podría lograrse. Por supuesto, la misma puede tener, en determinadas coyunturas, gran importancia política y anímica. También es muy posible que avive la inflación.

Desde un punto de vista muy general, lo que corresponde afirmar es que no hay mejora sustantiva en la situación de las mayorías sin sustanciales incrementos de la productividad.

Esa tesis resalta, a su vez, los alcances muy limitados del manejo administrativo de la economía que —mediante el uso abundante y preponderante de controles de cambios, precios e importaciones— han solido intentar los gobiernos de izquierda. La experiencia sugiere con elocuencia que muy grandes son los riesgos asociados a tales lineamientos de política económica; riesgos económicos, encarnados en inestabilidad, distorsiones de precios, desorganización y disminución de la producción, especulación, mercado negro; riesgos que llegan a ser políticos, a través del deterioro del nivel de vida de las capas medias, que puede desembocar en un corrimiento hacia la derecha del centro político. De todo esto, Chile es un ejemplo doloroso, ya clásico.

Corresponde pues afirmar, en primer lugar, que si existe una economía mixta, con un importante sector privado, las fuerzas del mercado deben tener un espacio real de funcionamiento. En caso contrario, la lógica subyacente no desaparecerá —los decretos no suprimen la orientación hacia el provecho individual— sino que apuntará hacia la desinversión y la caída de la producción.

En segundo lugar, lo que se destaca es el alcance mucho más limitado de lo que se ha supuesto tradicionalmente —a nivel de la izquierda latinoamericana, en particular— que puede tener la intervención estatal para dirigir el funcionamiento a corto plazo de la economía.

Si lo que viene de afirmarse tiene una cuota importante de validez, menos confiables de lo habitual debieran sernos ciertas herramientas con las que la izquierda cuenta para modelar en la coyuntura el desenvolvimiento de las actividades productivas. Para lograr similar objetivo, pero a largo plazo, la panoplia habitual se organiza en tomo a un plan de nacionalizaciones, o más precisamente, de estatizaciones.

En otra parte nos hemos referido ya al tema, llamando la atención sobre ciertas experiencias significativas y apuntando algunas buenas razones para dudar de varias

de las virtudes que suele atribuirse a ese tipo de propuestas. El punto de vista que adoptamos aquí nos impele a notar ciertas dificultades propiamente económicas que suponen tanto la nacionalización de ramas productivas como el funcionamiento de las empresas públicas. Puede quizás adelantarse la conclusión emergente si se sugiere que la nacionalización, en vez de ser usada a diestra y siniestra como un martillo, debe ser vista como una herramienta de precisión, conveniente y aún imprescindible en situaciones bien específicas, pero útil sólo si la emplea con particular selectividad y cuidado.

Entre las dificultades a destacar, figura cronológicamente en primer lugar el que a menudo las nacionalizaciones no sean sino compras, extremadamente gravosas para los fondos públicos.

Trascartón figura el problema mayor de la calidad de lo que hace una empresa pública, de los factores objetivos que pueden impulsarla al alza e inclusive el de la medida de la misma. Se ha señalado ya que la apreciación del rendimiento de la empresa en cuestión —sobre todo si es la única en su rama— tiende a efectuarse en términos cuantitativos más que cualitativos. Más todavía, el empleo de índices convencionales de productividad puede ser en estos casos más bien contraproducente. En aras a la brevedad, anotemos un ejemplo burdo, pero que deviene verosímil sin perder su moraleja si se refina su contexto: si una empresa pública es la única distribuidora de pan, y si mide su eficiencia por el número de panes que distribuye por hora y por empleado, es evidente que le conviene tener ante sus mostradores largas colas, para tener así compradores a toda hora...

Luego, las empresas públicas deben responder a criterios de eficiencia que no tienen que ser necesariamente los mismos que rigen a las privadas, que serán distintos entre sí y que deben estar estrechamente ligados a los motivos por los que se nacionalizó (o se creó) la empresa estatal de que se trate, pero que tienen que ser explícitos y además coherentes con la estructura de funcionamiento de la misma. Así pues, nacionalizar o no, eventualmente por qué y cómo hacerlo, son cuestiones que demandan soluciones diferenciadas, según la rama de la actividad económica que se encare y el contexto en el cual la misma esté ubicada.

El uso de las herramientas económicas mencionadas —tanto las de corto como las de largo plazo— se ha ligado frecuentemente al problema, hoy en auge, del desempleo, e incluso encontrado en él una justificación, por lo que diremos dos palabras respecto al mismo. Se ha procedido de maneras muy variadas, gran parte de las cuales tienen en común el consistir en subsidios, abiertos o encubiertos, volcados a estructuras deficitarias. A su vez, estas últimas suelen ser tales por motivos de obsolescencia tecnológica, en cuyo caso se estaría subvencionando el atraso y gastando en aumentar el déficit. (Dicho sea a la disparada, eso es precisamente lo que muy privadas empresas suelen obtener de gobiernos muy poco socialistas.) Ante esta problemática, un uso más racional y transparente de los fondos públicos podría obtenerse a partir de un deslinde del tipo siguiente: en primer lugar, gasto social para paliar las peores consecuencias del desempleo; en segundo lugar, inversión en nueva capacitación o recapacitación; en tercer lugar, fomento —vía por ejemplo capital de

riesgo— de iniciativas cooperativas o afines, eficientes y creadoras de fuentes de trabajo.

Volviendo a la panoplia económica tradicional de la izquierda, notemos que ocupa por lo general un lugar central en ella el llamado a la movilización popular. Su importancia no podría ser mayor: sin ella, no se puede hablar de prácticas socialistas. Por lo tanto, sus variantes y dificultades no sabrían ser discutidas a la ligera. Pero, aún a este nivel de telegrama, es preciso subrayar que la movilización, o la participación, de la que se está hablando está bien lejos, casi en la antípodas, de cualquier "gran salto adelante" de pretensiones uniformizantes, racionalidad baja y consecuencias desorganizantes.

Para concluir, vale la pena indicar que los cuestionamientos indicados —al manejo administrativo de la economía, a las nacionalizaciones masivas y a las campañas impuestas por el gobierno al conjunto de la actividad productiva— tienen un importante denominador común: el rechazo a la marcha, con intención o sin ella, hacia la centralización global, base objetiva de la dominación reforzada de unos pocos sobre muchos. A la inversa, la vigencia real del mercado es imprescindible para que la descentralización de las actividades económicas abra espacio a la democratización de la vida económica y política.

b. Algunas pautas para las propuestas alternativas

Al hablar de propuestas viables de inspiración socialista, no se tiene in mente un mañana muy lejano en el que pueda haber desaparecido la escasez, ni tampoco una sociedad exenta de contradicciones. Las que oponen el interes general a los intereses particulares, especialmente, no dejarán de existir en el futuro previsible. Por ende, ninguna de las hipotéticas ventajas de una reorientación de la sociedad vinculada a los criterios que a continuación se esboza sería de por sí permanente. Por eso mismo, permanente habría de ser la revisión y la reforma de lo hecho.

En esa perspectiva, intereses contrapuestos no dejarán de expresarse, y se asume que lo harán con entera libertad. En el marco político de una democracia multipartidaria (o poliarquía...), con elecciones periódicas, es pues que se avanzan las siguientes pautas orientadoras para las propuestas socialistas, que surgen de la obra de Nove.

Categorías de productores

Conviene apuntar a la variedad de oportunidades para las iniciativas individuales y de grupo. Las preferencias de los productores, en lo que tiene que ver con su propia organización, debieran tener un papel central. Las economías de escala, técnicas y económicas, dependen esencialmente del tipo de actividad. Luego, las relaciones de producción, en sentido amplio, deben constituir una gama muy diversificada.

Estructura de la propiedad, control y dirección de la producción

La diversidad y flexibilidad indispensables para la eficiencia de una economía

moderna, por un lado, y los valores que los movimientos socialistas apuntan a realzar, por otro, no parecen contradictorios con modelos del tipo siguiente.

Se puede pensar en la coexistencia de los siguientes sectores: 1) empresas estatales centralmente dirigidas, 2) empresas socializadas —de propiedad pública—, autónomas y autogestionadas, 3) cooperativas, 4) empresas privadas pequeñas y 5) labor individual.

El sector 1) estaría constituido por ramas estratégicas de la gran industria y de las finanzas. Entre 2) y 3) la diferencia radicaría en las relaciones de propiedad, pero en ambos casos la dirección sería nombrada por los trabajadores y responsable ante ellos. No habría una lista que restringiera el ámbito de 4), pero predominarían los tres primeros, y no habría propiedad privada de medios de producción de gran envergadura; además, el pequeño empresario trabajaría, no habiendo lugar para ingresos que provinieran simplemente de la propiedad del capital o de la tierra. La gente podría buscar ocupación libremente en cualquiera de los sectores indicados.

Alcances y límites de la competencia

No hay posibilidad real de elegir sin competencia entre los productores de bienes y servicios. De la misma manera, para evitar tanto la asignación administrativa de la ocupación de cada uno como los desbalances sectoriales de la ocupación, la desigualdad de ingresos es inevitable: las diversas unidades económicas tienen que poder competir en alguna medida por la capacidad laboral que requieren.

A su vez, un mecanismo ilimitado de mercado llegaría a destruirse a sí mismo, por lo cual el estado asumiría funciones esenciales, tanto para fijar las reglas de juego y los límites de la competencia como para controlar las tendencias monopólicas; asimismo, para limitar las desigualdades, desarrollaría una política de impuestos e ingresos de carácter progresivo; también impulsaría sectores y programas —empleo, salud, educación, investigación, preservación del ambiente, etc.— que no pueden quedar librados al mercado.

Naturaleza y objetivos de la planificación

Se plantean, en primer lugar, ciertos objetivos de índole general, ligados a la disminución de la incertidumbre, en la medida en que puede hacerlo la tarea prospectiva acerca de las necesidades que han de plantearse y las demandas de los consumidores, con la consiguiente previsión acerca de los recursos que han de ponerse en juego, lo que incluye la tarea de disminuir duplicaciones que entrañen un derroche.

Dado que una planificación omnicomprensiva es inviable, y contraproducente el intentarla, una cuestión fundamental es la identificación de sectores y tipos de decisión respecto a los cuales sean sustanciales los llamados "efectos externos" (que son los que escapan al manejo o a la responsabilidad de los directamente involucrados). Además de otros ya mencionados, tanto el medio ambiente como el acondicionamiento del territorio y la compensación de los desequilibrios regionales son ejemplos mayores. En esos campos es imprescindible la intervención estatal planifi-

cada, pero para que ésta resulte eficaz —para que no desborde toda planificación—tiene que mantenérsela dentro de límites manejables y evitar que genere una vasta burocracia.

La planificación debe ser la tarea de una autoridad responsable ante los cuerpos representativos, y capaz de someter a éstos —e incluso directamente a la ciudadanía, a través de mecanismos como el referéndum— alternativas internamente consistentes.

Las funciones específicas de la planificación central tendrían que ver con: los cometidos del estado indicados antes; las inversiones de mayor envergadura e impacto estructural; la coordinación de las actividades del sector de propiedad pública; los estímulos, financiamiento y evaluación de las inversiones de origen descentralizado; el desarrollo y la orientación del comercio exterior; la elaboración de planes de referencia a largo plazo, que tengan en cuenta los resultados de la tarea prospectiva, particularmente en lo referente al cambio en la tecnología, las condiciones de trabajo y los niveles de vida.

Sobre precios y subsidios

La lógica del sistema requiere precios que reflejen costos y valores de uso, a la vez que sirven para balancear oferta y demanda, dado que la producción y distribución de numerosos bienes y servicios debería ser determinada por negociaciones entre las partes involucradas.

El control omnicomprensivo de los precios es inmanejable, como lo muestra la experiencia, la que también indica que casi todas las naciones modernas controlan los precios, entre otros, de ciertos productos agrícolas básicos. En el esquema que se sugiere, habría un sector de la economía con precios controlados y otro con precios libremente negociados.

A su vez, correspondería recurrir a los subsidios cuando razones sociales o la importancia de las economías externas lo aconsejen.

Y, por supuesto, en ciertas áreas que se buscaría ampliar, los suministros serían gratuitos.

Trabajo e ingresos

Por los valores involucrados, pero también por razones de eficiencia, se estimularía la recapacitación, el acceso a la educación superior a diversas edades e incluso el cambio de especialización de quienes lo quisieren.

La remuneración del trabajo debe relacionarse con su productividad promedial. Por su parte, la diferenciación de ingresos dependería de factores como los siguientes: objetivos sociales, compensación por tareas penosas, oferta y demanda para el desempeño de las diversas funciones, necesidad de incentivar especialmente ciertas actividades. Tanto la apertura del "abanico" de remuneraciones como la ubicación en el mismo evolucionaría también en función de los niveles originales y del crecimiento de la riqueza social.

Si crecen tanto la riqueza de la sociedad en su conjunto como la proporción de sus

integrantes con alta calificación, se hace posible avanzar hacia niveles más igualitarios. (Observa Nove que no hay ninguna razón por la cual siempre un profesor universitario deba ganar más que un recolector de basura —¡ya que pocos profesores desearían ganar más dedicando sus esfuerzos a recoger desperdicios!— y destaca que una relación de 2 a 1 o de 3 a 1, en una sociedad relativamente próspera, donde el salario mínimo garantizara un nivel de vida razonable, no parece impensable.)

Autogestión y eficiencia

La cuestión tiene que ver con las polaridades centralización versus descentralización y ejecutividad versus involucramiento en el trabajo, así como con el rendimiento y la equidad. Algunos de esos aspectos ya han sido mencionados, por lo cual este párrafo constituye, en parte, una primera recapitulación.

El criterio orientador para manejar centralizadamente la gestión microeconómica corriente sería el de hacerlo sólo en los sectores y/o en los tipos de decisión en que ello resulte imprescindible, sea por las economías externas involucradas, sea por las economías de escala en materia de información, organización o tecnología. Por lo general, se estima que la pequeña escala posibilita una mayor compenetración con las tareas de la unidad productiva y un mejor aporte a ellas. En los sectores de propiedad socializada o cooperativa —que se estima deben incluir muy amplias porciones de la economía— se recurriría a mecanismos autogestionarios.

(Al ocuparse de alguno de estos temas, el autor menciona la experiencia del complejo cooperativo de Mondragón, en el País Vasco español, que —por lo que en ese lugar pudimos ver en una visita reciente— consideramos de máxima significación.)

Marcos para la participación

Se entiende que maximizar la participación, y en particular los márgenes de consulta democrática, constituye una vía hacia una mayor transparencia y hacia la limitación de las diferencias entre gobernantes y gobernados, entre administradores y administrados. Más aún, la viabilidad y la eficiencia de una democracia económica constituyen un pilar insustituible de las convicciones socialistas, por lo cual lo que se diga desde este ángulo es una suerte de recapitulación de todo lo demás.

A través de formas de la democracia directa podrían resolverse cuestiones referentes al gasto público —por ejemplo, el tipo de servicios a proveer gratuitamente—, a partir, bien entendido, de una gama de alternativas técnicamente satisfactorias e internamente consistentes.

La participación adquiere significación real si la gente puede incidir directamente en tanto consumidores y productores. Esto tiene que ver con la descentralización de la vida económica, con la promoción de los lazos horizontales y la negociación en vez de la subordinación vertical, con la preferencia por las pequeñas unidades de decisión, con los incentivos ligados a la calidad de la vida cotidiana.

Concluido el resumen que nos propusimos, notemos que el enfoque que lo

inspira parece una alternativa global y coherente a ese socialismo de estado que hoy, a la vista de todos, se debate en plena crisis. En especial, esta alternativa se vincula a criterios mucho más compatibles con lo que se ha llamado "el nuevo paradigma técnico económico", y con sus exigencias de flexibilidad y plasticidad para la innovación, que el modelo tradicional, basado en la planificación centralizada, en la gran escala y en la supresión de las negociaciones entre unidades productivas y actores sociales. Más aún, la aproximación de Nove —racional, crítica, democrática, participativa, realista— nos parece también plenamente compatible con ciertas ideas que, a partir de un enfoque de Gramsci, intentamos desarrollar en un capítulo anterior, y que tienen que ver con las relaciones entre estado y sociedad en una propuesta socialista renovada. Por supuesto, dicha aproximación sugiere también un tipo de articulación entre diversas "lógicas intermedias" de organización de la economía, con validez parcial, en el sentido al que se hizo referencia más arriba, en este mismo capítulo.

Así, de alguna manera, la presentación de ese círculo de ideas en torno a la economía de un socialismo viable constituye un epílogo natural para nuestra visita al gran debate que tuvo lugar cuando, por primera vez, la realidad puso en el orden del día el problema de la construcción de una economía socialista.

5. LA EXPANSION SOCIALISTA EN LA EVOLUCION SOCIAL

a. El enfoque de Darcy Ribeiro

Al comenzar este capítulo recordamos que, en la visión marxista clásica, es la evolución de la sociedad en su conjunto la que garantiza la viabilidad del socialismo. Cuando toca a su fin el socialismo de estado, y nos preguntamos si nuevas propuestas de inspiración socialista se abrirán paso, parece razonable tratar de entender un poco mejor cuál ha sido en verdad el papel del "socialismo real" en la historia, para a partir de ello replantearse la interrogante sobre las perspectivas futuras del socialismo. En relación a tales cuestiones, nos interesa mencionar una "teoría global explicativa del proceso histórico" que, en *El proceso civilizatorio*, Darcy Ribeiro presenta como una continuación contemporánea de la obra de Marx sobre la evolución de la sociedad.

La tesis básica de la obra se formula así: "El presente estudio trata de demostrar que el desarrollo de las sociedades y de las culturas está regido por un principio orientador asentado en el desarrollo acumulativo de la tecnología productiva y militar; que a ciertos avances en esta línea progresiva corresponden cambios cualitativos de carácter radical que permiten distinguirlos como etapas o fases de la evolución sociocultural; que a esas etapas de progreso tecnológico corresponden alteraciones necesarias, y en consecuencia uniformes, en la organización social y en la configuración de la cultura a las que designamos formaciones socioculturales" [Ribeiro, 1983, p. 31].

Cada revolución tecnológica, definida como una transformación prodigiosa en el equipamiento de la acción humana sobre la naturaleza o para la acción bélica,

despliega sus potencialidades mediante uno o más procesos civilizatorios, los que a su vez se encarnan en formaciones socioculturales. Ribeiro cree necesario refinar la clasificación clásica de Gordon Childe distinguiendo, en lugar de tres revoluciones de ese tipo (agrícola, urbana e industrial), las siguientes ocho: agrícola, urbana, del regadio, metalúrgica, pastoril, mercantil, industrial y termonuclear.

Notemos desde ya que la revolución industrial daría lugar a dos procesos civilizatorios: a) imperialismo industrial y neocolonialismo; b) expansión socialista, traducida en el "surgimiento de las primeras formaciones socioculturales implantadas mediante la intervención racional en el orden social: las socialistas revolucionarias, socialistas evolutivas y nacionalistas modernizadoras" [p. 43].

El esquema que se propone no dibuja a la historia de la Humanidad como el encadenamiento de determinadas etapas, fijas y necesarias, cada una de las cuales debe ser superior en algún sentido a la precedente. Por el contrario, se trata de un enfoque multilineal de la evolución, cuyas diversas trayectorias evidenciarían una doble dialéctica, de progresos y retrocesos combinados con consecuencias contrapuestas de cada revolución tecnológica.

Por un lado, una misma tecnología pudo llegar a ser común a pueblos diversos, pero mientras quienes primero la aprovecharon a menudo basaron en ella la expansión que los convirtió en centros imperiales, otros la sufrieron al quedar reducidos por el mismo proceso a una condición dependiente.

Por otro lado, los pasos regresivos han sido incluso más frecuentes que los pasos evolutivos, es decir, de avance. Junto a las etapas de la evolución hay que considerar pues fases regresivas; esa sería según Ribeiro la naturaleza del feudalismo.

Estamos ya muy lejos de la concepción que ve al socialismo como la consecuencia del ininterrumpido desarrollo de las fuerzas productivas y del inevitable progreso que el mismo generaría.

Para Ribeiro, lo que llama la "Expansión Socialista" es un proceso civilizatorio desencadenado tras la primera guerra mundial, por el efecto combinado de tres tipos de tensiones: entre las potencias capitalistas, entre cada una de ellas y sus áreas dependientes, entre las clases poseedoras y las clases subalternas de los países capitalistas. Surgen así ciertos "movimientos básicos de reestructuración social": el socialismo evolutivo, el nacionalismo modernizador y el socialismo revolucionario.

Las realizaciones de este último tendrían en común su surgimiento a partir de un intento racional de transformación social. Cabe hablar de una misma formación sociocultural porque, pese a todas sus divergencias, "los diversos modelos de organización socialista revolucionaria son variantes del que cristalizó en la URSS a partir de 1917, mediante regímenes autoritarios de intervención en toda la vida social por el planeamiento global y la movilización de todas las energías para la erradicación de estructuras sociales arcaicas y la instauración de nuevos modos de vida y trabajo. Incluso los modos más diferenciados de socialismo, como el yugoslavo, el cubano y el chino, no discrepan esencialmente del modelo" [p. 144].

Al presente estaríamos viviendo una nueva revolución tecnológica. Rasgo esencial del proceso es el nuevo papel de la ciencia, que es hoy la ocupación habitual de

una cantidad de personas cuyo "ritmo de incremento es tan intenso como el de los obreros fabriles de los primeros pasos de la revolución industrial". La ciencia y la tecnología forman un conjunto que llegaría a convertirse en "el agente fundamental de la acción humana sobre la naturaleza externa, sobre el orden social y sobre la propia naturaleza humana", con lo que será "la intervención racional humana la que pasará a dirigir la historia" (véase p. 157).

En la actualidad, la propia supervivencia de la humanidad se ve amenazada. Para salir adelante se hace imperativa la racionalización de la vida social, traducida en una rigurosa planificación y en la cooperación internacional; ello engendraría una tendencia hacia el socialismo.

b. Sobre el papel de la tecnología

Si bien en la teoría de Ribeiro la tecnología es presentada como el motor de la evolución de la humanidad, la propia descripción que de esta última se hace cuestiona semejante tesis.

Notemos, por ejemplo, que la llamada revolución urbana constituye una enorme transformación, habitualmente identificada con el nacimiento de la civilización, por lo cual, si no merece el nombre de revolución, el vocablo es inútil. El contenido fundamental de esa transformación es la aparición de la ciudad, lo que indica que la gran innovación del período no es técnica.

A decir verdad, la revolución urbana en tanto tal parece primordialmente una gran revolución en la organización de la sociedad, posibilitada por el desarrollo de la técnica (hubiera sido obviamente imposible para los cazadores del paleolítico y seguramente también para los primeros agricultores) pero no conducida por ella como el motor lo hace con el automóvil. Podría quizás hablarse al respecto de revolucionario "descubrimiento institucional", pero no resulta sencillo incluirla en la categoría de los cambios tecnológicos.

Por otra parte, ese tipo de explicaciones, basadas en la supuesta existencia de un principio fundamental y único, capaz de explicar de por sí una amplia gama de fenómenos, es propio de la ciencia del siglo XIX. En muchos casos, un mejor conocimiento de los temas estudiados ha llevado a explicaciones más matizadas, en las que las interconexiones múltiples sustituyen a las relaciones de causa a efecto. Así ha sucedido con los estudios sobre el desarrollo histórico de la tecnología.

Las explicaciones son hijas de su tiempo. Marx construyó las suyas cuando el cambio tecnológico irrumpía como la gran novedad del acontecer histórico, justificando consiguientemente que se le viera como la raíz de todos los cambios que lo acompañaban. Pero, una vez más, una perspectiva más amplia y la acumulación de investigaciones muestran las cosas de otra forma. Así sucede cuando se analizan las causas de que las revoluciones tecnológicas tengan lugar en ciertas circunstancias muy específicas de tiempo y de lugar. Entonces tiende a pasarse de la explicación tecnológica del cambio social a la explicación social del cambio tecnológico. Ello sucede, por ejemplo, cuando se analiza por qué la Revolución Industrial se originó en

Europa allá por la segunda mitad del siglo XVIII, en cuyo caso se tiende a concluir que el surgimiento de la industrialización hunde sus raíces en una trama compleja donde es dificil hallar un motor determinante de todo el movimiento [Landes, 1979].

En cualquier caso, es esencial comprender que no sólo los ritmos del desarrollo tecnológico sino también sus direcciones se ven influenciadas por factores sociales. En el curso de ese desarrollo las encrucijadas se multiplican, las alternativas rara vez están predeterminadas y los motivos por lo que se eligen unas en vez de otras no son sólo tecnológicos. Precisamente, creemos que una de las cuestiones capitales de este fin de siglo se vincula con la comprensión racional y el control social de los caminos por los que ha de avanzar la tecnología.

Por otra parte, todo lo anotado se liga directamente a la problemática contemporánea del socialismo. Su crisis actual tiene mucho que ver con un desfasaje entre la realidad del proceso de producción y utilización de tecnología, por un lado, y por el otro la realidad del socialismo, e incluso las ideas dominantes en la tradición socialista. Sospechamos que superar ese desfasaje pasa por una batalla fundamental al interior de aquel proceso, en la que han de estar en juego las orientaciones y formas del desarrollo tecnológico.

En fin, tememos que una visión pobre del papel de la tecnología conduzca a serios errores en el campo de la "política práctica". En efecto, la asunción —explícita o implícita— de que la tecnología es una especie de variable primigenia, y por ende independiente de las demás, lleva a desentenderse de la problemática a ella vinculada y refuerza la tendencia, que ha llegado a ser dominante en la trayectoria histórica del socialismo, al "todo es político", a centrarse en la conquista del estado y en lo que desde el estado se hace.

Toda explicación privilegia ciertos factores y prescinde de otros, por lo cual no es más que una aproximación. Desde este punto de vista, la relevancia de la tecnología podría indicarse así: toda interpretación que no le preste mayor atención es de dudosa utilidad, y deviene francamente inútil si se consideran procesos de largo plazo y/o fenómenos contemporáneos. Lo último nos lleva a destacar un rasgo específico del "factor tecnológico", que resumiríamos diciendo que se trata de un factor de desestabilización acelerada. En la evolución de la Humanidad a lo largo del tiempo ciertos fenómenos tienen un carácter periódico, tendiendo a configurar una trayectoria de tipo cíclico y, en conjunto, relativamente estable. Nada perturba más el accionar de las tendencias a una evolución de esa índole que el desarrollo tecnológico. Este es esencialmente acumulativo, configurando una tendencia a generar cambios de tipo irreversible y acelerado, que por lo tanto desestabiliza a la sociedad en un sentido muy profundo.

c. El socialismo en el enfoque de Ribeiro

Según Ribeiro, la expansión socialista es un proceso civilizatorio caracterizado por "la progresiva intervención racional en el orden social". El socialismo no es visto como un modo de producción ni, mucho menos, caracterizado por la propiedad

pública —es decir, estatal— de los medios de producción, sino más bien por el uso del estado como herramienta para realizar un proyecto de transformación social.

Esa caracterización es seguramente correcta en el caso del socialismo revolucionario, aunque no por su origen —la revolución— sino por lo que del mismo resultó. "Estatismo socialista" parece denominación más adecuada para el conjunto de sociedades cuyos rasgos esenciales según Ribeiro son los del modelo soviético.

Pero ese uso del estado es también notable en otros contextos. A mi ver, lo que sucede es que la "expansión socialista" como la define Ribeiro es una gran tendencia histórica y no un criterio clasificatorio de las formaciones sociales. Como tendencia, actúa en marcos diversos y con variable relevancia. Se hace evidente en esa ruptura radical con las metrópolis del imperialismo industrial que marca el origen del llamado "socialismo real". También es visible en el estado benefactor, esa construcción cuyo número de pisos crece y también decrece a lo largo del tiempo, y de la que cada país de la OCDE ofrece un ejemplo distinto. Y actúa también en los "nacionalismos modernizadores" y estatistas del Tercer Mundo.

Por otro lado, "estatismo socialista" es una caracterización —incompleta como todas pero no más que otra cualquiera— de la formación sociocultural considerada, la que a su vez resulta de la tendencia antedicha pero no sólo de ella. En efecto, el socialismo soviético fue el fruto de la revolución socialista tanto como del atraso económico y la dependencia de la Rusia zarista, y de la primacía histórica del estado sobre la sociedad rusa que modeló al proyecto revolucionario triunfante y a su ejecutoria desde el poder.

Ribeiro considera que la Revolución Industrial, revolución tecnológica, da origen sucesivamente a dos procesos civilizatorios, al primero de los cuales denomina también Revolución Industrial; las tensiones propias de éste desencadenarían el siguiente proceso, la Expansión Socialista. Correspondería ver a la misma como un conjunto de intentos conscientes de modificar el orden social, a partir de un proyecto racionalmente formulado, con el propósito de corregir los males creados por la Revolución Industrial y de usar los nuevos poderes tecnológicos por ella aportados para construir sociedades más justas. Eson son los elementos principales para hablar del socialismo en singular. Lo contrario sucede cuando se considera el contenido mismo de los proyectos, las fuerzas sociales que los enarbolaron, los movimientos históricos así gestados y, sobre todo, el contexto socioeconómico en que cada uno de ellos se desenvolvió, y por ende el grado en que incidieron en el desarrollo de cada sociedad y la dirección en que lo hicieron: en relación a cada uno de esos aspectos sólo se puede hablar de los socialismos en plural.

Vista de esta forma, la expansión socialista no tiene en realidad por qué dar lugar a formaciones sociales distintas. Y, si pensamos que cada auténtica revolución tecnológica abre una nueva época pero no es necesariamente el fenómeno mayor a lo largo de todo su desarrollo, quizás tengamos una perspectiva más flexible que, en particular, nos permita captar mejor el contenido de la "expansión socialista". Así, muy resumidamente, la Revolución Industrial desencadenaría un único gran proceso de alcance mundial, que empieza con la industrialización del Occidente y la aceleración

de su expansión mundial, la que llega a afectar a todo el globo; las transformaciones que todo ello causa y las reacciones que provoca constituyen el punto de partida de la evolución social y política de nuestro tiempo, que a su vez generará cambios en la organización de la sociedad cuya repercusión futura no será menor que la de las mutaciones tecnológicas. La industrialización se hace tan insoslayable como la atención a los conflictos que genera; emerge entonces un cierto conjunto de respuestas sociales a esa problemática, la expansión socialista.

Más específicamente, ¿cómo ubicar a la revolución socialista en este marco? Seguramente, constituye una renovación, impulsada desde el interior de cada sociedad, que genera instituciones sociales originales y, también, transforma el sistema productivo. Pero en este último aspecto lo nuevo no es más importante que lo que se toma de experiencias ajenas. Desde este punto de vista no resulta extraño que el estatismo socialista chino conquiste la autonomía de la nación, erradique algunas de las peores lacras sociales y construya las bases de la industrialización para luego, al intentar desarrollar esta última, dibujar la brusca inflexión de la última década —la que ante todo subraya que los centros dinámicos del progreso tecnológico siguen estando en otra parte—.

Surgida en el seno del proceso civilizatorio desencadenado por la revolución industrial, la expansión socialista es una tendencia mayor que se escinde. Por un lado hegemoniza, a la par que se transforma profundamente, una aceleración evolutiva desde el atraso que cristaliza en el "socialismo real". Por otro lado incide —en medida variable, a menudo considerable pero nunca decisiva— en la evolución de las sociedades que primero se industrializaron y que son casi las mismas que hoy siguen encabezando el proceso de innovación tecnológica. A su vez, este proceso, los factores que lo generan y las modalidades que adopta constituyen, en su conjunto, uno de los territorios donde menos han penetrado los valores socialistas.

d. Evolución social y aparición del socialismo

Buscando captar mejor lo que ha de entenderse por "expansión socialista", ensayaremos una sumaria reubicación de la misma en un contexto más amplio.

La evolución de la humanidad puede ser vista como una reacción de facetas cambiantes ante un fenómeno permanente, la escasez. Encarándola, el género humano deviene tal y despliega sus posibilidades en un doble proceso conflictivo, con la Naturaleza por un lado y en su propio seno por otro. En los dos casos se desarrollan la cooperación y la expoliación, a menudo combinadas entre sí de manera tan compleja que no es posible delimitarlas.

Con la Naturaleza, los hombres van construyendo sucesivamente nuevas relaciones, sin que por lo general las anteriores desaparezcan del todo. Empiezan estando a su merced, sufriéndola y temiéndola; aún hoy esa es su situación ante los terremotos y otras calamidades naturales, tan devastadoras como incontrolables. Aprenden luego a parasitarla —con eficacia ya notable en el cazador del Paleolítico superior— y nunca dejarán de hacerlo. El inmenso salto representado por los comienzos del cultivo y de

la cría de animales establece con la Naturaleza una nueva relación, signada por la cooperación; por cierto, grandes bosques son talados y otras transformaciones destructivas se suceden; pero lo esencial es la colaboración con el pleno desarrollo de ciertos procesos naturales a partir de la comprensión de los mismos. Ello lo ilustra de manera inmejorable la construcción del país de Sumer en el IV milenio a.C., cuando un pantano es convertido en un vergel. Con la Revolución Agrícola se inicia un período durante el cual el hombre aprende a transformar los productos de la Naturaleza mediante su propio trabajo y el de los animales. Con la Revolución Industrial la energía disponible crece en flecha ("Todo comenzó con el vapor", dice Cipolla [1978]). La idea de dominar la Naturaleza —adelantada en los orígenes de los tiempos modernos europeos y que a los griegos hubiera parecido tan descabellada como impía—deviene proyecto concreto y su ejecución se inicia.

Cada gran revolución tecnológica cambia radicalmente las formas de la lucha contra la escasez, tanto como con ella cambia la cantidad de gente que libra esa lucha. Una humanidad de cinco a diez millones de cazadores y pescadores se transforma, a partir de la Revolución Agrícola, en otra muy distinta que llega a contar con varios centenares de millones de personas, alrededor del 80% de las cuales ligadas al agro. Con la Revolución Industrial, la población de la Tierra se multiplica aproximadamente por tres en dos siglos (de 1750 a 1950), a la vez que tiende a dejar de ser predominantemente nural.

La "economía de rapiña" del Paleolítico apenas si dejaba huella en el paisaje. Este comienza a modificarse con la introducción de la agricultura, pero sin que ello suponga alteraciones mayores en el funcionamiento de la Biosfera. La economía de expoliación inaugurada hace dos siglos largos todo lo perturba, hasta el extremo de que hoy en día el dominio de la Naturaleza no parece más plausible que su mera destrucción.

Confrontados con la escasez —de alimentos, vestidos, abrigos, refugios— los hombres aprenden a hacer cosas nuevas, es decir, van inventando su tecnología. El desarrollo de ésta conoce grandes saltos, períodos donde prima el crecimiento gradual —que, por cierto, visto en conjunto, puede llegar a ser enorme— y también fases de estancamiento. Ciertos grupos humanos aprenden a plantar y/o a criar animales, e inician una nueva época. Domestican el vapor e inauguran otra. Cada época nueva plantea una gama de nuevas exigencias, posibilidades y problemas, en todos los aspectos de la vida humana. Y particularmente en el ámbito de la tecnología. Así, la Revolución Agrícola marca el comienzo de un período de sostenido progreso técnico —en la metalurgia, la alfarería, la artesanía en general, la navegación, la arquitectura—. Con la Revolución Industrial el cambio técnico, a diferencia del pasado, deviene permanente; llega a fundirse con el desarrollo de la ciencia y se hace deliberado, planificado.

La escasez aguijonea el desarrollo de las fuerzas productivas, haciendo de la tecnología factor mayor de la evolución. Pero la escasez es tanto una relación de los hombres con la Naturaleza como entre ellos mismos. Por ende, la tecnología tendrá siempre un doble propósito, y su desarrollo un doble origen. El hacha de piedra fue

quizás fabricada pensando en cazar un bisonte, pero poco tiempo habrá demorado en ser usada contra quien primero lo cazó. Y en el presente, ¿cuáles de las nuevas tecnologías—e incluso de las nuevas disciplinas científicas—no encuentran su origen en las guerras frías o calientes del último medio siglo?

Cooperación y conflicto entre los hombres como con la Naturaleza. Agrupamiento para la caza y para enfrentar a otros grupos venidos a los mismos terrenos de cacería; divisiones dentro del grupo por las presas obtenidas. Cooperación que las revoluciones tecnológicas hacen imprescindible y que posibilita la aparición de excedentes significativos. Ampliarlos, defenderlos y repartirlos: los conflictos se hacen más complejos a la vez que la labor colectiva va siendo acompañada por un grado creciente de estructuración y, sobre todo, de coacción.

El crecimiento del excedente productivo posibilita la diferenciación social, que en parte acelerará y en parte bloqueará aquel crecimiento. Surgen dos clases de especialistas, pues la diferenciación procede por dos vías. Una, al interior del proceso productivo, es la división del trabajo. La otra es la separación entre los que trabajan y los que controlan a los trabajadores. Los especialistas en esta última actividad —guerreros, sacerdotes, administradores—pulirán una experticia común, la de lograr que otros lleven a cabo las agotadoras labores sin las cuales la Revolución Agrícola no realizaría sus potencialidades. Forman pues un conjunto que, en medida variable, es necesario: tiene a su cargo garantizar alguna continuidad del proceso productivo, algún orden en el reparto de sus frutos, alguna protección frente al exterior. Se llama estado. Los especialistas que lo conforman se apropian de gran parte del excedente generado. Afianzar tal situación deviene su tarea prioritaria.

El logro de una producción que exceda lo requerido por la mera subsistencia y la diferenciación social a ello ligada permiten grandes empresas, de las que ya hemos mencionado un ejemplo relevante —el cultivo de las tierras de aluvión en Sumer—, pero también acarrean grandes males. No en balde tales procesos se identifican con el nacimiento mismo de la civilización.

"La diferenciación de clases, acentuada por la segregación topográfica entre ciudad y campo, fue el primero de los males sociales que hubo de pagarse como precio del nacimiento de la civilización en Sumeria. El segundo mal congénito de la civilización fue la guerra; y la condición económica que permitió que nacieran los dos males fue la producción de un excedente. En una comunidad en la que todo el tiempo laboral de cada uno de los miembros aptos de la sociedad está destinado por entero a la tarea de producir alimentos no hay margen alguno para que se mantengan administradores, sacerdotes, artesanos o soldados" [Toynbee, 1985, p. 63].

La diferenciación social y el disfrute de la civilización tienen lugar ante todo en las ciudades, cuya aparición supone un inmenso salto en la complejización de las relaciones entre los hombres. En las primeras civis de la civilización, las ciudadesestado sumerias, los dirigentes de la ciudad son también los dirigentes de la producción; ésta se coordina desde el templo, que es a la vez granero, centro de contabilidad y observatorio astronómico al servicio de la agricultura.

Con la civilización surgieron las letras y las ciencias; florecieron las artes; también

la esclavitud y los imperios opresores. Pero la escasez siguió siendo dueña y señora: "La abyecta miseria ha sido siempre el nivel de vida de las masas de las sociedades agrícolas" [Cipolla, op. cit., p. 86].

El excedente generado sólo resultaba significativo si se le repartía entre muy pocos. Ello no podía dejar de generar revoluciones sociales pero éstas no podían generar un orden social distinto.

Para ampliar su parte en ese excedente limitado, palacios, templos y fortalezas impusieron a aquellas sociedades restricciones y coacciones tales que bloquearon su desarrollo técnico y cultural. Sólo en lugares y períodos excepcionales la organización de los hombres tendió a basarse en principios distintos, sin la preponderancia de los especialistas de la dominación. El ejemplo por antonomasia lo constituye la *polts* griega, donde se creó la política en el sentido moderno de la palabra.

La revolución urbana surgió a partir de la primera gran revolución tecnológica. La segunda fue preparada por el surgimiento en la Edad Media europea de una ciudad—el burgo de la burguesía— que, por su papel productivo, es esencialmente nueva. Ella dará origen a la comuna, con la que se inicia el reclamo de un nuevo lugar en la sociedad por parte de quienes son ya sus sectores económicamente más dinámicos. Entre ellos están los que en el siglo XVI tomarán las riendas de la expansión mundial de Occidente. Durante el siglo XVII esta nueva clase plantea abiertamente su desafío al absolutismo en Inglaterra e inicia su larga marcha hacia la primacía política. Un siglo después, a la vez que se renueva incesantemente —secreto éste quizás de su permanente vitalidad—, inaugura desde Francia la era de las revoluciones europeas y desencadena desde Inglaterra la nueva época de la industrialización. En el siglo XIX vive un período de apogeo, dirigiendo tanto la gran revolución tecnológica como la sujeción a la Europa de Occidente de casi todo el resto del mundo, doble proceso que configura el imperialismo industrial.

Este imperialismo de nuevo cuño genera —como antaño el romano— dos tipos de proletariado, interno y externo. Y también en ambos provoca grandes reacciones. Lo realmente nuevo es que en este período el desarrollo tecnológico —la revolución industrial inglesa— y el acontecer político —la revolución francesa, ante todo—parecen posibilitar la construcción de una Tierra en la que el excedente producido no sea apropiado por pequeñas minorías. Se trata, entendemos, de algo objetivamente posible, no necesario ni seguro, y ni siquiera muy probable.

Cuando esta posibilidad nueva se capta, un salto se produce en la historia espiritual del hombre.

"La felicidad es una idea nueva en Europa", escribía Saint-Just. Poco después la Conspiración de los Iguales intentaba dar nueva vida a la Comuna, con lo que un fantasma irrumpía en la escena política.

En todas las sociedades de base agrícola, la felicidad de los más sólo podía ofrecerse como posibilidad para el "más allá", a cambio de la resignación a la infelicidad en el "más acá". Ese fue el cemento espiritual de la longeva civilización egipcia. La idea empero devino subversiva cuando se insinuó que los ricos no entrarían al Reino de los Cielos: si el disfrute del excedente por los menos era visto por

los más como pecaminoso, ¿qué les impediría arrebatárselo? La "religión de los esclavos" se extendía como reguero de pólvora. La bomba fue parcialmente desarmada mediante la integración de los dirigentes de la Iglesia al círculo privilegiado. No por ello el cristianismo dejará de inspirar grandes rebeliones populares. Cada una de ellas será, empero, *La guerra del fin del mundo*, no un intento articulado, racional y plausible de construir otro mundo aquí, antes del fin.

Cuando erradicar la miseria de este mundo deviene objetivamente posible, como consecuencia del desarrollo de la capacidad productiva del género humano, brota una nueva gran corriente de la historia universal, la expansión socialista.

e. Sobre la expansión socialista y el estatismo socialista

Nos parece que esta expresión de D. Ribeiro —la expansión socialista— es adecuada para designar una serie de procesos de índole diversa, que se manifiestan a distintos niveles de la actividad social, entre los cuales se puede establecer sin embargo una vinculación fundamental. En conjunto, dibujan de alguna manera una cierta dirección, al interior de la evolución social, que apunta a revertir la tendencia milenaria, inaugurada por la revolución agrícola, a la diferenciación en clases y al control por la minoría dominante del excedente social.

Denominaremos, en consecuencia, expansión socialista al conjunto constituido por las tendencias socializantes a nivel de la "civilización material", los movimientos sociales y políticos de inspiración socialista, las propuestas socialistas de cambio social. Su común denominador es hacer objetivamente posibles ciertas grandes transformaciones, racionalmente proyectadas, que estimulen la cooperación entre los hombres por sobre el conflicto y la explotación.

Son pues rasgos centrales de la evolución de la Humanidad, enraizados en su primera gran revolución tecnológica, aquellos con los que entra en contradicción la expansión socialista.

Esta última, a su vez, surge en la cresta de la ola de la segunda gran revolución tecnológica de la historia: su vigencia proviene, en un triple sentido, de la Revolución Industrial.

En primer lugar, porque la expansión socialista sólo puede vivir fuera del mundo de los sueños cuando deviene realizable el aumento notable de la producción.

En segundo lugar, porque la aparición de la industria moderna apunta al aumento de la cooperación y a la interdependencia entre las actividades económicas —lo que llevaba a Marx a subrayar la contradicción entre la naturaleza crecientemente social de la producción y el carácter privado de la apropiación—.

En tercer lugar, por el vigor de la doble reacción, que el imperialismo industrial suscita, contra las nuevas formas de expoliación, traducida en las luchas obreras y en las luchas antiimperialistas.

De estas luchas surgirán los movimientos socialistas. Sus manifestaciones políticas y sociales serán variadas; estarán ligadas a las ya mencionadas tendencias socializantes de la economía; las orientarán propuestas socialistas. En estas últimas conviene

distinguir las doctrinas —incluyendo los fundamentos éticos de cada propuesta y la visión del mundo a ella inherente— y los programas —es decir, los proyectos concretos de reordenación social—.

Ahora bien, es de destacar que la expansión socialista, cuya viabilidad presupone el desarrollo de la industria, no se inicia cuando el mismo se ha completado sino cuando apenas ha comenzado.

En otras palabras, la expansión socialista es casi exactamente de la misma edad que otra corriente mayor de la historia contemporánea: el desafío de la industrialización.

Se puede discutir al infinito si hubiera sido mejor o peor para tal o cual sociedad la opción de no industrializarse, pero la discusión sólo tiene sentido si se presupone el aislamiento de la sociedad en cuestión. La fuerza expansiva del imperialismo industrial no deja otra alternativa a la industrialización que la sumisión.

Si desde cierto ángulo puede verse a la expansión socialista como una reacción a la Revolución Industrial, no debe olvidarse que otra reacción a la misma de trascendencia no menor pasa por la necesidad de industrializarse ... y de seguir industrializándose.

Cuando la burguesía sea incapaz de afrontar el desafío, no quedará sino el estado para apoyarla, dirigirla o aun sustituirla, según sea el grado de debilidad de aquélla, lo que a menudo es sinónimo de la demora en iniciar el proceso. Históricamente, el estado casi siempre intervino en la vida económica y, más aún, en los conflictos sociales; si su participación en estos se renueva a partir de la Revolución Industrial, aún más nuevo es su rol económico en tanto industrializador. El desafío de la industrialización para los países más o menos atrasados es cuestión "pública" y no privada; la intervención estatal refuerza la interdependencia creciente de las actividades económicas. La necesidad de la industrialización es la causa primera del encuentro del socialismo con el estado.

Pero el "estatismo socialista" no constituye, en la evolución de la Humanidad, una etapa consecutiva o posterior a la del capitalismo de base industrial, ni tampoco un estadio globalmente superior de tal evolución. Se trata, seguramente, de una "formación sociocultural" diferenciada a la que conviene visualizar en términos dinámicos—según la descripción de Bahro—como una vía no capitalista hacia la industrialización, que lleva a la conformación de un tipo específico de sociedad industrial.

En efecto, en lugar de entender, como lo propone Ribeiro, que la Revolución Industrial da lugar a dos procesos civilizatorios —uno de los cuales sería la "expansión socialista"— quizás sea más útil pensar que aquélla abre la etapa de transición a la Sociedad Industrial o, preferiblemente, a las sociedades de base industrial. Se trata de un proceso de alcance mundial, con características que llegan a gravitar poderosamente en todo el orbe, al que de alguna manera unifican en una "economía-mundo" o, si se quiere, "sociedad-mundo". Cabría por consiguiente considerarlo como un único proceso civilizatorio, a escala del planeta entero, siempre que se tenga bien presente cuán distintas y aun contradictorias suelen ser, para cada pueblo, las consecuencias de una misma revolución tecnológica. No hay pues mayor novedad en

que el proceso de industrialización dé lugar a muy distintas formaciones socioculturales. Más nuevo es sí el nivel de vinculación entre las formaciones existentes al presente, lo que impide captar la dinámica de una cualquiera fuera del marco global en el que se entretejen las relaciones entre todas ellas.

En este proceso de alcance mundial, desencadenado por la Revolución Industrial, es que toma cuerpo ese haz de tendencias que constituye la Expansión Socialista. Esta se ha hecho notar, con mayor o menor fuerza, en casi todas las trayectorias específicas hacia la sociedad industrial. En el curso de las mismas, su vigencia se manifestó a través de formas también particulares, presumiblemente transitorias y sin duda destinadas a sufrir drásticas alteraciones en eventuales estadios "post-industriales".

Así pues, en la óptica esbozada, "el socialismo" no aparece como una etapa en la evolución de la Humanidad, sino más bien como un haz de tendencias entrelazadas que empiezan a gravitar a cierta altura de dicha evolución. No nos parece evidente que tales tendencias hayan sido, de por sí, las determinantes esenciales —más allá de las denominaciones—de algún gran proceso de nuestra época. Pero, como ya se destacó, las mismas se han hecho notar en casi todas las trayectorias hacia la sociedad industrial y, obviamente, han desempeñado un papel principalísimo en la conformación de algunos tipos específicos de sociedad industrial.

En la gran visión de Marx, el socialismo sería el primer modo de producción social no antagónico, destinado inexorablemente a suceder al "moderno burgués". Puede, claro está, postularse todo ello y definirse a la expansión socialista como el proceso que liquida "la prehistoria de la sociedad humana". Pero semejante definición teleológica va siendo cada vez menos aceptable con el paso del tiempo.

En efecto, al comienzo de la expansión socialista, esa suerte de caracterización normativa a priori sobre el sentido de su curso futuro puede ser interpretada como una conjetura que ayuda a captar la dinámica de un conjunto de fenómenos incipientes. Pero a esta altura de los acontecimientos, cuando tales fenómenos se han desplegado en el tiempo y en el espacio, su análisis debe hacerse básicamente a partir de lo que han sido y son. De lo contrario, no sólo se oscurece su real lugar en el proceso civilizatorio tomado en su conjunto sino que también se dificulta su estudio prospectivo, la discusión de sus probables derroteros futuros.

Además, la experiencia misma de lo que ha sido hasta el presente "la expansión socialista", junto a un mejor conocimiento de la historia, hacen difícil sostener la inminencia de un corte drástico en la evolución humana, que inauguraría modalidades no antagónicas de organización social.

La propia visión marxista apunta en el sentido indicado. En efecto, desde que hace más de un siglo Marx describiera, en las páginas de la *Crítica del Programa de Gotha*, las condiciones materiales de abundancia necesarias para posibilitar una verdadera igualdad entre los hombres, fenomenal ha sido el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero, pese a ello, la escasez sigue dominando la mayor parte de la vida de la mayor parte de la gente. Y el cúmulo de necesidades humanas —desde las que siempre estuvieron presentes hasta otras muy nuevas, pasando por varias cuya atención no hubiera inquietado antaño a nadie, como por ejemplo la de respirar aire puro— es tal

que su plena satisfacción resulta simplemente inimaginable. Si la concreción de un modo no antagónico de producción social pasa porque se haga realidad el "a cada uno según sus necesidades", estimadas tales necesidades por ese cada uno, no parecería que nos estuviéramos acercando mucho a ese hipotético estadio de la evolución humana.

Por otra parte, los intentos de suprimir los grandes antagonismos entre grupos humanos mediante las contemporáneas reorganizaciones colectivistas de la sociedad han puesto de manifiesto sus grandes limitaciones. En particular, la experiencia ha mostrado que los antagonismos en cuestión no entran en rápida decadencia cuando deja de primar la propiedad privada, constatación que en sí misma no es realmente nueva en la historia. La comparación con los regímenes colectivistas de antaño, cuyos rasgos esenciales de distinto signo tan netamente destaca Ribeiro, puede iluminar considerablemente la dinámica de los colectivismos de hoy, siempre que se preste tanta atención a las similitudes como a las diferencias. Lo que, en cualquier caso, resulta innegable es que esos tipos de organización social ni suprimen todos los antagonismos previamente existentes ni dejan de suscitar otros.

En fin, si lo dicho ofrece algún asidero para cuestionar la identificación de la expansión socialista con la forja de un hipotético primer modo de producción no antagónico, menos aceptable aún sería asimilar aquélla con la trayectoria histórica del llamado "socialismo realmente existente". Hacerlo así equivaldría —por una multitud de razones, varias de las cuales ya han sido expuestas— a una verdadera mutilación del fenómeno en estudio.

Preferimos pues, como ya se dijo, ver a la expansión socialista como una gran corriente de la historia universal, que actúa por supuesto junto a otras de muy variado signo, y que está constituida por una suerte de haz de tendencias entrelazadas, las que empiezan a pesar realmente en el devenir de la Humanidad a partir de la segunda gran revolución tecnológica y cuya orientación común apunta en sentido opuesto a las tendencias, afianzadas en la primera gran revolución tecnológica, a la división en clases y a la concentración del excedente productivo y del poder social.

Y, repitámoslo, no advertimos razones para pronosticar que esa corriente llegará a ser dominante, lo que podría constituir una versión de "la transición al socialismo".

Así visualizada, la entidad futura de la "expansión socialista" dependerá de las posibilidades de desarrollo que puedan tener las tendencias que la componen, es decir, de las causas que las hacen aflorar desde la dinámica interna de la "civilización material", de la capacidad de ciertos grupos humanos para traducirlas en propuestas concretas —y siempre, necesariamente, parciales— de reorganización social, de la viabilidad objetiva de tales propuestas.

f. Nueva revolución tecnológica y conjeturas acerca del futuro

A esta altura conviene recordar que los procesos de diferenciación social y de concentración —tanto del excedente como del poder— han tenido, desde su aparición misma, una "funcionalidad" que está lejos de haberse agotado. La misma es bien

visible en la lógica del capitalismo contemporáneo. También puede notársela en la evolución del "socialismo real", tanto en su fase ultraestatista —ayer predominante y hoy en plena bancarrota— como en el ascenso en curso de formas de la economía de mercado.

A la inversa, la "disfuncionalidad" de aquellos procesos data también de tiempo atrás. De ello uno de los ejemplos más notables lo constituye el estancamiento técnico, estrechamente ligado al régimen esclavista, en el que desemboca la antigüedad clásica. Y, por otro lado, es posible encontrar a lo largo de la historia diversos ejemplos —por cierto, muy localizados espacial y temporalmente— en los que lógicas con facetas libertarias y/o igualitarias han revelado una real eficiencia en campos que pueden incluir, según los casos, lo militar, lo productivo, la organización de la convivencia, la creación científica y artística.

Las perspectivas futuras de la expansión socialista se vinculan a la "funcionalidad" que puedan tener formas no diferenciadoras de organización en diversos ámbitos de la actividad social. A su vez, esa eficiencia se medirá cada vez más por rasgos como la plasticidad, la flexibilidad, la capacidad para cambiar y las posibilidades abiertas a la innovación permanente.

Como bien se sabe, a partir de la Revolución Industrial hemos entrado en un proceso autopropulsador del desarrollo económico. En ese sentido, Marx decía que la burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente las condiciones en las que actúa. Razón le sobraba. Hoy podríamos agregar que, a la larga, no puede existir un régimen que no sea capaz de transformarse permanentemente. En particular, las grandes construcciones estatistas, con sus características de inmenso mecanismo con régimen de funcionamiento periódico y, en tanto tal, con una inherente tendencia al estancamiento —que en el lejano pasado dieron lugar a los regímenes más estables de la historia—, ya no son estables.

Precisamente, la "desestabilización permanente" que signa al presente surge, en primerísimo lugar, del proceso de cambio tecnológico. Este último, en relación a la expansión socialista, ha operado como una variable externa. Dicho de otro modo, en el proceso de innovación tecnológica no se han manifestado grandes tendencias, movimientos o propuestas de índole socialista. Ello no quiere decir que no se haya buscado, y aun luchado, con esa inspiración al interior mismo de la tecnología. Ejemplos notables al respecto pueden encontrarse en torno al gran debate sobre la "informatización de la sociedad", sus potencialidades "autoritarizantes" o democratizadoras, las vías para orientarla o controlarla. Pero lo cierto es que, en conjunto, hasta hoy el cambio técnico ha estado mucho más ligado, en sus causas como en sus consecuencias, a tendencias diferenciadoras que a otras de signo opuesto.

Esto último adquiere especial realce si, como se sostiene, estamos frente a una nueva revolución tecnológica. La expansión socialista adquirió formas particulares a través de su encuentro con la industrialización. Si, como corriente histórica, no está agotándose, debiera manifestarse mediante expresiones nuevas cuando nos asomamos a lo que muchos llaman la sociedad de la información. Podría conjeturarse, por razones ya esbozadas, que una medida significativa de su capacidad para hacerlo será

su incidencia en el proceso mismo de la creación científica y técnica. Ayer, la expansión socialista apareció en la escena cuando ya habían sido fijados los rasgos básicos del libreto según el cual se desarrollaba la revolución tecnológica. En la segunda mitad de este siglo, el orden de precedencia se ha invertido. Ayer, lo decisivo lo constituyó el desafío de la industrialización. Hoy, ese papel parece jugarlo la innovación científica y técnica: su promoción, orientación, utilización y control.

Justamente, no sería de extrañar que las variadas amenazas para la propia supervivencia de la vida en "el navío espacial Tierra" —desencadenadas por la cuasi cancerosa diseminación de la tecnología— se constituyan en grandes impulsoras de tendencias de índole socialista.

Pese a las infinitas diferencias entre las situaciones de los seres humanos, que ya atestamos este planeta, va adquiriendo creciente sentido hablar de algo así como el "futuro común" de la Humanidad. Sobre todo, porque tal vez el mismo simplemente no exista. De allí provienen muy objetivas tendencias hacia formas de actividad humana con una impronta racional, colectiva, no antagónica.

Tal vez la segunda mitad del siglo XX pueda ser vista como un gran salto en el largo proceso de creciente interacción entre los seres humanos —de repliegue de la Humanidad sobre sí misma, si puede decirse así—; ello se manifestaría, por ejemplo, en el rápido crecimiento de la población y la conversión de la mayoría en habitantes de las ciudades, en la internacionalización de las comunicaciones o en el denominado "advenimiento de la economía planetaria". Quizás, al encontrarse reunida la Humanidad, está teniendo lugar un proceso de mutación institucional y organizativa comparable a la revolución urbana.

En ese contexto, si bien una reorganización absolutamente no antagónica de la sociedad parece incapaz de salir del reino de los sueños, sus hipotéticos diseños pueden orientar construcciones parciales y provisionales pero también eficientes y deseables. Entendidas de este modo —post-ingenuo, o post-decimonónico, si se prefiere— nuevas utopías pueden constituir una construcción espiritual de tremenda eficacia material. Como, salvando todas las distancias, han revelado serlo las teorías físicas del siglo XX.

Es de notar que la expansión socialista se desenvuelve paralelamente a —y en íntima imbricación con— el proceso de laicización de los justificativos que cada estructura social requiere, de su andamiaje de legitimación. En este sentido, las propuestas socialistas del siglo pasado, con su aspecto de "promesas", pueden ser vistas como una suerte de milenarismo terrenal con rasgos científicos. En tal carácter, han perdido vigencia histórica. La gran corriente en la que se insertan seguirá teniéndola si, a su interior, se opera una especie de segunda laicización.

Vivimos en plena era de la incertidumbre y del desencanto. La aceleración y diversificación del cambio, junto al desvanecimiento de las esperanzas que suscitaron grandes proyectos políticos de orientación socialista, difunden una sensación de impotencia. Planificar, con criterios racionales y vocación solidaria, ciertos aspectos del futuro, luce imposible. Los fracasos experimentados por las grandes pretensiones de anticipar y/o modelar el porvenir llevan a descreer en las posibilidades de la acción

solidaria y colectiva a largo plazo, abriendo así un vacío espiritual que es, probablemente, la causa primera de la difusión de las ideas neoliberales. Resignarse a que "el mercado", al decidir lo que conviene hacer, releve a la sociedad del compromiso de construir su futuro, parece para muchos inevitable por ausencia de alternativas.

Pero la amplitud mayor de los futuros posibles no refleja una menor incidencia del hoy en el mañana, sino todo lo contrario. Es la capacidad actual de los seres humanos para afectar más rápida y profundamente al planeta entero lo que nos sumerge en la era de la incertidumbre. Luego, para disminuir la probabilidad de las alternativas más indeseables y aumentar la de otras, en la gama creciente de futuros posibles, hace falta un redoblado esfuerzo orientado a escudriñar los futuros posibles y deseables, una suerte de reflexión utópica renovada.

La construcción de escenarios de ese tipo, pensados como horizontes de referencia más bien que como anticipaciones relativamente precisas del mañana, puede tener enorme importancia práctica: abriendo rumbos, articulando voluntades, sugiriendo avances parciales, sintetizándolos en una visión de conjunto. Ejemplo excelente de ello es, creemos, la visión de «la economía de un socialismo viable» que ofrece Nove.

Más aún, el estudio en serio de semejantes horizontes utópicos tiene un valor ético. Disipada cual espejismo la ilusión en el inexorable tránsito al socialismo, y destruida la supuesta prueba empírica de su superior eficiencia, las convicciones socialistas han de situarse exclusivamente en el plano moral. Por lo demás, la reflexión y la acción tendrán carácter tentativo: se tratará de conjeturas y de apuestas. Las certezas tendrán que ver con los valores definitorios—libertad, igualdad, fraternidad y solidaridad—. Pues bien, ilustrar tales ideas genéricas, desplegar algunas de sus múltiples dimensiones, relacionarlas con las luchas y trabajos de todos los días: esos son cometidos centrales de una prospectiva socialista.

La urgente necesidad de repensar las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza ha de alimentar, con especial vigor, la reflexion renovada sobre los futuros posibles, desde una perspectiva socialista. La problemática ecológica representa uno de los más objetivos reclamos de solidaridad entre los seres humanos, entre los que comparten su circunstancia de tiempo y lugar, pero no sólo entre ellos. Una visión solidaria internacional e intergeneracional, en lo que tiene que ver con las cuestiones ambientales, parece crecientemente necesaria para poder abordarlas con alguna eficiencia.

En general, cabe suponer que la vigencia futura de las propuestas socialistas se ligará directamente a la suerte que tengan las diversas búsquedas y construcciones que puedan ser vistas, en los más variados ámbitos, como formas de la solidaridad eficiente. Vale decir, como soluciones eficientes—siempre parciales y provisionales—de problemas sociales varios, construidas a partir de estrategias solidarias. Esto último significa, a su vez, que la solidaridad no es sólo la meta —que en abstracto podría serlo la de un despotismo ilustrado que apuntara a cierto tipo de igualitarismo—sino una inspiración para la práctica. Todo esto puede quizás ser considerado como una reformulación contemporánea de la vieja consigna fundacional de la Primera Inter-

nacional, según la cual la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

La prospectiva de inspiración socialista ha de explorar, en las experiencias más innovadoras que van tomando cuerpo en el espesor de la sociedad y en las tendencias profundas de ésta, las posibilidades que se abren para prácticas en las cuales la eficacia se apoye en la democracia, la participación, la capacidad colectiva para la innovación.

Por esta vía nos volvemos a encontrar con lo que sospechamos será decisivo para la vigencia, en las próximas décadas, de una gama renovada de propuestas socialistas. Nos referimos a las posibilidades que abre —y también que cierra—, en el contexto de lo que hemos denominado expansión socialista, la irrupción del •nuevo paradigma técnico-productivo•.

Ya nos hemos referido más de una vez a este último concepto, manejado por diversos autores. Recapitulemos telegráficamente la idea en cuestión, tal como nosotros la vemos.

Vivimos una nueva revolución tecnológica —la tercera revolución industrial, si se prefiere— que se hace notoria en los años '70, se sustenta en el explosivo desarrollo del complejo electrónico (conformado por la electrónica, la informática y la telemática), y se liga al auge de las «nuevas tecnologías», en las que se destacan además las biotecnologías y los nuevos materiales. Esa revolución convierte a la ciencia y a la tecnología y, más en general, a la capacidad para la innovación a todos los niveles, en los factores decisivos de la eficiencia productiva. Todo ello, y en particular la denominada «automatización flexible», ponen en cuestión la relevancia tradicional de las economías de escala y destacan, por contraposición, las que se vinculan a la flexibilidad y a la capacidad para la adaptación rápida, para la atención específica de la demanda, para el mejor uso del tiempo, para el cambio permanente.

Entra en crisis el «paradigma» productivo que la gran industria norteamericana de los años '50 encarnó a la perfección, con su uso masivo de materias primas y energía baratas, sin atención a las consecuencias ambientales. En su lugar, pasa a ser central el uso masivo de la información.

Más en general, entran en crisis el «fordismo» y el «taylorismo», aunque mucho se discuta acerca de si los sustituirán formas organizativas opuestas o variantes renovadas de las mismas.

En cualquier caso, la máxima eficiencia productiva ya no se liga a la rígida estructura de la gran producción en serie de artículos iguales, basada en la nítida separación entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre concepción y dirección, por un lado, y producción, por otro, materializada ésta a través de la parcelación al extremo de las tareas y su ejecución mediante la permanente reiteración de acciones elementales. Hoy es ya posible —y por ende, imprescindible para no perder competitividad— adaptar la producción a requisitos variados y cambiantes, así como aprovechar de manera menos unilateral los recursos humanos en estructuras mucho más flexibles.

Se esboza una tendencia que ha sido descrita así: «Lo pequeño es más hermoso y más rentable que lo grande; lo versátil, lo compatible, lo adaptable es mejor que lo

rígido. Un producto programable es mejor que uno específico. Un producto capaz de crecer en forma modular es superior a uno de escala y potencial definido y estático. Un producto con mayor velocidad de operación y respuesta es preferible a uno menos rápido. Todo producto capaz de conectarse a una red o constituir el núcleo o una parte de un sistema es mejor que un producto aislado. La 'inteligencia' distribuida es mejor que la centralizada. (Carlota Pérez, 1986).

En términos marxistas, cabe decir que una gran revolución tecnológica ha traído aparejado un gran salto en el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, el que entra en contradicción con las relaciones de producción prevalecientes. La gran producción centralizada, jeraquizada, repetitiva —y por ende refractaria a la innovación ágil— se torna obsoleta. Su crisis será tanto más brusca cuanto más cristalizadas estén sus formas. Desde cierto punto de vista, la crisis del socialismo real —su notorio estancamiento de las últimas décadas y su posterior derrumbe político— constituye la expresión más impactante de la obsolescencia del taylorismo.

Paralelamente, se dibujan oportunidades para la construcción de nuevas relaciones de producción menos consolidadas y verticales, en las que la información y el poder estén más repartidos, mientras se hacen menos nítidas las diferencias entre trabajo manual e intelectual, entre los que dirigen y los que ejecutan. Se trata, creemos, de tendencias objetivas, pero por supuesto sin resultados garantizados, y siempre confrontadas a otras de signo distinto.

En el contexto de la expansión socialista, surgen nuevas posibilidades para hacer realidad formas de la solidaridad eficiente.

EL SOCIALISMO DE AYER Y LAS HUELLAS DEL MAÑANA

1. ¿FIN DE JUEGO?

En las páginas precedentes hemos ensayado, desde diversos ángulos, una discusión de la tesis según la cual la propuesta socialista, como tal, ha caducado. Grosso modo, nos parece constatar que un gran ciclo del socialismo toca a su fin, por lo cual desaparecen en el horizonte los últimos resplandores de una cierta propuesta o, mejor dicho, de una cierta familia de propuestas socialistas. Si ello es así, se plantea naturalmente una cuestión medular: en el ocaso de ese gran movimiento —nacido en la Europa que moldeara la Revolución Industrial, formulado a partir de la visión de la ciencia del siglo XIX, dinamizado por el accionar de la clase obrera y difundido a escala planetaria por la reacción anticolonial—, ¿corresponde diagnosticar la agonía del potencial renovador del socialismo mismo?

a. El socialismo ante el mundo de hoy

Pensamos al socialismo, tanto en su trayectoria histórica como en su hipotético futuro, como movimiento social o, de manera un tanto más precisa, como un conjunto de propuestas de reorganización social portadas por el accionar de sectores sociales postergados. Luego, su definición está dada, primeramente, por oposición, a partir de aquello a lo que se opone. En segunda instancia, por la inspiración de ese rechazo, por su motivación. Y, en tercer lugar, por el tipo de alternativas que al orden existente levanta.

El socialismo adquiere su forma clásica al confrontarse con el capitalismo industrial en su primera fase de expansión. Desde sus mismos comienzos, se mide con las tendencias más modernas de la evolución social, y en relación a ellas formula sus definiciones. Esa característica central marcará toda su trayectoria hasta el presente; así por ejemplo, aun cuando cumpla o crea cumplir tareas "antifeudales", las enmarcará en lo que describa como la fase más avanzada del capitalismo. Su referente por oposición será la dinámica de los sectores sociales privilegiados a los que parezca corresponder la iniciativa en el devenir histórico.

Frente a ellos, sus banderas recogen las reivindicaciones de "los de abajo", expresadas durante siglos por rebeliones campesinas y movimientos comunales, inspirándose en una ética igualitarista y solidaria cuyos orígenes se pierden en la

noche de los tiempos. Ahora bien, tan central como esa motivación moral original será su formulación en términos de lo más avanzado del pensamiento de la época, del movimiento intelectual en el que se inspiró la Revolución Francesa y de la crítica a las limitaciones de ésta. Sus mitos convocantes—si se puede llamarlos así— no se ubican en el pasado sino en el porvenir. Y ello no puede ser de otra forma porque, a partir de los reclamos de los más humildes, se persigue una forma de vida mejor para todos los seres humanos y no sólo para una fracción de los mismos, lo cual impide apuntar hacia experiencias históricas ya vividas. Los valores que el socialismo expresa no pueden referirse a un paraíso perdido sino a la construcción del futuro.

Por consiguiente, las alternativas que levanta deben ir más allá del orden existente. Ante esa dinámica a la que se opone, más que a invertir su sentido, aspira a acelerar ciertas tendencias capaces de trastocar la propia lógica de funcionamiento del sistema. En una metáfora pobre —cuyas imágenes empero quizás no sean ajenas al espíritu de los tiempos fundacionales—, diríamos que se procura captar el mecanismo subyacente de la evolución social, no con la vana esperanza de trastocarlo o detenerlo, sino con la prometeica ambición de llegar a prever su curso, y hasta de acelerarlo, para hacer posible ese cambio a nivel de los controles, y de la dirección del proceso, que su mejor funcionamiento ulterior demandará.

Enfocada su atención en las tendencias fundamentales de la evolución social en una cierta época, la propuesta socialista clásica se sustenta en un triple movimiento: análisis de tales tendencias con propósitos prospectivos, denuncia de los perjuicios sociales que entrañan, anuncio del trastocamiento de significado inherente a su propio desarrollo. Bien se conocen esos tres aspectos del monumental examen, debido a Marx, del capitalismo como sistema dinámico. Y, dicho sea de paso, también es notorio que sus mayores insuficiencias se vinculan al tercer momento del enfoque.

Desde las primeras décadas del siglo XIX, la aceleración de la industrialización capitalista suscitó oleadas de rechazo, en las cuales se sustentó el auge del socialismo. Ese rechazo —que en Europa recogía tradiciones seculares y que bien pronto iba a conjugarse en los cuatro puntos cardinales con otras respuestas a la misma onda expansiva— puede ser visto bajo la forma de la reacción y también bajo la forma de la ilusión. Revueltas de los más afectados por la cadena innovadora, que buscan quebrarla; utopías de los más sensibles, que buscan saltearla. A lo largo de la centuria, la reacción —lucha contra el orden social emergente— se va convirtiendo en acción —combate por otro orden social situado más allá del presente—, al tiempo que la ilusión —edificación de mundos ideales de alternativa— se muda en exploración — búsqueda a nivel del suelo de las huellas del futuro—. Al pasar del rechazo a la propuesta de construcción, se esboza una iniciativa histórica de las clases subalternas.

Esta lectura del pasado sugiere, como primera aproximación, que la médula de la propuesta socialista, y la piedra de toque de su vigencia, radican en la posibilidad de transformar ciertas posturas éticas en alternativas, propias de los sectores sociales postergados, para las grandes líneas de la construcción de la sociedad por sí misma.

En esta óptica, el fin del socialismo dejaría huérfana de viabilidad global a la defensa de ciertos valores, reduciéndola a una actividad de perspectivas muy parcia-

les, esencialmente de resistencia y cuestionamiento, y por ende tendiente a la marginalidad. Tal implicación nada dice, bien entendido, sobre la vigencia del socialismo. Pero realza la trascendencia de la cuestión. Sobre todo porque, a medida que la Humanidad se acerca al siglo XXI, la viabilidad de propuestas racionales a la par que solidarias para la reorganización social se vinculan crecientemente con la supervivencia misma de la especie.

El hambre, la destrucción del medio ambiente, la espiral del armamentismo y las guerras, no precisan descripción, ni es fácil exagerar sus consecuencias ya visibles o sus riesgos potenciales. Los crecimientos paralelos de la población mundial y del arsenal tecnológico determinan que los perjuicios causados por la lógica del provecho sectorial, y por las actitudes colectivas privadas de lógica, afecten a más seres humanos que en cualquier período del pasado.

En las páginas finales de su admirable *Mankind and Mother Earth* (publicada en español con el título menos sugerente de *La aventura de la Humanidad*), Toynbee sostiene que, dados los castigos que el hombre ha infligido a la Naturaleza, la continuidad de la vida en este planeta sólo podrá ser asegurada por un conjunto de regulaciones cuya implantación demandará una suerte de gobierno mundial.

Para pensar con algún grado de realismo, entendemos que se habla de un proceso de disminución de las oposiciones entre los diversos estados, de estructuración de normas compatibles, de cooperación en grandes programas comunes. Obvia es la conveniencia, desde múltiples puntos de vista, de semejante proceso. No es difícil argumentar, incluso, que el mismo es cuestión de vida o muerte. Pero aunque las tendencias en esa dirección apenas estén esbozadas, no pueden ya esconderse los perjuicios que también conllevan.

La clásica crítica liberal al estado no puede tener blanco más ajustado que cualquier versión de un "gobierno mundial", super-estado reforzado por su carácter único, por el potencial puesto a su disposición por la tecnología y, también, por la necesidad objetiva de afrontar las tareas que le serían encomendadas. La jerarquización autoritaria de estirpe tecnocrática se vería reforzada por un proceso como el anotado; serían por ende inherentes al mismo agudas tendencias a una nueva diferenciación social, a la subordinación y a la marginalización de múltiples grupos humanos. Demasiados factores apuntan al fortalecimiento de una super-"razón de estado"; la historia enseña que ella no suele ser solidaria y que a menudo resulta poco racional.

En este navío espacial, la Tierra, cuya activación interna está a punto de escapar a todo control, la multiplicación de jerarquías e imposiciones no puede ser vista como sinónimo de eficacia. No se ve cómo alcanzar equilibrios más humanos entre la tecnología, la Naturaleza y la gente sin involucrar a esta última más directamente. Abrir a la discusión, a la información, a la vigilancia, a la participación de muchos el manejo de los grandes temas de nuestra época parece, más que deseable, imprescindible. De Three Miles Island a Goiania pasando por Chernobil, tres variantes de la irracionalidad generada por la razón instrumental, es decir, jerárquica e inhumana, están reclamando el reverdecer de enfoques distintos.

Notemos todavía que, para la calidad de la vida humana, no es menos importante

que plasmar propuestas solidarias el tener ocasión de trabajar por ellas. Si se hace came el descreimiento en la viabilidad de las iniciativas históricas de ese carácter, para muchos la existencia en el lóbrego reino de la razón instrumental y jerárquica se hará no sólo materialmente ingrata sino también espiritualmente insoportable.

El propio señor Fukuyama, al celebrar la apoteosis del capitalismo liberal del Occidente desarrollado como "fin de la historia", ve a éste como "un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la voluntad de arriesgar la vida de uno por un fin puramente abstracto, la lucha ideológica mundial que pone de manifiesto bravura, coraje, imaginación e idealismo, serán reemplazadas por cálculos económicos, la eterna solución de problemas técnicos, las preocupaciones acerca del medio ambiente y las demandas refinadas de los consumidores. En el período pos-histórico no habrá arte ni filosofía, simplemente la perpetua vigilancia del museo de la historia humana" [Fukuyama, 1990]. A la hora de proclamar el triunfo, *urbi et orbi*, del liberal-consumismo, es difícil no ver que, de la mano con él, se extiende por el globo, como un derrame de petróleo, una crisis de motivación capaz de ahogar la capacidad de los seres humanos para enfrentar los problemas colectivos, cuya historia por cierto no tiene fin a la vista.

Si las sociedades posmodernas han de caracterizarse por la primacía del sistema científico y educativo, dice Habermas [1981, p.168], es posible que resulte "estructuralmente escaso" un recurso: "no el acceso al poder [sobre la naturaleza], a la seguridad [jurídica] o al valor [en el sentido de riqueza], sino el acceso a la motivación y al significado". La cuestión es la de las fuentes de la identidad colectiva. Dos formas de esta última se han impuesto en el último siglo y medio [ídem, pp. 103-104]: la que tiene que ver con la nación y la que se forjó a partir del movimiento obrero y socialista. Precisamente, hoy contemplamos al mismo tiempo el descaecimiento de las modalidades tradicionales del socialismo y el resurgimiento explosivo de los nacionalismos, frecuentemente ligados al integrismo religioso; estos se expanden debido al fracaso y al vacío que aquéllas dejan tras de sí.

Cuando tantos factores —económicos y comunicacionales, en particular—dibujan el advenimiento de la sociedad planetaria, la vigencia de las propuestas de inspiración socialista tiene que ver con la forja de ciertas identidades colectivas que no sean a priori excluyentes.

Un mundo sin proyectos socialistas puede ser una aglomeración signada por la fragmentación y la falta de cualquier motivación abierta a todos.

b. El marxismo y el mañana

Ahora bien, si una primera aproximación a la vigencia de las propuestas socialistas puede relacionarse a su capacidad para inducir cierto tipo de actividades de sectores sociales poco favorecidos, un segundo nivel relevante de análisis ha de referirse a los fundamentos histórico-racionales de semejantes propuestas y actividades. Aquí, justamente, está el corazón del marxismo.

A mi entender, lo que hay de permanente en el famoso tránsito "del socialismo

utópico al socialismo científico" es la vinculación de un proyecto de sociedad éticamente fundamentado con una visión de la historia, establecida de tal manera que permite una triple aplicación de la razón: al análisis de la experiencia colectiva, al diseño de propuestas viables para afrontar los problemas comunes, a la discusión de los caminos idóneos para irlas plasmando en los hechos. Dado que la razón es algo que todos tenemos en común, ello parece condición sine qua non para que los seres humanos lleguen a ser protagonistas colectivos de su propia historia antes que juguetes de ella.

La concepción materialista de la historia vio en el desarrollo de las fuerzas productivas el origen de la desigualdad entre los hombres, pues estos resultan diferencialmente ubicados en las relaciones de producción—que generan la realidad de la explotación— y porque el producto excedente permite la constitución de un aparato estatal (militar-burocrático-religioso) que tiende a consolidar aquella realidad y da lugar a otra, la de la dominación.

El marxismo clásico, avizorando un desarrollo aún mucho mayor de las fuerzas productivas, sostuvo que el mismo haría posible empezar a recorrer el camino inverso, el de la atenuación de las desigualdades, de cuyo surgimiento habría sido la causa ese mismo desarrollo en sus etapas iniciales. El hilo argumental puede presentarse de manera simple. En efecto, se entiende que, a cierta altura del avance de la ciencia y de la técnica, una vida digna de seres humanos será posible no sólo para unos pocos, y no tendrá ya que sustentarse en la vida indigna de muchos. El trabajo embrutecedor e idiotizante no deberá ocupar la mayor parte del tiempo de la mayor parte de la gente. No serán sólo unos pocos los capaces de entender cómo se dirigen las fábricas o los municipios. Entonces, las divisiones entre una mayoría de explotados y una minoría de explotadores, entre una mayoría de dirigidos y una minoría de dirigentes habrán dejado de ser objetivamente necesarias.

El enfoque reseñado sustenta las consignas clásicas: "expropiación de los expropiadores" e instauración de "la comuna", o sea, socialización de los medios de producción e impulso a la democracia directa, apuntando a la abolición de las clases y del estado.

Todo el proceso transformador ha de tener ciertos rasgos muy nítidos. La concepción materialista de la historia busca las raíces de las grandes transformaciones en las condiciones reales de vida de la gente, en su trabajo y en sus luchas. Por lo tanto, las transformaciones socializantes no pueden sino ser obra de las mayorías. Frente a los "utopistas" y a los "blanquistas", el socialismo de cuño marxista se afirma como movimiento de masas. Promueve la organización de sindicatos y da origen a los partidos políticos en el sentido moderno del término. Con ellos aspira a forjar herramientas idóneas para que la emancipación de los trabajadores sea obra de los trabajadores mismos, en el entendido de que de otra forma no será tal.

Las ideas cuyo resumen telegráfico se intentó en los párrafos anteriores constituyen a mi ver el núcleo más profundo del marxismo, lo más inspirador y fermental del mismo. Para renovar el cimiento histórico-racional de las propuestas socialistas parece imprescindible dar respuesta cuidadosa a la cuestión de si esas ideas tienen en estos tiempos alguna vigencia. Vale la pena evocar, a esta altura, lo que era el socialismo científico hacia 1890: "Se creía que Marx había descubierto las leyes de la evolución de la sociedad capitalista, leyes en el sentido en que operan con absoluta necesidad a un largo plazo no especificado." [Przeworski, 1988, p. 64]. "...el socialismo era la expresión iluminada de la necesidad histórica. Ser socialista era ser científico, haber entendido la inevitabilidad de las leyes del desarrollo histórico. Ser científico era ser socialista, haber rechazado la ideología burguesa de la naturaleza eterna de cualquier sistema de relaciones sociales. De aquí que ser socialista fuera ser marxista" [ídem].

Hoy se sabe bastante más y se piensa de manera bastante distinta que hace un siglo acerca de la historia y la antropología, la ciencia en general y la noción de verdad científica en particular. Una o dos revoluciones industriales nos separan de aquella época, y ya creemos bastante menos en el progreso, con sobrados motivos, pues desde entonces hemos conocido horrores de base técnica aún mayores que los adelantos técnicos. Los esfuerzos realizados para cambiar las formas de producción y de gobierno nos han obligado a saber un poco más de las complejas articulaciones entre unas y otras, de sus interconexiones, de la enorme dificultad del problema.

Mirando a nuestro mundo de los años noventa, resulta dificil escapar a la impresión de que se asiste a un doble crecimiento en flecha, de los conocimientos y de la parcelación del conocimiento, de las posibilidades técnicas y de las dificultades para usarlas humanamente. A despecho de las ilusiones que acompañaron el nacimiento de la ciencia moderna, su desarrollo, más que descubrir la verdad, parece resquebrajarla, y la noción misma luce destinada al museo. Todo intento de construir una visión integrada de nuestro mundo —que sea, por supuesto, aproximada, provisional, históricamente ubicada— es visto como mero anacronismo. Es la hora de la "razón instrumental". La de los técnicos especializados. También, la de una nueva ola en la antiquísima corriente del realismo político.

Este ambiente espiritual, a diferencia del que prevaleciera hacia 1968, es poco propicio para la búsqueda de caminos que permitan renovar la iniciativa histórica de las clases subalternas. Por objetiva que pretenda ser nuestra exploración, ese clima intelectual no puede sino ser un pesado lastre. Incluso en las ciencias naturales, la atmósfera más o menos optimista, audaz, innovadora, de una época gravita poderosamente en la capacidad de los científicos para encontrar nuevos derroteros, cortar nudos gordianos o "cambiar de paradigma". Por supuesto, la influencia del mundo situado en las afueras de los laboratorios y las bibliotecas no puede sino gravitar mucho más poderosamente en la labor de los científicos sociales.

No es, ciertamente, la crisis de algún paradigma —habitualmente, fuente fecunda de nuevos desarrollos—lo que configura tan poco alentador panorama, sino una crisis de carácter mucho más amplio, quizás la de los paradigmas como tales. Difícil es conjeturar si se trata de una enfermedad de crecimiento —que, como ya se observó, afecta a gran parte de la actividad científica— a la que sucederá una era de grandes síntesis renovadoras, o si por el contrario se está franqueando una nueva etapa en el proceso de disolución de las envolturas metafísicas de las verdades científicas, proceso que tendería a identificar tales verdades con el instrumento que describen, con lo que permiten calcular, predecir y hacer.

Hacia la última alternativa apuntarían los rasgos de la "condición postmoderna" del saber, tal como los describe Jean-François Lyotard [1979]. Dicho autor sostiene que la postmodernidad se caracteriza por la incredulidad respecto a los "mega-relatos" como la dialéctica del espíritu o la emancipación del trabajador, por la decadencia de su potencial unificador y legitimante, por una concepción de la ciencia como conjunto de ciertos juegos de lenguaje que no pueden legitimar a otros ni, en especial, a la propia ciencia. En tal contexto, esta última experimentaría un proceso de "deslegitimación", a través del cual llega a prevalecer un criterio puramente operacional de validación de la actividad científica.

Desde este punto de vista, cabe sospechar que las dificultades notorias que confronta el pensamiento socialista para elaborar una visión de conjunto no son ajenas a esa problemática más general de la ciencia contemporánea a que se ha hecho alusión. En especial, el descaecimiento del socialismo "monista" debiera ser visto como uno de los fenómenos asociados a la condición del saber—de los saberes— en nuestro tiempo, en el cual, por ende, la vigencia del socialismo requeriría una pluralidad de legitimaciones.

Sea como sea, dificil sería negar que alrededor de las aldeas donde se refugia la "ciencia social crítica" soplan vientos helados, que matan al nacer esos retoños ingenuamente débiles que en los climas de los años sesenta podrían haber llegado a ocupar un lugar bajo el sol. No poca hojarasca de escaso valor científico ha desaparecido así —barrida en muchos casos con estruendo por los mismos que con similar estruendo la habían cultivado, lo que no constituye un fenómeno nuevo—. La cuestión preocupante es la de averiguar qué tipo de vegetación surgirá tras tamaña poda. Se sabe que las incitaciones climáticas pueden inducir respuestas muy dinámicas si no son excesivas, pues en este último caso las adaptaciones logradas tienden a ser estacionarias y marginales, como la de los pueblos esquimales.

Entre los indicios que hacen temer un cierto congelamiento del pensamiento socialista ninguno más elocuente que la excomunión de los réprobos, bien ejemplificada por un artículo periodístico de James Petras (Semanario Brecha, No.113, Montevideo, 8-1-88, p.31). Su título, "El pecado de los intelectuales de Occidente", ilustra de por sí la actitud de encerrarse en el iglú y maldecir desde adentro. Un hecho central en la historia de las ideas, y quizás también en la historia a secas de nuestra época —el abandono de la actitud proclive al marxismo y a los movimientos revolucionarios tercermundistas, que en los sesenta era propia de grandes sectores de la intelectualidad en los países más desarrollados, mientras que en los noventa luce marginal— es denunciado y denostado más bien que explorado y explicado. Según Petras, "... los principales centros intelectuales experimentan una de las más asombrosas volteretas ocurridas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: el rechazo consciente del marxismo ...". Semejante presentación del fenómeno no abre caminos para su comprensión —especialmente en términos marxistas— pero dispensa de analizar la situación real del marxismo hoy en día. "Ya no está de moda ser 'de izquierda'; es una rareza. Y los intelectuales de Occidente, a su manera, viven muy pendientes de la moda", sostiene Petras. Si las modas gobiernan procesos tan importantes, ellas debieran merecer cuidadosos estudios. Usarlas como comodín ofrece una explicación todavía mucho más pobre que la que hizo de la "aristocracia obrera" la causa del rechazo del marxismo por parte de una mayoría creciente, desde hace bastante más de medio siglo, de la clase obrera de los países donde mayor ha sido el desarrollo del capitalismo. Tamaña explicación facilitó la defensa de la ortodoxia pero dificultó toda comprensión operativa del fenómeno. Desde el punto de vista científico resulta equivalente —como la explicación que hoy se nos propone—a justificar las carencias de una cierta teoría por la intromisión del demonio.

A comienzos de la década pasada, en un sugerente curso dictado en Caracas sobre "El marxismo contemporáneo", Perry Anderson proponía otra explicación del fenómeno. Enmarcándolo en la tradición pesimista propia del "marxismo occidental", la que reconoce sus orígenes en el fracaso de la revolución en Europa durante las primeras décadas del siglo, destacaba el influjo de otros fracasos más recientes. En particular: el de la Revolución Cultural China, en tanto pretendida renovación igualitaria y antiburocrática del "socialismo real"; el del eurocomunismo como camino nuevo para la izquierda en el capitalismo avanzado.

La desafección por el marxismo responde en primerísimo lugar, a mi entender, a su escasa capacidad para inspirar nuevas propuestas de transformación social. Esa es la diferencia cardinal con los tiempos del 68, según debiera ser bastante claro para quien tenga una concepción genuinamente científica del marxismo y una concepción adecuadamente histórica de la ciencia. La filosofía de la praxis, en su formulación clásica, evidencia su agotamiento precisamente al no ser ya capaz de gestar una praxis renovada, que sea compatible con las grandes mutaciones de nuestra época y que pueda constituir una verdadera iniciativa de sectores sociales postergados. Así, la viabilidad de las propuestas socialistas llega a plantearse como problemática de un post-marxismo.

Usamos ese último término con un sentido vecino al que le dan Laclau y Mouffe, y en una forma que es la de ellos, pero con una interpretación que corre por nuestra cuenta y riesgo. Hablamos así de post-marxismo pues el acantonamiento en concepciones petrificadas —la cosmovisión del iglú—no permite, si acaso, más que una práctica defensiva, que influye escasamente en los fenómenos mayores de estos tiempos. Pero también post-marxismo, pues el primer gran ciclo de la praxis socialista, en cuyas postrimerías creemos vivir, abrevó en el marxismo, de donde la praxis futura que pueda heredarla no dejará de tenerlo como referencia, ni adquirirá envergadura sin ajustar cuentas con él. La física relativista y cuántica es post-clásica (galileana o newtoniana) en ese doble sentido, que no es por cierto el de una oposición-ruptura comparable al de la ciencia moderna frente a la "física" medieval, sino más bien en el de una integración-superación. Post-marxismo porque no son pocos los trabajos que sustentan la afirmación de Habermas [1981, p. 9] según la cual la "capacidad estimulante" del materialismo histórico "dista mucho de estar agotada"; en verdad, la vigencia de una concepción debiera ser apreciada, más que por la validez que se atribuya a sus enunciados centrales, por su capacidad para estimular, teórica y prácticamente, nuevas y sólidas construcciones. Post-marxismo también, y primordialmente, por el propósito de vivificar "la herencia más preciosa del pensamiento marxista [que] es la asociación del análisis político a los esfuerzos en pro de la liberación de los oprimidos", según una expresión de Touraine que ya citamos al comenzar esta monografía. **Post-marxismo**, en definitiva, porque si ya no parece viable ni fructífero pretender arrancar de raíz la fuente de todas las alienaciones, la voluntad de luchar contra ellas —impulsando la organización racional y democrática de las relaciones económicas, y humanas en general— resulta más necesaria que nunca.

Habiendo replanteado así, al cabo de nuestra pequeña excursión por grandes problemas, la motivación que nos llevó a emprenderla, intentemos recapitular desde esta perspectiva lo que nos parece haber visto durante el viaje.

2. RECAPITULACION PROVISIONAL

a. Acerca de las utopías

Suele postularse la caducidad global del socialismo notando que el socialismo como programa no ha sido llevado a la práctica en parte alguna. Ahora bien, en puridad, la democracia como programa tampoco ha sido llevada a la práctica en parte alguna. Algunos de los estudiosos que analizan las sociedades que hoy se dicen democráticas las califican más bien como poliarquías: gran ventaja suele ser que el poder esté distribuido, pero ello no significa que "el pueblo" lo ejerza.

La democracia por la cual se lucha con renovado vigor desde 1789 no es por cierto la que inventaron los griegos, pese a lo cual la inspiración y el poder de convocatoria de aquellas lejanas tradiciones llevan a destacar tanto la continuidad como la diferencia. El ciclo de la democracia de la ciudad-estado concluyó, seguramente, hace largo tiempo. Más todavía, a esta altura de la experiencia histórica, uno tiende a pensar que la democracia en sentido estricto es una utopía. ¿Implica ello que se decrete la muerte de la democracia? Dado lo que ese fin ha permitido lograr, una visión realista sin concesiones llevaría más bien a enfocar la cuestión a partir del aforismo de Weber que anotamos al partir: "... es una verdad históricamente comprobada que sólo persiguiendo lo imposible se alcanza lo que en cada etapa es posible".

En esta perspectiva, nos parece relevante el enfoque de Norberto Lechner cuando afirma que la política moderna parte de un mito fundacional: "La soberanía popular es un mito, pero un mito necesario. Es necesario un concepto-límite, un horizonte utópico fuera de la sociedad, como referente para pensar y organizar la sociedad" [Lechner, 1984, p.48].

Podríamos pues sostener que la soberanía popular no ha sido llevada realmente a la práctica en parte alguna y, al mismo tiempo, que constituye un programa o propuesta con vigencia muy real. Por este camino, la problemática del socialismo nos lleva a la revaloración no utópica de las utopías: "Hay que conservar y desarrollar las utopías del 'buen orden', porque solamente en relación a esa imagen de sociedad

perfecta, pero imposible, podemos descubrir la sociedad posible" [Lechner, op. ct., p.18].

Al contemplar el espectáculo, grandioso y dramático, que hoy ofrece el fin del "socialismo real", vemos resurgir también una vieja forma del realismo político que, en nombre de la cruzada contra las utopías, lleva a identificar lo real con lo que existe, lo que resulta poco realista. En efecto: "El realismo político exige una doble crítica: contra quienes pretenden realizar efectivamente la utopía, pero también contra quienes pretenden prescindir de la utopía" [ídem, p.18]. Estos últimos, en realidad, suelen ser incapaces de anticipar los cambios y de abrir espacios para las innovaciones deseables. Parafraseando a Rosanvallon [1979, p. 26] cabe decir que el socialismo tendió a soñar con Rousseau y a gobernar con Maquiavelo; pues bien, si no se revaloriza la importancia práctica del pensamiento utópico, la desaparición de las supuestas utopías realizadas del "socialismo real" puede dejamos inermes en brazos de un maquiavelismo de cortas luces.

En fin, la promesa de un mundo mejor se ha ido, presumiblemente por largo tiempo. Y, con ella, el optimismo del socialismo clásico. En la "postmodernidad" prima el pesimismo. Este ya ha sido característico del "marxismo occidental", signado también por una tendencia a la desvinculación entre la reflexión y la práctica social. Si esta tendencia fuera inherente a una visión teñida de pesimismo, la tesis global de Touraine se vería sin duda confirmada por el futuro.

Ahora bien, Perry Anderson ha señalado la filiación "spinozista" del pesimismo propio del marxismo de Occidente, y de Althusser en particular, quien en alguna parte evoca la tremenda frase de Spinoza que dice más o menos lo siguiente: quien piense que los hombres, esclavos de sus pasiones, pueden conducirse de acuerdo a la razón, cree en la edad de oro o en los sueños de los poetas. Empero, una lectura del *Tratado de la autoridad política* [Spinoza, edición de 1978], produce una impresión más matizada, y hasta sugiere un marco o enfoque "pesimista" para una praxis viable. En efecto, lo notable de esa obra escrita hace más de tres siglos es cuán profundamente democrática e igualitaria llega a ser su propuesta política, racionalmente deducida de puntos de partida nada ingenuos sino bien realistas, o incluso pesimistas, acerca de la condición humana. En el estudio introductorio a la edición mencionada dice Robert Misrahi: "i... precisamente porque la realidad es servidumbre y violencia la filosofía es necesaria, y la política indispensable!" [Spinoza, op. cit., p. 73, traducción mía].

El mismo comentarista caracteriza el enfoque de Spinoza en términos que lo vinculan a la noción de utopía que aquí hemos evocado: "Que las anticipaciones y las construcciones spinozistas son audaces, nadie lo duda, que la democracia racional inscrita en filigrana en toda la obra política de Spinoza se adelante a su tiempo, es evidente. Que el ideal spinozista de una sociedad tan fuerte y equilibrada como para permitir a los individuos buscar por sí mismos un 'verdadero bien', una 'beatitud' y una 'verdadera vida', dificiles e infrecuentes por esencia, sea una impactante protesta contra la resignación a la mediocridad, es igualmente evidente. Pero la audacia, la protesta, la anticipación son precisamente las fuerzas que construyen el futuro y remodelan las sociedades. Si se quiere ver en ello el espíritu de la utopía, no vemos inconveniente

ni contradicción, siempre que se sepa que la nueva utopía spinozista surge, como la luz del mediodía, del mundo mismo." (ídem, p. 67]. La anticipación de futuros viables y deseables, a partir de la realidad y de una concepción nada rosada de la condición humana, con el fin de iluminar la práctica del presente y los posibles caminos para superarlo, es común, me parece, también a Gramsci y a Alec Nove.

Ese enfoque orienta diversas exploraciones contemporáneas, en los campos de las ideas y de las prácticas, que permiten, al menos, dudar de que el fin del socialismo optimista marque el fin del socialismo a secas. La cuestión luce abierta. En cualquier caso, conserva toda su validez la divisa de quien mejor afrontó ese dilema: pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad.

b. Más allá del socialismo de estado

El quid de la cuestión es la potencialidad del socialismo para renovar al socialismo. Con ello, y con lo apuntado antes respecto al papel de la utopía, tiene que ver la cita siguiente. En su estudio *La oposición en el "socialismo real"* [1981], al ocuparse de las corrientes socialistas de la oposición soviética, Claudín transcribe las siguientes palabras de Anatoli Levitin-Krasnov: "Pese a todo, la humanidad sigue soñando, sigue creyendo, sigue conservando en su corazón el ideal de una fraternidad mundial de hombres libres, felices, cabales. El ideal de una comunidad sin riqueza, sin poder, sin fuertes ni débiles, es decir, el socialismo. La humanidad es un socialista incorregible".

A esas palabras parecen responder estas otras, debidas a ese economista escocés hijo de un menchevique exiliado, cuyo admirable sentido común nos ha servido de guía en este trabajo [Nove, 1983, p.8, traducción mía]: "Pensamos al 'socialismo' como una alternativa frente a una sociedad ampliamente sustentada todavía en la propiedad privada y en el beneficio privado. Generaciones de reformistas y revolucionarios concibieron un mundo en el que no hubiera grandes desigualdades de ingresos y riquezas, donde la propiedad común prevaleciera, donde el poder económico (y el político) estuviera más equitativamente distribuido, donde la gente común tuviera un mayor control sobre sus vidas y las condiciones de su trabajo, donde la planificación orientada hacia el bien común de la sociedad reemplazara (al menos parcialmente) a las fuerzas elementales del mercado".

En la tercera parte de esta monografía intentamos subrayar cuánto tiene la inspiración socialista para aportar en lo que se refiere a la producción y a la economía en general. Ello, a su vez, significa que las ideas socialistas tienen mucho que decir en ese fenómeno central de este fin de siglo que es la renovación del socialismo, su verdadero cambio de piel. Hemos procurado también mostrar cómo esas ideas —en torno a las propuestas socialistas a nivel de la economía—se vinculan fluidamente con los retos y oportunidades que la revolución científica y tecnológica ha puesto sobre el tapete, y asimismo, por otro lado, con un enfoque adoptado por Gramsci.

Este último, discutido en la segunda parte, lleva a sustituir la cada vez menos fecunda utopía clásica de la destrucción del estado desde el estado, y la cada vez más contraproducente práctica vinculada, por la promoción de la sociedad, como práctica,

y también como utopía, en el sentido de las anteriores citas de Lechner. Utopía y práctica a la vez, en efecto, del "desarrollo de los elementos de sociedad regulada en continuo incremento" mediante los cuales "se reducen gradualmente ... las intervenciones autoritarias y coactivas". Práctica y utopía, pues, de la construcción, en el espesor de la sociedad, de relaciones menos excluyentes y más eficientes. Acaso allí pueda nacer, o incluso esté naciendo ya, un nuevo ciclo socialista.

Afirma Touraine: "... el socialismo es la acción de transformación de la lucha de clase de la clase obrera en acción política al servicio del progreso material y social". Así concebido, y con una definición restrictiva de "clase obrera", el movimiento socialista ya no puede sino ser una expresión de intereses sectoriales. Pero, ¿por que serían inviables las acciones de transformación de las luchas de los sectores subordinados en acciones varias, sociales y políticas, al servicio de formas varias del progreso material y social? La respuesta negativa podría basarse en esta otra afirmación de Touraine: los dominados dejan de ser un grupo social real, mientras que los nuevos movimientos sociales saben que nunca —mañana como aver— los dominados se convertirán en dominadores. Ahora bien, estas dos verdades no parecen suficientes para responder negativamente a la pregunta precedente. Se puede sí basarse en ellas para sostener la caducidad del socialismo, en tanto se identifique a éste con la toma del poder por los dominados. Pero hacerlo así equivale a quedar atrapado en formulaciones perimidas. Y, lo que es realmente grave, a carecer de alternativa —ante la dominación de la tecnocracia ascendente— que no se limite a las manifestaciones de rechazo.

Esta última limitación sería insuperable si la imposibilidad de que los dominados se alcen con el poder implicara que no pueden ir más allá de la resistencia al poder. Bien, es justo este tipo de dicotomías el que nos parece caduco.

En primerísimo lugar, porque el poder, concebido en singular y supuesto concentrado en algún centro, constituye una noción superada. Se ha venido abriendo paso la comprensión de que lo decisivo no radica tanto en la sustitución de unos grupos por otros en los puestos de comando sino más bien en los cambios —progresivos, tentativos, con marchas y contramarchas—en la naturaleza y, especialmente, en la distribución no del poder sino de los poderes.

Afirma Foucault [1980, p98, traducción mía]: "... el poder no debe ser visto como la dominación consolidada y homogénea de un individuo sobre otro, o la de un grupo o clase sobre otras. Lo que, por el contrario, siempre debe ser tenido en cuenta es que el poder, si no lo observamos desde una distancia demasiado grande, no es lo que hace la diferencia entre quienes lo poseen y retienen en exclusividad, y quienes no lo tienen y se someten a él. El poder debe ser analizado como algo que circula, o tal vez como algo que sólo funciona bajo la forma de una cadena. Nunca está localizado aquí o allí, nunca se encuentra en las manos de nadie, nunca es apropiado como una mercancía o una fortuna. El poder es empleado y ejercido a través de una organización semejante a una red."

En semejante perspectiva, la dominación no puede explicarse sólo a partir de la organización del trabajo, sino que se hace presente en un universo proteico, en el que

por cierto aquélla desempeña un papel muy destacado, y que está configurado por diversos poderes —aunque, siguiendo a Foucault, sería más apropiado hablar de "poderes/saberes"—. Esta es una manera de entender por qué el socialismo monista vive su crepúsculo.

Pero, como lo evocamos en la primera parte, la experiencia histórica del movimiento socialista no se identifica a la de la concepción que en su seno llegó a ser predominante. Esto último ocurrió a lo largo de un proceso complejo, en el cual otras alternativas fueron quedando al margen —no siempre porque la vencedora fuera la más "justa" o "correcta", como en un tiempo se decía—, proceso que siguió su curso más allá del apogeo de aquella concepción, para presenciar su bifurcación y la suerte dispar de sus herederos. Esa historia no sugiere que alguna nueva concepción se vaya a elevar al sitial de privilegio que fue el del marxismo clásico, pero en cambio despliega una variedad de ideas y experiencias que hacen probable el surgimiento de variadas aproximaciones renovadoras, vinculadas a la vez a ciertas tradiciones —incluso algunas ayer postergadas— y a facetas contemporáneas de la desigual distribución del poder.

Si ya parece residual el impulso del marxismo-leninismo —expresión de un socialismo revolucionario confinado al mundo del atraso, que no ha logrado cuestionar la preminencia en lo tecnológico del "centro" del capitalismo mundial—, es la propia problemática que aquél pretendía resolver la que debe ser superada.

El marxismo-leninismo ha triunfado en países que se contaban entre los más atrasados y/o arrasados, y ha devenido la doctrina de la construcción en el atraso de una nueva sociedad a partir del estado. Socialismo del atraso, socialismo de estado: ello se traduce en sus características básicas. El doble movimiento declarativo que identificaba socialismo con el "socialismo real" y afirmaba que nuestra era es la del tránsito del capitalismo al socialismo, desembocó en una vía muerta. Ese socialismo real no es la "etapa" en la evolución social que sucede al capitalismo sino más bien la contracara de —el resultado de la reacción ante— la expansión colonial del Occidente capitalista; no puede identificarse a una etapa más avanzada en el desarrollo de las fuerzas productivas. Y en este desarrollo no hay ninguna clase de tendencia ireversible hacia el socialismo como modo de producción, definido —con sobrevaloración de lo jurídico, demasiado simplismo y bastante formalismo— a partir de la propiedad pública de los medios de producción. Más aún, hacia ese "modo de producción" no hay vías de transición en el capitalismo avanzado. Todo esto puede resumirse diciendo que no vivimos la época del tránsito del capitalismo al socialismo.

Según ya se apuntó, nos parece evidente que revolución socialista, en el sentido clásico —toma del poder por la clase obrera, a partir de la maduración de las contradicciones en el capitalismo más desarrollado— no ha habido ni habrá. Las denominadas revoluciones socialistas del siglo XX constituyen el sector radical de la gran revolución anticolonial, trazo mayor de la historia contemporánea: revolución antiimperialista, de liberación nacional, de construcción de un nuevo estado. Al igual que las revoluciones burguesas de los siglos precedentes, ilustran una verdad fundamental: las clases subalternas no pueden tomar y ejercer el poder. En ese sentido, la Revolución —en singular y con mayúscula— no existe.

Una revolución lo que hace es construir un nuevo estado: en esos términos quedó delimitada la problemática del socialismo revolucionario, hasta llegar a convertirse en su lastre mayor. Pero la limitación estatista, como también fue subrayado antes, alcanza también a la socialdemocracia. Y la desilusión, a ambos. En 1976 escribía Bobbio·[1983, p. 77]: "Si tuviese que hacer una historia de las ilusiones de nuestro tiempo ... me limitaría a presentar dos: la ilusión socialista de las democracias (mismo las más avanzadas) y la ilusión democrática del bolchevismo (o del leninismo)". La primera (ilusión socialdemócrata) imagina que a través de la democracia política se llegaría gradualmente al socialismo. La otra supone que la dictadura del proletariado sería una forma más avanzada de democracia.

Sin embargo, descartar la clásica opción estatista no nos parece suficiente; creemos que lo que resulta fuera de época es el tipo mismo de pregunta al que aquélla responde. Intentaremos explicarnos recordando que, según Touraine, para las fuerzas populares se plantea una alternativa insoslayable: o apuntar a la conquista del estado, o impulsar la autonomía de los movimientos sociales, la democratización y las reformas. Los objetivos son intrínsecamente contradictorios, sobre todo si el primero se entiende en sentido fuerte. No dejan de serlo si el mismo es interpretado como la aspiración a ejercer (o a incidir en) el gobierno, pero, en este último caso, esa meta y la otra que Touraine anota son, también, imprescindiblemente coadyuvantes. Las que ya no sirven son las soluciones netas y permanentes; corresponde —ante esa disyuntiva como ante otras— ensayar provisorias soluciones diversificadoras, que cuestionen al "todo político" en vez de reforzarlo al desatenderlo.

Por este camino llegamos a los temas discutidos antes —en la segunda parte de esta monografía— en relación a ciertos enfoques iluminantes de Laclau y Mouffe. Entre ellos, el que, asumiendo que "la pluralidad no es el fenómeno a explicar sino el punto de partida del análisis", lleva a leer en Gramsci que los sujetos políticos tienden a ser, más que grupos sociales, "voluntades colectivas" que surgen como articulaciones político-ideológicas de fragmentos históricos diversos. Es en esa perspectiva que nos hemos referido a la renovación de la noción de militancia, a su diversificación según dimensiones que no se subordinan a alguna de ellas sino que son, al mismo tiempo, irreductiblemente distintas e inseparables.

Según los autores mencionados, la experiencia de la democracia debiera consistir en el reconocimiento de la multiplicidad de las lógicas sociales junto al de la necesidad de articularlas y de llegar a formular a partir de ellas un conjunto positivo de propuestas. Esa labor de síntesis es propia de la política. Intentamos antes analizarla conjuntamente con la dimensión educativa de la política, en el marco de una actividad que, simultáneamente, reconozca y cuestione la división entre dirigentes y dirigidos.

Más allá del socialismo de estado, se dibuja una noción genuinamente plural de las diversas formas de militancia social, que obliga también a ir más allá del "todo o nada" político. Esperarlo casi todo de la política —como sucedió en el Uruguay durante la transición de la dictadura a la nueva institucionalidad— suele ser muy frustrante. No lo es menos el abandonar la política a unos pocos, pues en tal caso los esfuerzos de muchos en ámbitos muy diversos darán frutos escasos, ya que carecerán

de instancias de articulación. La complejidad de las sociedades contemporáneas hace evidente la esterilidad de reducir toda la problemática social a la política, pero no disminuye la importancia de esta última, sino más bien al contrario, pues la muestra como el imprescindible ámbito de síntesis de las diversas formas de militancia y participación.

c. El socialismo y la solidaridad eficiente

Pasemos al examen de la segunda de las aserciones de Touraine antes recordadas, según la cual el socialismo como movimiento ha estado ligado a la sociedad industrial, la cual, a su vez, estaría concluyendo su ciclo: "Ante nuestros ojos se están formando sociedades de un tipo nuevo. Se las denominará sociedades post-industriales si se pretende señalar la distancia que las separa de las sociedades de industrialización que las han precedido, y que todavía se mezclan con ellas tanto bajo su forma capitalista como bajo su forma socialista. Se las denominará sociedades tecnocráticas si se pretende designarlas según el poder que las domina. Se las denominará sociedades programadas si se intenta definirlas ante todo por la naturaleza de su modo de producción y de organización económica. Me parece que esta última expresión es la más útil por ser la que indica más directamente la naturaleza del trabajo y de la acción económica" [Touraine, 1973, p. 5].

Ahora bien, me parece que no es esa cuestión de caracterización la más relevante para el análisis de las nuevas condiciones en las que ha de plantearse la vigencia del socialismo. Las mismas son enfocadas mejor por esta otra cita del mismo texto: "El crecimiento es el resultado, más que de la acumulación de capital solamente, de un conjunto de factores sociales. Lo más nuevo es que depende mucho más directamente que antes del conocimiento, y, por consiguiente, de la capacidad de la sociedad para crear creatividad. Trátese del papel de la investigación científica y técnica, de la formación profesional, de la capacidad de programar el cambio y de controlar las relaciones entre sus elementos, de dirigir organizaciones y, por tanto, sistemas de relaciones sociales, o de difundir actitudes favorables a la puesta en movimiento y a la transformación continua de todos los factores de producción, todos los terrenos de la vida social, la educación, el consumo, la información, se hallan integrados cada vez más estrechamente a lo que antaño podían llamarse fuerzas de producción" [Touraine, 1973, p. 7].

En sociedades caracterizadas por este nuevo papel del conocimiento y de la innovación—en el sentido amplio de ambos términos—, ¿una estrategia racional para la promoción de ciertos valores puede tener inspiración socialista?

En este contexto, una buena "medida" de la vigencia del socialismo estaría dada por su potencial para motivar y articular una estrategia frente a la tecnocracia que vaya más allá del mero rechazo y posibilite que ciertos sectores postergados se "metan dentro" del progreso técnico, tengan iniciativas y participación en relación a su orientación, control y aprovechamiento. Si ello tiene visos de posibilidad, es a esta altura cuestión abierta, a cuya respuesta afirmativa no se pueden otorgar demasiadas

probabilidades. Pero una gama variada de iniciativas dispersas—a nivel de trabajadores, técnicos, científicos—, que aquí no podríamos ejemplificar sin extendernos en demasía, recomienda no apresurarse a estampar una respuesta negativa.

Digámoslo de otro modo. El llamado "nuevo paradigma técnico-económico" genera la crisis del modelo "fordista" de producción, crisis que, como onda de choque, se expande por todo el globo, confronta en un momento u otro a todos los países con la urgencia de la reconversión productiva y resquebraja con particular virulencia a las estructuras demasiado rígidas. Se convierte así, particularmente, en uno de los motores fundamentales del agotamiento del "socialismo real". Pero antes ha golpeado —y en buena medida no ha dejado de hacerlo— a los antiguos países industriales. Y, al presente, afecta duramente al continente latinoamericano, donde genera el fundamental debate de la modernización. Pues bien, ésta última puede mirarse -según el estilo al presente predominante- con lente neoliberal e individualista, haciendo de la diferenciación de los ingresos y de las aspiraciones personales las claves de una eficiencia por ende inseparable de la desigualdad y aun de la marginación social. Puede, en cambio, apostarse a la mayor capacitación del mayor número como lo sugiere la comprobación de que "el conocimiento" es hoy por hoy el principal factor de la producción—, a la eficiencia de soluciones más equitativas, a la innovación desde la participación. Se esboza así un programa de "modernización solidaria", cuyo éxito sería una medida decisiva de la vigencia práctica de los "mitos fundacionales" del socialismo. Por esta vía, la cuestión que nos ocupa sale del reino de la especulación y busca su solución a lo largo de caminos de investigación-acción. Y, desde este ángulo de mira, la solidaridad eficiente es el otro nombre del socialismo.

d. Breve excursión prospectiva

A su vez, la viabilidad de propuestas o programas del tipo que se está considerando se vincula con una visión histórica del presente, de lo que el socialismo es, y con una prospectiva de lo que puede ser en el futuro. Desde ese punto de vista ha de examinarse el contenido de esta afirmación de Touraine: "El socialismo no interviene en las relaciones de trabajo sino en la propiedad de las empresas; no ataca las relaciones de producción sino la dirección de la economía".

Nos parece que por aquí se llega a una cuestión central. En efecto, admitimos que "los dominados dejan de constituir un grupo social real", pero pensamos que no son las clases o grupos sociales los protagonistas del acontecer histórico sino más bien esas "voluntades colectivas", forjadas históricamente, a las que —siguiendo a Gramsci—se hizo alusión. Pues bien, ciertas tendencias perceptibles de la evolución social —que no son por cierto las únicas, ni necesariamente las más relevantes, pero que no por ello dejan de ser bien reales— posibilitan nuevas confluencias, que incluirían a ciertos sectores sociales subordinados, a partir de los cuales se podrían forjar "voluntades colectivas" capaces de incidir realmente en las relaciones de producción y en la división del trabajo. Esta óptica, vinculada con la esbozada en *Nuevas tecnologías, nuevas alianzas* [Sutz, 1989], nos lleva directamente a los temas al final de la tercera parte de este trabajo.

Allí, tras haber presentado y discutido varias tesis de D. Ribeiro, buscamos sintetizar algunas conclusiones reformulando la noción, que dicho autor emplea, de "expansión socialista". Designamos con esa expresión a un conjunto de tendencias a nivel de la civilización material, de movimientos sociales y políticos, de propuestas de reorganización social, que tienen en común el apuntar a revertir las tendencias —tan antiguas como la civilización misma— a la diferenciación en clases y al control por las minorías dominantes del excedente social.

Esa visión de la expansión socialista como una gran corriente, entre otras, de la historia universal —elevada al primer plano por y a partir de la Revolución Industrial—nos parece preferible a la que ve a nuestra época como el tránsito al socialismo, concebido como el primer modo de producción no antagónico. Esta última noción constituye un referente utópico, prescindir del cual es tan contraproducente como pretender hacerlo realidad—según va se anotó, glosando a N. Lechner—. Ahora bien, si "el socialismo" tiene que ser "menos" que "un modo de producción no antagónico efectivamente realizable" —por la buena razón de que tal concepto es en sí mismo contradictorio o, si se prefiere, de una perfección imposible—, puede y debe ser "más" que la utopía socialista. Esta última ha de ser vista, más bien, como uno de los aspectos definitorios de la expansión socialista. En el marco de ésta, el socialismo, en tanto conjunto de propuestas y articulación de movimientos que trabajan por ellas, se define —y vuelve a hacerlo una y otra vez—de manera triple: por aquello a lo que se opone, por la motivación ética que lo sustenta, por las alternativas que levanta. Y su vigencia depende de la "funcionalidad" que tengan o puedan llegar a tener formas no diferenciadoras de organización en diversos ámbitos de la actividad social.

Esto ya fue discutido antes, por lo que nos limitamos aquí a consignar ciertas observaciones complementarias.

Conjeturamos que esa "onda de choque", portadora de la crisis del "fordismo", en la que vemos una causa principalísima del descaecimiento del socialismo de estado, puede ser vista también, en el marco de la expansión socialista, como una corriente histórica profunda que quizás posibilite el desplazamiento del centro de gravedad del socialismo desde el estado a la sociedad.

Así, ante la tesis de Touraine, diríamos que, si bien un ciclo del socialismo toca a su fin, se le abren nuevas posibilidades de acción a lo que tal vez no sea demasiado abusivo llamar "socialismo de sociedad".

Por ejemplo, en una difundida obra de prospectiva [Naisbitt, 1983], que por cierto nada tiene que ver con el socialismo, se describen diez "megatendencias" que estarían transformando al mundo contemporáneo. La primera, para el autor citado, es la que lleva "de una sociedad industrial a una sociedad de la información", mientras que el tránsito "de las alternativas mutuamente excluyentes a las opciones múltiples" caracterizaría a la última. En ese contexto, otras tres tendencias son denominadas así: "de la centralización a la descentralización"; "de la democracia representativa a la democracia participativa"; "de las jerarquías a las redes". Entiéndase bien: según el autor, esas expresiones no describen objetivos o deseos sino tendencias profundas de la evolución social en los países capitalistas más desarrollados. Por nuestra parte, no

creemos siquiera que esas tendencias sean dominantes, pero notamos que se ofrece abundante argumentación para mostrar que son reales. Podría argüirse que la citada es tan sólo una obra de divulgación. Pues bien, nos llama la atención que la centralidad de tendencias como las anotadas figure entre las principales conclusiones de un *Rapport sur l'état de la téchnique* [Sciences et téchniques, 1985], fruto de un prolongado estudio colectivo sobre las relaciones entre la revolución tecnológica en curso y el cambio social.

Nos parece pues que ciertas tendencias objetivas de la evolución social están abriendo espacios para nuevas propuestas y nuevos movimientos vinculados a la inspiración socialista, que pueden configurar modalidades renovadas de "intervención racional en el orden social" a partir de una ética solidaria.

Ello quizás pudiera ejemplificarse volviendo a considerar la consigna de la emancipación de los trabajadores como obra de los trabajadores mismos, que inspira al *Mantflesto comunista*. Al comentar ese documento fundacional, destacamos la contradicción entre la pauperización del proletariado, que es manantial de revoluciones, y su desarrollo intelectual, sin el cual no puede ser el constructor de un nuevo orden. En el capitalismo avanzado contemporáneo, no sólo avanzó a grandes pasos el nivel educativo del proletariado clásico sino que también apareció un nuevo tipo de proletariado intelectual, fenómeno este último conectado con ciertas explosiones estudiantiles. El papel central en la producción que viene adquiriendo el conocimiento —en sus mil y una formas— hace prever un nuevo salto en la formación de los trabajadores, la conversión de crecientes contingentes de los mismos en técnicos que, a su vez, nunca dejan de ser estudiantes, pues deben reciclarse periódicamente. Ese mismo papel incrementado del conocimiento está en la base de tendencias como las que Naisbitt destaca, que no son sino la contracara de la creciente ineficiencia del fordismo en tiempos de la informatización de la sociedad.

Ahora bien, ¿cuáles son las perspectivas de ascenso—en su nivel material de vida, en la calidad de su trabajo, en el reconocimiento social del mismo, en la asunción de responsabilidades— para ese creciente sector de trabajadores crecientemente capacitados? El modo clásico—subir a empujones hasta donde se pueda en el embudo invertido de las jerarquías sociales— pierde eficiencia a ojos vistas y ofrece oportunidades porcentualmente decrecientes en relación a las aspiraciones. De ahí las tendencias objetivas a la descentralización—es decir, a la pequeña escala, a la difusión del conocimiento, a las redes de responsabilidad compartida, a la participación en las decisiones, a la democratización de la información— que pueden ser vistas como una gran corriente de "socialización".

En esta perspectiva, es claro que hoy por hoy no hay nada parecido a "emancipación" sin capacitación, en sentido amplio: en la sociedad de la información, quien
carezca de una formación que le permita seguir educándose a lo largo de toda su vida
podrá hipotéticamente ser un beneficiario bien asistido de la seguridad social, pero no
dejará de ser un marginado, como trabajador y como ciudadano. Por otra parte, la
"emancipación" entendida como sustitución a nivel de la dirección—de la fábrica, de
la economía, del país— sin alteración de las relaciones de trabajo es un espejismo ya

sin creyentes. Parecería que el horizonte utópico de la emancipación de los trabajadores como obra de los trabajadores mismos se vincula a su capacidad de iniciativa para impulsar las recién mencionadas tendencias a la "socialización".

En la triple definición del socialismo, la que se realiza por oposición debe en esta época prestar especial atención a todas las formas de dominación ligadas a lo tecnológico. Cabría completar la clásica descripción del imperialismo según Lenin notando que, tras una primera etapa basada en la exportación de mercancías y una segunda en la de capitales, ha devenido central la exportación de tecnología. Sea como sea, puede decirse que siempre ha habido ejemplos, en las relaciones de subordinación entre las naciones, de lógicas comerciales, militares y tecnológicas, a menudo imbricadas. Y corresponde subrayar que la dimensión tecnológica cobra un rol decisivo en la rearticulación de las relaciones centro-periferia. Luego, la faceta antiimperialista del socialismo pierde su filo si no se apoya en una concepción y una práctica del autonomismo tecnológico.

Por supuesto, lo tecnológico tiene tanto que ver con la desigualdad entre las naciones como con la que se diseña al interior de cada sociedad, donde la capacitación deviene la gran ventaja, al tiempo que la caracterización de la clase superior, en los países de mayor desarrollo capitalista, va desplazándose de plutocracia a tecnocracia.

Todavía, la tecnología proporciona los argumentos y las coartadas para las vertientes antiigualitarias del neoconservatismo. El cambio técnico genera nuevas desigualdades y sustenta las concepciones instrumentales y jerárquicas de la razón tecnológica.

Ahora bien, si no se nacionaliza a la IBM como a la Gulf Oil, no se expropia a la tecnocracia como a la burguesía. El verdadero cuestionamiento de la tecnocracia a nivel económico, político e ideológico, de su poder y de sus mitos, pasa por la gran avenida de la democratización del saber técnico. Sin ella, no se ve cómo avanzar hacia la emancipación de los trabajadores. En otras palabras —para usar las que gustaba repetir José María Arizmendiarreta, el inspirador del Complejo Cooperativo de Mondragón—: socializar el saber es democratizar el poder.

e. Del fin de la historia a la renovación permanente

Parecería pues que no es sólo el papel de las grandes utopías clásicas del socialismo el que debe ser revisado sino también su contenido mismo. Para volver a imaginarlo, hace falta no sólo una visión más realista de las contradicciones y la diversidad de lo social, sino también una visión más dinámica de lo que nunca dejará de estar en movimiento: en la *Utopía* de Tomás Moro, no parece fácil que el cambio tenga lugar. La misma se ubica todavía en el marco conceptual del pensamiento estático, es la contracara igualitaria, pero también cristalizada, del ideal de sociedad jerárquica y estable del medioevo; en el fondo, mira al pasado. Una sociedad que no puede sino cambiar, que nada evitará que siga cambiando en el futuro previsible — y que, si dejara de hacerlo, fijaría enormes miserias e injusticias— debe optar por referentes utópicos que la ayuden a dotarse de flexibilidad y plasticidad, que le permitan apuntar a la permanente democratización e innovación.

En una perspectiva post-marxista, se trata de abandonar el mito infecundo del "fin de la historia", que es además ajeno al análisis histórico racional de Marx. En efecto, con palabras de Calvez [1956, p.527, traducción mía]: "El progreso en la historia, según el materialismo histórico, se efectúa a través de las contradicciones (los scorsi e ricorsi de Vico): cada nueva contradicción empuja al hombre más adelante en la búsqueda de una mediación de sus relaciones de oposición con la naturaleza y el otro hombre. Pero tan cierto es que ese movimiento constitutivo de la historia está firmemente trazado por Marx como que nada en las tesis del materialismo histórico propiamente dicho permite presagiar una conclusión del movimiento de la historia, una culminación última y plena de la mediación emprendida en todas las actividades del hombre desde su más humilde trabajo hasta las manifestaciones más grandiosas de su cultura".

Divorciando al socialismo de todo milenarismo, se reafirma el fundamento ético de su definición, pero en términos de una concepción laica, que no lo liga a ninguna filosofia en particular. Semejante punto de vista fue elocuentemente sostenido por Sartre en *Materialismo y Revolución*. Si aquella definición integra la metáfora de "partido de los pobres", y apunta a la articulación de los movimientos que defienden a todos aquellos a quienes la dinámica social hace, de una manera u otra, los más infelices, buceando en sus propios orígenes el socialismo vuelve a encontrarse con el liberalismo: "... el poder corrompe siempre, el poder absoluto corrompe absolutamente". Luego, el socialismo debe tener una dimensión permanente de oposición al tiempo que manifestaciones independientes de todo poder, incluso (o particularmente) los de origen y/o profesión de fe socialista.

En fin, las ideas manejadas en esta sección nos llevan de vuelta a una conjetura, mucho más vaga todavía, que ya fuera esbozada al vincular la expansión socialista con una suerte de "segunda revolución urbana".

La Humanidad, en su proceso de crecimiento numérico, repliegue sobre sí misma y complejización, habría entrado ya en una etapa de planetización (término que tomamos de Teilhard de Chardin [1959], aunque con un sentido más limitado). La misma incluye grandes cambios de naturaleza organizativa o institucional, que pueden parangonarse con el surgimiento de la ciudad. Como entonces, pero a escala incomparablemente mayor, tales transformaciones abren posibilidades nuevas para nuevos o viejos poderes, jerarquías, dominaciones. Pero antaño el nacimiento de las ciudades abrió camino también al invento de la utopía democrática, y a ciertas prácticas sociales a ella referidas. Como lo detallamos antes, Laclau y Mouffe propugnan, como alternativa para una nueva izquierda, la extensión de la revolución democrática. Será probablemente en el contexto de la planetización que, en los próximos tiempos, la expansión socialista —tendencias, movimientos, propuestas—medirá su vigencia a través de nuevas o renovadas formas democráticas de gestión social, cuyo común denominador sea la búsqueda de la eficiencia a través de la participación y la solidaridad.

En el horizonte previsible, el socialismo ya no será una promesa, ni siquiera una propuesta propiamente dicha. En cambio, dificilmente deje de estar presente en la sociedad, de variadas maneras. Entre ellas:

- I como una tradición, orientada a construir soluciones colectivas y racionales a los problemas comunes;
- II como una visión de esos problemas, que centra la atención en la lucha contra las desigualdades y las concentraciones de poder;
- III como una brújula, para buscar aquellas soluciones a través de las iniciativas históricas impulsadas por las clases subalternas;
- IV como una aproximación a la eficiencia a través de la solidaridad;
- V como los intentos, siempre parciales y provisionales, de articular políticamente ese haz de tendencias, movimientos y propuestas que constituyen la expansión socialista:
- VI como la permanente construcción y renovación de una identidad plural, en la que puedan reconocerse todos los que quieren que una dimensión fundamental de sus vidas se vincule a esa tradición, a esa visión, a esa brújula, a esa aproximación, a esos intentos, identidad que permita a cada uno —parafraseando una vez más la última línea del último artículo de Rosa Luxemburgo— decirse: de izquierda y socialista fui, so.; y siempre seré.

3. EPILOGO DESDE EL URUGUAY DE 1991

Ya es tiempo de poner punto final a este trabajo, para que el mismo pueda vivir por sí solo la modesta peripecia que el destino le tenga reservada.

Saldrá a la luz en el Uruguay de fines de 1991, año en el cual la Guerra del Golfo y el "suicidio del comunismo" —según la expresión de Manuel Castells— en el Segundo Mundo parecen acentuar tanto el predominio del Primer Mundo liderado por Estados Unidos como las perspectivas de subordinación e incluso de marginación de gran parte del Tercer Mundo, y también las dificultades de las izquierdas en casi todas partes. Pese a que algunos pretenden disimularlo, a todas las izquierdas conciernen los sucesivos derrumbes del "socialismo real", aunque sólo sea porque, en cada caso, no es otra corriente de izquierda la que cobra auge, sino la ausencia de toda alternativa de izquierda lo que se hace notar.

Año asimismo, este de 1991, en el que se hace más paradójico el panorama de nuestro pequeño país, donde crece el desaliento general, evidenciado particularmente por la drástica caída de la militancia de izquierda, al mismo tiempo que aumenta la gravitación de la propia izquierda en el país todo, y todos consideran posible su próximo acceso a las mayores responsabilidades gubernamentales.

En un contexto internacional muy poco propicio para los pequeños países de la periferia, el Uruguay tiene por delante una integración subregional, tan precipitadamente cronometrada como mal preparada, que puede hacer estallar la ya endémica crisis nacional. En esa perspectiva, la izquierda puede verse ante responsabilidades que la desborden. Por desgracia, no advertimos en su seno la sensación de urgencia que tal panorama debiera despertar.

En particular, deploramos la casi total desatención a la experiencia, grande y trágica, del gobierno de la Unidad Popular en Chile, cuyas lecciones debieran ser gravitantes en nuestra búsqueda de alternativas.

Por otro lado, las posibilidades del país son bastante mayores de lo que suele creerse. La nuestra es una sociedad con real capacidad para la innovación a muchos niveles. Pero no se cree en esa capacidad, en parte porque apenas se conocen sus mejores manifestaciones y en parte porque la misma no se ha manifestado mayormente, hasta el momento, a niveles institucionales, con lo cual esfuerzos ingentes resultan bloqueados y prevalece la impresión de que "aquí no se puede hacer nada". Sin embargo, a nivel de la cultura, de la educación, de la producción, de la investigación, de los movimientos sociales, de la acción barrial, regional y sindical, hay gente que muestra con hechos que mucho se puede hacer, y que la capacidad de innovación es grande.

País pequeño de ricas tradiciones democráticas y fluidas comunicaciones entre actores sociales, el Uruguay puede llegar a ser un ejemplo exitoso de lo que esos rasgos posibilitan en el contexto de la nueva revolución tecnológica, cuando la flexibilidad para la innovación deviene central y la pequeña escala no es sólo una desventaja. (Al respecto nos referimos a Arocena y Sutz, 1991). Se hace en verdad factible la construcción de un proyecto nacional para una "modernización solidaria"; la podrían protagonizar nuevas confluencias, ya esbozadas al presente, de los trabajadores organizados, técnicos y educadores, empresas innovadoras con diversas formas de gestión, y un sector público que logre renovarse y agilizarse. En esa perspectiva, sería posible dar la batalla contra la marginación, la de una parte creciente de la población y la del país como tal. Pero grandes estructuras esclerosadas generan un conservatismo que es imprescindible quebrar, pues está asfixiando a la sociedad innovadora.

Esas nuevas dinámicas de la sociedad civil son, paradójicamente también, un legado de la dictadura. Como en otros países confrontados a situaciones similares, en el Uruguay tomaron cuerpo durante ese período nuevos protagonismos sociales. La represión generalizada, el consiguiente debilitamiento del accionar partidario tradicional, la proscripción de formas habituales de asociación, el agravamiento de la crisis económica, la retracción de las políticas sociales del estado, el desmantelamiento de las estructuras públicas de investigación: todo ello configuró una problemática esencialmente nueva, porque, si bien gran parte de las dificultades planteadas eran viejas conocidas, los métodos conocidos para afrontarlas habían perdido gran parte de su eficacia. Al encarar tamaña problemática, poderes y subordinaciones poco advertidos antes se hicieron notorios; nuevos movimientos y nuevas formas de gestión se desarrollaron; la sociedad adquirió competencias nuevas.

Esas experiencias dibujan ciertas huellas de los socialismos del mañana. Así, la historia reciente de la sociedad uruguaya viene a encontrarse con las que son, a nuestro entender, las claves de la renovación de las propuestas socialistas. Ello acontece en vísperas de tiempos dramáticos para el país, cuando la izquierda crece en nuestra tierra, pero se sume en el retroceso y en el desconcierto en tantos otros lugares. En tal panorama, un avance real y sostenido de la izquierda y su desempeño exitoso, incluso en este apartado rincón del globo, pueden constituir un auténtico estímulo para muchos en otras tierras. Nunca ha sido tan grande la responsabilidad de la

izquierda uruguaya, hacia su pueblo y hacia las izquierdas en su conjunto.

Cuando, si bien en medida distinta, parece agotarse la capacidad innovadora de las dos grandes izquierdas clásicas, de esas dos versiones contrapuestas del "socialismo de estado" que son la socialdemocracia y el marxismo-leninismo, creemos divisar las huellas del futuro de un "socialismo de Sociedad". Este puede ser el lugar plural de encuentro para corrientes, tradiciones y sensibilidades diversas; tal vez en ese terreno broten las diversas manifestaciones de lo que puede llegar a ser una tercera izquierda, en la que se fundan y revivan, bajo formas acordes a los nuevos tiempos, la vocación transformadora del socialismo revolucionario —y en particular las aspiraciones humanistas originarias de la insurgencia guevarista y de los movimientos del 68— con la vocación plural, laica y tolerante del socialismo democrático. Para vivir y crecer, las izquierdas renovadoras tienen que poder nutrirse de una sociedad civil vital y tienen que imbricarse con una gran tradición de militancia. Ambos factores están presentes en el Uruguay.

Lo que haga la izquierda nuestra en esta década no será quizás irrelevante para la vigencia futura de las propuestas socialistas. Y, a su vez, nuestra comprensión de lo que fue el socialismo ayer y lo que puede ser mañana gravitará decisivamente sobre lo que hagamos en nuestra tierra, a la hora de lo que puede ser la cita del Uruguay con su destino.

AGRADECIMIENTOS Y REFERENCIAS

Este trabajo surgió a partir de la insistencia de mi amigo Pablo Harari para que convirtiera en libro la tesis presentada el 8 de octubre de 1990, bajo el título "En torno a la propuesta socialista", ante la Universidad Central de Venezuela, bajo la dirección del Profesor Heinz Sonntag. Vaya a ambos mi agradecimiento, pues ninguno tiene la culpa de lo que resultó. Por eso mismo, no menciono otras deudas, que por otra parte sería demasiado largo consignar. En veinteseis años de militancia, de estos temas he discutido con muchísimos compañeros en las más diversas situaciones. Si alguno de ellos hojea estas páginas, quizás reconozca los ecos de alguna vieja conversación; que en tal caso sepa de mi reconocimiento.

Sobre un tema como éste, ninguna bibliografía puede ser ni siquiera medianamente completa. Lo errático de mi formación agrava en este caso el panorama, por lo cual las referencias que se anotan a continuación no tienen la pretensión de orientar al hipotético lector, sino tan sólo la de consignar los materiales en los que he buscado información e inspiración.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Adorno, Theodor W.: Minima Moralia Réflexions sur la vie mutilée, Payot, París, 1983.
- Altamirano, Carlos: Dialéctica de una derrota, Siglo XXI, México, 1977.
- Althusser, Louis: La revolución teórica de Marx, Siglo XXI, Argentina, Buenos Aires, 1966.
- Anderson, Perry: Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI, México, 1981.
- Anderson, Perry: Transiciones de la antigüedad al feudalismo, Siglo XXI, México, 1979.
- Anderson, Perry: El estado absolutista, Siglo XXI, México, 1980.
- Andréani, Jean-Louis: "Peut-on être socialiste aujourd'hui?", en Le Monde, diciembre 5 al 7, 1984.
- Arocena, Rodrigo y Judith Sutz (editores): La política tecnológica y el Uruguay del 2000, FESUR-LOGOS, Montevideo, 1991.
- Aron, Raymond: Dix-buit leçons sur la société industrielle, Ed. Gallimard, París, 1962.
- Aron, Raymond: La lutte de classes, Gallimard, Paris, 1964.
- Aron, Raymond: Démocratie et totalitarisme, Gallimard, Paris, 1965.
- Arvon, Henri: La autogestión, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- Babeuf, Saint-Simon, Blanqui, Fourier, Considérant (trabajos de): El socialismo anterior a
 Marx, Grijalbo, México, 1969.
- Bahro, Rudolf: La Alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente,
 Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- Baran, Paul A.: La Economía Política del Crecimiento, Fondo de Cultura Económica; México, 1975.
- Baran, Paul A.: Elsocialismo: única salida (ensayos editados originalmente bajo el título The longer view), Nuestro Tiempo, México, 1971.
- Baran, Paul A. y Paul M. Sweezy: El capital monopolista, Siglo XXI, México, 1972.
- Beer, Max: Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales (2 tomos), Nuestro Tiempo, Montevideo, 1965-66.
- Béjar, Héctor: Perú 1965. Una experiencia libertadora en América Latina, Siglo XXI, México, 1969.
- Ben Tzur, Abraham: El socialismo árabe, Ediciones Mordejai Anilevich, Montevideo, 1969.
- Bernal, John D.: Historia Social de la Ciencia (dos tomos), Península, Barcelona, 1967.
- Bitar, Sergio: La economía chilena en la economía mundial, en Chile 2000 Desafios y opciones (2 tomos), Nueva Sociedad, Caracas, 1988.
- Bobbio, Norberto: Qual socialismo? Debate sobre uma alternativa, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1983.
- Bobbio, Cerroni, Vacca, Gerratana, Occhetto, Ingrao: ¿Existe una teoría marxista del Estado?, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, México, 1978.
- Bobbio, Norberto y M. Bovero: Origen y fundamentos del poder político, Grijalbo, México, 1985.
- Braudel, Fernand: Civilisation matérielle, économie et capitalisme-tome 3: Le temps du Monde, Librairie Armand Colin, París, 1979.

- Braudel, Fernand: La dinámica del capitalismo, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Braudel, Fernand: Ecrits sur l'bistoire, Flammarion, Paris, 1969.
- Braverman, Harry: Trabajo y capital monopolista, Nuestro Tiempo, México, 1975.
- Broué, Pierre: Le Parti Bolchevique, Les éditions de Minuit, Paris, 1963.
- Broué, Pierre: Revolución en Alemania/1. De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del 'izquierdismo', A. Redondo Editor, Barcelona, 1973.
- Bruhat, Jean: Marx/Engels. Biografía crítica, Martínez Roca, Barcelona, 1974.
- Buber, Martín: Caminos de Utopía, Breviarios FCE, México, 1955.
- Buci-Glucksmann, Christine: Gramsci y el Estado, Siglo XXI, México, 1979.
- Buci-Glucksmann, Christine y Göran Therborn: Le défi social-démocrate, Maspero, París, 1981.
- Calvez, Jean-Yvez: La Pensée de Karl Marx, Editions du Seuil, París, 1956.
- Camus, Albert: L'Homme Révolté, NRF-Gallimard, París, 1951.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Paletto: Dependencia y desarrollo en América Latina (14a. edición corregida y aumentada), Siglo XXI, México, 1978.
- Carr, Edward H.: La Revolución bolchevique (1917-1923), Alianza Editorial, Madrid. Tomo
 l: La conquista y la organización del poder (1973). Tomo II: El orden económico (1974). Tomo III: La Rusia soviética y el mundo (1973).
- Carr, Edward H.: The Interregnum. 1923-1924, Pelican Books, Londres, 1969
- Carr, Edward H.: Socialism in one country. 1924-1926, Pelican Books, Londres, 1970.
- Carr, Edward H.: La revolución rusa. De Lenin a Stalin, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Carrillo, Santiago: Escritos sobre Eurocomunismo, Porma Ediciones, Madrid, 1977.
- · Carrillo, Santiago: "Eurocomunismo" y Estado, Grijalbo, Madrid, 1977.
- Castells, Manuel: "El comienzo de la historia", en El socialismo del futuro, Vol. 1, No. 2, 1990.
- Cerroni, Umberto: Problemas de la transición al socialismo, Crítica, Barcelona, 1977.
- Cipolla, Carlo M.: Historia económica de la población mundial, Crítica, Barcelona, 1978.
- Cipolia, Carlo III.: 11 Storia economica de la position mandais, Carlos, Barcerona, 1978.
 Claudin, Fernando: La crise du mouvement communiste. Du Komintern au Kominform.
- Maspero, Paris, 1972.
- Claudin, Fernando: Marx, Engels y la Revolución de 1848, Siglo XXI, Madrid, 1975.
- Claudin, Fernando: Eurocomunismo y socialismo, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- Claudin, Fernando: La oposición en el "socialismo real", Siglo XXI, Madrid, 1981.
- Claudín, Fernando: Marx, Engels y la Revolución de 1848, Siglo XXI, Madrid, 1975.
- Cole, G. D. H.: Historia del Pensamiento Socialista, Pondo de Cultura Económica, México.
 I-Los Precursores 1789-1850 (1980). II-Marxismo y Anarquismo 1850-1890 (1980). III
 y IV-La Segunda Internacional 1889-1914 (1975, 1974). V y VI-Comunismo y Social democracia 1914-1931 (1975). Socialismo y Pascismo 1931-1939 (1975).
- Colletti, Lucio: Ideología y sociedad, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1974.
- Decoufié, André-Clément (director): Traité élémentaire de prévision et de prospective, Presses Universitaires de France, Paris, 1978.
- Deutscher, Isaac: Biografia de Trotsky en tres tomos. El profeta armado, El profeta desarmado, El profeta desterrado, Era, México, 1969.
- Deutscher, Isaac: Staline, Gallimard, Paris, 1953.
- Deutscher, Isaac: La revolución inconclusa, Era, México.
- Deutscher, Isaac: Rusia después de Stalin, Martínez Roca, Barcelona, 1972.
- Deutscher, Isaac: Lenin: los años de formación, Era, México, 1975.
- Dobb, Maurice: Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.

- Duverger, Maurice: "La voie du socialisme démocratique", en Le Monde, junio 2 de 1984.
- Elson, Diane: "Market Socialism or Socialization of the Market?", en New Left Review No. 172, 1989.
- Elster, Jon: Making Sense of Marx, Cambridge University Press, 1987.
- Engels, Federico (Carlos Marx y): Obras escogidas de Marx y Engels (tres tomos), Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- Fanon, Frantz: Los condenados de la tierra, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- Fajnzylber, Fernando: La industrialización trunca de América Latina, Ed. Nueva Imagen, México, 1983.
- Fajnzylber, Pernando: "Competitividad internacional: evolución y lecciones", en Revista de la CEPAL, No. 36, diciembre de 1988.
- Fajnzylber, Fernando: La industrialización trunca de América Latina, Ed. Nueva Imagen, México. 1983.
- Fajnzylber, Fernando: Competitividad internacional: evolución y lecciones, en Revista de la CEPAL, No. 36, diciembre de 1988.
- Ferenczi, Vernholes, Amalric, Vernet, Rémond, Drouin: Les métamorphoses du socialisme, serie en Le Monde, octubre 9 al 16, 1984.
- Fetjö, François: Histoire des démocraties populaires: Vol.1. L'ère de Staline, 1945/1952 -Vol.2. Après Staline, 1953/1971, Editions du Seuil, Paris, 1971.
- Finley, M. I.: Democracy Ancient and Modern, Rutgers University Press, New Jersey, 1973.
- Finley, M. I. (editor): The legacy of Greece, Oxford University Press, 1984.
- Foucault, Michel: Power/Knowledge Selected interviews and other writings 1972-1977. Edited by Colin Gordon. Pantheon Books, New York, 1980.
- Frente Sandinista de Liberación Nacional: Principios y programa del FSLN, Anteproyecto, Managua, marzo de 1991.
- Furtado, Celso: Prefacio a una nueva economía política, Siglo XXI, México, 1978.
- Fukuyama, Francis: ¿El fin de la bistoria?, Ediciones de Juan Darién, Montevideo, 1991 (traducción del artículo original en inglés, publicado en 1989).
- Galbraith, John Kenneth: The New Industrial State. Segunda edición revisada, Penguin Books, 1972.
- Garcés, Joan E.: Allende y la experiencia chilena, Ariel, Barcelona, 1976.
- Godelier, Maurice: L'idéel et le matériel, Fayard, Paris, 1984.
- Gorbachov, Mijaíl: Perestroilea, Emecé Editores, Buenos Aires, 1987.
- Gorbachov, Mijaîl: Informe al pleno del Comité Central del PCUS de enero de 1987, en El Popular, Montevideo, febrero 13 de 1987.
- Gorce, Paul Marie de la: De l'enthousiasme au dénigrement. Le recul des grandes espérances révolutionnaires (1954-1984), en Le Monde Diplomatique, mayo de 1984.
- Gordon Childe, V.: La evolución social, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- Gordon Childe, V.: Teoría de la historia, La Pléyade, Buenos Aires, 1971.
- Gramsci, Antonio: Antología, editada por M. Sacristán, Siglo XXI, México, 1977.
- Gramsci, Antonio: Contra el pesimismo. Previsión y perspectiva, Ed. Roca, México, 1973.
- Habermas, Jürgen: La reconstrucción del materialismo bistórico, Taurus, Madrid, 1981.
- Hauser, Arnold: Historia Social de la Literatura y del Arte (3 tomos), Guadarrama, Barcelona, 1979.
- Hawkes, Jacquetta: El Hombre Las culturas de la Antigüedad, Aguilai, 1982.
- Heller, Agnes: La revolución de la vida cotidiana, Península, Barcelona, 1982.

- Heller, Agnes: Teoría de las necesidades en Marx, Península, Barcelona, 1986.
- Hobsbawm, E. J.: L'ère des révolutions, Fayard, Paris, 1969.
- Internacional Socialista: Nueva Declaración de Principios de la Internacional Socialista, resolución del Congreso de Estocolmo de 1989, publicada en Nueva Sociedad, No. 103, agosto-setiembre de 1989.
- Julien, Claude: La foire aux libertés, en Le Monde diplomatique, No. 366, setiembre de 1984.
- Karol, K. S.: China: el otro comunismo, Siglo XXI, México, 1967.
- Kelsen, Hans: Socialismo y Estado, Siglo XXI, México, 1982.
- Klein, Claude: De los espartaquistas al nazismo: la República de Weimar, Ed. Península, Barcelona. 1978.
- Kuhn, Thomas S.: La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.
- Laclau, Ernesto: "Socialism", the "People", "Democracy": The Transformation of Hegemonic Logic, en Social Text 7-primavera-verano de 1983, p.p. 115-119.
- Laclau, E. y Ch. Mouffe: Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics, Verso, Londres, 1985.
- Landes, Devid S.: Progreso Tecnológico y Revolución Industrial (título original: The Unbounded Prometheus), Tecnos S.A., Madrid, 1979.
- Lechner, Norbert: La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, FLACSO, Santiago de Chile, 1984.
- Leontief, Wassily: Input-Output Economics, Oxford Univ. Press, New York, 1966.
- Lenin, V. I.: Obras escogidas en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú.
- Leborgne, Danièle and A. Lipietz: New technologies, new modes of regulation: some spatial implications, presented at the Internat. Seminar "Changing labour processes and newforms of organization", Samos, 1987.
- Long, Norman: From Paradigm Lost to Paradigm regainede? The Case for an Actor-oriented Scoiology of Development, en European Review of Latin Amer. and Carib. Studies, No. 49, 1990.
- Luxemburgo, Rosa: Escritos políticos, Grijalbo, Barcelona, 1977.
- Lyotard, Jean-François: La condition postmoderne. Rapport sur le savoir, Les Editions de Minuit, Paris, 1979.
- Mandel, Ernest: La crisis. 1974-1980, Serie popular Era, México, 1980.
- Maquiavelo, Nicolás: El Príncipe, Editorial Mediterráneo, Madrid, 1974.
- Marcuse, Herbert: Razón y Revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social, Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- Marcuse, Herbert: El fin de la utopía, Siglo XXI, México, 1971.
- Mariátegui, José Carlos: 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Ed. Amauta, Lima, 1969.
- Markovic, Mihailo: El Marx contemporáneo, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Marti, Serge et François Renaud: Banques: premier bilan de la nationalisation du crédit, en Le Monde, 4 de setiembre d 1984.
- Martinet, Giles: Les cinq communismes, Ed. du Seuil, Paris, 1971.
- Marx, Carlos (y Federico Engels): Obras escogidas de Marx y Engels (tres tomos), Editorial Progreso, Moscú, 1974.
- Marx, Carlos: Miseria de la filosofia, Siglo XXI, México, 1975.
- Marx, Carlos: Le Capital (livre 1), Traduction de J. Roy, Flammarion, 1969.
- Marx, Carlos: Manuscritos económicos y filosóficos de 1844, Ed. Austral, Santiago de Chile, 1960.

- Marx, Carlos y Federico Engels: La Ideología Alemana, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1968.
- Mendès France, Pierre y Gabriel Ardant: Ciencia económica y lucidez política, Monte Avila, Caracas, 1977.
- Mitterrand, François: Mitterrand Mon Projet, entrevista al diario Libération, París, 10 de mayo de 1984.
- Montaigne: "Essais" de Montaigne, Paul Galleret, (ed.) 10/18, Un. Gén. d'Editions, París, 1978.
- Moore, Barrington: Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno, Península, Barcelona, 1973.
- Moro, Tomás: Utopía, Sopena, Buenos Aires, 1941.
- Mossé, Claude: Histoire d'une démocratie: Athènes, Editions du Seuil, 1971.
- Mumford, Lewis: Técnica y Civilización, Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- Mumford, Lewis: La ciudad en la bistoria (2 tomos), Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1979.
- Naisbitt, John: Macrotendencias: diez nuevas orientaciones que están transformando nuestras vidas, Ed. Mitre, Barcelona, 1983.
- Nettl, Peter: Rosa Luxemburgo, Era, México, 1974.
- Nove, Alec: L'économie soviétique, Economica, Paris, 1981.
- Nove, Alec: The Economics of Feasible Socialism, editado por George Allen and Unwin, Londres, 1983.
- Offe, Claus: La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad, en El Estado en el capitalismo contemporáneo, H. R. Sonntag y H. Valecillos (compiladores), Siglo XXI, México, 1977.
- Owen, Lammenais, Blanc, Cabet (trabajos de): Precursores del socialismo, Grijalbo, México, 1970.
- Paramio, Ludolfo: Tras el diluvio. Un ensayo de posmarxismo, en Leviatán 29/30 (1987), pp. 63-90.
- Parkin, Frank: Orden política y desigualdades de clase, Ed. Debate, Madrid, 1978.
- Partido Comunista de la Unión Soviética: Hacia un socialismo humano y democrático, proyecto de declaración del XXVIII Congreso del PCUS, La República, Montevideo, 12 al 14 de julio de 1990.
- Partido Comunista del Uruguay: Una reflexión sobre la base de la renovación, Montevideo, junio de 1990.
- Partido Socialdemócrata de Alemania: Proyecto de Irsee (Proyecto para un programa fundamental del Partido Socialdemócrata de Alemania), ILDIS, Caracas, 1986.
- Parti Socialiste Français: Projet Socialiste. Pour la france des années 80, Club Socialiste du Livre, París, 1981.
- Partido Socialista del Uruguay: Proyecto de declaración de principios, publicada en La República, 12/8/1991.
- Partido Socialista Obrero Español: Manifiesto del Programa 2000, publicado en El Socialista, agosto de 1990.
- Pirenne, Jacques: Les Grands Courantes de l'Histoire Universelle. I Des origines à l'Islam, Editions Albin Michel, Paris, 1950.
- Portantiero, Juan Carlos: Los usos de Gramsci, Folio, México, 1981.
- Portelli, Hughes: Gramsci y el bloque bistórico, Siglo XXI, Argentina, 1974.
- Poulantzas, Nicos: Las clases sociales en el capitalismo actual, Siglo XXI, México, 1980.
- Poulantzas, Nicos: Fascismo y dictadura, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

- Przeworski, Adam: Social Democracy as a Historical Phenomenon, en New Left Review No. 122, julio-agosto de 1980, pp. 27-58.
- Przeworski, Adam: Capitalismo y socialdemocracia, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- Przeworski, Adam: ¿Podríamos alimentar a todo el mundo? La irracionalidad del capitalismo
 y la inviabilidad del socialismo, en Pensamiento Iberoamericano, No. 18, 1990.
- Real de Azúa, Carlos: El poder, CELADU, Montevideo, 1989.
- Ribeiro, Darcy: El proceso civilizatorio, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1983.
- Ribeiro, Darcy: El dilema de América Latina, Siglo XXI, México, 1976.
- Ribeiro, Darcy: Las Américas y la civilización, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985.
- Romero, José Luis: El ciclo de la revolución contemporánea. Bajo el signo del 48, Argos, Buenos Aires, 1948.
- Romero, José Luis: La revolución burguesa en el mundo feudal, Sudamericana, Buenos Aires, 1967.
- Rosanvallon, Pierre: La autogestión, Fundamentos, Madrid, 1979.
- Rosenberg, Nathan: Marx as a Student of Technology, en Monthly Review, Vol. 28, 3 (1976), pp. 56-77.
- Rosenberg, Nathan: Tecnología y Economía, Gustavo Gili S.A., Barcelona, 1979.
- Sartre, Jean Paul: Materialismo y revolución, publicado en español en el volumen "La república del silencio", Losada, Buenos Aires, 1965.
- Sciences et techniques, Numéro Special: Rapport sur l'état de la technique, 1985.
- Schumpeter, Joseph A.: Capitalismo, socialismo y democracia, Aguilar, México, 1963.
- Sik, Ota: Pour une troisième voie, P.U.F., París, 1978.
- Singer, Paul: O que ê socialismo, boje, Editora Vozes, Petrópolis, Rio de Janeiro, 1983.
- Snow, Edgar: La China contemporánea, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- Sonntag, Heinz: Duda/Certeza/Crisis. La evolución de las ciencias sociales en América Latina, UNESCO-Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988.
- Spinoza: Traité de l'autorité politique, Gallimard, 1978.
- Sutz, Judith: Informatique et Société: quelques réflexions à partir du Tiers-Monde, Thèse, Univ. de París I IEDES, 1984.
- Sutz, Judith: Nuevas tecnologías, nuevas alianzas, en Cuadernos de Marcha No.44, Montevideo, junio de 1989.
- Sweezy, Dobb, Hilton, Lefebvre, Takahashi, Hill: La transición del feudalismo al capitalismo. Ciencia Nueva, Madrid, 1967.
- Tamamés, Ramón: El socialismo inevitable, Planeta, Barcelona, 1978.
- Teilhard de Chardin, Pierre: L'avenir de l'homme, Ed. du Seuil, París, 1959.
- . Therborn, Goran: What does the ruling class do when it rules, Verso Edition, Londres, 1980.
- Touraine, Alain: L'après socialisme, Grasset, 2e. édition, Paris, 1983.
- Touraine, Alain: Production de la société, Editions du Seuil, Paris, 1973.
- Touraine, Alain: Actores sociales y sistemas políticos en América Latina, PREALC-OIT, Chile, 1987.
- Touraine, Alain: La sociedad post-industrial, Ed. Ariel, Barcelona, 1973.
- Touraine, Alain: Límite de la política, en La Semana de El Día, Montevideo, enero de 1988.
- Touraine, Alain: ¿Se puede seguir siendo socialista? en Clarín, Buenos Aires, 13/3/1990.
- Toynbee, Arnold: La gran aventura de la Humanidad, Emecé Editores, Buenos Aires, 1985.
- Toynbee, Arnold: A Study of History, edición revisada y aumentada por el autor y Jane Caplan, Oxford University Press, 1972.

- Trotsky, León: Historia de la Revolución Rusa (2 tomos), Editorial Tilcara, Buenos Aires.
- · Voslensky, Michael: La Nomenklature. Les priviligiés en URSS, Belfond, París, 1980.
- Wallerstein, Immanuel: El moderno sistema mundial. I: La agricultura capitalista y los
 origenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. II: El mercantilismo y la
 consolidación de la economía mundo europea 1600-1750, Siglo XXI, México, 1979
 y 1984.
- Wallerstein, Immanuel: Le capitalisme historique, La Decouverte, París, 1987.
- Weber, Max: Economía y sociedad, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- Weber, Max: La política como profesión. La ciencia como profesión. Dos ensayos reunidos en un volumen titulado Política y Ciencia, La Pléyade, Buenos Aires, 1976.
- Weber, Max: Historia económica general, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- Weizenbaun, Joseph: Computer Power and Human Reason. From Judgement to Calculation,
 W. H. Freeman and Co., San Francisco, 1976.
- White, Gordon: Political Aspects of Rural Economic Reform in China, en IDS Bulletin, Vol. 18, No.3 (1987), pp.55-61.
- White, Gordon: The Leninist State under Threat? The Politics of Economic Reform in China, en IDS Bulletin, Vol. 18, No. 4 (1987), P. 45-56.
- Wright, Erik Olin: Clase, Crisis y Estado, Siglo XXI, España, 1983.
- Yakovlev, Alexandre: Socialisme: du rêve à la réalité, Ediciones de Novosti, Moscú, 1990.

Se terminó de imprimir en
el mes de noviembre de 1991
en Pettirossi s.r.l.
Adolfo Lapuente 2289
Montevideo - Uruguay
Edición amparada en el
art. 79 de la Ley 13.349 Comisión del Papel
Depósito Legal 254 490

Rodrigo Arocena

LA CRISIS DEL SOCIALISMO DE ESTADO Y MAS ALLA

El socialismo es el proyecto de mayor envergadura histórica jamás propuesto para confrontar los males que producen tanto el desarrollo como la falta de desarrollo.

Las izquierdas viven una crisis global que amenaza con desdibujar sus perfiles propios, o reducir a la marginalidad a quienes se empeñen en conservarlos. La vigencia de las izquierdas está en cuestión, no será



preservada sin una revisión a fondo que, en esta era de incertidumbres, solo asuma como certezas las convicciones éticas.

Se plantea, entonces, la cuestión de saber si las ideas socialistas pueden inspirar programas de desarrollo social viables y con vocación solidaria.

A la búsqueda de respuestas afirmativas quiere colaborar este libro.

RODRIGO AROCENA (1947). Doctor en Matemáticas y en Estudios del Desarrollo ha colaborado con diversas publicaciones de matemáticas y con estudios relacionados a la prospectiva en ciencia, tecnología y sociedad. Docente universitario, periodista y relevante activista político.

TRILCE